AUDREY CARLAN

CALENDAR GIRL

ENERO FEBRERO MARZO

1

TU PRÓXIMA OBSESIÓN

Planeta

ÍNDICE

PORTADA
CITAS

ENERO
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

FEBRERO
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

MARZO
- Capítulo 1
- Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

AGRADECIMIENTOS
NOTAS
El viaje de Mia continúa...
CRÉDITOS

ENERO

Ginelle Blanch

Has estado conmigo desde el principio...
Tus lecturas me han salvado un centenar de veces.
Gracias por creer en mí y en mis historias,
y por quererlas tanto como yo a ti y a tus reseñas.
Namasté, querida amiga.

FEBRERO

Jeananna Goodall

Hace un año que publiqué mi primera novela.
Tú me has animado desde el primer momento,
has sido mi primera lectora y mi fan número uno.
Ahora tengo el gran honor de poder llamarte amiga.
Adoras a mis personajes como si fueran tuyos,
y me mantienes emocionalmente conectada a ellos.
Tienes una infinidad de dones y talentos,
y estoy tremendamente agradecida de que los compartas conmigo.
Amor y luz.

MARZO

Heather White

Mia está en Chicago gracias a ti.
Tú también dejaste tu ámbito familiar y te embarcaste en una aventura.
El libro de este mes demuestra que asumir riesgos puede ser algo maravilloso.
A veces te cambia la vida, o te la altera.
La mayoría de las veces merece la pena.
Eres una bella persona y me encanta que formes parte de mi vida.
Kisses, *amor.*

ENERO

1

El amor verdadero no existe. Durante años creí que sí. De hecho, creí haberlo encontrado. Cuatro veces, para ser exacta. Veamos:

Taylor. Mi novio del instituto. Estuvimos juntos durante los cuatro años. Era una estrella del béisbol, el mejor jugador que jamás había pisado el instituto. Fuerte, con más músculos que cerebro y con una picha del tamaño de un cacahuete, probablemente a causa de todos los esteroides que tomaba a mis espaldas. Me dejó la noche de la graduación. Se largó con mi virginidad y con la jefa de las animadoras. Al cabo del tiempo me enteré de que había dejado los estudios y estaba trabajando como mecánico en alguna ciudad sin nombre, tenía dos hijos y una mujer que ya no lo animaba.

Después vino el profesor ayudante de prácticas de mi clase de psicología en el centro de estudios superiores de Las Vegas. Se llamaba Maxwell. Creía que aquel chico caminaba sobre las aguas, pero lo único que hizo fue pisotearme el corazón al tirarse a una alumna de cada clase a las que asistía. El tío se puso las botas. Pero no pasa nada. Acabó dejando embarazadas a dos chicas a la vez y lo expulsaron de la facultad por conducta inapropiada. Con diecinueve años ya tenía a dos madres detrás de él para que les pagase la manutención. Había algo poético en aquello. Menos mal que yo siempre le exigía que se la enfundara antes de metérmela.

A los veinte me tomé un descanso. Me pasé todo el año sirviendo mesas en el hotel casino MGM Grand de la Franja de Las Vegas. Allí fue donde conocí al número de la suerte, Benny. Pero no tuve suerte, y él tampoco. Era un contador de cartas. En su momento, me dijo que trabajaba en ventas, que frecuentaba los casinos y que le encantaba jugar al póquer. Tuvimos un romance apasionado que no fue para nada romántico. Creo que me pasé la mayor parte del tiempo borracha y debajo de él pero, en fin, creía que me quería. Me lo decía sin parar. Nos pasamos dos meses bebiendo, nadando en la piscina del hotel y follando toda la noche en una de las habitaciones que un compañero mío del departamento de limpieza me conseguía. Yo lo invitaba a él y a

sus amigos a unas copas en el bar, y él me daba la llave de una habitación casi todas las noches. Funcionaba. La cosa funcionaba. Hasta que dejó de hacerlo. A Benny lo pillaron contando cartas y desapareció. El primer año de su desaparición lo pasé furiosa. Después descubrí que le habían pegado una paliza y habían estado a punto de matarlo. Permaneció un tiempo en el hospital y, cuando le dieron el alta, se largó de la ciudad, abandonándome definitivamente sin decir una palabra.

Mi último error fue lo que podríamos llamar la *gota que colmó el vaso*, y la razón por la que acabé convencida de que el amor verdadero es algo que se han inventado las empresas de tarjetas de felicitación y las personas que escriben novelas y comedias románticas. Se llamaba Blaine, pero debería haberse llamado Lucifer. Era un hombre de negocios con mucha labia. Lo de *hombre de negocios* es un decir. En realidad era un usurero. El mismo usurero que le prestó a mi padre más dinero del que jamás podría devolverle. Primero se volvió contra mí, y después contra mi padre. En su momento pensaba que nuestro amor era una historia típica de los cuentos de hadas. Blaine me prometió la luna, pero hizo de mi vida un infierno.

—Por eso creo que deberías aceptar el trabajo que te ofrece tu tía y ya está.

Mi mejor amiga, Ginelle, hizo estallar la pompa de su chicle de forma sonora en el auricular. Me aparté el teléfono de la oreja.

—Es la única salida, Mia. ¿Cómo, si no, vas a sacar a tu padre de este lío con Blaine y sus matones?

Bebí un trago de agua fría mientras el sol californiano transformaba las gotas en pequeños puntos de luz sobre la botella estriada.

—No sé qué hacer, Gin. No tengo ese dinero. No tengo nada ahorrado. —Suspiré con frustración, y sonó fuerte y dramáticamente exagerado incluso para mí.

—Oye, tú siempre has estado enamorada del amor...

—¡Ya no! —le recordé a mi amiga de toda la vida.

A través del teléfono se oía el bullicio de Las Vegas. La gente creía que el desierto era un lugar tranquilo. No en la Franja. Las máquinas tragaperras tintineaban y los timbres sonaban como un sonsonete monótono allá adonde fueras. Era imposible huir de él.

—Ya, ya. —Rozó el teléfono con algo y casi me deja sorda—. Pero a ti te gusta el sexo, ¿verdad?

—Yo no soy como Barbie, Gin. Las matemáticas no son difíciles.[1] No me hagas preguntas absurdas. Podría acabar muerta.

En realidad, si no encontraba pronto la manera de conseguir un millón de dólares, sería mi padre el que acabaría muerto.

Ginelle gruñó e hizo explotar otra pompa.

—Pero si aceptaras el trabajo de escort, lo único que tendrías que hacer es estar

guapa y follar mucho, ¿no? Hace meses que no echas un polvo. ¿Por qué no relajarse y disfrutar de la experiencia?

Sólo Ginelle podría encontrar la manera de hacer que ser acompañante de lujo pareciese el trabajo ideal.

—Esto no es *Pretty Woman*, y yo no soy Julia Roberts.

Me dirigí a mi moto, una Suzuki GSXR 600 a la que simplemente llamaba *Suzi*. Era la única cosa de valor que poseía. Pasé una pierna por encima del asiento, coloqué el teléfono de forma que no se cayera y puse el altavoz. Dividí mi pesada melena negra, larga y rizada en tres partes y me hice una trenza gruesa.

—Oye, sé que lo dices con buena intención, y la verdad es que no sé qué voy a hacer. No soy una fulana. O, por lo menos, no quiero serlo. —Sólo de pensarlo, me daban escalofríos—. Pero debo encontrar la manera de salir de ésta como sea. Tengo que conseguir pasta, y rápido.

—Ya... Bueno, ya me contarás cómo va la reunión con Exquisite Escorts. Llámame esta noche si puedes. Joder, voy a llegar tarde al ensayo, y todavía tengo que vestirme. —Su voz se volvió agitada y pude imaginármela corriendo apresuradamente por el pasillo del casino en dirección al trabajo, con el móvil pegado a la oreja y sin importarle una mierda si alguien la miraba o pensaba que era una pirada. Eso era lo que la hacía tan especial. Decía las cosas como son... siempre. Igual que yo.

Ginelle trabajaba para el espectáculo *burlesque* Dainty Dolls en Las Vegas. Mi mejor amiga era bajita y dulce como su nombre, y movía el culo de maravilla. Hombres de todas partes del mundo acudían para ver el espectáculo picante de la Franja. Pero, a pesar de ello, no ganaba lo suficiente como para sacarnos a mí o a mi padre de aquel embrollo, y a mí jamás se me habría ocurrido pedírselo.

—Vale, te quiero, zorra —dije con dulzura mientras me metía la trenza por el cuello de la chupa de cuero para que cayera entre mis paletillas.

—Yo a ti más, putón.

Giré la llave de la moto en el contacto, arranqué y me puse el casco. Me metí el móvil en el bolsillo de la chaqueta, aceleré y salí corriendo hacia un futuro que no quería pero que no podía evitar.

—¡Mia! ¡Mi niña guapa! —dijo mi tía mientras me rodeaba con sus huesudos brazos y me aplastaba contra su pecho.

Era muy fuerte para ser tan delgada. Llevaba el pelo negro recogido en un torcido francés. Vestía una blusa suave como la seda —probablemente porque era de seda— metida en una falda de tubo de cuero negro que combinaba con unos altísimos tacones de aguja con esa suela roja sobre la que tanto había leído ojeando los últimos números

de *Vogue*. Estaba muy guapa. Y, más que guapa, parecía «cara».

—Tía Millie, cuánto me alegro de verte —empecé a decir, pero dos dedos de largas uñas lacadas de rojo sangre y un siseo me mandaron callar.

Chasqueó la lengua dos veces a modo de negación.

—Aquí me llamarás *señora Milan*.

Levanté la vista al techo con gran dramatismo.

Ella entornó los suyos en respuesta.

—Preciosa..., para empezar, no pongas los ojos en blanco: es grosero e impropio de una dama. —Sus labios formaron una línea firme—. Y, en segundo lugar...

Comenzó a rodearme, evaluándome como si fuese una obra de arte, una estatua, algo frío e impenetrable. Y tal vez lo fuera. En la mano llevaba un abanico de encaje, el cual abría, cerraba y golpeaba contra la palma de su otra mano durante su escrutinio.

—... no vuelvas a llamarme *Millie*. Esa mujer hace mucho que desapareció, murió cuando el primer hombre en el que confié me arrancó el corazón, lo frio y se lo dio de comer a sus perros.

Era una imagen espantosa, pero si algo caracterizaba a la tía Millie era su honestidad.

—Levanta la cabeza.

Me dio un golpecito en la parte inferior de la barbilla para que corrigiese mi postura inmediatamente. Después hizo lo mismo en la sensible zona de los riñones, donde la estrecha camiseta que llevaba no llegaba a tocar los vaqueros ceñidos que tanto me gustaban. Enderecé la columna al instante y saqué pecho. Su sonrisa de labios rojos se amplió y mostró unos dientes perfectos y blanqueados. Eran los más bonitos que se podían comprar con dinero, y un gasto habitual para las mujeres ricas aquí, en Los Ángeles. No podía dar ni cinco pasos sin encontrarme con alguien que acudía a su dentista más de lo que era médicamente necesario, aunque con menor frecuencia con la que acudían al dermatólogo para recibir sus inyecciones mensuales de bótox. La tía Millie era obviamente una clienta asidua de Carillas-R-Us. Pero he de decir que, aunque rozaba los cincuenta, se conservaba bastante atractiva.

—No hay duda de que eres preciosa. Y lo estarás aún más cuando te pongamos algo presentable y te hagamos algunas fotos para el porfolio.

Hizo una mueca de desagrado al contemplar mi atuendo de motera.

Retrocedí y choqué con una butaca de piel que había cerca.

—No he accedido a nada.

Millie entornó los ojos hasta que apenas podía verlos.

—¿No dijiste que necesitabas mucho dinero y rápido? Creo recordar algo acerca de que el inútil de mi cuñado estaba en el hospital, que tenía problemas.

Se sentó despacio, cruzó las piernas y apoyó los dos brazos con delicadeza sobre

los blancos reposabrazos de piel de su silla. A la tía Millie nunca le había gustado mi padre, cosa que me entristecía, porque el hombre lo hizo lo mejor que pudo como padre soltero cuando su hermana, mi madre, abandonó a sus dos hijas. Yo tenía diez años por aquel entonces. Madison tenía cinco, y, hasta la fecha, no tiene ni el más mínimo recuerdo de nuestra madre al que aferrarse.

Me mordí la lengua y la miré directamente a sus ojos verde pálido. Nos parecíamos mucho. Dejando a un lado todos los retoques que se había hecho, era como si me estuviera mirando en un espejo dentro de veinticinco años. Sus ojos eran del mismo tono verde claro, casi amarillo, que tanto llamaba la atención a la gente. De color «verde amatista», decían. Era como mirar un insólito diamante verde. Nuestro pelo era del mismo tono exacto de negro azabache; tanto era así que, cuando le daba la luz, parecía azul.

Me senté, apoyé los hombros en el respaldo de la incómoda butaca e inspiré hondo.

—Sí, papá se ha metido en un buen lío esta vez con Blaine.

Millie cerró los ojos y sacudió la cabeza. Me mordí la lengua de nuevo al recordar a mi padre, pálido y demacrado, con todo el cuerpo lleno de moratones, yaciendo casi sin vida sobre la cama del hospital.

—Ahora mismo está en coma. Hace cuatro semanas le dieron una paliza de órdago. Todavía no se ha despertado. Los médicos creen que podría ser por el traumatismo cerebral, pero no sabremos nada hasta que pase un tiempo. Le rompieron muchos huesos. Lleva todo el cuerpo escayolado —le expliqué.

—Por todos los santos. Qué salvajes —susurró, y se pasó la mano por el pelo para acomodarse un mechón suelto detrás de la oreja mientras se recuperaba del impacto que le había causado la noticia.

Millie era una gran manipuladora y sabía controlar sus emociones mejor que nadie que hubiese conocido. Ojalá yo tuviese ese talento. Lo necesitaba.

—Sí. Y la semana pasada, mientras lo velaba junto a su cama, uno de los matones de Blaine vino a verme. Me dijo que me fuera despidiendo de mi padre, que, si no le devolvíamos su dinero con intereses, lo matarían. Y que después irían a por mí y a por Maddy. La *deuda de los herederos* lo llaman. Total, que necesito conseguir un millón de dólares, y rápido.

La tía Millie sacó los morros y empezó a darse golpecitos con la uña del dedo índice sobre el pulgar. El incesante soniquete me estaba poniendo de los nervios. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquila, tan cruel? La vida de un hombre, mi vida y la de mi hermana pequeña pendían de un hilo. Sé que mi padre le daba igual, pero mi hermana y yo siempre habíamos sido su ojito derecho.

Millie me miró con unos ojos feroces que centelleaban con una emoción desconocida.

—Puedes conseguirlo en un año. ¿Crees que te darán un año si vas pagándoles a plazos?

Frunció el ceño hasta que sus cejas se tocaron mientras mantenía toda la atención fija en mí.

Se me empezaron a poner los pelos de punta y eché los hombros hacia atrás adoptando una actitud defensiva. Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Sé que Blaine quiere su dinero, y puesto que tuvimos algo hace tiempo, supongo que podría suplicarle. A ese puto sádico siempre le gustó verme suplicando de rodillas.

—Guárdate tus correrías sexuales para ti, preciosa. —Sonrió con malicia—. Visto lo visto, tendremos que ponerte a trabajar de inmediato. Sólo en las cuentas de mayor caché. Tenemos que organizarlo todo rápidamente. Quiero que estés aquí mañana a primera hora para la sesión de fotos, que durará todo el día. Haremos instantáneas, algunos vídeos, etcétera. Les pediré a mis chicos que las suban a la página segura al día siguiente.

Todo iba muy deprisa. Las palabras «puedes conseguirlo» resonaban en mi cabeza como una cuerda de salvamento, como si estuviese en una balsa en mar abierto rodeada de tiburones, aunque manteniéndome a flote.

—Pero ¿tendré que acostarme con ellos? Me refiero a que sé que hay distintos tipos de escorts...

Cerré los ojos mientras aguardaba su respuesta, hasta que sentí que algo cálido cubría mis manos. Eran las suyas.

—Preciosa, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Pero si pretendes conseguir todo ese dinero, deberías considerarlo. Mis clientes y yo tenemos un acuerdo no escrito, por así decirlo. Mis chicas se acuestan con ellos, y ellos añaden un veinte por ciento a sus honorarios. Ese veinte por ciento se deja en efectivo, en un sobre, en el cuarto de la chica o se le ingresa directamente en su cuenta. Representa que eso no tiene nada que ver conmigo ni con el servicio que ofrezco, ya que la prostitución es ilegal en California. —Millie se tocó la barbilla con el dedo índice—. Pero es justo que mis chicas perciban más por sus atenciones, ¿no te parece?

Me guiñó el ojo y yo asentí de forma débil sin saber qué pensar, pero conviniendo de todos modos.

—Te buscaré servicios de un mes entero. Es la única manera de conseguir un salario de seis cifras al mes. No obstante, yo no vendo sexo. Si te acuestas con ellos será porque quieres hacerlo, aunque seguro que, cuando veas a algunos de los hombres que tengo en la lista de espera, te replantearás el hecho de lanzarte a la piscina, por no hablar de la paga extra.

Sonrió y se puso de pie. Rodeó su mesa de cristal y se sentó. Se volvió hacia su

ordenador, indicándome sin palabras que ya podía marcharme. Me sentía pegada al asiento de piel, incapaz de moverme. No paraba de pensar en cómo diantres iba a hacer eso. Iba totalmente en contra de mis principios.

—Lo haré —me oí susurrar.

—Claro que lo harás. —Me miró por encima de la pantalla de su ordenador y sus labios compusieron una sonrisa torcida—. No te queda más remedio, si quieres salvar a tu padre.

El día siguiente fue un no parar. Me sentía como el personaje de Sandra Bullock en *Miss agente especial*. Me hicieron una limpieza facial, me exfoliaron, me depilaron la cara con pinzas y el cuerpo con cera. Me sentía como un alfiletero, y casi acabo dándole un puñetazo a la asesora de belleza que Millie había contratado para «arreglarme». Aun así, el resultado era innegable. Cuando me miré en el espejo apenas reconocía a la mujer que me devolvía la mirada. Mi cabello largo y negro brillaba como nunca y descendía por mi espalda y sobre mis hombros formando unos rizos perfectos. Y la luz sobre mi piel producía un efecto radiante. El bronceado normal que tantas semanas me había costado conseguir bajo el sol de California resplandecía ahora como la miel y resaltaba mis mejores rasgos. El vestido que me había puesto era de color lavanda, cómodo y refinado. Se ceñía perfectamente a cada curva y cada zona tonificada de mi cuerpo, produciendo el efecto deseado. Sexi y elegante. Cuando el fotógrafo me sentó sobre un frío banco de mármol blanco, parecía un ángel oscuro. Empezó indicándome él cómo debía colocarme, pero antes de darme cuenta ya había aprendido a poner morritos y esa mirada perdida en la distancia desprovista de emoción. Así era como debía permanecer a partir de ahora. Sin emociones.

Cuando terminamos, volví a ponerme mi ropa de calle, que siempre consistía en unos vaqueros y una camiseta ajustada, y me dirigí de nuevo al despacho de Millie, o de la *señora Milan*.

—Preciosa, ¡estas fotos son magníficas! Siempre supe que serías una gran modelo.

Hizo clic unas cuantas veces con el ratón mirando la pantalla de su ordenador mientras yo me acercaba para ver lo mismo que ella. Me quedé sin aliento al distinguir una de las imágenes que el fotógrafo me había hecho.

—Es increíble. —Me quedé sin palabras por un instante—. No me puedo creer que ésa sea yo.

Sacudí la cabeza conforme las imágenes se iban subiendo una a una a la página web de Exquisite Escorts. Si no acabara de hacerme las fotos, jamás habría creído que era yo.

Los labios de mi tía esbozaron una lenta sonrisa.

—Eres muy guapa. —Fijó sus claros ojos verdes en los míos—. Te pareces mucho a...

—Lo que tú digas. —Sacudí la cabeza y apoyé la cadera contra su mesa de cristal. No quería oírla decir lo mucho que me parecía a mi madre—. Y ¿ahora qué? —pregunté cruzándome de brazos, mientras sentía de repente un extraño deseo de protegerme frente a lo que fuera que sucediera ahora.

Se apoyó en el respaldo de su silla de piel negra con ojos centelleantes.

—¿Quieres ver a tu primer encargo?

Una lenta sensación de pánico ascendió por mi columna, pero enderecé los hombros y la miré con expresión neutra.

—¿Por qué no?

Millie se echó a reír y, después de hacer unos cuantos clics en su navegador de internet, me mostró la imagen de uno de los hombres más tremendamente atractivos que había visto en la vida. No le sobraba nada en absoluto. Incluso en su foto corporativa de la cara, su cabello rubio ceniza, sus ojos verdes y su mandíbula esculpida a la perfección eran algo fuera de lo común. Tenía el pelo largo, a capas, y ese aire desenfadado pero del todo estiloso que estaba tan de moda. No entendía nada. No parecía tener más de treinta años. Además, no era la clase de tío que necesitara pagar para salir con alguien. Parecía el tipo de hombre que volvía locas a las mujeres.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a... —señalé al atractivo hombre de la foto— necesitar a una escort?

Mi tía se recostó contra el respaldo de la silla, apoyó sus manos entrelazadas sobre el regazo y sonrió.

—Te ha elegido a ti. —Imagino que mi rostro reflejaba lo confundida que estaba, porque se apresuró a continuar—: Les envié personalmente las tres primeras fotos de prueba a él y a su madre. Trabajo mucho con ella. En fin, el caso es que a él le has gustado. Enviará un coche para recogerte mañana por la mañana. Está en la zona, pero tendrás que quedarte en su casa durante los próximos veinticuatro días.

Eché la cabeza hacia atrás tan rápido que parecía que me hubieran dado con un bate.

—¿Veinticuatro días? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo diantres voy a obtener trabajos o a presentarme a los castings?

No es que tuviese una brillante carrera como artista, pero tenía un agente de tres al cuarto que me conseguía algunos papeles de vez en cuando. Y, por otro lado, estaba el restaurante en el que trabajaba por las noches.

Millie me miró como si me acabase de crecer una segunda cabeza. Presionó los labios hasta formar una delgada línea y arrugó la nariz de un modo muy poco atractivo.

—Mia, vas a dejar todos tus otros empleos durante al menos un año. Ahora eres una

empleada remunerada de Exquisite Escorts. Tus encargos durarán entre uno y veinticuatro días, dependiendo de las necesidades del cliente. Y, puesto que necesitas conseguir mucho dinero en un plazo corto de tiempo, deberás aceptar los trabajos más exigentes. Cuando hayan pasado esos veinticuatro días, podrás volver a casa lo que queda del mes para relajarte, recuperarte y hacerte los tratamientos de belleza que necesites. Cuando empiece un nuevo mes en el calendario, se te reasignará otro trabajo.

—¡No me lo puedo creer!

Empecé a pasearme de un lado a otro de la oficina. Me sentía como un animal enjaulado que necesitaba liberarse. De repente entendí que mi vida, tal y como la conocía, había terminado. Se acabaron las citas normales (aunque no era que tuviese muchas últimamente). Se acabaron los castings, lo que significaba que mi carrera en ciernes como actriz pronto sería un recuerdo lejano, y apenas tendría tiempo de ver a papá, a Maddy o a Ginelle.

—Créeme, pequeña. Esto no es ninguna broma. Lo que tu exnovio le está haciendo a tu padre ha tomado esta decisión por ti. Tienes suerte de que te esté haciendo un hueco. No seas ingrata. Y ahora siéntate y cállate.

Su voz carecía por completo de su calidez habitual y se había transformado en el tono frío y formal de una empresaria resuelta.

—Lo siento.

Estaba intentando ayudarme, pero todo aquello había sido tan... repentino. Increíble. Me dejé caer sobre la silla delante de su mesa y enterré la cabeza entre las manos. Por más que me resistiera no iba a cambiar el resultado. Ahora era una chica de alquiler. Se me asignaría un hombre distinto todos los meses y, si me acostaba con ellos, sacaría un veinte por ciento más.

Negué y me eché a reír, lo que demostraba que me había vuelto completamente loca. Apoyé la cabeza en el frío cuero y miré hacia el blanco techo. Al cabo de un instante, una creciente determinación me relajó. Eso era lo que tenía que hacer. Dejar que un tipo sexi me llevase a aburridas cenas de negocios y a donde fuera que tuviera en mente. No tenía por qué acostarme con él y, ante todo, no debía enamorarme de él por nada del mundo. Al cambiar de hombre cada mes, no tendría tiempo de acabar colgada de él hasta las trancas como lo había estado en el pasado. ¿Quién ha dicho que tuviera que renunciar a mi carrera de actriz? ¿Qué mejor manera de perfeccionar mis habilidades de interpretación que siendo lo que aquellos hombres quisieran que fuese? Sería una persona diferente cada mes, y mi padre estaría a salvo. Si conseguía que Blaine accediera a que le pagara a plazos, podría funcionar.

Tras inspirar hondo, me levanté y le ofrecí la mano a mi tía. Su sonrisa era perversa pero sexi. Se le daba muy bien su trabajo.

—De acuerdo, señora Milan —dije enfatizando su nombre falso para darle a

entender que estaba dispuesta a comprometerme—. Al parecer, soy tu nueva *Calendar Girl*.

2

Weston Charles Channing III. Me quedé mirando el nombre mientras me preguntaba por qué iba a querer nadie tener un número romano detrás de éste. Seguro que era un pretencioso niño rico cuya mamá no quería sentirse avergonzada por las fulanas de Hollywood que solía llevar a sus pijos eventos. Al menos, en mi cabeza ésa era la única explicación posible que le encontraba al hecho de que alguien tan arrebatadoramente atractivo necesitara contratar a una escort. Hojeando las páginas, por fin encontré la lista de normas que la «señora Milan» me había dado la noche anterior.

1. Debes estar siempre perfecta. *Nunca dejes que el cliente te vea sin arreglar. Debes estar maquillada, peinada, con las uñas pintadas y con la ropa sin una arruga en todo momento. El cliente te proveerá de un fondo de armario de su elección. Su estilista personal ya dispone de tus tallas y preferencias.*

Puse los ojos en blanco y miré con anhelo a la nutrida pila de vaqueros que tenía en el organizador de armario. ¿Estilista personal? Joder, esa gente tenía demasiada pasta. ¿Tan difícil era escoger tu propia ropa? ¿Ya disponía de mis tallas? Genial. Ahora el tipo sabía que necesitaba perder unos cuantos kilos. Medir un metro setenta me daba la ventaja de parecer más delgada de lo que estaba, pero yo sabía que mi tía prefería a las chicas de una talla treinta y cuatro como mucho. Yo llevaba una voluptuosa cuarenta y dos, a veces una cuarenta y cuatro. Probablemente se me consideraría «talla grande» en el mundo de la moda.

«Te ha elegido a ti», me recordé a mí misma mientras llenaba una mochila pequeña de cosas básicas: crema hidratante, maquillaje, perfume, mi Kindle y una bolsita con mis joyas favoritas. No había nada de valor, pero eran mías, y necesitaba ser yo misma aunque fuera con algo tan insignificante. También cogí un diario nuevo y un set de

artículos de papelería personalizado. Pensé que, ya que esa experiencia iba a durar un año, debía aprender algo de ella. Joder, puede que incluso llegara a escribir el guion de una película sobre eso algún día.

Tras depositar la mochila sobre la silla repleta de cosas en aquel apartamento que alquilaba por cuatro chavos, continué leyendo el resto de la lista.

2. Sonríe constantemente. *Nunca te muestres enfadada, triste o sensible en modo alguno. Los hombres no contratan a mujeres para ocuparse de sus problemas emocionales. Contratan a mujeres precisamente para no tener que hacerlo.*

No mostrar emociones. Este punto ya lo tenía controlado. Había mantenido una buena charla conmigo misma al respecto después de hablar con Millie y de aceptar el trabajo.

3. No hables a menos que te estén hablando a ti. *Estás ahí para estar guapa y encantadora cuando se te requiera. Consulta con el cliente sus necesidades antes de acudir a algún evento social o profesional para que sepas cuál es tu papel.*

¿Qué tenemos? ¿Cinco años? Sé una Barbie. Lo pillo. Qué tontería.

4. Tienes que estar disponible en todo momento. *Si el cliente quiere quedarse más rato, te quedarás con él. Sé respetuosa, cuida tus modales y adelántate a sus necesidades. Si busca compañía, puedes ofrecerte a acurrucarte con él. El sexo no es obligatorio.*

¿Quería que me «acurrucara» con el cliente cuando lo que él pretendía era follar? Me partía de la risa. Sería un momento interesante: «Hola, tronco, ¿quieres acurrucarte conmigo?». Solté una carcajada y continué leyendo.

5. El sexo con los clientes no está incluido en el contrato. *Eres libre de decidir si quieres ofrecer compañía sexual, y Exquisite Escorts no se hace responsable de ello. No obstante, exigimos que todas nuestras chicas usen un método anticonceptivo que pueda demostrarse en un momento dado. Es posible que se te solicite que te sometas a un análisis de sangre.*

¿De dónde sacaba toda esta mierda? ¡Venga ya! ¿Quién iba a querer quedarse preñada de un hombre al que acababa de conocer y al que no amaba? Ah, claro, hombres ricos, mujeres estúpidas. La combinación perfecta para el desastre. Pero yo no

era una de esas mujeres. En cuanto mi padre estuviera a salvo y hubiese pagado su deuda, volvería a mi vida. Aunque no tuviera muy claro cuál era.

Miré el reloj y vi que era hora de marcharse. A pesar de que Millie quería que llegase en una de sus limusinas, le había asegurado que acudiría yo a encontrarme con el cliente. Había sido mi única condición. Si esa vez todo salía bien, para las siguientes estaría más dispuesta a que los clientes me recogieran. Pero por el momento tenía muchos recelos, de modo que acudiría en moto, aunque le había prometido que cogería un taxi. Al fin y al cabo, no se iba a enterar.

Me planté mis vaqueros negros más sexis y un top negro ceñido de rejilla. Me puse la chaqueta corta de cuero negro y un par de botas de ante altas hasta la rodilla. Sabía que Millie me mataría si me viera así, pero necesitaba el elemento sorpresa para tantear al tal Weston Charles Channing *tercero* antes de aceptar voluntariamente ser su acompañante durante las próximas cuatro semanas.

Por fin llegó el mensaje. Era de un número desconocido.

De: Número desconocido
Para: Mia Saunders
Estoy deseando conocerte. Playa de El Matador. Busca la escalera de hormigón que baja hasta la arena. Nos vemos pronto.

Qué enigmático. ¿Quería que nos viéramos en la playa a las ocho de la mañana? Sin perder un momento, saqué mi iPhone y le pedí a Siri que me indicara la dirección al ver que ya eran las siete. La voz automática encontró la playa y me informó de que estaba a nueve kilómetros y medio al noroeste de Malibú. Debía de estar cerca de su casa, porque desde mi estudio en el centro de Los Ángeles hasta la playa en moto había una hora exacta. Mi apartamento no era gran cosa, sólo unos cuantos metros cuadrados de espacio en los que el futón que había comprado por cincuenta pavos en un mercadillo de segunda mano hacía las veces de sofá y de cama, pero era lo único que podía permitirme. Eché un vistazo a mi alrededor y vi que lo había decorado de la manera más hogareña posible. Las paredes eran de un color beige claro y, aunque cada mueble era de su padre y de su madre y no pegaban, de alguna manera todo encajaba.

Era el primer lugar que había considerado como mío, y ahora tenía que dejarlo. Cogí la botella de agua que había sobre la encimera y vertí la que quedaba en ella en la maceta de la planta de bambú que tenía en el minúsculo banco de la cocina. Esperaba que sobreviviera. Conforme salía por la puerta con la mochila colgada al hombro y el casco en la mano, me di cuenta de lo mucho que aquella planta y yo teníamos en común, y esperé ser capaz de sobrevivir también a esa ausencia.

La gravilla suelta y las piedras salieron disparadas cuando *Suzi* se detuvo antes de impactar contra la viga de metal que terminaba justo antes de un precipicio rocoso. La escalera de hormigón que había estado buscando por toda la playa se veía perfectamente desde el aparcamiento. Esa sección de la playa era pequeña y parecía apartada. Era una fría mañana de lunes y sólo había un coche estacionado allí, seguramente porque la gente normal estaba trabajando a las ocho de la mañana de un día entre semana. No sabía qué pensar acerca de lo de encontrarnos allí, pero tampoco me molestaba del todo. Las vistas eran fantásticas, y la playa era increíble. Las olas azules corrían hacia la orilla coronadas con blancas nubes que desaparecían al llegar a la arena. De hecho, ésa era una de las pocas veces que había ido a la playa desde que me había trasladado allí hacía seis meses. Me había pasado la mayor parte del tiempo intentando hacerme un hueco en el mundo de la interpretación. El lugar no importaba. Sólo necesitaba largarme del desierto. El océano me recordaba a todo lo opuesto al seco calor de Las Vegas, y el mero contraste ya hacía que me resultase reconfortante.

En el agua, surfeando, había una figura solitaria. Observé cómo tomaba las olas como un profesional sobre la larga tabla amarilla. Inspeccioné la playa, pero no vi a nadie más. No había ningún vehículo más aparcado aparte del Jeep y mi moto. Igual no había llegado todavía.

Observé al surfista durante unos instantes más, mientras cabalgaba sobre una ola hasta la orilla. Se bajó como si la tabla lo hubiese conducido delicadamente hasta la arena. Por su nivel de equilibrio y su fuerza, diría que llevaba mucho tiempo surfeando. Puede que incluso diera clases en esa playa, aunque no había visto ningún edificio de ningún tipo en toda esa expansión de terreno. El hombre se sacudió el pelo y se soltó una tira que mantenía su tobillo unido a la tabla. No apreciaba sus rasgos desde esa distancia. Como a cámara lenta, el surfista se volvió en mi dirección. No podría verme porque todavía llevaba puesto el casco. Levanté la visera para mirarlo mejor y vi cómo se bajaba la cremallera del traje de neopreno y dejaba al descubierto una gran cantidad de músculos muy húmedos, fuertes y bronceados. Sacó primero un brazo y luego otro y se dejó el traje colgando de la cintura. Después levantó la tabla, se la colocó bajo el brazo y trotó hacia la playa.

Totalmente fascinada, observé cómo su cuerpo se desplazaba por el paisaje. Daba gusto verlo. Le confería un nuevo sentido a la palabra *bombonazo*. Continuó acercándose, y sus cuadrados pectorales y sus tonificados abdominales se distinguían mejor conforme se aproximaba. Esa parte tan sexi de su cuerpo que descendía formando una V exquisita estaba salpicada por granos de arena y agua de mar. Me sorprendí a mí misma preguntándome cómo sabría. Salado, por el océano, con matices de su sabor natural.

Un repentino calor me inundó al verlo subir la escalera hasta el rellano en el que me

encontraba. Empecé a sentir unos fuertes latidos en los oídos, como si el vaivén del mar estuviese rugiendo dentro del confinado espacio de mi casco. Era como cuando todas las ventanas del coche están cerradas y alguien abría una. De repente te inundaba ese horrible sonido que penetraba en tu oído como si fuera algo físico y te golpeaba el tímpano.

Lentamente, me quité el casco y sacudí el cuello hacia atrás para dejar que mi pelo se soltase y cayese, libre de los estrechos confines. Inspiré hondo al ver que el hombre al que estaba esperando se detenía en lo alto de los escalones y se me quedaba mirando. Su mirada era... intensa, libidinosa. Las gruesas gotas de agua que empapaban su pelo caían sobre sus anchos hombros y su torso, que parecía esculpido por los mismísimos dioses.

Su mirada ascendió desde mis botas hasta mis piernas, y desde éstas hasta mi pecho. Luego me miró a los ojos.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo con una sonrisa.

—Sí, una sorpresa.

Me lamí los labios, que de repente se habían quedado secos, y me los mordí. Él se dirigió con elegancia al Jeep Wrangler 4 x 4 gris. No era un coche caro, aunque parecía estar en buenas condiciones. No tenía la capota, imagino que para poder dejar la tabla de surf en la parte trasera sin problemas. ¿Serían ligeros esos trastos? Suponía que no, pero él hacía que pareciese que no pesaba nada. Los músculos de sus brazos se tensaron y se estiraron mientras colocaba la tabla, y una ola de excitación inundó todos los poros de mi cuerpo.

—¿Eres Mia? —preguntó mientras me bajaba de la moto.

Me aproximé y me aseguré de hacerlo meneando bien las caderas. Me pareció que sus ojos brillaban de admiración mientras acariciaba mi figura con la mirada.

—Sí. Y ¿tú eres Weston Charles Channing tercero? —Levanté tres dedos y apoyé una mano en la cadera.

Soltó una carcajada y se recostó contra el lateral del Jeep, lo que me proporcionó una vista aún mejor de su torso desnudo. Joder, era perfecto. Me estaba mirando a los ojos, y vi que los tenía de color verde oscuro.

—Tercero. —Imitó mi gesto—. Mis amigos me llaman Wes —dijo como si tal cosa.

—Y ¿yo soy tu amiga? —pregunté con fingida timidez.

—Por soñar, que no quede, señorita Mia. —Me guiñó el ojo y se dio la vuelta.

Empezó a rebuscar en la parte trasera del Jeep. Sacó una camiseta blanca y se la puso rápidamente, cubriendo con ella su hermoso cuerpo. Casi le agradecí la distracción. Al instante, la estúpida Barbie desapareció y la inteligente Mia ocupó de nuevo su lugar.

—¿Estás lista?

—Tú pagas, tú decides dónde y cuándo —le espeté.

Wes se lamió los labios, me miró de nuevo, sonrió y negó con la cabeza.

—Me ofrecería a llevarte, pero veo que has traído tu propio vehículo.

—Pues sí. Te seguiré.

Para cuando llegamos a su casa en Malibú, mi libido estaba completamente controlada, aunque imaginaba que no tardaría mucho en alterarme de nuevo. Las puertas de su casa se abrieron, y yo lo seguí con la moto por un pequeño y serpenteante acceso hasta que se detuvo delante de una vivienda que parecía más típica de montaña que de playa. No es que fuera una cabaña, pero estaba hecha de piedras gigantes entremezcladas con madera. La frondosa vegetación que la rodeaba por todas partes hacía que pareciera enclavada en un jardín oculto y secreto.

Me quité el casco, cogí mi mochila y lo seguí por unos escalones de piedra. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave cuando la abrió. Supongo que si vives en Malibú y tienes unas enormes puertas y una valla que rodea tu propiedad, no necesitas preocuparte mucho por la seguridad. A lo mejor tenía la seguridad en otro lado.

Entramos en una sala inmensa en cuyo centro había unas vigas de madera vistas. El suelo, de cara madera de cerezo, se extendía por todo aquel espacio palaciego y estaba cubierto por unas alfombras de colores rústicos y oscuros y unos lujosos sofás de color bermellón que parecían lo bastante mullidos como para que se pudiera correr y saltar sobre ellos. Era una estancia luminosa y espaciosa, y estaba rodeada de ventanas. El centro de entretenimiento era enorme y ocupaba toda una pared de quince metros. Diseminados por los distintos estantes había libros y una amplia variedad de DVDs. Tapices de tonos vibrantes cubrían las paredes. Allá donde el ojo posara la mirada había plantas y obras de arte. No era para nada lo que habría esperado de un hombre que suponía que no llegaba a los treinta. Me apunté mentalmente que tenía que preguntarle la edad y a qué se dedicaba en algún momento. Había que ser muy listo o tener mucha pasta para poseer todas esas cosas.

—Esta casa es increíble —dije mientras me acercaba a unas puertas francesas abiertas que daban a un balcón de madera con una barandilla de hierro forjado.

Desde allí se veían las ondulantes montañas y unas amplias vistas que parecían extenderse sin fin hasta el horizonte. Al vivir en el centro de Los Ángeles, no tenía la oportunidad de apreciar el sur de California de esa manera.

Wes sonrió y me cogió de la mano. La suya era cálida y suave. Era agradable.

—Ven aquí. Te enseñaré qué fue lo que me atrajo de este lugar.

Tiró de mí por el balcón hasta el otro lateral de la inmensa casa.

Cuando por fin llegamos al otro lado del envolvente porche, el paisaje me dejó sin

aliento.

—Madre mía —susurré totalmente fascinada.

Me apretó la mano con firmeza y sentí que un rayo eléctrico ascendía por mi espalda hasta el cuello. Desde allí se veía a la perfección el océano Pacífico; se extendía por toda la mitad de la casa. Mientras señalaba la zona arenosa que había junto a un terreno rocoso, Wes se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Ésa es la playa de El Matador —dijo tan cerca de mí que sentí cómo su aliento besaba la piel de mi cuello. Casi podía ver el lugar en el que había estado surfeando desde allí.

—Es... —No encontraba las palabras.

—Increíble, lo sé —dijo, pero no con petulancia.

Parecía admirar aquellas vistas tan maravillado como yo, cosa que me sorprendió. A pesar de vivir allí y de verlo todos los días, seguía fascinado frente a aquel regalo. Entonces me di cuenta de que tal vez me hubiese apresurado al juzgarlo como el típico niño rico de mamá. Sus ojos reflejaban madurez, lo hacían parecer mayor de lo que era. Me agarró de la mano otra vez y tiró de mí hacia la casa.

—Deja que te enseñe tu habitación.

Lo seguí a través de aquella casa de varios cientos de metros cuadrados. Pasamos junto a un montón de habitaciones corriendo y apenas pude ver nada. Se me hacía raro que siguiera cogiéndome de la mano, pero no dije nada por miedo a que me la soltara. Me resultaba agradable notar su palma, grande y caliente, sobre la mía. Hacía muchos años que no me sentía tan segura y protegida.

Wes me guio hasta una puerta doble. Me soltó la mano y abrió las dos hojas a la vez.

—Éste será tu hogar durante los próximos veinticuatro días. —Sonrió mientras yo entraba.

La habitación era blanco sobre blanco. Todo: los muebles, la ropa de cama e incluso las obras de arte eran de distintos tonos de blanco, con apenas unos leves toques de color. Suponía un drástico contraste en comparación con el intenso colorido que poseía el salón. Fruncí el ceño sin darme cuenta.

—¿No te gusta? —Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

Se acercó y abrió otra puerta doble. Dentro había una cantidad ingente de ropa, de distintos colores, texturas y materiales. Esto ya me gustaba más. Podía mudarme a ese vestidor. Parecía lo bastante grande. Pasé los dedos por la ropa colgada. Todas las prendas conservaban su etiqueta.

—Es preciosa, gracias. ¿Por qué no me hablas un poco de los motivos por los que estoy aquí? —pregunté mientras salía del vestidor y me sentaba en la cama.

Wes era un hombre alto y fuerte, pero no fornido. Medía más de un metro ochenta y

era esbelto. Poseía el cuerpo de un nadador que pasaba bastante tiempo levantando pesas en el gimnasio.

Inspiró hondo, se llevó la mano a la barbilla y se sentó, apoyando el codo en el brazo del sillón.

—Mi madre —dijo, como si eso explicara todos los secretos del universo. Enarqué una ceja, y él sacudió la cabeza—. Durante las próximas semanas tengo que asistir a muchos actos profesionales y particulares. Llevar a una mujer del brazo me ayudará a mantener a raya a las personalidades y cazafortunas que suelen competir por mis atenciones y que me impiden establecer los enlaces sociales que me interesan.

—Entonces ¿necesitas a alguien para espantar a los buitres? —Solté una carcajada, me crucé de piernas y me quité una de las largas botas. Estiré la otra pierna y repetí el proceso.

Wes asintió mientras observaba, por lo visto embelesado, cómo yo movía los dedos de los pies bajo los calcetines. De repente se llevó la mano a la boca y, cuando miré mis pies, entendí que era un vano intento de contener la risa.

Me había puesto los calcetines navideños, largos hasta la rodilla y con rayas verdes y rojas. Qué vergüenza. Por no hablar de que estaba segura de que acababa de saltarme una de las normas de Millie por llevar unos calcetines tremendamente espantosos. Me mordí el labio y miré a Wes con timidez, pero él seguía manteniendo una sonrisa traviesa.

Puse los ojos en blanco.

—Me he vestido a oscuras —refunfuñé.

—Salta a la vista. —Se echó a reír—. Qué monada.

—¿Monada? Eso es como dar el beso de la muerte. —Lo miré con recelo—. ¿Te parezco mona? Pues, lo siento, ¡no se admiten devoluciones! Tú lo has dicho, pasaré aquí veinticuatro días. —Me puse de pie con los brazos en jarras.

Él se recostó contra el respaldo y entonces cruzó los tobillos. Vaya, no me había dado cuenta de que iba descalzo. Tenía los pies largos, bonitos y bien cuidados. Llevaba un poco de arena en el arco del empeine. La libido que había conseguido dominar minutos antes y que había guardado en un cajón asomó y empezó a fijarse en los más mínimos detalles del hombre que estaba ante mí. Qué injusticia. Tenía sexis hasta los pies.

—Relájese, señorita Mia. Me refería a los calcetines, no a ti. Tú eres, probablemente, una de las mujeres más arrebatadoramente hermosas que he tenido el placer de contemplar. Estoy deseando verte desnuda. —Torció los labios esbozando una seductora sonrisa y sus ojos se tornaron ardientes.

Inspiré despacio y observé cómo se levantaba. Nos sostuvimos mutuamente la mirada y nos pasamos lo que me parecieron varios minutos clasificando los sutiles

matices del otro.

—Esto..., bueno, me alegro de que pienses que soy lo bastante guapa como para estar aquí. Como he dicho, vas a tenerme aquí todo el mes, así que... Un momento... —De repente caí en la cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Perdona? ¿Que estás deseando verme desnuda? —Las palabras salieron a borbotones de mis labios—. Eso no está incluido en el contrato...

—Ya, soy plenamente consciente de lo que estipula el contrato —respondió él acercándose a mí. Después deslizó una mano por mi cintura, me levantó y me pegó a su cuerpo.

Sofoqué un grito al notar la firme dureza de una enorme erección contra mi vientre. Examinó mi expresión y se inclinó hacia mi rostro hasta estar tan cerca que sentí su aliento contra mis labios calientes.

—Si consigo que te desnudes, no será porque pague por ello.

Los labios de Wes rozaron la piel justo detrás de mi oreja, donde plantó un beso tan suave como un susurro. Me quedé completamente quieta, y un intenso placer se disparó desde todas mis extremidades. Todos mis nervios se pusieron en alerta, esperando su siguiente caricia. Su áspera mandíbula se deslizó por la suavidad de la mía, provocándome escalofríos. Una ola de calor se instaló entre mis piernas.

—Te quitarás la ropa para mí cuando estés preparada. Ni siquiera tendré que pedírtelo —susurró antes de darme un leve beso justo en la comisura de los labios.

Luego se apartó, y sus ojos verdes centelleaban de lujuria contenida.

—Tengo trabajo que hacer en el despacho. Estás en tu casa, no dudes en darte una vuelta por ahí, tomar el sol o usar la piscina. Necesito que estés lista y con un vestido de cóctel a las cinco en punto. Tenemos que asistir a una cena de negocios —dijo, y después de darme un último apretón en la cadera, dio media vuelta y se marchó, dejando en mi piel la sensación fantasma de sus manos.

«Mierda —maldije algo mareada después de haber estado conteniendo la respiración tanto tiempo. Cuando sus labios me habían rozado detrás de la oreja, había perdido la capacidad de respirar—. Esto no entraba en mis planes.»

3

La piscina estaba climatizada y me resultó refrescante. Usé mi tiempo libre para trabajar en mi bronceado y realizar algo de ejercicio haciendo unos largos. Weston, o *Wes*, como le gustaba que lo llamasen, no asomó en ningún momento. Me lo imaginaba detrás de una de las numerosas puertas cerradas por las que había pasado de camino al patio.

Mientras me secaba al sol, una mujer menuda pero bastante redonda y vestida con unos caquis y un suéter salió al patio portando una bandeja. Como por acto reflejo, fui a cubrirme con una toalla inexistente y miré a mi alrededor. Ella sonrió y se acercó a una cesta que había en una esquina junto a la puerta.

—Aquí tienes, querida —dijo con acento británico mientras me entregaba la toalla.

Su cabello entrecano y sus cálidos ojos marrones me recordaron a una Mary Poppins algo mayor.

—Hola, soy Mia.

Me cubrí por completo con la toalla para ocultar el minúsculo biquini rojo que había encontrado en el vestidor. Había muchos más, pero eran todos igual de pequeños, así que había cogido uno al azar.

Mary Poppins sonrió y me tendió sus pequeñas manos.

—Yo soy la señora Croft. Me ocupo de la casa y preparo la comida para el señor Channing y demás.

Asentí, me escurrí el exceso de agua del pelo y me lo recogí en una cola de caballo.

—Quería traerte un pequeño piscolabis, presentarme e informarte de que, si necesitas algo, puedes llamarme pulsando el botón de asistencia de los interfonos que hay instalados en todas las estancias. —Señaló el panel de botones que había en la pared exterior—. Me aseguraré de proporcionarte tu programa diario y las actividades del señor Channing para que puedas estar preparada. ¿Te parece bien que te lo meta por debajo de la puerta por las mañanas?

Me encogí de hombros. Estaba allí contratada, igual que ella, sólo que a mí me pagaban por estar guapa y ahuyentar a las niñas ricas. Ambas teníamos cruces que soportar.

—Como quiera, soy bastante fácil de complacer.

La señora Croft me miró de arriba abajo y ladeó la cabeza. Una sonrisa traviesa adornó sus finos labios.

—Tengo la sensación de que eres de todo menos fácil de complacer, querida. —Me guiñó el ojo—. Esto va a ser interesante —comentó vagamente antes de dar media vuelta y regresar al interior de la casa.

A saber a qué se refería con «esto». Me quedé observando las fantásticas vistas una vez más y pensé: «Será una buena forma de conseguir dinero fácil. Un tío que está cañón, del que NO me voy a enamorar, en una casa con unas vistas impresionantes y con un montón de ropa nueva». De momento parecía que me había tocado la lotería con ese trabajo. A través de las puertas abiertas del patio miré el reloj que había en la cocina y vi que tenía una hora y media antes de que el surfista rico y buenorro necesitase a su nueva «acompañante» en mi primer día.

Decidí que iba a poner todo mi empeño en sorprenderlo, y no sólo con mis calcetines navideños.

El señor Channing llegó a mi puerta, la golpeó enérgicamente y entró sin esperar a ser invitado. «Nota mental: no te vistas en el cuarto o puede que le regales un *striptease* al señor de la casa». Aunque algo me decía que no le habría importado en absoluto, visto el modo en que sus ojos recorrieron mi figura de arriba abajo, no una, sino dos veces. Las vistas a ese lado de la habitación tampoco estaban mal. Vestía un traje negro hecho a medida y estaba de toma pan y moja. Llevaba una camisa blanca con el cuello abierto que dejaba ver un poco su masculina garganta. Sostenía tres corbatas al tiempo que observaba mi atuendo.

Me había puesto un vestido de cóctel de color berenjena intenso. Tenía pedrería en el cuello *halter*, que descendía en dos franjas de tela por encima de mis pechos, dejando el centro abierto, mostrando un escote de infarto. Después se cruzaba a la altura de las costillas, con más pedrería, y dejaba unos seductores cortes en la parte más estrecha de mi cintura. Jamás había llevado nada tan sexi, elegante y caro. Me sentía como Elizabeth Taylor en uno de sus anuncios de diamantes. La falda caía en forma de A y acababa recatadamente a la altura de la rodilla. Aunque tengo un pecho generoso y no podía ponerme sujetador, ya que llevaba la espalda al descubierto, todo quedaba en su sitio, pues el vestido contaba con una especie de sujetador incorporado. Me sentaba muy bien, pero lo mejor de todo es que me sentía guapa por primera vez en

mucho tiempo.

—Vaya —fue todo cuanto Wes logró articular.

El pasmo se reflejaba claramente en su atractivo rostro de rasgos marcados. Levantó las tres corbatas y luego me las mostró.

—¿Cuál? —dijo, y tragó saliva para aclararse la garganta.

Sonreí con malicia, satisfecha de haber utilizado ese comodín por sorpresa. Puede que de normal vaya de motera macarra, pero sé que soy muy resultona cuando me arreglo.

Todas las corbatas eran muy bonitas, y una combinaba mejor que el resto con mi vestido, pero en lugar de seleccionar una, agarré el cuello de su camisa con las dos manos, se lo levanté y se lo coloqué por encima de las solapas del traje.

—Mejor sin. Estás tremendo.

No veía razón para no ser sincera. Estaba tremendo.

Su boca formó una sonrisa insoportablemente sexi. Me mordí el labio y sentí que el encaje de mis bragas se humedecía. Mierda, si no paraba, me acabaría abalanzando sobre él. Como Ginelle me había recordado sin tacto alguno esa mañana, hacía meses que no me tocaba ningún hombre; aunque, para ser sincera, hacía más bien un año. Después de lo de Blaine no quería saber nada de ellos, y me había pasado el año entero diciéndome a mí misma que podía llevar una vida monacal siempre y cuando tuviese un vibrador y un montón de masa de galletas a mano. No obstante, al ver al hombre que tenía delante, ya no estaba tan segura de que lo del celibato fuese tan buena idea. Aun así, por el momento, me conformaba con bajarle los humos al surfista cañón.

—A madre no le gustará —susurró antes de agarrarme de la muñeca y tirar de mí.

Me tambaleé sobre los vertiginosos tacones de aguja que su *personal shopper* había comprado y caí encima de él, de manera que nuestros pechos quedaron pegados. Mis manos aterrizaron sobre la firme musculatura, que podía palparse incluso a través de la camisa y la chaqueta.

Cuando levanté la vista, me estaba mirando.

—Y ¿siempre haces lo que te dice tu mamá? —lo desafié.

Se echó a reír y sus ojos se tornaron de un precioso verde trébol. Pensé que podría quedarme mirando esos ojos durante días y sentir que había ganado un premio.

—No, pero es un evento que ha organizado ella. Me gusta ser un buen hijo cuando toca. —Se inclinó e inhaló profundamente junto a mi cuello—. Por Dios, hueles a sol y a la fresca brisa de verano —dijo recorriendo mi barbilla con los labios.

Una excitación instantánea hizo que se me pusiera todo el vello de punta, desde las raíces del pelo hasta los pies.

—Y estás arrebatadora —continuó, y me besó en la comisura del labio de nuevo, sin que nuestras bocas llegaran a tocarse.

Estuve a punto de gruñir de frustración, pero imagino que todo aquello formaba parte de su juego, y se le daba muy bien. Era evidente que disfrutaba del arte de la seducción. Y en esos momentos, estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde —le advertí.

Wes sonrió y tiró de mi mano, dándome media vuelta y guiándome fuera de la habitación. Apenas me dio tiempo de coger el bolso a juego en el que tenía el móvil, la barra de labios y el carnet de identidad. Cuando llegamos a la puerta para marcharnos, la señora Croft nos estaba esperando allí. Tenía un puñado de pañuelos de bolsillo en la mano. Se quedó mirando mi vestido, escogió el que más combinaba con él y empezó a metérselo a Wes en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya está. —Le pasó las manos por la chaqueta del traje para alisárselo—. Estás perfecto, muchacho.

Los ojos le brillaban como si estuviese preparando a su hijo para el baile de graduación. Era un poco raro, pero decidí no mencionarlo. Wes dejó las corbatas en sus hábiles manos.

—Gracias, Judi. —Se inclinó hacia adelante y la besó en su arrugada mejilla. Después se volvió hacia mí, me miró de nuevo de arriba abajo y se volvió una vez más hacia su criada barra cocinera barra ama de llaves..., no tenía muy claro qué era—. El vestido es perfecto —añadió dándole las gracias.

Luego me guio hasta la limusina que nos esperaba frente a la casa.

«¿Judi ha comprado la ropa?» Al ver el tamaño de la limusina, todos mis demás pensamientos desaparecieron de repente y me quedé boquiabierta. Era larga, más larga que nada que hubiese visto jamás. Nunca había ido en limusina pero, conforme nos acercábamos, Wes ladeó la cabeza y me miró con una sonrisa divertida.

—¿Habías montado en una limusina antes? —preguntó, era evidente que estaba pasándoselo en grande a mi costa.

Enderecé los hombros y caminé hacia el vehículo como si fuese algo que hubiera hecho un millón de veces.

—Pues claro que sí —respondí, y abrí la puerta.

Se llevó una mano a la boca, se agarró el codo con la otra y se echó a reír. Sentí vergüenza al no saber qué le resultaba tan gracioso.

—Entonces ¿por qué razón estás intentando entrar en el asiento del acompañante? —dijo señalando hacia la puerta que yo mantenía abierta.

Me asomé y vi el volante del conductor. Cuando corregí mi postura, me di cuenta de que había un caballero vestido con lo que debía de ser el negro uniforme de un chófer sosteniendo abierta la negra puerta trasera.

—No iba a sentarme —repuse—. Sólo quería preguntarle al conductor adónde íbamos —y me dirigí hacia la puerta abierta roja como un tomate.

—Ya. —Wes colocó una mano sobre mis lumbares y me instó a entrar riéndose por lo bajini.

Una vez sentados, me ofreció una copa de champán, que acepté de buena gana.

—Gracias.

Sonrió y se sirvió una también. Chocamos las copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—Por que seamos amigos, ¿qué te parece? —Sonrió y posó su cálida mano en la parte superior de mi muslo, mucho más arriba de lo que lo haría un «amigo», pero me gustó sentirla ahí—. Buenos amigos.

Me mordí el labio, y su mirada descendió hasta mi boca.

—¿Amigos con derechos? —inquirí enarcando una ceja para conseguir un mayor efecto mientras me cruzaba de piernas.

Él subió la mano unos centímetros más, hasta que empezó a tocar mi muslo desnudo.

Fijó su ardiente mirada en mis ojos y me hizo sentir calor, mucho calor.

—Joder, eso espero —susurró, y se inclinó hacia mí.

Con el fin de frustrar sus planes y mantener mi cordura, levanté la copa de champán, me la llevé a los labios y bebí un buen trago del burbujeante líquido.

Wes se apoyó en su asiento de nuevo, gruñó y se acomodó la entrepierna de una forma muy poco sutil. Me entró la risa tonta y me lanzó una mirada asesina mientras negaba con la cabeza y sonreía. Sí, iba a disfrutar de ese juego del gato y el ratón. Aunque, en ese momento, no estaba segura de quién era el gato y quién el ratón. Al fin y al cabo, me lo estaba pasando tan bien que me daba igual.

Llegamos a una ostentosa mansión en las colinas de Malibú, no muy lejos de la casa de Wes. Subiendo los escalones pude ver a la gente reunida a través de las ventanas. Todo el mundo iba de punta en blanco y tenía una bebida en la mano. La mayoría de las mujeres presentes parecían tener mi edad, cosa que me pareció curiosa, ya que los hombres eran mayores.

—¿A qué te dedicas, por cierto? —susurré mientras me guiaba hacia el bar.

Cuando entramos caí en la cuenta de que tenía muy poca información sobre qué se suponía que debía hacer, aparte de mantener a las zorritas de Hollywood a raya.

—Escribo guiones —dijo sin darle importancia mientras esperábamos a que nos atendiera el camarero.

Se me hacía raro que hubiese un bar dentro de la casa de alguien, pero la sala en la que nos encontrábamos era enorme, parecía un salón de baile, así que quizá no fuera tan extraño. Había varias lámparas de araña colgadas en el techo, y una pared de ventanales daba a una panorámica del océano, como en casa de Wes, sólo que a una escala mucho más lujosa. Esa persona estaba podrida de dinero, a diferencia de él, que sólo tenía pasta para dar y regalar.

Me pasó otra copa de champán.

—¿Guiones para obras de teatro? —pregunté mientras inspeccionaba el área.

Al instante vi a una manada de chicas muy emperifolladas dispuestas a atacar desde un rincón. No perdían de vista a Wes, y en sus ojos se reflejaba el símbolo del dólar.

—Más bien para películas.

—Vaya, ¿habré visto alguna? —Me volví hacia él y sonrió.

—Probablemente —respondió con una risita, y bebió un trago de una bebida de color ámbar de un vaso de cóctel.

Podía oler el whisky a un kilómetro de distancia, y no me traía buenos recuerdos. Me estremecí y centré de nuevo la atención en aquellas buitres.

Wes posó una de sus manos sobre mi hombro descubierto y entornó los ojos.

—¿Qué pasa?

Inspiré profundamente y me obligué a suprimir la frustración que sentía con respecto a mi padre y su adicción a la bebida y al juego, que me habían metido en ese lío en primer lugar. Sacudí la cabeza.

—Nada.

Me levantó el rostro apoyando un dedo en mi barbilla y me miró a los ojos.

—Te pasa algo. No voy a volver a preguntártelo —me advirtió.

Le quité importancia con aire despreocupado.

—No soporto el olor del whisky, no es nada importante.

De repente, me soltó el hombro. Dejó el vaso sobre la barra y le hizo un gesto al camarero.

—He cambiado de idea. Querría un gin-tonic, por favor —dijo, y el hombre asintió.

—No tenías por qué hacer eso —empecé, pero Wes me interrumpió levantando una mano hasta mi mejilla.

Acunó mi rostro en ella y me acarició con dulzura el labio inferior con el dedo pulgar. A continuación, dejó el dedo quieto sobre mi labio. Me moría de ganas de sacar la lengua y lamérselo para probar su sabor. Pero no lo hice, por miedo a lo que pudiera hacer o pensar.

—Quería hacerlo —repuso—. Ven, voy a presentarte a madre.

Lo seguí haciendo un esfuerzo sobrenatural. Lo único que deseaba en ese momento era salir por la puerta doble, dirigirme a la playa, meterme en el agua y ahogarme. ¿Qué narices estaba haciendo yo en una fiesta de alto postín, del brazo de un hombre que escribía guiones de películas y que tenía más dinero del que jamás vería en mi vida? Era la hija de un jugador de Las Vegas, mi madre me había abandonado de pequeña, trabajaba sobre todo sirviendo mesas y hacía relativamente poco había intentado hacer mis pinitos como actriz.

Wes me guiaba a través de la multitud. Pequeños fragmentos de conversaciones

sobre vacaciones exóticas, la última película de acción, quién era quién en Hollywood y qué gran empresa estaba haciendo qué inundaron mi mente conforme pasábamos junto a cada pequeño grupo. Los hombres me miraban con admiración al verme; sus mujeres, no tanto. Los morros de pato y la anorexia eran claramente la última tendencia, y yo no tenía ni una cosa ni la otra; además, mi vestido no dejaba casi nada a la imaginación.

Avanzamos entre el gentío hasta el otro extremo de la sala, en el que había un conjunto de butacas de respaldo alto y algunas estanterías con libros. Una mujer en la cincuentena estaba de pie junto a un hombre que se parecía de forma sospechosa a Wes. Él también era alto y tenía el pelo rubio, sólo que ese distinguido caballero de traje gris oscuro a juego con el vestido rosa claro de su mujer tenía la constitución de un defensa de fútbol americano, a diferencia del físico más delgado de nadador/surfista de Wes.

—Madre, padre —dijo él dirigiéndose a la pareja.

La mujer tenía el pelo rubio claro, casi blanco, y unos llamativos ojos azules. Tenía los labios generosos, como su hijo, y cubiertos de un pintalabios malva que iba muy bien con su tono de piel y los colores de su vestido. Llevaba el pelo recogido en un perfecto torcido francés y lucía un collar y unos pendientes de perlas. Era la encarnación de la elegancia clásica.

El Channing de más edad le dio una palmada a su hijo en la espalda.

—Hijo —dijo con orgullo.

Su madre lo besó en ambas mejillas sin que sus labios llegasen a tocarle la piel, algo que, normalmente, parecería un gesto pretencioso, pero después colocó las dos manos sobre su cara y le sonrió con cariño a su hijo.

—Veo que al final te decantaste por mi opción —oí que le susurraba, y después se volvió hacia mí.

Los nervios que había sentido antes de conocer a Wes habían vuelto, multiplicados con creces. «¿La madre me eligió?» Sabía que ella y la tía Millie se conocían, pero me parecía raro que una madre escogiera a la escort de su hijo. Me daba un poco de repelús pensarlo.

Wes me miró y apoyó una mano sobre mi espalda. Sentí un calambre al notar el contacto de su piel contra la mía. Había olvidado que tenía toda la espalda descubierta, excepto por los dos tirantes de cuentas de cinco centímetros de ancho que se cruzaban a la altura de los omóplatos. El resto estaba completamente abierto hasta la cintura. Trazó pequeños círculos con las puntas de los dedos y sentí que el calor de sus manos me quemaba la piel. Me estremecí y me acerqué más a él sin que me lo hubiera pedido.

—Madre, padre, ésta es Mia Saunders, mi acompañante. —Sonrió, y yo les ofrecí la mano—. Mia, éste es Weston Channing II, y mi madre, Claire.

—Encantada de conocerlos, señor y señora Channing.

La madre de Wes cruzó un brazo sobre su pecho y se llevó una mano a la mejilla.

Tenía un precioso rubor en la cara y mostraba una sonrisa tan amplia que tuve la sensación de que se estaba riendo por dentro de alguna broma privada. A continuación, se inclinó hacia su marido.

—¿A que es impresionante? —le dijo.

Me guiñó un ojo y sacudió la cabeza.

—Esto..., ¿gracias? —dije, y su esposo se echó a reír.

—Me alegro de conocerla, señorita Saunders.

—Pueden llamarme Mia.

El hombre inclinó la cabeza.

Al parecer, la conversación había terminado, porque dio media vuelta y agarró a Wes del brazo.

—Bueno, hijo, háblame de tu último proyecto. Tengo entendido que quieren ofrecerte el tres por ciento del presupuesto. Eso se traduce en que sólo obtendrías tres millones, cuando ellos se están embolsando varios cientos de millones gracias a tu última serie, «Honor». Tienes que subir la apuesta. —Su voz resonaba con un timbre intenso.

La serie «Honor». ¡Weston Channing III había escrito la maldita serie «Honor»! ¡Qué puta pasada! Sus películas habían sido grandes éxitos... ¿Qué digo *grandes*? ¡Enormes! Desde la primera, *El honor de Jeramiah*, que se había estrenado hacía tres años. Habían sacado una cada año desde entonces. Eran unas películas épicas que combinaban con gran originalidad la búsqueda del amor de un soldado con copiosas cantidades de sangre, violencia, explosiones, patriotismo y algunas escenas subidas de tono fantásticas, y todos esos elementos las habían convertido en éxitos de taquilla.

—... van a darme el diez por ciento del presupuesto general y me ofrecen la posibilidad de dirigir. —La profunda voz de Wes me sacó de mi estupor.

Justo en el momento en que acababa de digerir el hecho de que se me había contratado para un mes entero con los derechos de una película, un par de mujeres aparecieron detrás de Wes.

Las dos busconas se quedaron esperando pacientemente a que él advirtiera su presencia. Una jugueteaba con uno de sus rizos rubios de bote. Llevaba un vestido sin tirantes dorado espantoso, tan ceñido que las enormes tetas de plástico que tanto se esforzaba por mostrar le iban a estallar de un momento a otro. Inspeccioné con detenimiento su conjunto y me dio vergüenza ajena. La morena que estaba a su lado no era mucho mejor. Tenía las tetas operadas también; una, por cierto, más grande que la otra. Lo sé porque se veían casi al completo a través de la finísima tela del vestido que llevaba pegado al cuerpo. Sus pezones estaban duros, y quise explicarle que necesitaba frotárselos y calentárselos para no seguir haciendo el ridículo, pero algo me decía que deseaba llevarlos así.

«Que empiece el espectáculo.» Debía ganarme los cien mil dólares de sueldo. Aunque sólo de pensar que todo ese dinero iba a acabar en manos de Blaine al terminar el mes, me entraban náuseas. En cuanto mi padre se recuperase, pensaba echarle una buena bronca por haberse metido en ese lío.

—Oye, cielo, creo que hay unas personas por ahí —señalé aleatoriamente al otro lado de la sala, pero le indiqué a Wes con los ojos que mirara detrás de él.

Él lo pilló a la primera y miró por encima del hombro. Zorrita uno y zorrita dos se apresuraron a sacar sus lolas falsas y sus hinchados labios cargados de colágeno.

Wes se limitó a agarrarme de la cintura.

—No dejas de controlarme ni un momento, gracias. —Me hizo un arrumaco en la mejilla y sonrió.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo —dije casi saltando de alegría con un tono superfalso.

Wes se inclinó hacia adelante y me besó dulcemente en el cuello. Después inspiró hondo.

—Mmm, gracias —susurró justo debajo de mi oreja.

Lo tenía tan cerca que pude sentir el calor de sus labios rozándome la piel antes de que los apartase.

—Mia y yo os veremos en el baile benéfico la semana que viene —dijo dirigiéndose a su padre.

De repente, su madre se nos plantó delante, a apenas treinta centímetros de distancia.

—Ah, no. De eso nada. Quiero conocer un poco más a Mia, querido —replicó, y puso una de esas sonrisas maternales que te hacen sentir que no hay nada más amado en el mundo que tú.

Yo, claro está, nunca tuve eso, pero si lo hubiera tenido estoy segura de que sería igual que Claire Channing.

Sentí que Wes se ponía tenso.

—Madre... —le advirtió.

Ella le pasó las manos por las solapas y le abrochó uno de los botones de la camisa. Me reí por lo bajini al ver cómo lo arreglaba.

—Ay, cariño, relájate. Sé que Mia sólo es una «amiga». Así que no va a pasar nada porque la traigas al *brunch* del domingo, ¿verdad? —preguntó usando un tono que yo sabía que haría que se sintiera muy culpable.

Por un momento me pregunté si ella sería católica. Mi abuela usaba ese mismo tono y solía ir acompañado de una frase extraída directamente de la Biblia.

Wes suspiró y sacudió la cabeza.

—Allí estaremos. ¿A la hora de siempre? —preguntó.

—Ése es mi chico. —Claire volvió a besarlo sin rozarlo en las dos mejillas e hizo lo mismo conmigo.

Nos dirigimos de nuevo al bar.

—Necesito una copa —dijo Wes mientras me guiaba.

Me eché a reír sin poder evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Que siempre haces lo que te dice tu mamá! —Me volví a reír.

Cuando llegamos a la barra, me acerqué a él.

—¡Eres un niño de mamá! —le espeté al oído.

—Anda, calla. Me estoy empezando a plantear seriamente si esto ha sido una buena idea. Podría haber escogido a una Barbie descerebrada, ¿sabes? —Enarcó una ceja y sus labios adoptaron un gesto burlón, pero sus ojos verdes lo delataban. Se veían brillantes y cargados de diversión.

Me dispuse a volver a burlarme de él, pero tropecé con los altos tacones. Wes me atrapó de nuevo contra su cuerpo. Apoyé la mano en su hombro y él me rodeó la cintura.

El tono de sus ojos pasó de un verde crayón normal a un verde bosque en cuestión de un instante. Se lamió los labios, y yo no pude evitar hacer lo mismo en respuesta. La calidez de sus manos sobre mi espalda desnuda se filtraba en mi piel. Era como si toda la sala desapareciera cuando estaba entre sus brazos. Podía sentir cómo su corazón latía contra mi pecho.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum.

—Eres un incordio —dijo. Juntó los labios y se inclinó hacia mí.

Estábamos a menos de quince centímetros de distancia, en una fiesta de negocios, delante de la barra, donde todo el mundo podía vernos.

—¡Y tú eres un niño de mamá! —le solté, interrumpiendo la situación.

Me aparté de él todo lo rápido que me lo permitieron mis zapatos y me senté en un taburete.

—Conque ése va a ser tu juego, ¿eh? —Sonrió y se llevó su estilizada mano a la barbilla para acariciarse el mentón con el índice y el pulgar—. Bien, pues juguemos, señorita Mia.

4

Cuando volvimos a la casa horas más tarde, fingí estar cansada y prácticamente me dirigí corriendo a mi cuarto, donde cerré con llave. Me quedé un rato esperando junto a la puerta, esforzándome por escuchar a través de la madera si Wes me seguía. Por mucho que deseara estar con él, entre las sábanas, quiero decir, debía mantener las distancias entre nosotros. No había dispuesto del tiempo suficiente para autoconvencerme de que no debía involucrarme de un modo sentimental con él. Era tan agradable y tan normal que todo el tiempo me incluía en conversaciones relacionadas con los negocios, aunque éstas fuesen bastante informales. Aun así, debía recordar cuál era mi lugar. Yo no era más que alguien a quien había contratado para ayudarlo con un asunto determinado.

Aunque, por otro lado, ¿por qué no iba a poder pasármelo bien? Yo era una mujer adulta, y él estaba tremendamente bueno y dispuesto. Los dos éramos jóvenes e íbamos a pasar casi un mes entero juntos. A juzgar por la química sexual que había habido entre nosotros en la fiesta, me habría apostado la moto a que era fantástico en la cama. No me vendría mal echar un buen polvo, relajarme un poco. Había pasado un año desde la última vez que había practicado sexo, y mi vibrador ya no me satisfacía. Necesitaba esa conexión física. Un cuerpo caliente y masculino.

Me quedé plantada en medio de la habitación, observando las distintas tonalidades de blanco. La cama parecía una esponjosa nube blanca. Seguro que era muy cómoda. Wes no daba la impresión de ser la clase de tío que escatimaba en telas de lujo para sus invitados. No, él se aseguraba de que todo estuviera perfecto. Empecé a pasearme por el dormitorio, debatiendo mi próximo movimiento. Él estaba ahí fuera, en alguna parte. Según el reloj de la mesilla de noche, era muy tarde. La una en punto de la madrugada. Lo habíamos pasado genial. Había jugado a contar la cantidad de veces que se le acercaba una cazafortunas y la cantidad de veces que me miraban mal. Veinticuatro. Veinticuatro admiradoras en una noche. Ahora entendía por qué me había contratado. Si

se hubiese pasado la noche hablando con esas mujeres, no podría haber entablado una conversación con ninguno de los productores, directores o actores que había ido a ver a la fiesta.

Y Wes se encontraba por completo en su salsa. Se movía por la sala como pez en el agua, y nunca se relacionaba más tiempo con una persona que con otra. Estaba segura de que seguía algún método, pero no había querido preguntar. Me había dedicado a ir tras él y a cumplir mi función de espantapájaros. Cuando algún palo con tetas se acercaba, me volvía, me presentaba y me dedicaba a inclinarme sobre Wes y a toquetearlo lo suficiente como para que la mujer me mirara mal y se largara reptando como la víbora que era. Todas lo eran. Exceptuando a Claire, la madre de Wes, no había conocido a ninguna mujer decente. Y había muy pocas mayores de veinticinco años. Era evidente que a aquellos hombres de negocios, más mayores, les gustaba llevar a un bombón del brazo. Las mujeres se limitaban a lucirse a su lado con aire insulso, mirando por la ventana mientras se balanceaban encima de sus tacones de aguja y bebían un champán ridículamente caro. Con toda probabilidad tanto era así que se pasaban la noche completamente alcoholizadas, pero no tan borrachas como para montar un espectáculo.

Supongo que, si lo pensabas, yo no era muy distinta de ellas. Técnicamente, había estado pegada a Wes por el mismo motivo que ellas. Dinero. Lo necesitaba, y si ellas lo necesitaban o lo querían en realidad daba igual. Tras poner en orden todos esos pensamientos se me revolvió el estómago. El subidón de la noche desapareció y me dejó un mal sabor de boca.

De repente me encontré a mí misma recorriendo la casa a oscuras. Cuando llegué al salón, me dirigí a un pasillo que no había visto antes. Sólo había una puerta de doble hoja al final. Pegué la oreja a la madera y oí el sonido de un televisor. Para mi propia sorpresa, llamé.

—Pasa —respondió Wes.

Inspiré profundamente y abrí la puerta. Estaba tumbado contra la cabecera de una inmensa cama trineo. El dormitorio estaba oscuro como una cueva, con una chimenea encendida a un lado y una pared de ventanales desde la que imaginaba se vería el océano al saber hacia qué lado estaba orientado esa parte de la casa. Las cortinas estaban casi del todo corridas. Junto a las paredes había unos muebles de madera de aspecto pesado y aire masculino. Miré hacia el televisor y vi que estaba puesto en modo pausa en lo que parecía ser un partido de fútbol.

Wes no dijo nada cuando por fin fijé la vista en él. Tampoco se había movido ni un milímetro. La piel de su pecho desnudo brillaba con el reflejo dorado del fuego de la chimenea. Sólo llevaba puestos los pantalones del pijama. Joder, era una obra de arte. La luz del fuego danzaba sobre las colinas y los valles de su musculado abdomen y sus

definidos pectorales, y me hacía salivar. De repente, mi corazón bombeaba con fuerza en mi pecho, y estaba convencida de que podía oír mis propios latidos. En lugar de fingir que había ido a preguntarle algo o que me había perdido y volver a mi habitación, me llevé la mano al cuello y me desabroché el cierre del vestido de escote *halter*.

En un instante, el traje cayó al suelo formando una pila de seda morada. Wes tragó saliva al ver cómo me apartaba el pelo que me había caído sobre la parte delantera del cuerpo y lo echaba sobre mi espalda. Me quedé totalmente quieta, vestida sólo con un tanga negro de encaje y unos tacones de aguja.

—Ven aquí —ordenó Wes, y su voz sonó profunda y tensa.

El tono despreocupado que había adoptado cuando nos conocimos y durante la fiesta había desaparecido y se había transformado en un tono de control, de deseo y de lujuria, mis tres cosas favoritas.

Con esfuerzo, me acerqué con paso felino hasta un lado de la cama y me detuve a medio metro de él. Sentí cómo el calor de la chimenea me lamía la piel y la calentaba. Conforme Wes recorría cada milímetro de mi cuerpo con la mirada, mis pezones se endurecieron hasta un punto casi doloroso, y el espacio entre mis piernas se humedeció. Con cada movimiento de sus ojos sobre la piel desnuda de mis ángulos y mis curvas, mi clítoris palpitaba y ansiaba sus caricias.

—Date la vuelta.

Era la segunda cosa que me había dicho desde que había entrado en la habitación. Yo me quedé callada. Aún sobre mis tacones, me volví y le di la espalda. Él profirió un grave gruñido gutural al ver mi culo desnudo.

El calor del fuego calentó mi parte delantera y, justo cuando creía que estaba a punto de morir de anticipación, sentí una ligera caricia que empezaba en el cuello y descendía lentamente por mi columna. Sofoqué un grito al notar por detrás el mismo calor que sentía por delante, sólo que éste no procedía de la chimenea. La esencia a mar y a hombre impregnaba el aire que me rodeaba, y cerré los ojos. Pronto, esas ligeras caricias se tornaron más intensas. Wes me agarró del bíceps y me pegó a él. Piel con piel.

Sentí su aliento sobre mi cuello cuando me apartó el pelo hacia un lado. Rodeó mi cuerpo con el otro brazo y me agarró un pecho con fuerza justo cuando sus labios rozaron la parte más sensible de mi cuello. No pude evitarlo. Sus dedos pellizcaron la punta erecta de mi pezón, enviando oleadas de placer por todas mis terminaciones nerviosas, y dejé escapar un gemido.

—Nena, tenemos que establecer unas reglas básicas —dijo casi refunfuñando contra mi piel.

Después me lamió con suavidad uno de los hombros y me dio un bocado.

—¿Reglas básicas? —farfullé mientras disfrutaba de la habilidad de sus dedos

sobre mis pechos.

Mi cuerpo, sobreexcitado, estaba alerta a cada una de sus atenciones. Sus manos masajeaban y rodeaban mis senos, y sus dedos torturaban mis pezones con placer.

—Regla número uno: vamos a practicar el sexo como locos este mes. —Presionó con fuerza ambas puntas a la vez.

Lancé un grito de dicha, y el calor entre mis piernas empapó el hilo de tela que llevaba puesto.

—Y ¿eso es una regla? —dije sin aliento, inclinándome más hacia atrás hasta pegar el culo en su firme erección.

Me parecía una regla maravillosa.

Wes gruñó de placer y respondió retorciéndome los pezones, ejerciendo la presión justa para proporcionarme una cantidad perfecta de gozo y de dolor.

—La regla número dos es que, cuando estemos juntos así no nos acostaremos con nadie más. Seremos monógamos todo el mes.

Me mordí el labio y me concentré en menear las caderas contra lo que parecía un tremendo paquete.

—Hecho.

Apartó las manos de mi pecho por un momento y después volvió a colocarlas sobre él, algo húmedas. Las deslizó suavemente alrededor de cada aureola y me derretí. Apenas era capaz de mantenerme en pie.

Él debió de advertir mi falta de estabilidad y me agarró de la cintura, pero continuó seduciendo con dulzura mis senos. Joder, el tío era mi nuevo héroe. Si seguía haciendo eso, me correría sin que llegase a penetrarme. Llevé el brazo hacia atrás y lo agarré por detrás del cuello. Intenté volverme para besarlo, pero la fuerza con la que me tomaba de la cintura y la firme presión de su parte delantera contra mi trasero me lo impidieron.

—Regla número tres: nunca dormiremos en la misma cama. No debemos confundir esto con algo que no es. Me gustas, Mia. Mucho. No tengo ganas de hacerte daño dejando que creas que estoy dispuesto a mantener una relación. ¿Entendido?

La mano que rodeaba mi cintura empezó a descender lentamente hasta que llegó ahí, justo donde más deseaba tenerlo.

—Joder, sí, entendido —respondí, y empujé las caderas hacia adelante para recibir las caricias de su dedo.

Lo entendía muy bien. Ambos queríamos lo mismo. Amistad y alivio físico.

Se rio contra mi cuello, y el aire provocado por su risa removió mi pelo. De repente, me dio la vuelta, se puso de rodillas y me bajó el tanga de un tirón, que quedó a la altura de los tacones que aún llevaba puestos. Cuando nuestras miradas se encontraron, me abrió con los pulgares y empezó a lamerme el clítoris.

Me quedé sin palabras. Sólo era capaz de expresar monosílabos y jadeos.

Habría jurado que estaba diciendo algo entre lametones, pero me costaba un mundo prestarle atención. Al final, se apartó de mí y pude concentrarme. Lo agarré del pelo e intenté empujarlo de nuevo hacia mi ansiosa abertura.

—Regla número cuatro. —Con ojos centelleantes, inhaló mi esencia y se lamió los labios como si estuviese degustando la gran exquisitez que estaba a punto de disfrutar —. No te enamores —dijo con una sonrisa.

Después tomó mi palpitante sexo en su boca y jugueteó con mi clítoris dándole unos toquecitos con la lengua.

Casi me caigo al suelo. Me incliné hacia atrás, y él me ayudó a tumbarme sobre la cama, con las piernas colgando por el borde y bien separadas. Wes se posicionó entre ellas.

—Puede que eso sea imposible... —susurré mientras hundía la lengua en mi sexo.

Estaba a punto de correrme cuando se detuvo en medio de una combinación perfecta de movimientos con los dedos y la lengua. Protesté sonoramente.

—¿Disculpa? —dijo con voz tensa.

Lo agarré del pelo y me incorporé, apoyándome sobre los codos.

—Relájate, Wes. Estoy enamorada de tu lengua. Ahora métemela y haz que me corra para que pueda devolverte el favor.

En su rostro se dibujó la sonrisa más sexi que jamás había visto.

—Contratarte ha sido la mejor decisión de mi vida.

Se lamió los labios y se inclinó de nuevo hacia mi carne mojada.

Levanté las caderas.

—Demuéstralo —lo provoqué.

Y lo hizo, una, y otra, y otra vez.

—¿Por qué vamos a cenar con ese tipo? —pregunté mientras Wes me guiaba hacia un ascensor que nos llevaría hasta un restaurante que había en lo alto de un rascacielos.

Llevaba medio año viviendo en Los Ángeles, y nunca había asistido a ninguna cena de gala. Eso me recordaba lo triste que había sido mi vida sentimental. Al menos, en ese trabajo podría disfrutar de cosas finas y elegantes... Esperaba que ésa fuera la parte positiva de todo aquello. Probablemente dependería del cliente, pero en esos momentos iba de la mano del hombre más sexi sobre la faz de la Tierra, desde mi punto de vista, y estaba pasándomelo en grande.

La noche anterior, después de que hiciera que me corriese varias veces con la boca, le devolví el favor haciéndole una mamada de primera. Cuando terminó, nos duchamos juntos y hablamos mientras nos aseábamos. En cuanto vi que se empalmaba otra vez, me

arrodillé y me encargué de él. Entonces, él me hizo otro dedo hasta que quedé saciada una vez más. Resultaba extraño, pero esa mañana me había dado cuenta de que no habíamos llegado a practicar el coito ni una sola vez. Es más, ni siquiera nos habíamos besado. Había sido, de lejos, la mejor experiencia sexual que había tenido hasta la fecha, y ambos habíamos dejado a un lado la parte emocional. ¿Tal vez ésa fuese la clave? Lo que mi mejor amiga, Ginelle, y todas mis demás amigas habían descubierto ya.

Follar... sin ataduras emocionales.

Parecía algo que iba en contra de mi naturaleza. Aunque yo misma me consideraba una tía dura, con personalidad y con la mira bien puesta en mis objetivos, siempre me había enamorado de todos los hombres con los que me había acostado.

Con todos y cada uno de ellos.

Pero después de lo de la noche anterior, me había sentido mejor con Wes que con ninguno de ellos, y había sido algo basado en el respeto mutuo, la amistad y unas dosis altas de orgasmos placenteros. Después de que yo terminara de asearme, él permaneció en la ducha y yo me dirigí al pasillo, atravesé el salón y me metí en mi cuarto-nube. Recuerdo de forma vaga que Wes me tapó, me besó en la sien y me dijo: «Buenas noches, nena». Esa mañana me había despertado al oír la hoja con el programa de la semana deslizándose por debajo de la puerta y había desayunado huevos con beicon en la barra de desayuno. La señora Croft nos había servido tanto a Wes como a mí mientras yo repasaba la agenda semanal. Wes me había explicado los detalles, como por ejemplo si un evento era informal o no, y yo había tomado notas sobre la ropa, los programas y el objetivo de cada uno de los actos.

Era como si tuviese un trabajo de verdad. Como si fuese la asistente personal de Weston Charles Channing III y no una escort contratada. Técnicamente, no era una prostituta, aunque hubiese mantenido relaciones sexuales con él en la primera cita. Pero eso había sido porque estaba caliente, me sentía sola, él estaba bueno y yo estaba un poco deprimida. Wes había solucionado ese problema y había establecido las normas, unas normas que me habían parecido muy sensatas y que pensaba cumplir a rajatabla. Nada de follar con otras personas, no dormir en la misma cama y no enamorarse. Estaba chupado.

Wes pulsó el botón de la última planta y se apoyó contra la pared del ascensor.

—Es una reunión con el director principal de la cuarta entrega de «Honor», que he bautizado como *Código de honor*. Va sobre un soldado que escribe mensajes y códigos secretos a sus oficiales mientras se infiltra entre el enemigo. Envía mensajes a su chica con esos mismos códigos, pero ella no sabe lo que dicen hasta que él la conduce a una aventura para descubrir cómo descifrar las letras.

Sonreí al ver cómo se le iluminaban los ojos mientras me contaba la historia.

—Qué romántico.

Wes sonrió y meneó las cejas.

—Ésa es la idea. Así consigues que las mujeres se enganchen a películas que normalmente van dirigidas a un público masculino. Sangre, violencia, estallidos, el ejército, espionaje..., cosas que suelen ser más de hombres.

Asentí y lo seguí mientras me guiaba hacia una pintoresca mesa para cuatro. Un hombre vestido de traje y una rubia muy menuda nos esperaban sentados.

—Señor Underwood, señora Underwood. —Wes les estrechó la mano a ambos—. Me alegro de verlos. Ésta es mi cita, Mia Saunders.

Les estreché las manos y Wes retiró mi silla. Entonces le sonreí y sus ojos se tornaron momentáneamente cálidos antes de volver a su postura de hombre de negocios. La guapa rubia que estaba situada a mi izquierda dijo que se llamaba Jennifer y me hizo un cumplido sobre mi vestido. La verdad es que se trataba de un vestido de cóctel de punto bastante soso. Era de color azul marino y con una pronunciada abertura en V que mostraba un bonito escote, cruzado por delante y atado a un lado; sin embargo, aparte de eso, no tenía ningún adorno más. Llevaba el cabello suelto y planchado, de modo que mi brillante mata de pelo negro brillante caía por mi espalda. Lo mejor del conjunto eran los zapatos.

La señora Croft se parecía un poco a Mary Poppins, pero seguro que tenía una tarjeta oro de clienta en Prada, Gucci y Louis Vuitton e iba en busca de las últimas tendencias, porque iba a la última con sus botines de LV.

Si no llegaba a cumplir el año en ese trabajo, al menos tendría un montón de ropa y zapatos de diseño que podría vender por una pasta si era necesario. Esos zapatos estaban en internet por mil doscientos cincuenta dólares. Puede que suene un poco rastrero, pero tenía que comprobarlo.

—El vestido no es gran cosa, ¡pero mire los zapatos!

Le mostré un pie y, de inmediato, nos pusimos a hablar sobre su traje, el diseñador, y sobre qué hacía durante todo el día. En realidad, no mucho. Era oficialmente una mujer florero y se pasaba la vida asegurándose de que las necesidades del señor Underwood estuviesen cubiertas. Supuse que eso significaba que se pasaba el tiempo haciendo lo que le daba la gana, que se aseguraba de que el cocinero preparase lo que su marido quería, que la criada le planchase la ropa y mantuviese la casa limpia mientras ella, su muñequita perfecta, se depilaba y se ponía guapa para recibirlo cuando él llegaba de trabajar.

—Es la verdad; no sé qué hacer con mi vida —susurró Jen.

Sí, al cabo de veinte minutos ya nos estábamos tuteando y me estaba contando sus problemas. Mi cara producía ese efecto en la gente. Resulta que había conocido a su marido, con el que se había casado hacía apenas un año a la tierna edad de veintitrés

(él tenía treinta y ocho) cuando se había presentado a un casting para hacer de extra en una de sus películas. Al parecer, había sido amor a primera vista, o deseo a primera vista. Me reí para mis adentros de mi propia chispa.

Fruncí los labios hacia un lado y me incliné hacia ella.

—¿Por qué no haces algún tipo de voluntariado? ¿Tienes alguna afición?

Sus grandes ojos azules de cervatillo parpadearon alegres.

—Me encanta nadar. ¡Nado todos los días!

Saltaba a la vista. Tenía un cuerpo esbelto, aunque no el típico físico anoréxico que parecía estar de moda en Hollywood. Tenía las tetas claramente operadas, pero le quedaban bien con su constitución, que debía de rondar la talla treinta y ocho.

—Podrías participar en algún programa de voluntariado local —le sugerí, pero ella arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—No creo que a Jay le hiciera mucha gracia.

Reflexioné por un momento.

—¿Te gustan los niños?

Una vez más, sus ojos centellearon como las velas sobre una tarta de cincuenta cumpleaños.

—¡Me encantan los niños! Lo creas o no, antes de conocer a Jay era profesora de preescolar. —Miró a su marido y su sonrisa se intensificó.

Él también la miró, le guiñó un ojo y continuó, sin detenerse, con su conversación con Wes. Ella se volvió hacia mí feliz de la vida. Su alegría era casi contagiosa.

—¿Por qué no puedes trabajar con niños o, mejor aún, tener los tuyos propios?

Ella echó la cabeza hacia atrás extrañada. Dirigió la vista a Jay y después de nuevo a mí.

—Sólo llevamos un año casados, y únicamente salimos durante unos meses antes de eso. ¿No crees que es demasiado pronto? —dijo, aunque casi podía oír cómo rodaban los engranajes en su cabeza.

Me encogí de hombros y bebí un buen trago de vino.

—Lo que yo crea da igual. Lo único que importa es lo que creáis y queráis vosotros dos. Si deseas tener hijos, eres joven, hazlo. Además, él es quince años mayor que tú. Supongo que la calidad de su semillita ya no será la misma. Podrías tardar un tiempo en quedarte embarazada. —Me incliné hacia atrás con aire despreocupado.

Mientras Jen consideraba la idea, su cuerpo empezó a revelar su entusiasmo. Enderezó la espalda y comenzó a sacudir la rodilla con un tic compulsivo. No podía parar de moverse y de sonreír. Tenía la vista fija en su marido. Una vez más, él se volvió y la miró, pero esta vez le hizo un gesto a Wes para hacer una pausa en lo que fuera que estuviesen hablando. Desconecté de su conversación en cuanto me percaté de que Jennifer no era una Barbie descerebrada.

—¿Qué pasa, querida? —le preguntó Jay a su mujer.

Ella mostró una amplia sonrisa, una sonrisa que podría llevar la paz a Oriente Medio.

—Nada, que estoy contenta. Y estoy deseando hablar contigo en cuanto lleguemos a casa. —Alargó la mano y la posó sobre la de él, por encima de la mesa.

Jay se inclinó hacia ella, la besó y le acarició la nariz con la suya.

—¿Es algo que no puede esperar? —le preguntó preocupado, completamente centrado en ella.

Jen lo besó con ternura y negó con la cabeza.

—No. Es algo bueno. Muy bueno.

Mientras la feliz pareja se hacía arrumacos, Wes se acercó a mí y me rodeó con el brazo.

—¿Es algo que yo deba saber? —me preguntó con aire cómplice.

—Tranquilo, te lo contaré todo después —respondí.

—No sé si después tendrás la boca libre para hablar —me soltó, y me acarició el cuello con la nariz.

Me eché a reír ante su descarada insinuación.

La cena continuó sin ningún problema. Al parecer, ayudé a mantener ocupada a Jen, de manera que Jay pudo hablar tranquilamente con Wes sobre la próxima película. Iba a dejar que dirigiese gran parte de las escenas con mayor diálogo entre la pareja protagonista y, con toda probabilidad, incluso las escenas románticas de cama. Me pareció hilarante, y me eché a reír cuando lo reveló.

Wes me miró con recelo.

—Disculpad, es que me he acordado de algo gracioso de antes, no me hagáis caso.

Me tapé la boca, pero por el modo en que Wes me estrechó contra su costado mientras nos servían el postre supe que me iba a llevar una buena reprimenda.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó cuando Jay salió a fumar acompañado de Jennifer.

Jugueteando con la servilleta, me incliné hacia él.

—Perdona, es que me ha hecho gracia que don «No estoy dispuesto a tener una relación» vaya a dirigir justamente las escenas románticas. No parece tu rollo —respondí, y me dio la risa tonta.

Con aire crispado, levantó la mano y la posó sobre mi cuello.

—Pues anoche no te quejabas precisamente. —Su voz se tornó grave y seductora, como cuando había enumerado las reglas.

Tanto fue así que un repentino ardor calentó y humedeció el espacio entre mis piernas.

Me incliné muy cerca de él, hasta que apenas dos centímetros de distancia

separaban mi boca de la suya, de manera que pudiera sentir mi aliento sobre sus labios cuando le dije:

—Anoche follamos... —Wes inspiró hondo y se lamió los labios. Me dieron ganas de comérmelos, me moría por probarlos—. Aunque no follamos —añadí con toda la lascivia de la que era capaz—. Hubo sexo, no romance.

Él me agarró con fuerza del cuello mientras me acariciaba la mejilla con el pulgar. Aproximó sus labios aún más a los míos, pero sin llegar a rozarlos. Casi podía degustar el café que se había tomado después de la cena en su aliento.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Romance? —preguntó.

—No, quiero follar... —Apenas había acabado de pronunciar la palabra cuando una fuerte mano aterrizó sobre mi hombro.

—¡Eh, tortolitos! —Jay Underwood nos rompió el momento, y ambos nos dejamos caer sobre nuestras sillas de golpe.

Estaba empezando a pensar que jamás sentiría el dulce sabor de su boca, la presión de sus labios contra los míos..., y lo deseaba. ¡Joder! Comenzaba a impacientarme; sin embargo, me negaba en rotundo a ser yo la que diera el primer paso.

Wes se cubrió la boca con la mano. Estoy segura de que lo hizo para ocultar una risa silenciosa.

—Después, nena; tenemos toda la noche —prometió.

—Ya, ya, eso ya lo he oído antes. —Fingí bostezar, me llevé la taza de té a la boca y le di un sorbo. Estaba tibio. Puaj.

Boquiabierto, sacudió la cabeza y sus ojos centellearon a la luz de las velas.

—Acepto el desafío —replicó.

5

Apenas habíamos cruzado la puerta cuando Wes me dio la vuelta y usó su cuerpo para atraparme contra la pared. Al instante, pegó los labios contra la piel sensible de mi cuello. Con la lengua, trazó una larga línea entre mi clavícula y la parte trasera de mi oreja. Se me puso todo el vello de punta y cerré los ojos. Él deslizó entonces las manos por debajo de mi falda y por encima de mi culo desnudo mientras me levantaba una pierna y luego la otra y me las colocaba alrededor de su cintura. Sostuvo mi alta y voluptuosa figura con su cuerpo y me presionó con más fuerza contra la pared.

—Te la voy a meter tan profundamente que la vas a notar en la garganta —me aseguró.

—Joder —exclamé sin darme cuenta mientras me llevaba en brazos hacia mi dormitorio.

—Exacto.

Me mordió la parte trasera del cuello y recorrió con los dientes la grácil columna. Todos los nervios, todos los poros y todas las moléculas de mi cuerpo estaban concentrados en fundirse con ese hombre.

Sin preámbulos, me dejó sobre la cama y se me quedó mirando.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Tenía las pupilas tan dilatadas por el deseo que los ojos se le veían totalmente negros. Supe que se estaba tomando unos momentos porque abría y cerraba el puño con fuerza y los tendones de su cuerpo sobresalían con ansia.

Me saqué el vestido por la cabeza y me quedé de rodillas sobre la cama con un conjunto de sujetador y tanga azul oscuro. Al verme desnuda, inspiró hondo y dejó escapar el aire con un sonoro siseo.

—Te toca. Quítate el traje —dije mientras recorría mi propio cuerpo con las manos hasta cogerme los pechos.

Wes apretaba los dientes mientras se apresuraba a sacarse la chaqueta y la corbata y

se desabotonaba la camisa para revelar ese torso bronceado que tanto me gustaba. Me mordí el labio.

—Todo. Quiero que te lo quites todo —dije con voz grave y cargada de necesidad.

Él sonrió, se sacó lentamente el cinturón y a continuación se desabrochó los pantalones. Extrajo un condón de su bolsillo, rompió el envoltorio con los dientes y cubrió con él su firme erección, todo eso sin apartar los ojos de los míos. Entonces, me llevé una mano a la espalda y me desabroché el sujetador, que cayó al suelo justo al mismo tiempo que sus pantalones.

—Joder, me da vergüenza mirarte —dijo intimidado—. Eres tan perfecta...

Apretó los dientes con fuerza.

Enarqué una ceja y me detuve a admirar su desnudo esplendor. Alto, bronceado, con una musculatura divinamente definida y una polla grande y dura dispuesta a satisfacerme.

—Tú tampoco estás mal —le contesté mientras disfrutaba de las vistas.

—Demuéstralo —me provocó con una sonrisa.

El hecho de que me contestase con mis propias palabras de la noche anterior me decía que estaba muy atento a nuestras interacciones. Eso me gustaba y me hacía sentir ciertas mariposillas en las que no quería pensar demasiado.

Gateé hasta el borde de la cama y coloqué las manos sobre su pecho firme. Me incliné y lamí el disco plano de su pezón. Él gimió y, después, profirió un gruñido gutural cuando mordí un poco el pedacito de carne que sobresalía. Hundió las manos en mi pelo y acercó mi rostro al suyo, a unos milímetros de su boca, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir mi aliento contra sus labios. Los humedeció, preparándose para ese primer contacto. Pero no se lo puse tan fácil y lo besé justo en la comisura de la boca.

—¿Estás jugando conmigo? —me preguntó con un tono travieso.

Me dirigí a una de sus mejillas, se la acaricié con la barbilla y le lamí y mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—¿Por qué lo dices? —susurré asegurándome de expeler bastante aire contra aquel punto sensible para dejarle bien claras mis intenciones.

Me agarró de las caderas y deslizó los dedos por debajo de la goma del tanga. Luego tiró de él hacia abajo con brusquedad y me quedé sin aliento al notar el aire en la humedad entre mis piernas.

—Me da esa sensación —respondió, y me empujó, haciéndome caer de espaldas sobre la cómoda nube de mantas.

Justo cuando abría los ojos sentí sus manos sobre mis rodillas. Me separó las piernas por completo y gruñó al ver mi sexo hinchado y mojado. Pasó un dedo por la humedad. Un gemido escapó de mis labios cuando jugueteó con mi sensible botón de

nervios.

—Voy a devorarte —anunció mirándome a los ojos—. Pero antes necesito estar dentro de ti.

Wes se posicionó sobre mi abertura e introdujo sólo la punta. Arqueé la espalda. Quería más. Necesitaba más. Usando la fuerza de la parte superior de su cuerpo, planeó encima de mí.

—Mira cómo te tomo por primera vez —dijo con un rugido sexi y posesivo.

Y lo hice. Observé cómo me penetraba lenta y tortuosamente, centímetro a centímetro. Los labios de mi sexo se estiraron para amoldarse al contorno de su miembro, y su grosor hizo que me sintiera llena, ensanchada al máximo de mi capacidad, más que con ningún otro amante que hubiese tenido antes.

Gruñí y eché la cabeza atrás, incapaz de seguir mirando mientras introducía aquel último centímetro. Ya lo sentía hasta lo más hondo.

—Mia —susurró con voz firme.

Abrí los ojos de golpe y observé su lujuriosa mirada. Él se apoyó sobre los codos y colocó las manos sobre mis mejillas. Retiró las caderas y empujó hasta el fondo al tiempo que pegaba su boca a la mía. Unidos en ese momento como un solo ser, ya no había una Mia y un Wes, sino un nosotros.

Su beso era ardiente y feroz, húmedo e imperioso. Hundió la lengua en mi boca del mismo modo que su verga embestía mi cuerpo, con tanta precisión, profundidad y placer que todo cuanto quedaba de mí graznó con el esfuerzo.

Lo rodeé con las piernas y los brazos, aferrándome a él mientras me taladraba. Su polla alcanzaba lugares de mi interior que ni siquiera sabía que tenía. Me provocaba sensaciones tan intensas que grité y me agarré a él cuando el primer orgasmo asoló mi cuerpo.

—Joder, sí, Mia... Me encanta sentir cómo me exprimes cuando te corres. Otra vez, nena.

Wes me montó durante mi orgasmo, pero seguía sin terminar. Madre mía, ese hombre era un auténtico semental. Juro que me tocó la lotería cuando mi tía me ofreció ese trabajo.

Me chupó los labios con avidez y salió de mí. Sin darme tiempo a protestar, me dio la vuelta y tiró de mis caderas.

—Qué culo tan perfecto. Joder, Mia. —Me dio una palmada en una nalga y volvió a hundirse en la calidez entre mis piernas antes incluso de que el escozor del golpe abandonase mi piel.

—Joder, sabes muy bien lo que haces —farfullé, y me incliné hacia adelante, apoyándome sobre los antebrazos.

Wes me agarró de las caderas y estableció un ritmo castigador. Nuestra carne

chocaba sonoramente.

—¡Necesito sentir esa presión en mi polla! —rugió mientras se inclinaba sobre mi cuerpo y deslizaba una mano entre mis piernas.

Sus dedos alcanzaron mi detonador, y estallé. Palpitando con furia, las paredes de mi sexo se aferraron a su miembro duro como una piedra hasta que emitió un feroz gruñido. Después de tres rápidas embestidas todo su cuerpo se detuvo pegado a mi trasero, y comenzó a latir dentro de mí.

Finalmente se dejó caer encima de mí, jadeando contra el pelo de mi cuello. Ambos estábamos sin aliento, perdidos en nuestro placer combinado. Rodó hasta la cama y me estrechó contra su pecho. Pasamos los siguientes minutos enrollándonos como adolescentes. La habitación olía a mar, a sexo y a los leves remanentes de mi perfume, Trésor. La combinación conformaba un aroma perfecto. Si se pudiese embotellar esa esencia, me la pondría todos los días.

Tumbados juntos, me acurruqué contra su pecho.

—Cuéntame algo...

Wes se rio.

—¿Puedes ser más específica?

Me encogí de hombros.

—No sé, lo que sea. Algo sobre ti.

Con un dedo, tracé círculos sobre su abdomen y sus pectorales.

Suspiró.

—Eh..., bueno, ya sabes que me encanta escribir guiones de películas. —Asentí—. Y el surf. —Me guiñó el ojo y sonrió—. Ya conoces a mis padres, y a mi niñera. Bueno, fue mi niñera en su día, cuando era pequeño, ahora lleva la casa.

—¿La señora Croft?

Asintió.

—¿Qué más te puedo contar?

Lo miré con recelo.

—Eh..., muchas cosas. ¿Tienes hermanos?

—Una hermana, mayor que yo. Está casada y aún no tiene hijos. Es profesora de primaria. Su marido es el director del colegio.

—Eso explica cómo se conocieron. —Meneé las cejas y él me guiñó el ojo—. ¿Cómo se llama?

—Jeananna. Y ¿qué pasa contigo? ¿Tienes hermanos?

Me reí al oírlo usar esa jerga tan informal.

—Sí, Maddy, bueno, Madison. Tiene cinco años menos que yo. Ahora mismo tiene diecinueve y va a la universidad en Las Vegas.

—Y ¿por qué viniste a vivir aquí?

Me acurruqué más contra él.

—Necesitaba un cambio. Creía que tenía vocación de actriz. Todavía lo creo, pero... —No quería relatarle la historia de mi vida.

—¿Pero? —insistió, y yo sacudí la cabeza—. Si querías ser actriz, ¿cómo acabaste siendo escort?

—Por dinero. —Me encogí de hombros—. Tú eres el primero, ¿sabes? —le confesé.

Se volvió hacia mí confundido.

—Mi primer cliente —le expliqué.

—Ah, y ¿cómo va por ahora? —Sonrió.

Fingí indiferencia.

—Pues... yo te pondría un siete sobre diez.

A toda prisa, montó encima de mí y me sujetó de los brazos a ambos lados de la cabeza.

—¡Oye! —grité con una enorme sonrisa en la cara.

—¡¿Un siete?! ¿Me pones un siete aunque no tienes con qué compararme? —Me besó en los labios.

Bajó las manos por mi abdomen y empezó a hacerme cosquillas. Al instante comencé a aullar de risa. Al ver que tenía muchas cosquillas, se lanzó de cabeza a por mis costillas, mi cintura y mis muslos, hasta que empecé a chillar y a patalear para que parara, muerta de risa.

—Admítelo. ¡Soy un diez! —dijo, y detuvo su tortura.

—Vale, vale. —Inspiré hondo para recuperar el aliento—. Yo diría que eres más bien un ocho. —Meneó otra vez los dedos—. ¡Vale! ¡Un nueve! —grité, y continuó con su ataque—. ¡Nueve y medio! —Se detuvo.

—Un nueve y medio me ofrece la posibilidad de mejorar... —Los ojos le brillaron con júbilo—. De momento lo acepto, pero lo convertiré en un diez antes de que el mes haya terminado.

Los siguientes días los pasé sola porque Wes estaba trabajando en *Código de honor* en su estudio. Aun así, volvía a casa todas las noches. Cenábamos juntos, veíamos una película o él leía un libro. Después lo hacíamos como locos hasta que uno de los dos se levantaba y se iba a su propia habitación. Esa rutina iba mejor de lo que había esperado. Me estaba divirtiendo mucho, y disfrutaba de un sexo magnífico, sin los riesgos que conllevaba el hecho de que hubiera sentimientos de por medio. Ese trabajo era genial.

Me dejé caer sobre un lado de la cama después de haber montado a Wes como una

experta amazona.

—Vaya, eso, querida, ha sido un puto diez —me elogió él.

Riéndome, le pellizqué un pezón.

—¡Au! ¡Bruja!

—Estás loco, ¿lo sabías? —Se inclinó sobre mí y me besó. Después deslizó una mano por mi pelo y tiró de mí para colocarme sobre él—. ¿Otra vez?

—No puedo evitarlo, me pones la polla más dura que una tabla de surf. —Me lamió la boca y me dio un apretón en mi generosa cadera.

—¿En serio acabas de comparar tu polla con una tabla de surf?

Dejó de besarme y me miró muy serio.

—Lo he hecho, ¿verdad?

Asentí y enarqué las cejas hasta que casi tocaron el nacimiento del pelo.

—Es tu cuerpo, que me trastorna. Soy incapaz de unir dos palabras con sentido —se excusó.

—Ya, ya... Me duele todo y necesito dormir. Así que levántate y mueve ese culo tan sexi hasta tu cuarto. —Me bajé de su cuerpo por segunda vez, me dejé caer de cara sobre la almohada y me abracé al edredón.

Wes deslizó la mano por mi espalda.

—¿No se te olvida algo, nena? —dijo en tono socarrón.

Abrí un ojo y lo miré.

—Estás en mi cama —terminó con una sonrisa de suficiencia.

—Maldita sea —refunfuñé mientras retiraba las sábanas y salía de la cama al tiempo que él se ponía cómodo.

Salí de su habitación pateando de mala gana, con el culo al aire, y lo oí gritar:

—Mañana tenemos el *brunch* con mis padres. ¡Estate lista a las diez!

—¡Vete a la mierda! —grité por encima del hombro.

Y, justo cuando giraba la esquina para dirigirme a mi dormitorio, me topé con Judi.

Casi se le salen los ojos de las órbitas al ver que estaba completamente desnuda.

—¡Ay, la Virgen! —exclamó, y se tapó los ojos corriendo.

Muerta de vergüenza, pasé corriendo por delante de ella.

—Lo siento, señora Croft, no pretendía asustarla de esta manera —le dije.

Desde el otro lado del pasillo oí cómo el cabrón de Wes se partía el culo. Seguro que había oído cómo me pillaban. Genial. La mujer ya sospechaba que era una escort a sueldo, y ahora se lo había confirmado.

—Hoy estás preciosa, Mia —me elogió la madre de Wes, y me dio un abrazo.

Se me hizo raro recibir esa especie de apretón maternal, como si de verdad quisiera

mostrarme su afecto.

—Gracias, señora Channing. Su casa es muy bonita.

La mujer sonrió, y yo me quedé observando el invernadero, que estaba preparado para celebrar el *brunch* del domingo. Un camarero que servía cócteles me ofreció un mimosa en una fina copa de champán.

La sala estaba elegante y lujosamente decorada. Resaltaban los tonos dorados y crema combinados con bermellón y azul marino. La mesa estaba dispuesta con una magnífica vajilla de porcelana blanca que llevaba un fino patrón en el borde, rodeada con más cubertería de la que se necesitaba para tres platos. Un exuberante ramo de rosas ocupaba el centro de la mesa, aportando un aire veraniego al ambiente, a pesar de que era enero. Supongo que en realidad daba igual: Los Ángeles no era el Medio Oeste. Del mismo modo, en Las Vegas nunca teníamos esos días tan fríos en los que la temperatura bajaba de cero grados. De hecho, estoy segura de que nunca había bajado de los treinta grados, al menos durante mis veinticuatro años de vida. Joder, sólo había visto nevar un par de veces.

—¡Hombre! —exclamó una rubia sonriente al entrar.

Un hombre alto y delgado con gafas de montura de carey entró tras ella.

—Hola, hermana —la saludó Wes antes de estrechar a la hermosa mujer entre sus brazos.

Después se retiró y lo agarró de la mandíbula.

—Tienes buen aspecto, Wes.

Él compuso una gran sonrisa, mucho más amplia que cuando había estado haciéndome cosquillas.

—Hermana, te presento a mi amiga, Mia —dijo, y colocó una mano en mi espalda, bajo mi cintura.

Le tendí la mano.

—Hola, eres Jeananna, ¿verdad?

Ella asintió y me estrechó la mano.

—Así que... —empezó, y miró a su hermano y después a mí—. Amiga, ¿eh?

Wes se echó a reír.

—Sí, hermana. Amiga —dijo enfatizando la palabra.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas —repuso mientras su melenita se mecía con gracia y sus ojos centelleaban de felicidad.

Una vez que todos fuimos presentados y nos sentamos a la mesa, empezó la diversión.

—Dime, Mia, ¿a qué te dedicas? —me preguntó Jeananna—. ¿Os conocisteis por trabajo?

Miré a Wes, y vi que se había quedado sin palabras.

—Podría decirse que sí —respondí con evasivas, y me embutí un trozo de quiche en la boca.

—Venga ya. Claro que se conocieron por trabajo. Mia es una escort. Yo misma la escogí. ¿A que tengo buen gusto, Wes? —soltó Claire Channing sin más preámbulos y en tono despreocupado, sin reparar en absoluto en que, en circunstancias normales, era raro escoger a una escort para tu hijo. Muy muy raro.

Jeananna abrió unos ojos como platos.

—¿Eres prostituta?

Wes y yo respondimos a la vez.

—¿Disculpa? —dije yo.

—¡Claro que no! —exclamó él airado.

Me quedé pálida. De repente, la quiche me pesaba en las tripas.

—Entonces ¿no te acuestas con mi hermano? —preguntó Jeannana sin la menor malicia, como si estuviese preguntando qué tiempo hacía.

—Pues... —empecé a responder.

—Eso no es asunto tuyo. —Wes se puso de pie y tiró su servilleta sobre la mesa. Tenía las mejillas y el cuello enrojecidos—. No voy a permitir que insinúes esas cosas tan horribles sobre Mia.

Su hermana se levantó y se acercó corriendo al otro lado de la mesa.

—Lo siento, lo siento. ¡Ha sido sin querer! Es que he oído la palabra *escort* y he llegado a la conclusión equivocada. No pretendía ofender —dijo, y se mordió el labio.

Claire se puso de pie.

—Vamos, vamos, Jeananna no lo ha dicho con mala intención. Ha sido un error sin importancia —terció intentando calmar los ánimos, pero Wes no cedió.

—¿Sin importancia? —replicó—. Mia es mi amiga, y puede que haya sido contratada para ayudarme durante este mes de tediosas comidas, cenas y eventos, pero no es una prostituta. —Me miró—. Lo siento, nena —me dijo con los ojos cargados de desasosiego.

Sabía que tenía que hacer algo para cambiar la situación, de modo que inspiré hondo.

—Bueno, ha sido un simple error. Yo también pensé lo mismo cuando la tía Millie me sacó el tema, pero decidí probar, y me alegro de haberlo hecho. Conocer a Wes, y ahora a todos vosotros, ha sido una experiencia fantástica para mí.

La mirada de Claire se tornó cálida, y tomó asiento. Jeananna abrazó a su hermano e hizo lo mismo.

—Además, ¿habéis visto mis zapatos? —Me volví en mi asiento y levanté una pierna hacia el cielo, como me había enseñado mi profesora de baile en el instituto—.

¡Son una pasada!

Claire se llevó la mano a la boca para contener la risa. Jeananna miró mis tacones con cierta envidia. Su marido no dijo nada, pero se quedó admirando mi pierna como si en ella se encontrasen todas las respuestas del universo, y el padre de Wes le dio una palmadita en el hombro con un «Bien hecho, hijo».

—Pero bueno, quiero saber más cosas sobre vosotros —dije cambiando de tema, y bebí un sorbo de mi mimosa—. Wes me ha contado que eres profesora, y que tú eres el director del colegio. ¿Cómo lo lleváis?

El resto de la tarde transcurrió sin incidentes. Claire y Weston II, junto con Jeananna y su marido, Peter, compartieron un montón de historias sobre Wes de pequeño y sobre cómo había sido crecer en la familia Channing. Me reí más esa tarde de lo que lo había hecho a lo largo del último año. Para alguien como yo, que nunca había tenido una auténtica familia, aquel ambiente alegre y desenfadado resultaba algo abrumador. Siempre habíamos estado solos mi padre borracho, mi hermana pequeña, Maddy, a la que tuve que criar durante gran parte de mi infancia y mi adolescencia, y yo. Aunque sabía que papá nos quería más que a nada en el mundo, era incapaz de dejar el juego y la bebida, que lo ayudaban a no pensar en cómo había sido nuestra vida cuando nuestra madre aún estaba con nosotros.

Cuando ya nos marchábamos, Claire le hizo prometer a Wes que volveríamos el domingo siguiente. Él accedió. De camino al Jeep, me estrechó contra su costado y me plantó un beso en los labios.

—Lo hemos pasado bien, ¿eh?

Tenía el corazón a punto de estallar de tanta calidez, y le sonreí.

—Sí, ha sido uno de los mejores días que he tenido desde hace mucho tiempo. Gracias por traerme.

Él sonrió y me guiñó el ojo.

—Gracias a ti. Les has caído muy bien.

Me puse el cinturón y me quedé mirando por la ventana mientras el coche cruzaba las puertas, se incorporaba a la serpenteante carretera y se alejaba de aquel vecindario tan pijo.

—Y ellos a mí. Mucho. Tienes una familia estupenda. Eres muy afortunado.

Frunció los labios.

—¿Cómo es tu familia? —preguntó en un tono tan bajo que apenas pude oírlo a través del sonido del viento que azotaba mi pelo.

Me apoyé en el respaldo y entonces me quedé mirando en la distancia cómo las olas rompían contra la orilla de la playa.

—Mi hermana Maddy es increíble. Es muy lista. Va a ser científica. Yo me pasé la mayor parte de mi infancia y mi adolescencia cuidando de ella.

—¿Dónde estaban tus padres?

—Mi padre —lo corregí.

Me miró brevemente, y en sus ojos se reflejaba una gran tristeza. No por él, sino por mí. Aparté la mirada.

—Mi madre era corista en Las Vegas. Nos abandonó cuando yo tenía diez años. Maddy tenía sólo cinco.

Wes empezó a golpetear el volante con la uña del pulgar, pero no apartó la vista de la carretera.

—Y ¿nunca volvió?

—No. —Negué con la cabeza—. Y eso hizo que mi padre empezara a beber. Mucho. Y a jugar aún más.

Me agarró de la mano y entrelazó sus dedos con los míos antes de llevársela a los labios y besarme el dorso.

—¿Por eso estás haciendo esto?

Podría haberle mentido y haberme inventado alguna mierda, pero eso habría arruinado lo que teníamos, aquella sinceridad perfecta y absoluta en la que habíamos basado nuestro acuerdo. En lugar de responder, me limité a asentir.

—¿Quieres hablarme de ello? —preguntó en tono suave y suplicante.

Era demasiado pronto. No estaba preparada para compartir mi carga con nadie. Wes era tan buen chico que probablemente querría solucionarlo, quizá pagar la deuda o alguna locura por el estilo. Pero se trataba de mi problema. Mi padre y mi constante deseo de salvarlo. Esto tenía que hacerlo yo.

—¿Me lo contarás algún día?

—Sí —dije, y eso era todo lo que podía prometerle por el momento.

6

—Despierta, nena —oí justo antes de sentir el fuerte aguijonazo de la palmada de Wes sobre la piel desnuda de mi trasero.

—¡Joder! —Me incorporé de un brinco y agarré el edredón para cubrir mis partes íntimas—. Pero ¡¿qué coño te pasa?! —grité.

Me respondió con una sonrisa en lugar de con una disculpa.

—Venga, levántate y ponte algo cómodo. ¡Nos vamos a la playa! —exclamó claramente entusiasmado ante la idea de un nuevo día y de visitar la costa.

Había trabajado como un mulo durante toda la semana. Sólo lo veía cuando llegaba casi de noche, excepto el día que habíamos ido a una cena de negocios muy aburrida. Sin embargo, mientras tanto, yo había quedado para comer con Jennifer Underwood, la mujer del director principal de la película en la que estaba trabajando actualmente, y con Claire, la madre de Wes. Todo el mundo parecía estar tomándose las cosas con calma. Wes tampoco tuvo problemas con ello. Dijo que le parecía genial que estuviese haciendo nuevos amigos mientras él estaba ocupado. Parecía preocuparle más el hecho de que me aburriese todo el día que la posibilidad de que se traspasaran ciertos límites sentimentales por el hecho de que quedara con su familia y que confraternizara con la mujer de su compañero de trabajo.

—¿Cómo que vamos a la playa? ¿Eres consciente de que es enero y hace un frío de la leche? —Me cubrí la cabeza con el edredón y me acurruqué en el acogedor refugio que ofrecía.

Sentí cómo el colchón se hundía y él me envolvía en su abrazo. Wes me apartó las sábanas de la cabeza de un tirón y entonces, con una maniobra digna de un ninja, me atrapó las dos manos por encima de la cabeza ayudándose de una de las suyas. Luego se inclinó y me dio un beso lento, húmedo y tan profundo que no pude evitar enroscar los dedos de los pies. El espacio entre mis muslos comenzó a calentarse y a palpitar. Joder, no había duda de que sabía besar. Retiró algo más la manta y me acarició los pezones,

primero con la nariz, y después llevándose la punta a la boca y tirando de ella.

—Así es como se despierta a una chica —dije entre graves gemidos.

Me recompensó chupando con verdadera intensidad mi pecho.

—Lo recordaré la próxima vez. Si hago que te corras, ¿estarás de mejor humor?

Sacó la lengua y comenzó a juguetear con la punta de mi pezón. Mientras, con la otra mano, me masajeaba el otro seno.

Asentí sin pensar, perdida en la sensación que se iba intensificando, un lento ardor que me volvía débil e incapaz de hablar.

Se rio contra mi pecho.

—Si te lo hago con la boca y te concedo el alivio que ansías, ¿harás lo que yo diga?

Era imposible negarle nada. Con las atenciones que su boca y sus manos brindaban a mis tetas, no podía evitar darle todo lo que me pidiese.

—Sí, joder, ¡sí! —gemí.

Dándome suaves bocaditos, su cabeza descendió desde mi pecho hasta mis costillas, y después por el centro de mi abdomen hasta que llegó «ahí», justo ahí, y me dio todo lo que quería y más. Wes podría haber sido medallista de oro en el arte del *cunnilingus*. Sabía exactamente cuándo dar, cuándo morder, cuándo chupar, cuándo lamer. Y lo hacía con tanta delicadeza...

Mordisco.

Bocadito.

Succión.

Lametón.

Después empezó a frotar mi centro de placer con la lengua una y otra vez, hasta que estallé. Arqueé el cuerpo y levanté las manos en el aire para aferrarlo contra mi humedad. Él gruñía mientras me comía, sumido en el momento tanto como yo. Puede que incluso más, por el modo en que me metió la polla.

No llegamos a la playa hasta una hora después, y allí nos estaba esperando un hombre, un instructor de surf llamado Amil.

—¿Me has traído aquí para que os vea surfear? —pregunté en tono de enojo inmediatamente después de estrecharle la mano a don Surferas.

Wes miró a Amil, después me miró a mí y sonrió. Era una sonrisa pícara, y en ese mismo momento supe de qué iba la cosa.

—No —repuso—. De hecho, te he traído aquí porque tú y yo vamos a surfear. Amil me ayudará a enseñarte en qué consiste esto. También trae el equipo y tiene trajes de neopreno para chicas. Lleva la caseta de surf que está más adelante en la playa —dijo señalando un punto lejano en el horizonte.

Miré a Wes. Su pelo rubio ondeaba en el frío aire de la mañana. Una chispa en sus ojos hacía que parecieran casi de color esmeralda con aquella luz matutina. Su mirada

era tan dulce como las celestiales olas que rompían en la orilla.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió y señaló a Amil. El instructor se dio la vuelta, ofreciéndome unas fantásticas vistas de su espalda definida y bronceada, y sacó un traje de neopreno que parecía de mi talla.

—Éste te valdrá. ¿Cuánto mides? ¿Uno setenta y cinco? Y ¿cuánto pesas? ¿Sesenta y tres kilos?

—Uno setenta. Y ¿no te enseñó tu madre que no se le debe preguntar el peso a una dama?

Amil sacudió la cabeza y se echó a reír.

—La verdad es que no.

—Pues muy mal —dije muy seria—. Es de muy mala educación, y a las mujeres no les gusta. ¿Estás casado? —Negó con la cabeza—. ¿Tienes novia? —Volvió a negar con la cabeza, sonriendo todavía—. No me extraña —le espeté dando una palmada como si acabase de demostrar la teoría de la relatividad de Einstein.

Wes se echó a reír con ganas a mi lado.

—Tiene razón, tío —convino.

Me sorprendió un poco que se dirigiera a él de ese modo. No es que no fuese un chico guay, que lo era, y mucho, pero siempre se expresaba con un aire muy formal.

—Perdona, Mia. Mis más sinceras disculpas, pero quería asegurarme de que el traje sería de tu talla —dijo Amil, y me pasó un traje de neopreno negro.

Después de varios intentos de meterme en la estrecha prenda, a la que bauticé como mi traje de Catwoman, por fin estuve lista. Tenía las tetas aplastadas entre mi torso y la tela del neopreno. No deseaba nada más que bajarme la cremallera y liberarlas. Me eché un vistazo y no pude evitar una risita. El traje me recordaba a la Catwoman de *Batman vuelve*. Me sentía ridícula, aunque la mirada lasciva de Wes me indicaba que no lo estaba en absoluto. Amil, en cambio, no era consciente de la escasa atención que estábamos prestando a sus instrucciones. ¡Yo sólo quería meterme en el agua y probar esa mierda de una vez!

Por fin, Amil terminó con su introducción al «arte del surf» y Wes me guio hasta la playa, portando su tabla y la mía mientras avanzábamos por la arena.

—Puedo llevar mi propia tabla, ¿sabes? —le espeté.

Sus ojos centellearon bajo la luz del sol.

—Estoy convencido de que hay un montón de cosas que puedes hacer, nena. Pero no me sentiría lo bastante hombre si no ayudara a mi chica. Además, te has tomado con mucha deportividad lo de perder.

¿«Su chica»?

¿Acababa de decir eso?

—¿«Mi chica»? —pregunté antes de que aquello se convirtiera en algo retorcidamente sentimental.

Sonrió.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —dijo restándole importancia.

Eh..., no. No tenía ni puta idea de qué quería decir. Justo cuando me disponía a ahondar más en aquella mina terrestre, Amil nos interrumpió.

—Vale, vamos a hacer un poco de remada y a realizar algunas prácticas en esa sección más tranquila de agua.

—Venga, con más decisión. Pareces un gato asustado —dijo Wes, y añadió una especie de maullido agonizante.

Los hombres no saben imitar a los gatos. Siempre acaban pareciendo más un animal moribundo que una preciosa bola de pelo.

Justo cuando me disponía a protestar, Wes me dio una fuerte palmada en el culo y me empujó hacia el océano. Pero en el agua se comportó como un auténtico caballero. Me guio hasta la zona adecuada y me ayudó con las posiciones, las posturas y a mantener el equilibrio. Decidimos que debía intentar ponerme de rodillas antes de levantarme del todo.

Una vez que los nervios de la novedad desaparecieron, descubrí que podía coger olas pequeñas estando tumbada boca abajo. Tardé una hora en llegar a ponerme de rodillas, pero me sentí superorgullosa de mí misma. Y, mientras cogía una ola de rodillas, oía a Wes riéndose y animándome. Nunca en mi vida me había sentido más orgullosa que en ese momento. Normalmente, siempre era yo la que alentaba a mi hermana, Maddy, o a mi mejor amiga, Ginelle, con su baile. Incluso en clase de danza contemporánea había hecho algunos movimientos fantásticos y jamás había sentido la necesidad de que nadie me los celebrara. Tal vez lo de ahora fuera a causa del tío bueno de más de metro ochenta que me esperaba en la orilla mientras yo remaba con las manos. Su tabla de surf estaba clavada en perpendicular al suelo. Arrastrando los pies, me dirigí hacia él, dejé caer la tabla y continué adentrándome en la arena.

—¡¿Has visto eso?! —grité entusiasmada mientras corría en su dirección.

—¡Claro que lo he visto! ¡Ha sido increíble! ¡Lo llevas dentro, nena! —dijo con los brazos abiertos.

Me abalancé contra su pecho y ambos caímos al suelo. Al instante, sus labios estaban pegados a los míos, y sus manos hundidas en mi pelo mojado, aferrándome a él. Su boca sabía a sal y a mar. Era algo mágico. Seguimos enrollándonos durante unos minutos, hasta que un ronco carraspeo nos interrumpió. Wes había desplazado las manos de mi cabeza a mi trasero, y me presionaba de tal manera que sentía su firme erección justo donde más quería tenerla. Nos separamos lentamente, ambos jadeando y sonriendo como idiotas al ver la expresión divertida de Amil.

Wes me ayudó a levantarme y me estrechó contra sí. Nuestros trajes de neopreno chocaron.

—Has estado genial —dijo con orgullo, y me acarició la mejilla con el pulgar antes de darme un besito en los labios.

—Gracias por enseñarme. ¿Podremos repetir? —pregunté emocionada ante la idea de volver a enfrentarme a las olas.

—Por ti, lo que sea. Mi dulce Mia.

La tercera semana de mi estancia consistió en más cenas de negocios aburridas y otro evento con gente pija. Lo de los eventos no me importaba tanto. Estaba bien pasearse por ahí, comer cosas deliciosas y beber vino y champán caros, pero no era precisamente divertido. Wes se pasaba esas noches conversando con la gente y recorriendo las salas como el hombre de negocios que era.

No bromeaba cuando decía que no tenía tiempo para una relación de verdad. La mujer que se comprometiera con él iba a estar mucho tiempo sola. Necesitaría a una mujer que tuviera una vida y una carrera y que se contentara con disfrutarlo a medianoche, que estuviera disponible cuando él volviera a casa para follar y acurrucarse a altas horas de la noche antes de quedarse dormidos para volver a empezar con la misma rutina al día siguiente. Sentí una intensa punzada en el estómago al imaginar a Wes con otra mujer. ¿Se enamoraría, se casaría, tendría hijos, viviría feliz y comería perdices... mientras yo, qué? ¿Seguiría trabajando como escort?

Dejé en un plato el pastel de hojaldre que había cogido y me bebí de un trago el resto de la copa de champán.

—Vaya, ve más despacio con eso —dijo Wes mientras me agarraba de la cintura y me estrechaba contra su costado—. ¿Estás intentando emborracharte? —Entornó los ojos, pero una leve sonrisa en la comisura de su boca confirmaba que estaba en plan juguetón.

—¿Por qué lo dices? ¿Vas a aprovecharte de mí si lo hago? —pregunté en tono travieso mientras presionaba con firmeza mis tetas contra su pecho.

Él inspiró hondo, me estrechó con más fuerza y me miró.

—No lo dudes —aseguró sin un ápice de humor.

La sola insinuación de que me tomara hizo que se me humedeciera el tanga.

—No me pongas cachonda. No es justo, teniendo tú negocios que atender —protesté, y le di un beso a un lado del cuello, asegurándome de arrastrar los labios ligeramente.

Él profirió un gruñido gutural y pegó la entrepierna a mí para que pudiese notar el calor y la intensidad de su deseo.

—¿Cómo narices voy a dejar que te marches dentro de ocho cortos días? —Sus ojos y la firmeza con la que apretaba la mandíbula enfatizaban la sinceridad de su comentario.

Inspiré de repente y lo miré directamente a los ojos, a esos ojos que había llegado a adorar por encima de todos los demás.

—Las cosas son como son. Como tienen que ser —le recordé.

Se inclinó hacia adelante y pegó su frente a la mía.

—Y ¿qué pasa si yo no quiero que sea así? —dijo refiriéndose a aquello que ambos habíamos acordado que no debía suceder.

La idea, la mera sugerencia de que pudiera haber algo más, iba en contra de todo lo que habíamos negociado cuando había firmado el contrato. También iba en contra de las normas que él mismo había establecido la primera vez que nos habíamos acostado hacía dos semanas.

—Calla —susurré.

Wes inspiró lentamente y exhaló. Podía sentir el calor de su aliento contra la humedad de mis labios.

—Está bien —dijo con una determinación que manifestaba su compromiso renovado de dejar las cosas como se suponía que debían ser. Como tenían que ser.

Yo no tenía otra opción. Incluso si quisiera algo más, cosa de la que todavía no estaba segura, no sería posible. Seguía necesitando un millón de dólares y tenía que salvar a mi padre. Sólo yo podía hacerlo. Y no pondría en riesgo su vida por la promesa de la felicidad. Jamás me lo perdonaría si escogiera mi propia felicidad por encima de la vida de mi padre.

A pesar del hecho de que era un borracho que pasaba demasiado tiempo jugando y bebiéndose nuestra estabilidad económica, seguía siendo una de las únicas personas que me querían de verdad. Y jamás lo abandonaría. Ni siquiera por Wes, por mucho que la idea me llenase la mente, el corazón y el alma de esperanza. No podía ser. Tenía un trabajo que hacer, y lo haría, o moriría en el intento.

—Venga, vamos a bailar —sugirió Wes, dejando que la intensidad del momento se disipara mientras me guiaba a un espacio abierto.

El evento de esa noche era una fiesta de presentación para los futuros empleados, miembros del equipo, inversores y actores confirmados para la película en la que Wes había estado trabajando tanto: *Código de honor*. Ésa era la primera noche que podía celebrar ese logro, y estaba decidida a asegurarme de que lo hiciera.

Mientras bailaba pegada a él, pensé en nuestro tiempo juntos. Las últimas dos semanas y pico habían sido un sueño hecho realidad. Cuando la tía Millie me ofreció ese trabajo pensé literalmente que estaba vendiendo parte de mi alma. Ahora que había tenido más de dos semanas para hacerme a la idea y para reflexionar acerca de cómo

quería que fuesen las cosas con mis futuros clientes, pensé que sería capaz de sobrevivir hasta el año próximo. Es posible que incluso hiciese algunos contactos de la industria en la que pretendía entrar una vez que mi año de esclavitud hubiese terminado. Excepto en el caso de que me acabase encantando. De ser así, seguiría trabajando y ganando una pasta gansa, ya que de lo que sacara ese año no vería ni un dólar. Me quedaría un poco para enviarle algo a Maddy para cubrir sus necesidades en la facultad, e ingresaría lo justo en mi cuenta corriente para pagar el alquiler de mi pequeño apartamento.

Calculé que, si me pagaban cien mil dólares al mes durante los próximos doce meses, al finalizar el año habría ganado un millón doscientos mil, es decir, doscientos mil dólares más de lo que tenía que pagar. Eso significaba que podría costear la matrícula de Maddy, que era de cien mil dólares, y aún me sobrarían otros cien mil. Eso me daría lo suficiente como para mandarle tres mil al mes a mi hermana para los gastos básicos que tuvieran ella y mi padre, pagar mi alquiler de mil dólares, y aún me sobrarían unos cuantos miles en el banco al mes para ahorrar.

Por supuesto, no pasaría el tiempo sola, cosa que al final me acabaría sacando de quicio, pero esperaba que el resto de mis clientes fuesen como Wes, que trabajasen mucho y que me necesitasen muy poco. Así podría disponer de muchas horas para relajarme en sus lujosas casas.

No obstante, me iba a costar dejar a Wes. Me preguntaba si sería así con todos mis clientes. Había llegado a apreciar el tiempo que Wes y yo pasábamos juntos, y el sexo, que era una pasada. Me ruborizaba sólo de pensar en lo que había estado haciéndome esa misma mañana. El modo en que me empotraba contra las baldosas de la pared de la ducha... Joder, el tipo sabía follar.

—Oye, te has puesto roja. ¿Estás bien?

Paró de bailar, y yo me aparté de la intensidad de su mirada y apoyé la cabeza sobre su pecho. Los latidos de su corazón me sumieron de nuevo en un estado contemplativo. Meneé las caderas ligeramente para indicarle que quería seguir bailando con él. Quería sentir sus brazos a mi alrededor. Me hacía sentir como si fuese la única chica del mundo que pudiese mantener su atención.

—Estoy bien. Hace calor. Y tú me das aún más calor. —Apoyé la barbilla sobre su esternón y levanté la vista.

Tenía la mirada fija en mi rostro, y sus ojos admiraban los rasgos de mi cara.

—¿Sabes? Creo que eres la mujer más valiosa que he conocido en toda mi vida, aparte de mi madre y de mi hermana.

—¿Valiosa? —pregunté entre risitas.

—Sí. En otras palabras... —Se inclinó y deslizó su mejilla junto a la mía hasta que sus labios alcanzaron la altura de mi oreja—, me importas.

Lo abracé con fuerza. Quería que supiese lo mucho que me importaba él también, pero no encontraba las palabras para expresarlo. Se me habían quedado atascadas en la garganta mientras me aferraba a su espalda y le clavaba las uñas a través de la chaqueta de su traje. Entonces se retiró para librarse de la extremada fuerza de mi abrazo.

—Oye, oye. No tenemos por qué hacerlo, pero Mia, tienes que saberlo.

Sacudí la cabeza. No quería oír que me confesara unos sentimientos a los que yo no podía corresponder. Sostuvo mis mejillas entre sus cálidas manos.

—Mia, escúchame... —Inspiré hondo y esperé a que dijera lo que necesitaba decir —. Que no vayamos a estar juntos como pareja cuando te marches no significa que no podamos seguir en contacto, seguir siendo amigos.

Por el tono de sus palabras sabía que lo estaba diciendo de verdad.

De repente me sobrevino una inmensa sensación de alivio y una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿De verdad?

Asintió.

—Sí, de verdad, nena —me aseguró—. Y ahora, tomemos algo y disfrutemos del resto de la noche. Van a anunciar el reparto de *Código de honor*, aunque la mayoría de nosotros ya lo conocemos. Forma parte del entretenimiento. —Me guiñó un ojo, y yo asentí.

Una vez que llegamos a la barra, me topé precisamente con Jennifer Underwood.

—¡Mia! ¡Qué fuerte! He estado buscándote por todas partes —se apresuró a decir, y tiró de mi brazo para apartarme a un lado.

Wes me miró con los ojos entornados con cierta intranquilidad. Sacudí la cabeza para indicarle que no se preocupara.

—¿Qué pasa, Jen?

Jennifer se inclinó hacia mí con complicidad y después miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más oía lo que estaba a punto de contarme.

—Tengo un retraso —dijo, y se mordió el labio.

—¿Perdona? —pregunté sin saber de qué me estaba hablando.

Ella suspiró con resignación y se inclinó de nuevo hacia adelante.

—Que tengo un retraso... en el ciclo —susurró.

Y entonces caí. «¡Joder! ¡Tiene un retraso!» Cuando quedamos para comer la semana anterior después de la cena donde nos conocimos por primera vez, me agradeció efusivamente que hubiera cambiado su vida. Al parecer, en cuanto llegó a casa y le dijo a su marido, Jay, que deseaba intentar tener un bebé, él se puso contentísimo. Me dijo que él habría querido empezar a intentarlo en su noche de bodas pero, como se habían casado tan rápido, había dado por hecho que ella prefería esperar. Ahora, según tenía entendido, no paraban de follar como conejos para concebir

un bebé.

Agarré a Jen de las manos y la acerqué a mí.

—¿De cuántos días? Acabáis de empezar a intentarlo.

—¡Lo sé! —chilló por encima del barullo de las demás conversaciones, y unos cuantos hombres vestidos de traje se volvieron hacia nosotras.

Me la llevé hasta una esquina más alejada.

—De momento, cinco días, ¡cuando nunca antes se me había retrasado ni uno solo!

—¡Joder! —exclamé.

—¡Sí!

—¡Qué fuerte!

—¡¿A que sí?! —chilló, y ambas empezamos a brincar de alegría como si fuésemos niñas pequeñas, golpeando el suelo con los tacones.

La abracé. Nunca me había mostrado excesivamente cariñosa con muchas mujeres, sólo con Ginelle y con Maddy, pero sentía cierta conexión con Jennifer. Era buena persona, y la consideraba en cierto modo una amiga.

—Vas a tener que ponerme al corriente de todo cuando me marche.

Ella asintió. Ésa era una de las cosas que le había ocultado a Wes. No le había dicho que le había contado a Jennifer quién era para él, pero le había hecho jurarme que guardaría el secreto; de momento me había demostrado que podía confiar en ella.

—¡Es fantástico! ¿Qué ha dicho Jay?

—Quería contarle a todo el mundo que ya estaba embarazada, aunque ni siquiera estamos seguros. —Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Los hombres son idiotas —repuse, y ella asintió—. Entonces, si te quedaste preñada nada más empezar a intentarlo, imagino que estás sólo de dos semanas, así que un test de embarazo casero no te va a dar resultados fiables hasta dentro de otro par de semanas. Lo mejor que puedes hacer si te mueres por saberlo es ir y hacerte unos análisis de sangre. Supongo que es la prueba más concluyente.

—Eso es lo que había pensado. He pedido cita para el viernes que viene. Así lo sabré unos días después. A menos, claro está, que me baje la regla. —De repente, su rostro se nubló.

La abracé y empezamos a caminar hacia los chicos.

—Bueno, vamos a ser positivas y a esperar lo mejor, ¿vale? —Ella asintió y, al cabo de un instante, ya estaba contenta otra vez.

Llegamos junto a los hombres justo cuando una horda de personas se reunía alrededor del pequeño escenario que habían montado en el inmenso salón de baile. El cuarteto dejó de tocar. Wes me agarró del bíceps y me pasó otra copa de champán.

—¿Va todo bien?

—Más que bien.

—¿Algo de lo que deba estar informado? —dijo enarcando una ceja hasta el nacimiento del pelo.

Negué con la cabeza.

—No. Ya te enterarás.

Se echó a reír y me guio hacia el escenario mientras el maestro de ceremonias empezaba a anunciar los papeles de la película de Wes.

—¿Estás emocionado? —le pregunté.

—Yo ya sé quién va a participar en la película —dijo sonriendo.

—¿Y qué? Ahora todo el mundo lo sabrá también, y todo el mundo hablará de ello durante meses. Yo estoy emocionada, y sólo conozco el argumento de la historia.

Wes deslizó la mano hasta mi hombro y me estrechó contra su cuerpo mientras veíamos a la gente dirigiéndose al escenario. Todos se inclinaban cuando se anunciaba su nombre y el personaje que se les había asignado.

—Estoy deseando saber quién va a interpretar el soldado, Will, el que le envía las cartas a su verdadero amor, Allison. Y ¿quién va a hacer de Allison? —Levanté la vista y vi que me estaba mirando.

—Nadie hará de Allison —respondió.

—¿Eh? Pero ¿no era el amor de su vida? —Mi expresión debía de reflejar la confusión que sentía al mirar el atractivo rostro de Wes.

Él sonrió e indicó el escenario.

—Mira. —Señaló con la barbilla justo cuando una guapa mujer de pelo negro se acercaba al estrado.

¡Conocía a esa actriz! Era Gina DeLuca. Era alta y delgada, pero tenía unas magníficas curvas. Todos los hombres estaban locos por ella, y todas las mujeres querían ser ella. Lo mejor de todo era que tenía un corazón de oro y era un ejemplo positivo para las chicas jóvenes.

Estaba aplaudiendo como una loca cuando el maestro de ceremonias presentó a la actriz:

—¡Gina DeLuca encarnará a la protagonista femenina, Mia Culvers!

Me quedé boquiabierta.

—¡Venga ya! —Me volví hacia Wes.

—¡Sorpresa! —dijo, y esbozó una sonrisa de satisfacción absolutamente arrebatadora que jamás olvidaría, jamás.

—¿Le has cambiado el nombre a la protagonista femenina para llamarla Mia?

—Pues sí —dijo sin añadir ninguna explicación.

Parpadeé unas cuantas veces al sentir que mis ojos se llenaban de humedad.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

7

Joder, joder. Le importaba. Se me inundó el corazón de felicidad al pensar en lo que había pasado hacía algunas noches, cuando Wes admitió que le había puesto al personaje principal de su película mi nombre. Incluso había cambiado su aspecto. En un principio iba a ser una mujer delgada con pinta de duendecillo llamada Allison, rubia y con los ojos azules, no una mujer de pecho generoso, de cabello negro como la pez y de belleza rubensiana como Gina DeLuca... o como yo.

No sabía qué pensar o cómo tomarme esa información. Habíamos acordado no involucrarnos sentimentalmente. Aunque, para ser sincera, yo no podía afirmar que no sentía nada por Wes. Claro que lo sentía. ¿Estaba enamorada de él? No lo creía. Me había pasado todo el tiempo tan obsesionada con no enamorarme que no me había planteado siquiera la opción de abrir mi corazón.

El timbre de mi móvil me sacó de aquel bucle de «y si» que me había estado planteando acerca de que Wes y yo nos convirtiésemos en una pareja real. Pero la triste realidad es que esa opción era imposible. Él lo sabía, y yo también. Y con eso debía bastar.

—¿Sí? —respondí al ver el nombre de la tía Millie en la pantalla.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te va la vida de lujo?

El tono de mi tía estaba repleto de humor, pero no hizo sino recordarme la realidad de mi situación. Me habían contratado para hacer un trabajo. Y ese trabajo me había llevado a una vida de lujo... durante un mes. No era una vida propia, ni lo sería jamás. Suspiré sonoramente al teléfono.

—¿Hay algún problema?

—No, todo va bien. ¿Qué pasa? —Me cogí un mechón de pelo y lo inspeccioné en busca de puntas abiertas. Necesitaba un corte.

—Te llamaba para hablarte de tu próximo cliente, querida.

Oí cómo pasaba algunas hojas y cómo sus uñas golpeteaban un teclado mientras

chasqueaba la lengua.

—¡Vas a ir a Seattle!

«Nunca he estado en Seattle, podría ser divertido», pensé al tiempo que ella continuaba:

—Éste va a ser interesante. El cliente se llama Alec Dubois. Treinta y cinco años, alto, moreno, atractivo... Encaja con lo que buscamos, aunque es excéntrico.

Me abstuve de comentar nada. Creía que todo el proceso era extraño, hasta que conocí a Wes. Entonces me había dado cuenta de que era posible que los hombres buenos, amables y normales necesitasen compañía por una razón u otra, y en esa circunstancia en particular me alegré de que así fuera. De lo contrario, jamás lo habría conocido, y Wes era, sin lugar a dudas, una persona que siempre estaría presente en mi vida. A mí también me importaba, aunque todavía no se lo había dicho.

—... te escogió a través de la página web al día siguiente de que te enviara a casa del señor Channing. Me hizo prometerle que pasarías el mes siguiente con él.

Asustada y algo avergonzada, me volví, cogí una manta de la silla y me envolví con ella.

—¿Es un pervertido?

Millie se echó a reír tan fuerte que tuve que apartarme el auricular de la oreja.

—No, pequeña, ¡es un artista! Tú serás su musa. Dijo que nada más verte supo que debía tenerte para su nueva serie «Amor en lienzo».

La oí teclear, y al instante me llegó un mensaje al teléfono.

Activé el altavoz y le eché un vistazo al correo electrónico que me había mandado.

—¡Madre mía!

Me quedé sin aliento.

—Es muy atractivo. Parece el negativo del señor Channing. Moreno, ojos marrones, de constitución normal.

Asentí mientras miraba embobada la fotografía de don Alec Dubois, artista, en la pantalla. No había nada de normal en aquel tipo. Era clavadito a Ben Affleck, sólo que llevaba el pelo largo y recogido en un pequeño moño en la coronilla, y barba y bigote. Tenía curiosidad por saber qué longitud tendría su pelo una vez suelto. ¿Que lo defina en una palabra? *¡Cañón!*

Inspiré hondo y liberé el aire lentamente para expulsar parte del calor que inundaba mi cuerpo.

—Bueno, y... ¿qué quiere que haga como su musa?

—No lo sé. Sé que crea obras de arte originales, piezas únicas. Se venden por cientos de miles de dólares. Sin embargo, si tienes que quitarte la ropa, pagará más. Y punto. Si te acuestas con él, y, por Dios, ¿qué mujer no lo haría? —dijo riéndose—, debería pagarte los veinte mil adicionales aparte.

—¿Puede exigirme que me quite la ropa? —pregunté sintiéndome sucia de repente.

De inmediato me estrujé los sesos para recordar qué era lo que había firmado en el contrato.

—No, no, no, de ningún modo. Sin embargo, lo mencionó cuando te reservó. Le expliqué que le costaría un veinticinco por ciento más de la tarifa, y que sólo sucedería en caso de que tú estuvieras de acuerdo. Y, en realidad, no tiene que tocarte, sexualmente hablando.

El veinticinco por ciento eran veinticinco mil dólares.

—¿En serio? ¿Ganaré veinticinco mil dólares más si dejo que me pinte desnuda?

—No, preciosa, tú sólo ganarás veinte mil. Exquisite Escorts se queda con el veinte por ciento de tu tarifa. Eso significa que cinco mil dólares son para nosotros y veinte mil para ti.

Me encogí de hombros. Lo cierto es que me daba igual. Pensaba quitarme la ropa igualmente. Esos veinte mil dólares me ayudarían a conseguir mi objetivo mucho antes. Y, en todo caso, me permitirían pagar los préstamos que debía del primer año de universidad de Maddy.

—¡Dile que sí! Mientras no tenga que acostarme con él, posaré desnuda.

Incluso diciéndolo en voz alta sonaba falso. Joder, ¿qué coño me pasaba? Todavía no había dejado a Wes y ya estaba babeando por el siguiente tipo. Soy una chica fácil.

—Como quieras. Tu vuelo saldrá a primera hora de la mañana del día 1. Asegúrate de coger ese avión. Oficialmente, tu último día con el señor Channing debería ser el 26 de enero. Así tendrás unos días para ir a la esteticista, arreglarte el pelo, depilarte, ir a hacerte una revisión ginecológica, etcétera. —Esta vez fui yo la que se echó a reír con ganas—. Si no tienes más preguntas...

—Eh..., tía Millie...

—Señora Milan, ¿recuerdas? —me corrigió.

—Perdona. Sabes que nunca voy a llamarte así a menos que estemos delante de algún cliente, ¿verdad? —le dije muy en serio.

—¿Qué pasa, Mia? —Esta vez su voz carecía del tono cariñoso de un miembro de la familia.

—¿Es posible que una escort siga viendo a sus clientes? Fuera del trabajo, quiero decir.

—Ay, no. Por favor, no me digas que te has enamorado del señor Channing.

—¡No! No, no es eso. —«No lo es», me dije a mí misma. «No lo es. De verdad que no. Puede que no»—. Es que nos hemos hecho muy buenos amigos y me gustaría poder mantener esa amistad sin romper ninguna regla.

La tía Millie suspiró sonoramente.

—No existe ninguna regla en sí, pero debes tener cuidado, Mia. Los hombres como

él pueden prometerte la luna y no cumplir nunca su palabra. Créeme, he oído todo tipo de promesas. Demasiadas veces, de hecho.

—Entonces ¿no hay ninguna regla?

—No —dejó escapar una larga exhalación—, pero protege tu corazón. No todo el mundo vale para este trabajo, y tú ya lo has pasado bastante mal. Aprovecha tu tiempo libre para divertirte, para disfrutar y para experimentar lo que la vida puede ofrecerte. Es probable que sea una de las pocas veces que la vida te brinde esa posibilidad. —Me tragué la emoción que se apoderaba de mí bajo mi dura fachada—. Llámame cuando te reúnas con el señor Dubois. Te enviaré todos los datos por correo electrónico —añadió, y colgó el teléfono.

Mi tía tenía razón. No debía permitir que Wes me convenciera de que eso era algo más de lo que en realidad era. Tenía que ir a Seattle. Iría a Seattle. Miré el teléfono. Don Artista Buenorro sería mi siguiente experiencia.

—¡Cielo, ya estoy en casa! —La voz de Wes resonó por toda la casa y llegó hasta el exterior, donde estaba relajándome en la piscina climatizada.

Salió al patio, vestido de traje y con una sonrisa en la cara. Joder, el tío estaba muy bueno. Siempre estaba guapo, pero cuando se ponía elegante tenía algo que me volvía loca. Puede que lo que más me gustase fuera el hecho de desnudarlo.

—Hoy has llegado pronto. —Eran sólo las dos y media del mediodía.

Salí de la piscina impulsándome sobre el borde y me senté encima de éste.

Wes dejó de avanzar hacia mí y se quedó quieto, justo al otro lado de la piscina. Me estaba mirando, pero no a los ojos. Admiraba mi figura con esas dos esmeraldas que tenía por ojos, y éstos reflejaban tanto deseo que casi podía sentir dónde los posaba sobre mis pechos, mi vientre, mis muslos... Observé cómo se quitaba los zapatos y dejaba caer el blazer al suelo de madera. Como si me hubiese dado pie, me apoyé en las manos y me incliné hacia atrás, arqueé la espalda de manera sugerente, levanté el pecho hacia el cielo y eché la cabeza atrás. Separé ligeramente las piernas para mantener el equilibrio de la postura. El minúsculo biquini que llevaba puesto no dejaba nada a la imaginación, y cuando levanté la vista para ver si mi pequeño espectáculo estaba funcionando, oí un fuerte chapuzón. Del todo vestida, la figura de Wes atravesaba el agua. Era como un oscuro tiburón que nadaba hacia su presa.

Llegó al borde de la piscina sin salir a respirar. Su cuerpo emergió del agua como si de algún dios acuático se tratase. Me incliné hacia adelante, agarré su corbata mojada y tiré de él entre mis piernas. Él posó las manos sobre mis rodillas y me las separó.

—Eso ha sido muy impulsivo —dije contra sus labios sin llegar a besarlo y dejando

que el agua de la piscina gotease entre nuestras bocas.

—¿Tú crees? Entonces esto te va a encantar. —Pegó su boca a la mía y su lengua se abrió paso a través de ella.

Me besó como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo, como si se muriera por saborear mis labios. Yo sabía que me moría por saborearlo a él.

—Llevo todo el maldito día pensando en tu sabor —gruñó antes de pasar la lengua por mi torso y entre mis senos.

Coló los dedos por debajo de los diminutos triángulos del biquini y apartó la tela para dejar mis pechos al descubierto. Mis pezones se endurecieron instantáneamente al percibir el cambio de temperatura.

—Sueño con estas bellezas —dijo lamiendo la punta de uno de ellos con la lengua antes de absorberlo entero en el calor de su boca.

Solté un grito de placer y mis manos se aferraron a su cabeza para sostenerlo contra mí.

Wes continuó chupando hasta que empecé a estrujar su cuerpo contra el mío para obtener algo de fricción. Cuando me llevó al borde del orgasmo jugando con mis tetas, cosa que le encantaba hacer, me empujó hacia atrás. Me quedé tumbada sobre el gélido hormigón, y el frío me alcanzó los huesos, hasta que sus inteligentes dedos hallaron las tiras laterales de la parte inferior del biquini y tiró de ellas. Joder. Iba a hacerlo en ese mismo lugar, a plena luz del día.

—Wes... —dije a modo de advertencia, pero sonó poco convincente.

Estaba demasiado borracha de placer como para oponer mucha resistencia. Si la señora Croft aparecía, se marcharía sin decir ni mu. Era así de discreta. Yo, no tanto. Wes mordisqueó la parte más carnosa de mis muslos al sacarme las dos piernas del agua y colocó mis pies sobre el borde de la piscina. Me dobló las piernas en un ángulo de noventa grados y me separó las rodillas como si fuese un pájaro con las alas extendidas a punto de echar a volar. Y volé. En el momento en que su lengua rozó la parte más sensible de mi sexo, mis manos se aferraron a su cabeza para mantenerlo ahí. Él me las apartó y me las colocó en el suelo, bajo mi trasero.

—Déjalas quietas. Nada de tocar —me reprendió.

Vaya, así que ése era el juego del día. Quería tener todo el control. Mierda, eso significaba que iba a llevarme más allá de mis límites, que iba a hacer que me corriera una y otra y otra vez. Ya lo había hecho en una ocasión. Me había provocado tantos orgasmos que me había desmayado montando su polla. Había sido la experiencia más sensual y más carnal de mi vida, hasta entonces.

Con la punta de los dedos, me separó los labios y usó la lengua para lanzarme fuera de órbita. Después de que me hubiera corrido, siguió aferrado a mí, sosteniendo mis piernas abiertas mientras gruñía contra mi carne húmeda. Sus siguientes palabras fueron

un cántico obsceno.

«Follarte.»

«Lamerte.»

«Chuparte.»

«Más. Más.»

Soltó un grave gruñido.

—Joder, Mia, podría pasarme todo el día devorándote —dijo con los dientes apretados antes de sorber mi clítoris con fuerza.

Ese gesto hizo detonar mi segundo orgasmo. Me temblaba todo, hasta que Wes me agarró de la cintura, levantó mi peso muerto y me metió en el agua.

La impresión sacudió mi sistema. Mis nervios se disparaban por todas partes conforme el cosquilleo de mi orgasmo se disipaba. Antes de recuperar del todo la razón, rodeé su cintura con las piernas y apoyé la espalda contra el borde de la piscina.

—Voy a hacértelo tan bien que voy a asegurarme de que me sientas incluso cuando ya no estés aquí, nena —dijo, y me penetró con fuerza.

No sé cuándo se los había quitado, pero sus pantalones flotaban en alguna parte de la piscina y me recordaban a una raya en el fondo del océano. Todavía llevaba puesta la camisa y la corbata, y me aferré a la tela empapada mientras me aguijoneaba. El cántico comenzó de nuevo. Creo que él ni siquiera era consciente de estar hablando. Pero yo sí, y me aferré a cada una de sus palabras, dejando que todas sus breves frases se grabasen en mi memoria para poder revivir ese momento siempre que lo necesitase..., siempre que lo echase de menos.

«Yo estuve aquí.» Empujón.

«Juntos.» Empujón.

«Joder.» Empujón.

«Me encanta esto.» Empujón.

«Recuérdame.» Empujón.

—Recuérdame —repitió, esta vez con más fuerza, y me penetró rozando ese punto que me provocó el orgasmo más intenso y más largo de mi vida.

Grité.

Ya no era dueña de mi propio cuerpo. Mi voz ya no era mi voz. Me corrí con su boca contra la mía, sintiendo las caricias de su lengua.

Seguíamos conectados cuando me llevó, empapada y en brazos, hasta su dormitorio y me tumbó sobre la cama. Se apartó de mí sólo el tiempo justo para quitarse la corbata y la camisa, y después se colocó de rodillas sobre mi cuerpo. Me separó las piernas y se deslizó entre el tejido inflamado e hipersensible una vez más. Conectados.

Esta vez no me folló, sino que me hizo el amor de una manera lenta y dolorosamente dulce.

—¡Hola, putón! ¡Cuánto tiempo! —me saludó Ginelle por teléfono con un tono de reproche y algo enfadada.

—He estado trabajando, zorra —intenté mentir, pero no lo conseguí.

—Ya, ya. Bueno, supongo que montar la polla de Wes puede considerarse un trabajo —respondió con una pequeña nota de humor en su tono.

Mi chica me estaba perdonando.

—No todas tenemos talento y podemos bailar como una diosa —le espeté.

—Cierto... —dijo alargando unas cuantas sílabas la palabra.

—Te echo de menos —repuse con voz temblorosa, y quise abofetearme por mostrar así mis emociones.

Oí un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Yo también te echo de menos, fea. Follo mucho más cuando estoy contigo, como soy la guapa... —Y... ya éramos las mejores amigas otra vez.

—¿Cómo está mi padre? —pregunté con miedo a su respuesta.

—Físicamente mejor. Aún no se ha despertado, pero ya no está en cuidados intensivos, y eso es buena señal.

Era buena señal. Eso significaba que viviría, pero todavía no estaba todo ganado.

—¿Han dicho por qué no ha despertado del coma?

—A mí no me dicen gran cosa, Mia. Técnicamente no soy de la familia, ya lo sabes.

Esta vez fui yo la que suspiró. Ginelle para mí era más familia que la extensa familia que tenía por parte de ambos progenitores. Era la única amiga en la que confiaba.

—Gracias por estar pendiente de él por mí. ¿Cómo está Maddy? Sólo he hablado con ella una vez, y apenas fueron unos minutos entre sus clases. Parecía bastante agobiada.

—Sí, lo está. Y también está preocupada por el dinero. Se amontonan las facturas. ¿Quieres que le dé algo de pasta?

—¡No, no! Yo tengo dinero. Bueno, tendré un montón de dinero dentro de una semana. Lo suficiente como para enviarle algo para que pague las facturas y compre comida. ¡Pero pronto tendré un montón más! Sólo debo subirme a un avión la semana que viene, y esos cien mil irán a mi cuenta. Y es muy posible que me paguen otros veinte mil, que serían sólo para mí.

—¿Cómo vas a ganar esos veinte mil de más? —La oí dar una calada.

Debía de estar terminando su descanso para comer con un cigarrillo.

Me mordí la uña del pulgar y me quedé mirando el borde mordido.

—Mi próximo cliente es un artista. Voy a ser su musa o alguna mierda así. Quiere

que pose desnuda. Si lo hago, serán veinte mil pavos más.

Noté cómo Gin se quedaba sin aliento al otro lado del teléfono.

—¡Joder! ¡Yo me quito la ropa todos los putos días y no me pagan veinte mil dólares! Ponme en contacto con tu tía Millie. ¡Estoy perdiendo un montón de pasta! —protestó, y yo me eché a reír.

Ginelle nunca había salido de Las Vegas. Joder, era genial poder hablar con mi amiga. Me recordaba todo cuanto era, dónde estaban mis raíces, y que seguía siendo yo. Incluso a pesar de ir vestida como una Barbie y de estar interpretando el papel de mujer florero, seguía siendo Mia Saunders. La chica que había criado a su hermana desde que tenía cinco años, que había cuidado de sí misma y que iba a salvarle el culo a su padre... una vez más. Y ojalá fuera la última. Esperaba que, cuando despertase, viese lo que había hecho y lo que había pasado por culpa de las malas decisiones que había tomado, y aprendiese la lección. Que buscase ayuda para superar su alcoholismo. Que viese a algún psicólogo. Yo le proporcionaría información sobre un montón de programas gratis junto con los folletos de la asociación de Alcohólicos Anónimos local. Tal vez, sólo tal vez, esa vez fuese consciente de los errores que había cometido.

—¿Vas a venir a casa? —preguntó Gin mientras me ponía el vestido que iba a llevar al acto social de esa noche.

Wes iba a llevarme a una especie de fiesta del cine con el nuevo reparto. Sonaba divertido. Así podría conocer a algunos famosos, a gente con la que esperaba llegar a trabajar algún día. Por el momento, esa carrera parecía algo muy lejano. Es curioso cómo son las cosas. Por fin había conocido a alguien que trabajaba en el mundillo y no podía comprometerme con nada ni asistir a ningún casting. Esa parte de mi vida estaba en pausa indefinida hasta que lograra sacar a mi padre de ese embrollo.

—Ojalá. Pero me marcho directamente a Seattle tres días después de dejar Malibú. Mi tía me ha organizado un montón de citas de belleza entre ese día y el día en que me voy. Intentaré ir el mes que viene —dije sin mucha convicción.

—Oye, sé que quieres venir a casa tanto como yo verte ese culo gordo que tienes, pero no pasa nada. Aquí todo irá bien mientras tú limpias la mierda de tu padre. Pero, joder, Mia, espero que esta vez aprenda la lección. No puedes seguir posponiendo tu vida por él.

—No me queda otra —me lamenté—. Si no lo hago, lo matarán. Y está en coma, Gin. No puede defenderse.

Estaba un poco harta de esa conversación. Quería a Ginelle más que a nada, pero pasaba demasiado tiempo dándome por el saco con el tema de mi padre y sobre el hecho de que siempre estuviera salvándole el culo. No era que quisiera hacerlo, pero no podía dejar que le hicieran daño o que lo mataran. Blaine y sus matones eran unos auténticos hijos de puta. Blaine era una serpiente despiadada. Mataría a mi padre sin

pensarlo dos veces. Joder, le preocuparía más el hecho de mancharse su caro traje de sangre que la vida de mi padre. Las personas no eran más que daños colaterales para él, y yo había sido una de sus víctimas. ¡Cerdo cabrón mentiroso!

Al otro lado del teléfono podía oír el barullo y el perpetuo sonido de las máquinas tragaperras mientras Ginelle regresaba al casino.

—Prométeme que encontrarás el modo de vivir tu vida.

—Lo haré, lo haré. Además, me lo he pasado muy bien en Malibú. ¡Wes me ha enseñado a hacer surf!

—Vaya, eso es genial. Yo nunca he visto el mar —protestó—. Cuando te hagas rica siendo escort, ¿me llevarás para que vea el océano?

Me eché a reír.

—¿Para ver tu culo de zorrón en biquini? —Fingí que me daban arcadas.

—Eres lo peor. Renuncio a mi estatus de mejor amiga.

—No puedes renunciar a tu estatus de mejor amiga. Es algo que no puedes cambiar. Como los mandamientos escritos en piedra. Es así y ya está —dije otra vez débilmente.

—¿Acabas de comparar nuestra amistad con los diez mandamientos de Dios? ¿En serio?

—Eh..., sí.

—Vas a ir al infierno —dijo con rotundidad.

—Si lo hago, espero que la zorra de mi mejor amiga esté allí para recibirme.

Le entró la risa y yo sonreí agarrando el teléfono con fuerza.

—Sabes que sí.

—Te quiero, perra.

—Yo a ti más, putón.

8

El Nobu Restaurant de Malibú era un sitio de postín. Era como entrar en tu propio mundo pijo privado. Los actores, directores y guionistas de *Código de honor* habían acudido al completo. No era una multitud demasiado numerosa, puede que hubiese unas cuarenta personas. Cuando llegamos, la azafata nos guio hasta una zona privada exterior. El enorme patio tenía un suelo de nudosa madera natural y estaba cubierto por una inmensa veranda con muebles de mimbre repletos de almohadones y mesas de madera maciza. Desde cualquier punto de aquella extensión había vistas panorámicas de la playa. El sol se estaba poniendo, y los colores del cielo se reflejaban en el mar. Era una imagen increíblemente bella. Wes me estrechó entre sus brazos mientras yo me agarraba a la barandilla. Me abrazó contra su torso.

—Preciosa —me dijo al oído, y me acarició el cuello con la punta de la nariz.

—Sí, es una vista muy bonita —coincidí.

—No me refería a la vista, sino a ti.

Me dio un mordisco en ese punto en el que el cuello se une con el hombro que hace que se te pongan los pelos de punta y te llena de excitación.

—Adulador. —Le pellizqué el lado del muslo donde descansaba mi mano.

—¡Au! Ésta es la última vez que le regalo un cumplido a una mujer —dijo con fingida agitación.

Me volví, lo agarré del cuello y lo besé. Nada indecoroso, sólo un pico en los labios. Lo había echado de menos todo el día mientras estaba en el trabajo, y ésa era la primera ocasión que tenía de estar cerca de él.

Gimió en mi boca y después se apartó y se me quedó mirando. Al cabo de un momento, negó con la cabeza y sonrió. Yo sabía que quería decirme algo, pero en ese mismo instante supe que iba a ser algo que me costaría sobrellevar.

—¿Vamos a comer y a beber algo? —me adelanté.

Él dejó caer los hombros decepcionado. Había interrumpido el momento.

—Claro —respondió, y me cogió de la mano y me guio hasta el bar.

Pedimos nuestras bebidas y, en ese momento, un camarero se acercó y nos ofreció unos tentempiés asiáticos. Mientras estábamos charlando y comiendo, la mujer más guapa que había visto en mi vida se abrió paso entre la multitud. Llevaba un vestido de cóctel sin tirantes de color carmesí oscuro que resaltaba perfectamente sus generosos pechos. La falda le llegaba justo por encima de la rodilla y mostraba sus espectaculares piernas largas. Tenía una densa mata de cabello negro, muy parecido al mío, aunque el suyo lucía unos preciosos rizos sueltos que caían con gracia sobre su perfecta piel nacarada. Unos labios rojo intenso y los ojos ahumados completaban el *look*. Aquella mujer era el sueño de cualquier hombre y también la pesadilla de cualquier mujer. Excepto la mía. ¡Yo quería ser ella!

—Gina. —Wes alargó la mano hacia la despampanante mujer—. Te presento a mi amiga, Mia Saunders.

La actriz abrió los ojos como platos y en sus labios se dibujó una pícara sonrisa al oír la palabra *amiga*.

Posó una mano sobre el hombro de Wes, lo miró y pestañeó con coquetería antes de volverse hacia mí. Wes estaba completamente encandilado con ella. Joder, y yo también. Una belleza natural como la suya no se veía todos los días.

—Gina DeLuca. —Me tendió la mano y se la estreché—. Los amigos de Wes son mis amigos. —Su voz sonaba como si estuviese cantando una melodía, sólo que con un tono femenino muy sensual.

Después de darme la mano, se plantó delante de mí y presionó con descaro su pecho contra el de Wes.

—Estoy deseando empezar a trabajar en tu historia. El argumento es fascinante. —Levantó la mano y le acarició la solapa de la chaqueta. Él se quedó mirando a aquella mujer tan sexi a los ojos, incapaz de articular palabra.

Me sentía casi como si estuviera entrometiéndome en un momento privado. Era evidente que sobraba en la conversación. Y, a pesar de lo que me había prometido a mí misma, me estaba poniendo celosa. No, oficialmente no tenía ningún derecho sobre Wes, pero era su acompañante durante los pocos días que quedaban, joder. Intenté aclararme la garganta, pero no conseguí romper el embrujo que la actriz ejercía sobre él.

—Tal vez podríamos repasar parte del guion en mi casa algún día, ya sabes, para que pueda entender bien al personaje. —Se lamió los labios y sentí que una ardiente ira me invadía.

¡¿Quién coño se creía que era esa tía?!

—Esto..., claro. Sí, suena..., eh... —profirió él, y fue la gota que colmó el vaso.

La aparté de en medio, interrumpiéndolos cortésmente.

—Cielo, tengo hambre. ¿Nos sentamos a comer? —Usé su mismo truco y pestañeé, pero estaba convencida de que mi gesto no había logrado el mismo efecto.

Wes me miró, sacudió la cabeza y sonrió. Sus ojos centellearon y me estrechó contra su costado, cogiéndome de la cintura.

—Por la señorita Mia, lo que sea —dijo, y me besó en la frente—. Si nos disculpas, Gina...

Miré a la guapa víbora de pelo negro. Se había quedado boquiabierta, como si no pudiese creer que me hubiera entrometido entre ellos cuando, en realidad, era ella la que lo había hecho.

—¿Mia? ¿Como la de la película? —inquirió.

Wes me miró con una sonrisa de las que hacen que se te caigan las bragas al suelo.

—Quería recordar de alguna manera a mi chica —dijo sin mirar a Gina.

Ese gesto me llenó el corazón de alegría y tristeza a la vez al saber que pronto me marcharía.

—¿Recordarla? ¿Adónde vas? —me preguntó Gina directamente a mí, cruzándose de brazos por encima de su generosa delantera.

Inspiré hondo y cerré los ojos.

—A Seattle —respondí, y vi cómo Wes se encogía incómodo.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Por cuestión de trabajo. —No se me ocurría nada mejor que decir.

Era la verdad, pero no iba a contarle a esa tía que estaba allí contratada, ni que Wes era técnicamente un hombre libre que tal vez podría apreciar sus descarados flirteos.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿A qué te dedicas?

—Bueno, en este caso voy a hacer de modelo para un artista mientras me retrata durante un mes.

Gina esbozó una sonrisa falsa.

—Y ¿llevarás algo de ropa mientras te pinta? —dijo dando justo en el clavo.

—Creo que ya es suficiente, Gina. Nos vemos en el set de rodaje dentro de una semana. Venga, Mia, vayamos a buscar un sitio donde sentarnos y a comer algo. —Wes me agarró de la cadera y me dio la vuelta mientras se encaminaba hacia la dirección opuesta a la guapa actriz.

Llegamos a una mesa que había en un rincón y que tenía unas vistas aún mejores del océano por la noche. Un camarero se acercó, nos sirvió nuevas bebidas y nos puso un platito con un piscolabis. Cogí un canapé y dejé que se me deshiciera en la boca. Entonces, Wes me abordó con sucesivas preguntas.

—Así que Seattle, ¿eh? —Asentí. No me apetecía hablar de aquel tema con él—. Y ¿ha acertado Gina con sus conjeturas?

Me comí un bocadito de pescado y me costó un mundo no gemir de placer. Joder, ese sitio era increíble.

—Contéstame, Mia. ¿Vas a posar desnuda delante de ese artista mientras te pinta? —insistió Wes. En lugar de responder, me encogí de hombros—. Es una pregunta muy sencilla —añadió apretando los dientes.

—Puede. Pinta algunos desnudos, así que es una posibilidad —dije pensando que esa respuesta era mejor que decirle la verdad absoluta o una mentira directa.

Wes sacudió la cabeza y bebió un gran trago de cerveza.

—Necesito una puta bebida de verdad. —Se levantó y se fue echando humo hacia la barra.

Me dejé caer sobre el respaldo de la silla y entonces cavilé sobre cómo estaba yendo la noche. Primero yo me había puesto celosa por él, y ahora él estaba celoso de un tipo que ninguno de los dos conocía siquiera. ¿Qué coño estaba pasando?

Cuando volvió, lo hizo con un vaso lleno de un líquido ámbar que consiguió que se me revolvieran las tripas. Desde la primera noche que salimos, había tenido la consideración de no beber whisky, cosa que agradecía. Pero ahora se lo estaba bebiendo como si fuera agua.

—¿Por qué estás enfadado?

Negó con la cabeza.

—No lo estoy —dijo apretando los dientes, y vi cómo le temblaba de rabia la mandíbula.

—Me parece que sé distinguir cuándo estás enfadado y cuándo no lo estás. Hemos estado viviendo juntos casi todo el mes.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó por fin.

—No es cuestión de si quiero hacerlo o no. ¡Tengo que hacerlo! —susurré sonoramente inclinándome hacia adelante.

Él miró a su alrededor.

—No tienes que hacer una mierda. Siempre se puede elegir. Podrías quedarte. —Y ahí estaba.

Quería que me quedara, aunque sabía que no podía hacerlo.

—No...

—¡¿Por qué no?! ¿Porque haría que sintieras algo? —dijo con desprecio.

Me levanté y me marché. Wes no me siguió.

El estallido de un vaso de cristal me despertó de un sueño profundo. Me levanté y recorrí el pasillo de puntillas para no hacer ningún ruido, hasta que descubrí a Wes riéndose, con media chaqueta puesta y la otra media retorcida alrededor de su mano,

como si hubiese estado intentando quitársela.

Me acerqué a él y lo ayudé a quitársela. Fue una mala idea. Una vez libre, me aprisionó contra la pared, con los labios en mi cuello. Me mordió con fuerza y grité mientras intentaba apartarlo.

—Mia, Mia, Mia..., te deseo tanto... No quiero perderte..., por favor —me rogó, pero no tenía ni idea de qué quería decir realmente con aquellas palabras ebrias y arrastradas.

—Venga, vamos a la cama —dije intentando que recobrara la compostura.

Dio unos cuantos pasos. Entonces, se detuvo y me estrechó contra sí. Golpeé otra pared con la espalda. Esta vez me agarró un pecho y me retorció el pezón con maestría. Gemí.

—Sí, joder. Me encantan esos ruiditos que haces. Son algo entre un gemido y un lamento. Me ponen la polla muy tiesa.

Y la dura erección que empujaba contra mi cadera demostraba que no bromeaba. Sin darme tiempo a moverme, me agarró una pierna y me la colocó alrededor de su cadera. Incluso borracho, sabía perfectamente lo que se hacía, sólo que sus movimientos eran algo más torpes y menos coordinados.

—Wes, aquí no. Tenemos que llevarte a la cama.

—¿Vienes conmigo? —dijo en tono de súplica mientras me lamía y me mordisqueaba el cuello—. Quédate conmigo hoy.

—Sí, claro. Follaremos en tu cama esta vez —le contesté mientras lo guiaba hacia su cuarto.

Una vez allí, se puso delante de mí, me agarró de las caderas y me besó. Incluso a pesar del whisky, el único licor que no soportaba, sabía a gloria.

—No —replicó—, quiero que duermas conmigo. Toda la noche. Quiero despertarme contigo a mi lado por una vez —me rogó llevándome hasta la cama.

Se sentó, me bajó las bragas y yo me quité la camisola, quedándome como vine al mundo delante de él.

—Adoro este cuerpo.

Su mano descendió desde mi clavícula hasta mi pecho. Me dio un pequeño apretón y continuó bajando hasta la curva de mi cintura, por encima del hueso de mi cadera y hasta mi muslo. Me estremecí cuando completó el recorrido hasta la parte interna del mismo.

—Sólo por hoy, quédate toda la noche. Deja que amanezca a tu lado. —Se inclinó hacia adelante y se llevó uno de mis pezones a la boca.

Una corriente eléctrica recorrió mis extremidades y encendió el placer, seguido rápidamente por el deseo y la necesidad.

—Sólo por hoy —repetí.

Esa noche hicimos el amor por segunda vez, un amor desesperado y desgarrador. En algún momento, Wes se despertó sobrio y me tomó de nuevo. Me dijo que quería recrear todo lo que habíamos hecho para asegurarse de recordarlo. Yo sabía que jamás me olvidaría.

Cuando desperté, Wes me estaba mirando. El pelo, rubio y enmarañado, le tapaba los ojos, y se lo aparté para poder contemplar su rostro bajo la bonita luz de la mañana.

—¿Por qué eres escort? —me preguntó.

No me estaba juzgando ni había hostilidad en sus palabras. Sólo me lo preguntaba, como si fuese algo que hubiese estado deseando saber desde el primer día. Y era probable que fuese así.

Había llegado la hora. Merecía saber por qué no podía darle más. Sé que quería que me quedara a vivir con él para ver cómo salía la cosa estando juntos de verdad. Él sabía que a mí no me importaba que estuviera tan ocupado, que era la razón por la que se negaba a tener relaciones sentimentales. Sabía buscarme la vida, y lo había demostrado. No era la típica tía dependiente, como la mayoría de aquellas mujeres florero. Pero ése era el tema. Yo no quería ser una mujer florero, ni una novia, de hecho. Necesitaba encontrar mi propio camino, ser yo misma. Y, en esos momentos, no podía hacerlo porque tenía que ayudar a mi padre.

En lugar de esquivar la verdad o de inventarme algo creíble, se lo conté.

—Mi padre debe dinero a unos tipos muy chungos. Mucho dinero.

—Yo tengo mucho dinero —dijo tranquilamente.

Los ojos se me humedecieron al oírlo. Me volví hacia él, uní las manos como si fuese a rezar y me las puse debajo de la mejilla. Él imitó mi postura.

—Sí, lo sé, pero es tu dinero. Mi padre se metió en un lío con unos usureros porque es adicto al juego. Estoy trabajando para pagar esa deuda.

—¿Cuánto debe?

—Un millón.

Exhaló despacio.

—Yo tengo dinero de sobra, Mia. Podría ayudarte.

Negué con la cabeza. Sabiendo la clase de hombre que era Wes Channing, estaba segura de que, en cuanto descubriese que mi familia tenía problemas, querría ayudar. Pero ese problema era mío, no suyo.

—Lo sé, pero no te he pedido tu ayuda —repuse.

Era imperativo que dejara bien claro que ésa era mi decisión. Yo no era ninguna damisela en apuros, ni él el caballero blanco que iría a rescatarme. Los cuentos de hadas no existían, y menos para las chicas de Las Vegas con un montón de problemas.

—Pero ¿y si yo quisiera ayudar?

—Eres muy amable, Wes.

Sacudió la cabeza y se tumbó boca arriba.

—No, Mia, no lo soy. Soy egoísta. No quiero que te vayas. No quiero que poses desnuda para ningún artista rico de Seattle. Quiero que te quedes aquí, conmigo, en mi casa, y en mi cama. Y pagaré lo que haga falta para conseguirlo.

Exhalé con un silbido.

—¿Me quieres, Wes?

Me miró a los ojos al instante.

—Eh... —Se lamió los labios y se los mordió. Me entraron ganas de besárselos—. Sé que me gustas. Me gustas mucho.

Sonreí ampliamente y recorrí su nariz desde el puente hasta la punta con el dedo índice.

—Tú también me gustas, Wes, mucho. Pero tengo que hacer esto. No sólo por mi padre, aunque es el motivo principal, sino también por mí. Y lo que menos necesitas en este momento son distracciones. El rodaje de tu película empieza la semana que viene, y vas a dirigir por primera vez...

Wes se pasó la mano por el pelo.

—Soy muy consciente de ello, y sigo queriendo que te quedes.

—Lo sé. Y, para serte sincera, yo tampoco quiero irme, pero voy a tener que hacerlo. Y tú y yo continuaremos siendo amigos, ¿verdad?

Suspiró, y entonces tiró de mi cuerpo y me colocó encima de él. Apoyé los brazos sobre su pecho y la barbilla en su esternón.

—Por supuesto que sí. Eres la mejor amiga que he tenido jamás.

No estaba segura de a qué se refería esa vez con lo de *amiga*, y enarqué las cejas.

—Quiero decir amiga, amiga.

—Entendido —dije, y le di un beso en los labios.

—Entonces ¿te marcharás dentro de dos días y no hay nada que pueda decir ni hacer para que te quedes?

Negué con la cabeza, me apoyé contra su corazón y, mientras escuchaba sus fuertes latidos, me quedé medio dormida. En el fondo sabía que sí había una cosa que podría hacer que considerase el hecho de quedarme: que me quisiera. Era innegable que me estaba enamorando de él, pero me echaba para atrás el saber que el amor, en este caso en concreto, no era una opción. No después de haberme enamorado de todos los hombres con los que me había acostado. Esta vez, con Wes, había protegido mi corazón con tanto ahínco que sólo había conseguido robarme algunos pequeños trocitos durante esos días que había pasado con él. Sin embargo, la mayor parte estaba a salvo y bajo mi pleno control.

—Y ¿dónde nos deja eso? —Deslizó las manos por mi espalda, me las puso sobre las nalgas y me dio un apretón.

Eso me recordó lo mucho que iba a echar de menos sus habilidades sexuales. Volver a tener un novio que funcionara con pilas no era una de mis prioridades en la lista de cosas que hacer en Seattle. Como ver la fálica Aguja Espacial. Eso sí que era una prioridad.

—¿Lo dejamos en amigos?

Se encogió al oír la palabra.

—¿Mejores amigos? —sugerí.

Me levantó de la cintura, centró su polla dura entre mis muslos y entonces yo me dejé caer sobre ella, absorbiéndola en toda su esplendorosa longitud. Joder, el tío estaba bien dotado, y no sólo eso, sino que sabía utilizarla perfectamente.

—Con derechos —susurré cuando dio un fuerte empujón, y sonrió—. Mejores amigos con derechos —repetí, e incliné la cabeza hacia atrás, me aferré a sus musculados pectorales y lo estrujé desde mi interior.

Wes tensó el cuerpo.

—Eso ya me gusta más. —Me cogió de las caderas, me levantó hacia arriba y tiró de mí hacia abajo con fuerza. Ambos gritamos—. Y ahora móntame.

9

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó Wes cuando entré en la cocina para desayunar.

Para mi sorpresa, estaba cocinando, dándoles la vuelta a las tortitas, para ser exacta. Oteé a mi alrededor en busca de la señora Croft.

—¿Y Judi?

—Le he dado el día libre. Como es tu último día, quería pasarlo a solas contigo. —Sonrió de oreja a oreja y me guiñó el ojo.

Me senté en el taburete delante de la isla donde estaba terminando de preparar nuestro desayuno. Las tortitas no estaban quemadas y olían de maravilla. Me quedé mirando fascinada el pequeño montón. La mantequilla goteaba por los bordes y se mezclaba de un modo delicioso con el denso sirope. Después echó por encima un poco de nata montada directamente del bote, haciendo una especie de diseño en la parte superior. Con un breve movimiento de la muñeca, deslizó el plato delante de mí. Lo que había dibujado era una cara sonriente.

—Tortitas felices. —Meneó las cejas y me eché a reír.

Ese hombre era una auténtica dicotomía. Adicto al trabajo, surfista, contratante de chicas de compañía, conductor de jeeps, rico, y preparaba tortitas con caritas sonrientes.

—¿Qué? —Apoyó los codos en la encimera y ladeó la cabeza.

Tenía esa barba de recién levantado que ya me había acostumbrado a ver y que tanto adoraba. Acaricié la áspera superficie con las puntas de los dedos.

Sacudí la cabeza y empecé a cortar una de las cinco tortitas perfectamente redondas.

—Que me asombras —respondí—. Cada vez que creo conocerte, me sorprendes con otra cosa.

Wes se encogió de hombros y le hincó el diente a su propio desayuno.

—¿Qué le voy a hacer? Me gusta mantenerte intrigada.

Sonrió, y pensé que todas esas películas ñoñas y romanticonas tenían razón. Un buen hombre podía iluminar una habitación y hacer que el resto del mundo desapareciera, como si sólo existieran ellos dos en ese lugar y en ese momento.

—Volviendo a tu pregunta inicial —dije con la boca llena de las mejores tortitas que había probado en mi vida, incluidas las mías propias—. Me gustaría ir a dar una vuelta en mi moto —señalé, y él asintió.

—Vale. ¿Adónde vamos?

Sonreí mientras me atusaba el pelo despeinado por encima del hombro.

—A donde nos lleve la moto. Lo que cuenta no es el destino, sino el viaje.

Wes se acercó, se sentó y me miró. Yo también lo miré, pensando que iba a besarme. Era lo primero que solía hacer por la mañana, pero ese día era diferente. Todo lo que rodeaba a mi último día tenía un aire tenso, una especie de pesadumbre ante la inevitable despedida. En lugar de un beso, me puso un pegote de nata montada en la nariz.

—Qué profundo —dijo muy serio.

Le di un empujón.

—¡Vete a la mierda!

Se echó a reír.

—Venga, Mia. ¿No es el destino, sino el viaje?... ¿De dónde has sacado esa mierda? Sé sincera. Lo leíste en la pegatina que te dieron cuando compraste la moto, ¿verdad?

—¡Pero es verdad! —Sacudí la cabeza y seguimos desayunando.

Cada dos por tres me daba un codazo en el costado. No tan fuerte como para hacerme daño, sólo lo justo para hacerme saber que estaba ahí dando por saco. Si he de ser sincera conmigo misma, iba a echar de menos a Wes. Más de lo que deseaba admitir. Mucho más.

—¡Madre mía! —exclamó cuando entré en el garaje donde había dejado aparcada la moto.

Me miró de arriba abajo. Desde la chaqueta negra de cuero que llevaba puesta sobre mi camiseta de tirantes del concierto de Radiohead hasta mis botas de motera de caña alta, pasando por mis vaqueros hiperceñidos.

—¿Te gusta? —le pregunté mientras sacaba la cadera hacia un lado, consciente de que de ese modo acentuaba esa figura de reloj que tanto le gustaba.

Me había dicho varias veces lo prendado que estaba de mi cuerpo. A Wes le gustaban las mujeres con algo de carne. Las chicas palo no le iban. Al menos, eso era lo

que él decía. Podría haberme contestado algo, pero su rostro ya me indicaba de forma clara que le gustaba lo que veía.

Lanzó su chupa de cuero sobre el asiento de la moto, pasó junto a su Jeep y, al cabo de dos segundos exactos, tenía su boca sobre la mía. Para Wes, besar era algo más que un juego preliminar. Era una especie de marca, algo que grababa en mi piel y que permanecía conmigo a lo largo de todo el día. Joder, jamás olvidaría ninguno de sus besos. Eran todos perfectos. Algunas veces incluían ligeros mordisquitos, y otras, suaves lametones que venían seguidos de intensos y profundos movimientos con la lengua. Y sus manos..., ay, sus manos eran increíbles. Sabía exactamente dónde debía acariciar, pellizcar y amasar, que era justo lo que estaba haciendo con mi culo y mi teta. Con una mano en cada cosa. Nadie podía afirmar que Wes no sabía usar las manos.

Le chupé la lengua y le mordí el labio hasta que gimió. Se apartó y apoyó la cabeza contra mi frente.

—Creía que íbamos a dar una vuelta —exhalé contra sus labios y, después, lamí su contorno.

—Sí, hasta que te he visto vestida así. Ahora mi polla tiene otros planes.

Pegó sus labios a los míos. Podía sentir su erección a través de sus vaqueros.

Con gran esfuerzo, me aparté, coloqué las manos sobre sus mejillas y me quedé contemplando sus preciosos ojos verdes.

—Después. La espera hace más dulce la anticipación. —Terminé dándole otro mordisquito en los labios.

Intentó atrapar los míos, pero lo esquivé.

Me alejé mientras meneaba de modo exagerado las caderas para que me viera bien el culo y pasé una pierna por encima del asiento de mi moto.

—Hola, guapa. —Acaricié el depósito y el manillar—. ¿Estás lista para enseñarle a Wes de lo que eres capaz, bonita? —le dije con dulzura a *Suzi*.

—Esto..., creo que tienes que moverte un poco hacia atrás para que pueda montarme yo. —Wes me hizo un gesto para que me sentara detrás.

—Debo de haberte oído mal. ¿Estás insinuando que vaya yo detrás? —Enarqué exageradamente las cejas y entorné los ojos con recelo.

Wes puso una mano sobre el manillar y dejó caer la otra junto a su costado.

—Si eso significa que vas a aferrarte a mí con esas piernas y que voy a poder sentir tu calor por toda mi espalda, pues sí, eso es justo lo que estoy insinuando.

Se lamió los labios y recorrió mi cuerpo con la mirada una vez más. De nuevo, no se me pasó por alto que sus ojos bien podrían haber sido manos, porque podía sentirlos sobre mi piel cada vez que miraba en mi dirección.

—Bueno, entonces creo que tenemos un dilema, porque *Suzi* es mía, y sólo la conduzco yo. Así que me temo, amigo mío, que vas a tener que envolverme tú a mí con

esos fuertes muslos. —Me senté más hacia adelante y le hice sitio atrás—. A menos que tengas algún problema con respecto a tu masculinidad.

Wes me sorprendió. Se puso la chupa de cuero y pasó la pierna por encima del asiento. Entonces, antes incluso de arrancar la moto, me puso a cien a mí. Acopló su figura contra mi espalda y deslizó una mano por mi parte delantera, por debajo de mi camiseta de tirantes, me levantó el sujetador y lo apartó para poder palpar mi piel desnuda. Después empezó a juguetear con mi pezón duro con las puntas de sus dedos. Gemí cuando acercó la boca a mi cuello y comenzó a lamerlo y a mordisquearlo con suavidad. Arqueé la espalda hacia atrás y apoyé la cabeza contra su hombro mientras me pegaba a su erección. Justo cuando volví el cuello hacia él, me desabrochó el botón del vaquero y me bajó la cremallera.

—Joder —susurré al sentir sus manos directamente por debajo del pantalón.

Deslizó sus dedos expertos y éstos encontraron mi calor. Me metió dos de ellos mientras acariciaba mi clítoris, ansioso por recibir sus atenciones, con el pulgar. Wes no me defraudó. Con sus fuertes brazos, arqueó mi cuerpo ayudándose de mi sexo y de mi pecho. Me metió los dedos hasta el fondo, hasta que grité y cerré los ojos con fuerza, sintiendo los espasmos que indicaban que mi orgasmo estaba cerca.

A continuación, me clavó los dientes en el cuello y yo levanté las caderas hacia arriba, apoyándome sobre los tacones de mis botas. Sabía que él mantendría la moto derecha con sus fuertes piernas, así que presioné hacia arriba con fuerza, luchando por alcanzar ese magnífico culmen, la cúspide del placer.

—Móntame, nena —susurró contra la línea del nacimiento de mi cabello.

Su voz grave me hizo entrar en éxtasis. Lo obedecí. Sin ningún pudor, me incliné hacia adelante sobre él y empecé a menear las caderas, obligando a sus dedos a que me follaran con más fuerza. Su mano se convirtió en un borrón entre mis piernas mientras me masturbaba. Entonces me pellizcó un pezón, me mordió el cuello y hundió aún más con los dedos en mi interior, formando un gancho con ellos y aplastando mi clítoris con la palma de la mano.

Y me corrí.

Y me sumí en un dulce y profundo estado de inconsciencia.

—Eso es, nena, vuelve conmigo —me dijo Wes al oído mientras seguía masajeándome el clítoris con el pulgar, provocándome agradables convulsiones que se dispersaban en todas las direcciones mientras yo regresaba a la Tierra—. Lo retiro —me susurró antes de girarme el cuello y besarme.

—¿El qué? —pregunté desde mi estado de dicha todavía.

—El destino ha estado bien, pero lo que más he disfrutado ha sido el viaje. Ver cómo te deshacías de placer entre mis brazos sobre esta moto es algo que jamás olvidaré.

Yo tampoco.

Recorrimos la autopista 1, admirando las vistas entre Malibu Canyon Road y el peñón de Point Magu. Wes señaló hacia un desvío que había cerca de un cartel desgastado que indicaba una playa pública. La entrada estaba retirada, pero él sabía adónde íbamos. Detuve la moto en el diminuto apartadero que daba a una pequeña cala. Cuando llegamos allí, Wes se descolgó la mochila y sacó una delgada manta de ella. La extendimos sobre la arena y nos sentamos a observar la inmensa extensión del océano. Era un sitio público, pero estaba desierto. No había ni una casa ni una persona a kilómetros de distancia. Wes rebuscó en su mochila de nuevo y sacó unos sándwiches.

—¿También has preparado la comida? Mira que una chica puede acostumbrarse a estas cosas. Unas tortitas deliciosas, ¿y ahora esto? Deja que lo adivine: pavo gourmet con humus y verduritas frescas. —Meneé una ceja, y él se tapó la boca mientras reía disimuladamente.

—Vuelve a intentarlo, princesa —dijo, y me pasó medio sándwich.

—¿Mantequilla de cacahuete con mermelada de frutos del bosque?

Me quedé mirándolo y sacudí la cabeza. Después di un bocado al cremoso sándwich. Tenía la proporción perfecta de ambos ingredientes. Wes sonrió y me pasó un termo. Creía que sería agua, pero resultó ser leche superfresquita. Era perfecto.

—¿Leche?

—Para usted sólo lo mejor, señorita Mia. —Dio un gran bocado y cogió la leche.

—¿Sabes? Éste es mi sándwich favorito. —Abrió los ojos como platos—. En serio, lo es. Me encanta. Y, ¿sabes qué? Me encanta esto: estar sentada aquí contigo después de un largo paseo en moto. Es..., bueno, no lo olvidaré, Wes. Estar aquí contigo. Este mes ha sido el mejor de mi vida. Y no sólo por el sexo. —Enarcó las cejas—. Vale, puede que el sexo tenga mucho que ver.

Ambos nos echamos a reír.

Bebió otro trago de leche y respondió:

—Sé a qué te refieres. Estar contigo es fácil. —Ladeé la cabeza y él sonrió—. No me refiero a que tú seas fácil, sino a que es... agradable. No necesito esforzarme contigo. Tus necesidades son sencillas, y no eres en absoluto dramática. No sabía que las relaciones podían ser así.

—Para mí tampoco han sido fáciles. Siempre había algo que fallaba —admití.

Él se quedó mirando el horizonte mientras yo observaba su perfil. Weston Channing era increíblemente guapo. Ni siquiera tenía que esforzarse por estarlo. Poseía una belleza natural. Con ropa informal, elegante..., incluso cuando acababa de despertarse y tenía los ojos llenos de legañas, seguía siendo guapo a rabiar. Pero en esos momentos,

compartiendo aquel pedacito de playa y una parte de su intimidad conmigo, estaba del todo irresistible.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunté.

Me miró con una leve sonrisa en los labios. Se dejó caer hacia atrás, reclinado sobre los codos, y negó con la cabeza.

—No, creo que no. Hubo un par de veces que pensé que lo estaba, pero, como ya te he dicho, nunca fue fácil. Creo que si quieres a alguien debería ser fácil. Todo debe encajar, ¿entiendes lo que quiero decir?

Asentí.

—Los planetas, los satélites y las estrellas se alinean y todo es estupendo, ¿no?

Se echó a reír.

—Sí, algo así. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Te has enamorado? —Reflexioné largo y tendido sobre la pregunta. Tanto fue así que él me puso una mano en el hombro y me dio un tierno apretón—. No tienes por qué contármelo.

—No, no es eso. Es que sería más fácil que me preguntaras si no me he enamorado. En cierto modo, me he enamorado de todos y cada uno de los hombres con los que he estado. Pero, por desgracia, ahora que estoy sentada aquí contigo, me pregunto si estaba enamorada de verdad o si era sólo deseo o que me quedé prendada de ellos.

—Y ¿por qué crees que es?

Me eché a reír, me llevé las piernas al pecho y metí la barbilla entre las rodillas.

—No estoy segura. Contigo todo es diferente.

—Has pasado un mes entero conmigo. Has admitido que ha sido el mejor sexo que has tenido en toda tu vida. —Puse los ojos en blanco al oírlo, sin embargo él continuó —: Reconoces que conmigo es diferente. ¿Significa eso que me quieres?

—Puede —dije con sinceridad, sin saber qué otra cosa responder.

—Vale, pues fóllame.

—Eso lo haremos después. Anticipación, ¿recuerdas? —repliqué.

Wes se rio, y entonces se puso de lado y apoyó la cabeza sobre su mano.

—¿Y si te dijera que estoy enamorándome de ti?

—Wes... —lo advertí.

Sabía que no debía ir por ese camino.

—No, vamos a hablar de esto un momento. —Me obligó a recostarme y a imitar su postura de lado para que pudiéramos mirarnos a los ojos—. Si «puede» que tú me quieras, y yo estoy enamorándome de ti, ¿no podríamos hacer algo al respecto?

Sonreí.

—Ya lo estamos haciendo. Vamos a continuar siendo amigos. Tú vas a trabajar y a

dirigir tu película. Seguiremos en contacto, y una vez pagada la deuda... —Lo miré profundamente a los ojos y me interrumpí.

—Una vez pagada la deuda, ¿qué?

—Volveré a mi casa de Los Ángeles, cerca de ti —sugerí.

—Pero mañana te irás.

La tristeza que reflejaban sus ojos verdes me robó el aliento. Tardé bastante en poder responder.

—Sí. Mañana me iré.

Asintió y bajó la vista.

—Y, cuando vuelvas... —Esta vez no terminó la frase.

—No quiero que me esperes, Wes. Si encuentras algo bueno con alguien, disfrútalo, diviértete. A un hombre como tú, y con tu aspecto físico, no le costará encontrar a alguien que caliente su cama.

—¿Es eso lo que vas a hacer tú? ¿Dejar que tus clientes te calienten la cama? —Su tono era severo, más de lo que había esperado, pero sabía que estábamos pisando terreno peligroso.

Todo cuanto habíamos vivido durante el último mes y lo que quizá tuviésemos en el futuro podía echarse a perder en ese momento. Debía andar con pies de plomo.

—Sólo estoy diciendo que durante este año iremos por caminos separados. Ambos haremos lo que queramos.

Wes exhaló larga y lentamente y se incorporó.

—Eso significa que tú no me vas a esperar —dijo, y sofocó un resoplido.

Negué con la cabeza.

—No. Haré lo que considere que tengo que hacer llegado el momento. Y quiero que tú hagas lo mismo. Pero no quiero que desaparezcas de mi vida.

Se lamió los labios, me cogió la mano y se la llevó a la boca para besarla.

—Yo tampoco quiero perderte. Pero es que... estoy intentando convencerme de que debo dejarte marchar, porque no lo concibo.

Esta vez fui yo quien cogió su mano con fuerza y me la llevé a la boca para devolverle el beso.

—A mí también me cuesta mucho, pero es lo que va a suceder. Por favor, respétalo. Hazlo por mí. Y, en el futuro, ya veremos qué ocurre. Tendremos que conformarnos con lo que hay.

—Pues no me conformo para nada, Mia. Pero, si no me das otra opción, no me queda más remedio.

Me estrechó contra su costado y me abrazó con fuerza. Yo me aferré a él, sabiendo que muy pronto tendría que soltarlo.

Todas mis cosas estaban ya en el utilitario, y vi cómo el vehículo se alejaba del acceso de la casa de Wes en dirección a mi apartamento. Le había dado la llave de mi caja de zapatos al conductor para que dejase allí mi ropa. Después, le dejaría la llave al portero.

Wes esperaba que estuviera allí cuando volviera a casa para que pudiéramos cenar juntos por última vez. Pero, por desgracia, yo no podría haberlo soportado. No. Eso me destrozaría. Después del rato que pasamos el día anterior en la playa, volvimos a su casa y estuvimos toda la tarde, hasta que anocheció, haciendo el amor. Eso es lo que fue. No fue follar ni practicar sexo. Hicimos el amor una y otra vez hasta que, agotados, nos quedamos dormidos, acurrucaditos en su cama. Esa mañana había recibido una llamada que lo había obligado a ir al estudio. Había dicho que volvería a casa a las seis para llevarme a cenar fuera por última vez. Pero yo no estaría allí. Me costaría demasiado despedirme de él así después de todo lo que habíamos vivido juntos.

En lugar de hacerlo, decidí compartir mis pensamientos con él sobre el papel, escribiéndole una tópica pero sentida carta de despedida. En efecto, básicamente, fui una cobarde.

Weston Charles Channing III:

Me parto de risa al escribir tu nombre completo. ¿Lo has pronunciado en voz alta alguna vez? Hazlo. Por mí. Es divertido. Te reirás. Yo me he reído. J

Ahora en serio, quiero darte las gracias por este mes. Esperaba detestar cada segundo de este trabajo y, en lugar de eso, ha resultado ser la cosa más emocionante que he hecho en mi vida. Conocerte ha sido una bendición. Tú eres una bendición, Wes. Sé que suena cursi, y he estado a punto de tacharlo, pero necesitas oírlo de alguien a quien le importes. Y a mí me importas. Mucho. Más de lo que debería.

Estar contigo, pasar este tiempo juntos, me ha cambiado, creo que a mejor. Ahora siento que podré sobrevivir a este año y aprender algo de él, además de salvar a mi padre. Creo que voy a salvarme a mí misma. Ya va siendo hora de que viva mi vida por mí. Si me quedara y dejara que te ocupases de mis problemas, que pagases la deuda de mi padre, me arrepentiría todos los días de mi vida. Siempre pesaría sobre mis hombros y sobre nuestra relación. Al marcharme así, me marcho a mi manera. Y lo hago mientras seguimos siendo buenos amigos. Los mejores amigos. ¿Amigos con derechos? J

¿Me entristece marcharme? Sí. No quiero hacerlo, pero tú eso ya lo sabes. Sé que lo que estoy haciendo es una mierda para los dos, pero también sé que es la única forma que tengo de ser verdaderamente libre. ¿Cómo era aquel dicho? «Si amas a alguien, déjalo ir, y, si no vuelve, nunca fue tuyo.»

Espero volver algún día. Si tiene que ser, será, ¿verdad? Si no, siempre nos quedará la amistad. Espero que lo entiendas y también por qué te digo todo esto. Te deseo lo mejor. La película será todo un éxito, porque la has escrito tú y tus palabras son hermosas.

Esta mañana, cuando te ibas, me has besado pensando que estaba dormida y me has dicho en voz baja: «Recuérdame». Wes, te prometo que jamás olvidaré el tiempo que hemos pasado juntos pero, sobre todo, nunca te olvidaré a ti.

Desde lo más profundo de mi ser,

MIA

Después, besé la carta justo al lado de mi nombre, dejando una marca de pintalabios rosa. Un último beso para Wes.

Los dos días siguientes fueron una pesadilla de citas que la tía Millie me había programado antes de que conociera al artista cañón, Alec Dubois. El rato de peluquería y manicura fue agradable, por no decir aburrido de la leche. Me gustan las cosas bonitas tanto como a cualquiera, pero pasarme cuatro horas arreglándome el pelo y otras dos arreglándome los pies y las manos me parece absurdo. Después de eso, Millie me había reservado cita en la esteticista.

Y quien dice *esteticista* dice *torturadora*. Empiezan con una relajante limpieza facial, en la que invaden tus sentidos con agradables esencias, música tranquila y un masaje en el rostro. Después te plantan una luz horrible en toda la cara y no te queda más remedio que cerrar los ojos si no quieres quedarte ciega. Lo de obligarte a cerrar los ojos es un truco para ayudarte a soportar la excavadora, quiero decir, el «extractor», también conocido como la pala que te quita todos los puntos negros de la cara formados por la asquerosa mugre que te deja en la piel el maquillaje diario. Es aterrador, pero he de decir que nunca había tenido la piel tan bien. Limpia, radiante, y suave como el culito de un bebé.

Después, el resto del día fue una auténtica mierda. Tenía que depilarme. Todo. El artista había sido muy específico. Si yo iba a quitarme la ropa y él iba a pagar veinticinco mil dólares más, tenía que pelármelo todo menos la cabeza. Sobrellevé bastante bien lo de quitarme la pelusa de los brazos. Sin embargo, el vello de mis partes íntimas ya fue harina de otro costal. Si nunca has tenido el placer de hacerte las ingles brasileñas, considérate afortunada. En primer lugar, tu agresora, quiero decir, la esteticista, te cubre todas tus partes con cera caliente, casi a la temperatura de la lava. En cuanto se ha enfriado y se ha convertido en una superficie dura, te sujeta la carne al tiempo que procede a arrancarte una capa de piel y, con ella, todos tus pelos, y te deja

la zona calva y suave, más como la de una niña que como la de una mujer.

Es desmoralizador, y no entiendo por qué hay mujeres dispuestas a someterse a eso voluntariamente si no les van a pagar una pasta gansa. Al menos, en mi caso, sabía que iban a recompensarme por todo ese sufrimiento. ¿Qué excusa tenían ellas?

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. Había recibido un mensaje de texto. La gente todavía se estaba sentando antes de despegar, de modo que podía consultar el mensaje, y tal vez incluso me diera tiempo a contestar.

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Leí tu carta. Siento no haberte dicho nada antes. Pensé que sería mejor que dejara pasar un poco de tiempo. Espero que tengas un buen viaje. Hay algo para ti en el bolsillo delantero de tu mochila. Te llamaré pronto. Recuérdame.

Sonreí y saqué la mochila de debajo del asiento que tenía delante. Dentro del bolsillo había una cajita negra de unos ocho centímetros de ancho y tres de largo. Cuando la abrí, lo que vi dentro me hizo sonreír tanto que creía que me iban a estallar las mejillas. Dentro de la caja había una llave de latón que pendía de una pequeña tabla de surf amarilla y rosa. Era la llave que había estado usando durante mi estancia con Wes. Mi llave. Sólo que ahora había algo más en el llavero: un brillante corazón rojo colgaba junto a la tabla de surf.

En el fondo de la caja había también una nota. La abrí.

Mia:
Te has dejado la llave. Abre mucho más que una puerta. Espero que la uses algún día.

WES

Con determinación, saqué el llavero que contenía las llaves de la moto y el apartamento y agregué la tabla de surf y la llave de casa de Wes. Sus intenciones no podían estar más claras. Si quería volver con él, tendría que estar preparada para entregarle mi corazón, porque él ya me había entregado el suyo.

FEBRERO

1

El chófer cerró las retorcidas y oxidadas puertas de hierro del viejo ascensor, y éstas chocaron con un fuerte estruendo. El hombre no me había dirigido la palabra excepto para preguntarme si era Mia cuando había llegado al final de la escalera mecánica tras recoger mi equipaje en el Aeropuerto Internacional de Tacoma, en Seattle. Supuse que sería seguro seguirlo, ya que llevaba un cartel con mi nombre completo escrito en él, y la tía Millie me había dicho que iría a recogerme un gigante con aire de leñador que me llevaría hasta mi siguiente cliente. Lo de gigante no era ninguna broma, y no era por la altura. El tipo debía de medir tan sólo unos cinco centímetros más que yo, pero lo que le faltaba de alto lo compensaba de ancho. Me recordaba a un luchador profesional, o a uno de esos culturistas musculosos.

Cuando el ascensor llegó a la décima planta, chirrió y se detuvo de golpe, haciendo que cayera sobre el hermano pequeño de Paul Bunyan.[2] Era duro como una pared, y ni siquiera se inmutó cuando choqué contra él. Sólo gruñó como un animal. Unas enormes puertas se abrieron, y Bunyan retiró las rejas y me instó a salir a lo que parecía ser una especie de almacén abierto. En el techo podían verse las vigas y las tuberías al descubierto a unos nueve metros del suelo de hormigón. Había gente paseándose por todas partes, y la mitad iban desnudos.

«¿Dónde coño me he metido?»

Desde la entrada oía los chasquidos de las cámaras haciendo fotos y veía cómo se desplazaban las unidades de iluminación y los reflectores sobre unos carritos con ruedas mientras intentaba asimilarlo todo. Bunyan colocó mi maleta en un lado y señaló a un hombre que estaba agachado con una cámara pegada a la cara.

—El señor Dubois —dijo con voz grave, y entonces se volvió bruscamente y se metió de nuevo en el ascensor del que acabábamos de salir, dejándome a mi suerte.

—Vaya, es un hombre de pocas palabras.

Exhalé un poco de aire para liberar mis pulmones demasiado llenos. No sabía qué

hacer. ¿Debía sentarme a un lado y esperar a que alguien me dijera algo —a ser posible, no uno de los hombres y las mujeres desnudos que había desperdigados por ahí — o debería interrumpir al tío que estaba ocupado haciendo fotos de algo que no veía desde el lugar donde me encontraba?

En vez de esperar, decidí darme una vuelta para estudiar el ambiente. La sala era un loft abierto, pero no era una vivienda. Había unas ventanas desvencijadas en la pared derecha, algunas abiertas desde abajo hacia afuera, y otras cerradas del todo. Tenían pinta de que costara un mundo abrirlas, y me pareció algo tremendamente *cool* y *retro*. Unas mujeres desnudas o semidesnudas pasaron por delante de mí y se me quedaron mirando mientras se colocaban frente a unos enormes lienzos en blanco. No estaban posando, sólo estaban plantadas al lado de los lienzos, y cada una de ellas mantenía una pose diferente mientras unos empleados vestidos de negro perfeccionaban sus posturas con sutiles cambios, moviendo un codo aquí o un pie allá. Después, el empleado retrocedía, hacía una única foto y empezaba otra vez. Pequeños movimientos y otra foto. Era muy raro.

Me dirigí a otra zona, donde había una pareja desnuda tumbada sobre un inmenso lienzo en blanco que debía de medir por lo menos tres metros de ancho y tres de largo. Uno de los empleados se subió a una pequeña escalera que tenía una plataforma directamente encima de sus cuerpos y vertió de forma metódica lo que parecía ser pintura de color azul vivo sobre cada milímetro de ellos.

—¡No os mováis! —gritó—. O tendremos que empezar de cero y al señor Dubois no le va a gustar —añadió en tono severo.

La pareja mantuvo su desnudo abrazo, con las manos de la modelo femenina alrededor de la cabeza del hombre, como si estuviese a punto de besarlo. Él la rodeaba con los brazos, uno sobre el culo, sosteniendo una pierna por encima de su cadera y la otra en la nuca.

La pintura se escurría por sus muslos y caía formando pegotes sobre el lienzo.

—Quietos —advirtió el hombre.

Me quedé tan fascinada con el proceso de aquella extraña escena que no oí que alguien se acercaba por detrás de mí hasta que me apartó el pelo del cuello.

—Perfección —lo oí susurrar contra mi oído antes de darme un beso en la piel desnuda de la curva que separa mi hombro de mi cuello.

Retrocedí sin mirar adónde iba. Sólo intentaba alejarme de aquel extraño que me estaba tocando, cuando, de repente, choqué con algo que tenía detrás. Antes de que me diera tiempo a darme la vuelta, mi bota alcanzó el extremo del lienzo y me caí sobre la plataforma que sostenía al cascarrabias de la pintura. Entonces se hizo el caos. El hombre que aguantaba el cubo cayó hacia adelante y la pegajosa pintura azul salió volando mientras formaba un abanico de color antes de derramarse sobre el lienzo y

sobre la lona que protegía el suelo de hormigón.

La pareja tumbada debió de ver venir la caída, porque el hombre se apartó rodando con la chica desnuda como si hubiese recibido entrenamiento de combate en las fuerzas armadas. Sorteó al empleado, la pintura, y escapó por los pelos de la plataforma, que estaba a punto de aplastarlos.

Yo no tuve tanta suerte.

Cuando me caí de espaldas, mi otro tacón atravesó el grueso lienzo y se quedó atascado, de modo que mi cuerpo se curvó en la dirección opuesta. Me torcí el tobillo, grité y aterricé de bruces sobre la pintura azul y el lienzo roto.

—¡Dios mío! —El hombre del que había intentado huir se acercó a aquel destrozo y me levantó agarrándome de las axilas.

Sus ojos marrones eran cautivadores y reflejaban preocupación. Unas pequeñas patas de gallo revelaban que seguramente tenía como mínimo diez años más que yo. Su pelo, castaño claro, con reflejos naturales dorados y rojizos, estaba recogido en un pequeño moño en la coronilla. Su mandíbula esculpida y sus generosos labios estaban rodeados por una barba perfectamente arreglada. Jamás había salido con un hombre con barba, pero ahora que estaba delante de ése, y mientras sus fuertes brazos me sostenían cerca de su alta y musculosa figura, no entendía la razón. Era tremendamente atractivo. Me recordaba a Ben Affleck, sólo que mucho más sexi.

—No pretendía asustarte. Te he visto aquí de pie y tu belleza superaba con creces la de cualquier simple modelo. No he podido evitar pegar mis labios a tu piel dorada. Tú debes de ser *mi* Mia —dijo con admiración mientras sus ojos de color caramelo repasaban mi figura desde las puntas del pelo hasta los tacones de mis botas.

Pensaba tirar esas botas en cuanto consiguiera sacármelas del tobillo, que se me estaba hinchando a pasos agigantados.

Probé a apoyar la bola del pie en el suelo y sentí un intenso dolor en el tobillo que ascendió por toda la pierna. Grité y me aferré a los antebrazos del hombre, clavándole las uñas.

—Madre mía, te has hecho daño.

—¿Tú crees?

Puse los ojos en blanco mientras él me cogía por debajo de las rodillas y me llevaba en sus largos brazos como si fuera una princesa hasta un arqueado sofá de dos plazas. Pero en realidad no era un sofá, puesto que tenía un respaldo curvo más alto por un lado que por el otro. Era la clase de mueble que aparecía en las películas románticas antiguas sobre el que la dama en apuros solía desmayarse con la mano en la frente mientras dejaba escapar un suspiro. Yo, en cambio, estaba apretando los dientes y a punto de morder a cualquiera que osara acercarse a mi pierna.

—¡Llamaré a un médico! —gritó uno de los omnipresentes hombres de negro al

extraño que, a esas alturas, ya daba por hecho que se trataba de mi cliente.

—No, *ce n'est pas nécessaire* —dijo en un rápido francés—. Llama al 3.º B. Es médico y es amiga mía —añadió clavando sus ojos en los míos—. Todo irá bien, Mia —me aseguró.

Estuve a punto de derretirme cuando lo oí hablar con ese ligero acento; de hecho, algo se contrajo entre mis piernas. Los hombres con acento me resultaban tremendamente sexis. Bien pensado, tal vez fuese el efecto del dolor que sentía en la pierna lo que me hizo apretar los músculos, aunque estaba bastante segura de que había sido debido a lo primero.

Al cabo de unos instantes, una mujer diminuta llegó corriendo mientras sostenía lo que parecía ser un maletín de médico antiguo. Se presentó y me ayudó a quitarme la bota sin tirar de la pierna, cosa que agradecí inmensamente. De repente, mientras la doctora me examinaba el tobillo, oí una risita por encima del hombro. Miré a mi cliente, cuyo nombre sabía que era Alec Dubois, aunque todavía no nos habíamos presentado de modo formal.

—¿Qué?

—Tus calcetines. Son encantadores, *ma jolie* —dijo terminando en francés.

Sonaba muy sexi, pero me cabreó todavía más, porque no sabía lo que me estaba diciendo. Podría estar llamándome *patosa*, o *idiota* a la cara sin que yo me enterara. Bajé la vista hacia mis calcetines navideños y después miré a la médica. Había una sonrisa en sus labios, pero mantenía una actitud del todo profesional mientras me examinaba el tobillo. Ella me gustaba; el bombón francés de la cámara, aún estaba por ver.

—No está roto. Sólo te lo has torcido. Voy a vendártelo, pero intenta apoyarlo lo mínimo posible y estarás como nueva dentro de un par de semanas. Mantén la pierna en reposo, por encima del corazón, ponte hielo y no te quites el vendaje. Te recomiendo que uses unas muletas —dijo, y yo dejé caer los hombros con resignación.

Odiaba las muletas. Todo el mundo odiaba las muletas. Eran una mierda. No me apetecía nada tener toda la piel alrededor de la axila dolorida y en carne viva por el roce, además del tobillo, sobre todo en un nuevo trabajo. Me pregunté si Dubois solicitaría que se le devolviera el dinero. De repente, me invadió el pánico al pensar en mi padre y en cómo iba a pagarle la próxima cuota a Blaine si el francés decidía que lesionada no le valía.

—Cuidaré bien de ti, *ma jolie* —dijo él entonces—. No tienes que preocuparte por nada.

Alec se sentó a mi lado, me rodeó la cintura con un brazo protector y me deslizó hacia él hasta que estuvimos muy cerca. Tanto que era como si hiciese años que me conocía en vez de sólo unos momentos. Definitivamente tenía problemas a la hora de

respetar el espacio personal de los demás. No obstante, era agradable y me sentí aliviada al ver que no iba a mandarme a casa.

—*Retournez au travail*. —Acompañó su evidente instrucción con algunos movimientos con el brazo y después me levantó como si no pesara nada.

—¿Eso qué significa? Y ¿qué estás haciendo? —pregunté, y me agarré a sus hombros para no caerme mientras se dirigía al ascensor.

—Voy a llevarte a casa para que descanses. Debes de estar agotada del viaje. Y, ahora, con el tobillo dolorido, necesitas tumbarte. —Me miraba con ojos amables—. Y, antes, le he dicho a mi equipo que vuelva al trabajo.

Su acento era más marcado ahora, pero era evidente que llevaba mucho tiempo viviendo en Estados Unidos. Tenía un inglés perfecto.

Resoplé, pero seguí aferrada a él.

—Esto es muy raro —señalé—. Siento lo de la pintura y haberlo echado todo a perder, y encima me he fastidiado el tobillo, cuando se suponía que tenía que ser una musa espectacular.

—Ah, pero eres *spectaculaire*, con esos rasgos tan exquisitos, y tu rostro dividido en dos es una copia idéntica —dijo como si fuese la mejor de las noticias, aunque yo no entendía ni papa.

Negué con la cabeza.

—No sé qué significa eso de la copia idéntica.

Uno de los hombres de negro de Alec nos siguió hasta el ascensor portando mi única maleta y pulsó el botón de la planta doce, que era la más alta del panel. Salimos del ascensor y, sin responderme, me llevó hasta otro loft diáfano. Era del mismo tamaño que el del piso en el que habíamos estado antes, sólo que éste tenía cocina, salón y una escalera que supuse que daba a un dormitorio. La única pared que había era una que estaba en un rincón y que tenía una puerta. Si hubiera tenido que apostar, cosa que hacía con frecuencia (mi padre me había enseñado todo lo que sabía sobre el juego), habría apostado a que aquella puerta daba a un cuarto de baño.

Me llevó hasta allí y, sí, era un cuarto de baño. Me acerqué a la pata coja hasta el lavabo, donde me soltó. De repente, mi mochila apareció de la nada, y Alec rebuscó en ella y extrajo una camiseta y unos pantalones cortos de pijama.

—Toma, ponte esto. Iré a buscar una bolsa para tu ropa.

En cuestión de segundos volvió y me dio una bolsa de basura.

—¿Estarás bien? —preguntó con una mano alrededor del pomo de la puerta.

—Sí. Gracias.

Sentí cómo mis mejillas enrojecían conforme cerraba la puerta.

¿Cómo podía ser tan patosa? Sin perder un instante, metí los vaqueros y la camiseta cubiertos de pintura en la bolsa de basura y me puse la camiseta y los pantalones

cortos. Después me quité toda la pintura que vi. Necesitaba ducharme entera, pero, antes de nada, necesitaba hablar con el cliente y evaluar su estado de ánimo para comprobar si estaba enfadado conmigo.

Cuando abrí la puerta del baño, él se encontraba allí y me cogió en brazos de nuevo.

—¡Uf! —me quejé mientras me llevaba.

Me dejó sobre un caro sofá modular de terciopelo del color morado más oscuro que existía. De hecho, era casi negro, aunque, si pasabas la mano por la tela, al levantarse las fibras se apreciaba una tonalidad berenjena más clara. Cuando me hube acomodado, con el pie apoyado en la otomana que tenía delante, Alec se sentó a horcajadas encima de la otomana y colocó mi tobillo dolorido sobre su regazo. Me incliné hacia adelante y sostuve la pierna en alto sin saber muy bien cómo responder ante aquel hombre que no paraba de toquetearme.

—¿Quieres saber lo que significa lo de la copia idéntica?

Asentí y me mordí el labio. Levantó una mano y, con un dedo, recorrió el centro de mi rostro desde el nacimiento del cabello en mi frente, por encima de mi nariz, entre los labios y hasta la barbilla. Me estremecí al sentir el calor de su tacto, o tal vez era por la seductora manera que tenía de mirarme, como si fuese la mujer más bonita del mundo. Wes me miraba así. Joder, Wes hacía que me sintiera así. De repente me sentí muy culpable, pero dejé ese sentimiento a un lado. Wes y yo no éramos pareja. Éramos amigos con derechos..., y esperábamos llegar a ser algo más. Algún día. Tal vez. Pero no ese día.

—Si cortamos tu cara por la mitad, justo por aquí —recorrió mi semblante de nuevo con la yema del dedo, sus ojos parecían perdidos en la tarea—, cada lado sería exactamente idéntico al otro.

Fruncí el ceño.

—Como el de todo el mundo.

Posó la mano sobre mi mejilla y sus largos dedos se hundieron en mis oscuros rizos para agarrarme de la nuca.

—Sí, *ma jolie*, pero en su caso no serían simétricos. Tu rostro es *perfection*. Ambas partes son idénticas. Ninguna es mejor o peor que la otra. Es algo inusual, extraordinario. Eres única. —Alec acercó su rostro y me besó en ambas mejillas—. Mañana empezaremos a trabajar, *oui*? Hoy, descansa.

Puso un almohadón sobre la otomana y colocó mi pie encima con cuidado.

—Ahora debo irme a trabajar —dijo moviéndose de un lado a otro como si ya estuviese distraído con todas las tareas que tenía por delante.

Un tipo interesante, el tal Alec Dubois.

Por la tarde, como no me atrevía a subir la escalera a la pata coja, eché un vistazo por el espacio en el que me encontraba, dormí la siesta en el sofá, llamé a Ginelle, y fiché con la tía Millie. A ambas les pareció hilarante que me hubiese torcido el tobillo y que estuviera allí atrapada, a merced de un artista francés buenorro. Gin dijo que era una «zorra suertuda», y la tía Millie terminó la llamada con un «diviértete, preciosa».

El timbre del ascensor sonó y, al instante, se oyó el chirrido metálico de las puertas que se abrían. Desde mi posición en el sofá no veía nada, pero no tuve que esperar mucho. Alec se apresuró a cruzar la estancia con unas muletas en la mano y portando una bolsa blanca que olía a deliciosa comida china. Sin demora, dejó la bolsa sobre la mesita de café, apoyó las muletas a un lado del sofá y vino a sentarse junto a mí.

Sin darme tiempo a decir nada, colocó las manos a ambos lados de mi cuello y los pulgares sobre mis pómulos. Después, me dio un beso en cada mejilla. Sus labios eran cálidos y dejaron una duradera huella sobre mi piel cuando se apartó para mirarme a los ojos.

—¿Cómo estás, *ma jolie*?

—Eh, bien, supongo. —Parpadeé, y él sonrió—. ¿Qué significa *ma jolie*?

Esbozó una leve sonrisa y ladeó la cabeza. Alargó una mano, me apartó un mechón de pelo de la frente y me lo colocó detrás de la oreja. Había cierta tensión entre nosotros, una tensión cargada con la promesa de algo a lo que todavía no podía poner nombre.

—Es algo así como «mi guapa».

—Ah, vale —susurré, incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos leonados.

—¿Tienes hambre? —preguntó con esa «r» francesa tan exquisita.

Asentí. Noté la garganta seca mientras observaba cómo se levantaba, entraba en la cocina y traía unos platos y unos cubiertos antes de volver a sentarse demasiado cerca de mí. Pegó completamente un lado de su cuerpo al mío. Si me apartaba, sería demasiado obvio, y no quería volver a darle otra mala impresión a mi nuevo cliente, así que soporté su calidez. Y su fragancia. Esa esencia sería mi perdición. Era una mezcla de pintura fresca y Hugo Boss. La única razón por la que conocía ese perfume era porque una vez había trabajado ofreciendo muestras de colonia a la gente en un centro comercial de Las Vegas. Tenía que rociar toda clase de tufos, y al final acababa mi jornada apestando como una bolsita de popurrí. Sin embargo, Hugo Boss tenía un olor masculino que me entraba como una flecha por la nariz y hacía diana directamente entre mis piernas.

Con esfuerzo, intenté hacerme a un lado. Alec me miró, me guiñó un ojo y terminó de servir el *chow mein* y el *kung pao*.

—Espero que te guste la comida china —dijo ofreciéndome el plato.

Lo cogí con avidez, me lo acerqué a la cara, cerré los ojos e inhalé la deliciosa mezcla de pollo, salsa y tallarines que humeaba en el plato. Olía tan bien que se me hizo la boca agua. Gemí, y ataqué. Cuando levanté la vista, Alec había dejado de servirse su propia comida y me estaba mirando. Lo que vi estuvo a punto de hacer que me atragantara. Sus ojos ardían de deseo y ni siquiera intentaba disimularlo.

—Eres extraordinariamente hermosa —dijo mientras acariciaba mi mejilla y posaba la mano sobre ella.

Sin darme cuenta, curvé mi rostro contra su palma para sellar la conexión. Sólo habían pasado unos días, pero añoraba las caricias de un hombre. Alec recorrió mi labio inferior con el dedo pulgar y su voz se tornó ronca.

—*Tu est le cadeau de Dieu au monde*.

—¿Qué significa eso?

—Un regalo de Dios al mundo. Eso es lo que eres. Y pretendo que todo el mundo se deleite con semejante regalo.

«Un regalo. Alec piensa que soy un regalo para el mundo. Uno bonito.»

Era incapaz de responder. No después de que hubiese dejado de servirse la cena. No cuando cogió mi plato y lo colocó sobre la mesa. No cuando se inclinó hacia mí hasta que apenas nos separaban cinco centímetros de distancia. Pero respondí en el momento en que mi cerebro agotado registró su beso.

Cálido, tierno y dulce. Su boca rozó la mía antes de absorber con suavidad mi labio inferior y de pasarme la lengua delicadamente por el tejido sensible. Y entonces ya no pude aguantar más. Lo agarré del cuello y lo estreché contra mí. Hundí los dedos en su pelo hasta que me topé con la molesta goma que lo apresaba. Tiré de ella hasta romperla y una densa mata de cabello ondulado con esencia a limón cayó en cascada sobre mis mejillas y envolvió nuestro beso en el refugio de sus exquisitos rizos. Alec apoyó la palma de la mano contra mi barbilla y me volvió la cabeza a un lado sin dejar de deslizar la lengua hacia adentro y hacia afuera, aprendiendo lo que me hacía vibrar, gemir y morder. Y lo hice. Lo mordí. Devoré sus labios como un animal hambriento lo haría con un filete. A él no parecía importarle. En un momento dado, estoy casi convencida de que gruñó, sí, gruñó, en un beso que ya no podía ser más profundo.

Estaba totalmente excitada, y me tensé, deseando y necesitando tener a Alec más cerca. Cuando traté de recostarme sobre el sofá para que él se pusiera encima de mí, se apartó y apoyó su frente contra la mía.

—*Très jolie fille* —susurró en aquel idioma que me ponía cada vez más.

No era que antes no lo hiciera, pero después de haber tenido sus labios contra los míos y su lengua en mi boca, sus palabras acariciaban mis sentidos con tanta facilidad como imaginaba que lo haría su tacto. Con determinación, con deseo, con celo.

—Calma, *chérie*. —Su tono era un susurro y un bálsamo para el calor que ardía en

mi interior—. Habrá mucho tiempo para que nos conozcamos físicamente. Quiero disfrutarte, deleitarme con tu dulce sabor en mi lengua, con la suavidad de tu piel en las yemas de mis dedos, con tu cuerpo sobre mi lienzo.

Me aparté y nos quedamos mirándonos a los ojos.

—Vaya.

Me mordí el labio y tragué saliva. Él sonrió.

—Creo que «vaya» es quedarse corta. Comamos. Conozcámonos en todos los sentidos. Sólo entonces lograremos que la manifestación física de nuestra unión sea enteramente dulce.

Alec Dubois era extraño. ¿Quién coño hablaba de esa manera? ¿«La manifestación física de nuestra unión»? Debía de haber pasado demasiado tiempo leyendo Ask.com en internet.

—Eres muy raro —le dije, y cogí mi plato, lo coloqué sobre mis piernas y me metí en la boca un montón de tallarines.

¡Mmm! ¡Qué rico! Casi tanto como el beso que habíamos compartido hacía unos instantes.

Alec inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír con ganas. Lo que yo decía: pura excentricidad.

Cogió su plato, terminó de servirse, se acomodó contra el respaldo del sofá y puso los pies al lado de los míos sobre la otomana. Después volvió la cabeza y me miró.

—Ay, preciosa, no tienes ni idea, pero pronto la tendrás. Comamos.

2

Esa noche, después de atiborrarme de la mejor comida china que había probado en mi vida, Alec me subió en brazos al altillo y me dejó sobre su cama. Que yo supiera, no había ninguna otra habitación en aquella especie de almacén reconvertido en vivienda. De todos modos, él no daba por hecho que fuésemos a dormir juntos, ni siquiera después del beso que nos habíamos dado, cosa que agradecí. Necesitaba estar sola para encontrarme a mí misma en ese mundo nuevo.

Me costaba hacerme a la idea de no estar ya en Malibú, en casa de Wes, escondida en la colina y hecha un ovillo en mi cama de nubes. No, ahora me habían depositado sobre una firme pero cómoda cama de tamaño extragrande y estaba rodeada de matices y texturas fríos. Azul claro, gris brezo, y unos cuantos tonos oscuros, casi negros, aquí y allá. La cama descansaba encima de una pequeña plataforma y tenía una cabecera de madera maciza. No tenía piecero, pero había un montón de almohadas que permitían al usuario relajarse al máximo. Se veían muy pocos muebles en el cuarto; sólo una elegante cómoda cuadrada con cinco cajones y dos mesillas de noche minimalistas. Sobre una de ellas había una lámpara y, sobre la otra, una pila de libros. Ojeé los títulos y vi que varios de ellos eran en francés. Algunos incluso tenían los códigos del sistema de clasificación de la biblioteca. No sé por qué, eso hizo que sonriese tanto por dentro como lo estaba haciendo por fuera.

Hasta aquel momento, Alec se había comportado como todo un caballero. No me había mandado de vuelta después de que me torciese el tobillo, y había sido un auténtico cielo desde la cena. Aunque tenía cierto aire distraído, siempre que se centraba en mí me miraba con ganas, y me lo daba todo. Cualquier chica podría acostumbrarse a que la mirasen como si el mundo a su alrededor se hubiese detenido. Y luego, cómo no, estaba lo de ese beso. Se me erizó el vello de todo el cuerpo al recordar sus cálidos labios. Su pericia con la lengua, su manera de saber exactamente cómo tenía que lamer y juguetear, había supuesto una grata sorpresa. El hecho en sí de

que me besara ya había sido una sorpresa, aunque no demasiado grande. Lo digo porque el tipo se pasaba mucho tiempo invadiendo mi espacio personal. Creo que nunca nadie me había tocado tanto en un solo día, ni siquiera Wes, y eso que a él le gustaba mucho tocarme.

«Wes.»

No, no me iba a permitir ir por ese camino. Habíamos acordado que seríamos amigos y que tenía que seguir con mi vida. Él sabía que debía hacer eso para salvar a mi padre, y no pensaba abstenerme de nada. No sería yo. Ahora que había probado ese ardor, esa pasión que Wes me había dado, la ansiaba. La necesitaba. Me sentía vacía sin ella. Supongo que era como cuando te quitas una tirita de golpe: aúllas de dolor durante unos segundos y ya está. Estaba preparada para montar a otro vaquero y disfrutar del momento, por decirlo de alguna manera. Y eso era justo lo que pensaba hacer. Sin duda, entre Alec y yo había mucha química. Después de ese beso, estaba convencida de que sería bueno en la cama y, por su manera de hablar, sé que él también lo estaba deseando. Tenía derecho a divertirme, a disfrutar.

En algún momento de la noche, Alec dejó mis muletas apoyadas en la pared, cerca de la cama. Eché un vistazo a mi alrededor y me acerqué cojeando hasta la ropa que había en el pequeño armario. Sólo había ropa de hombre en las perchas. Nada recargado, ni femenino, ni rosa a la vista. Vaya. Parte del contrato incluía proporcionarme la ropa que iba a necesitar durante mi estancia mensual. «¿Dónde habrá dejado mis cosas?», me dije. Abrí todos los cajones de la cómoda, uno por uno, e inspeccioné el contenido. Calzoncillos de hombre, calcetines, pantalones de pijama, camisetas y vaqueros. Nada para mí.

También me subió la maleta en algún momento, así que saqué un par de vaqueros limpios y la camiseta del concierto de Radiohead. Al verla, me acordé de que Ginelle y yo lo habíamos dado todo en aquel concierto y que habíamos gritado tanto que al día siguiente no podíamos ni hablar. Pero nos daba igual, Thom Yorke tenía un talento increíble y, cuando una banda como Radiohead iba a Las Vegas, hacía lo imposible para conseguir entradas.

Una vez vestida, me puse una zapatilla y me dejé el otro pie vendado y cubierto sólo con un calcetín durante el resto del día. Me senté en lo alto de la escalera, dejé que las muletas se deslizaran por ella, y usé el culo y la fuerza de mis brazos para bajar los peldaños sin lastimarme el pie. Lo estaba haciendo bastante bien.

—¡Oye! Yo te habría ayudado a bajar, *ma jolie*. —Alec rodeó la barra de desayuno y vino hacia mí.

Me quedé boquiabierta. Llevaba puestos unos pantalones de pijama anchos de cuadros, sin nada en la parte de arriba. Tenía el torso, dorado y musculado, al descubierto. Era un auténtico regalo para la vista. Su cabello, largo y ondulado, caía

sobre sus hombros en tonos castaños, rojizos y dorados. Se acercaba a mí como a cámara lenta. La musculatura de su abdomen se hinchó cuando se agachó para ayudarme a sostenerme con las muletas. Apoyé una mano en su cintura y no sentí nada más que músculo fibroso.

Madre del amor hermoso..., aquel hombre iba a ser mi perdición.

Me ayudó a apoyarme en las muletas y me guio hasta un taburete de la cocina. Una vez que me senté, se dio la vuelta y no pude evitar exhalar con fuerza el aire contenido en mis pulmones. Al oírme, se volvió de nuevo y vio lo que estaba mirando embobada. En la paletilla izquierda y curvándose hacia su caja torácica tenía un tatuaje negro gigante. Era un remolino de palabras escritas en francés.

—Tu tatuaje... es... —No tenía palabras para describirlo—. Es... bonito —terminé por fin.

Alec se acercó a los fogones y, con un rápido movimiento, cascó dos huevos con una mano y los echó en una sartén. Durante un momento me pregunté si podría enseñarme a hacer eso antes de que terminase el mes.

—*Merci* —respondió, y cascó otro par de huevos.

Al lado de los huevos, en otra sartén, dejó caer unas cuantas tiras de beicon, que empezaron a crepitar al instante.

—¿Qué pone?

Se acomodó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y se desplazó por la cocina semidesnudo con gran soltura. Observé cómo su cuerpo se movía mientras cogía una taza de cerámica multicolor de un gancho y la llenaba de café.

—Es un poema de Jacques Prévert, un poeta francés. Lo escribió en 1966. —Alec señaló el café que tenía delante—. ¿Quieres leche o azúcar?

—Las dos cosas, por favor —respondí.

Terminó de prepararme la taza, la dejó delante de mí y volvió a los fogones para darles la vuelta a los huevos y al beicon.

—¿Puedo preguntarte qué dice el poema? —pregunté, y bebí un sorbo de café para intentar esconderme detrás de la enorme taza.

Se lamió los labios, se apoyó contra la encimera y cruzó los pies a la altura de los tobillos. Joder, qué bueno estaba ese tío. Wes era atractivo, pero este hombre no se quedaba atrás. Eran dos polos opuestos. Donde Wes era luz, Alec era oscuridad, y viceversa. Parecían ser exactamente contrarios en todos los aspectos, desde el pelo oscuro de Alec, el bigote y la barba, hasta el perfecto afeitado de Wes, a pesar de que a veces se dejaba barba de dos días.

—Es un poema sobre personas observando los cuadros de Witold-K. La traducción sería algo así: «El misterio de la gente común / pintada con amor en el furtivo silencio / y el obsesivo sonido de la calle. / Sigues su progreso, / pero sólo ves su parte posterior

y, al igual que ellos, / tú les darás la espalda a otros visitantes».

»Me recuerda que muchos observarán mi arte, las imágenes que fotografío o que pinto, y, en ocasiones, parte de la experiencia será cuando otra persona fotografíe a la persona que está viendo mi arte. Eso cambia lo que ven. De modo que, ahora, el arte se ve de un modo en que la persona que lo tiene delante pasa a formar parte de él.

Reflexioné sobre lo que acababa de decir durante un instante.

—Qué profundo.

Alec negó con la cabeza y sonrió. Después, sirvió los huevos y el beicon en unos platos y puso uno frente a mí.

—Come, *ma jolie*. Hoy tenemos un día entero por delante en el loft.

—Hablando de días enteros, ¿dónde está mi ropa? —pregunté con la boca llena de huevo.

Se inclinó sobre el otro lado de la barra de desayuno y mordió un trozo de beicon. Frunció el ceño confundido.

—¿Qué ropa?

—La ropa —dije agitando una mano en el aire—. Ya sabes, lo que quieres que lleve puesto mientras esté aquí. Se supone que tienes que proporcionármela, lo pone en... —Dejé la frase sin terminar.

Me incomodaba hablar del contrato.

Alec esbozó una sonrisa traviesa. Después apoyó las dos manos sobre la barra y se inclinó hacia mí.

—*Ma jolie*, no te he proporcionado nada de ropa porque no espero que lleves nada mientras estés aquí. Eres mi musa, y quiero ver tu cuerpo, tus curvas y tus ángulos todo el tiempo que sea humanamente posible.

Perpleja, parpadeé, abrí la boca, la cerré y parpadeé de nuevo. No podía estar hablando en serio.

—¿Quieres que vaya desnuda? ¿Todo el tiempo?

—*Oui* —se limitó a responder, como si la pregunta no tuviese la más mínima importancia, a pesar de que para mí sí la tenía.

—*Oui?* ¿Eso es todo lo que vas a decirme? —Dejé mi tenedor con un fuerte golpe sobre el plato—. ¿Crees que voy a pasearme por aquí sin un hilo de ropa encima? —dije agitando los brazos en el aire.

Alec frunció el ceño de nuevo.

—¿Te sientes incómoda con tu cuerpo, *ma jolie*?

—Joder. ¡No me lo puedo creer! —Sacudí la cabeza y me crucé de brazos—. No, no me siento incómoda con mi cuerpo, bueno..., no del todo. No me importaría perder unos cuantos kilos, pero no conozco a nadie que se sienta cómodo paseándose como Dios lo trajo al mundo durante todo el día.

—Vaya, pues esto supone un ligero problema. Estoy seguro de que lo solucionaremos. Termínate el desayuno. Tenemos que ir al loft. Necesito hacerte unas instantáneas antes de que cambie la luz, y después empezaremos con la pintura. —Se metió un último bocado de su desayuno en la boca y masticó mientras se dirigía al fregadero. Enjuagó el plato y lo introdujo en el lavavajillas—. Voy a vestirme. Hablaremos más después, *oui*?

—*Oui* —respondí en un tono deliberadamente sarcástico.

Sacudió la cabeza y subió corriendo la escalera. En un visto y no visto, cogió lo que fuera que se dispusiera a ponerse y se dirigió al baño. Segundos más tarde, oí el agua de la ducha y el sonido de las viejas tuberías que atravesaban el almacén.

Quería que estuviera desnuda todo el tiempo. Lo que yo pensaba: un tío raro. Puse los ojos en blanco y apreté los dientes. En realidad no me había contestado. Sólo había dicho que teníamos un problema, había cambiado de tema y se había largado. El segundo día no se presentaba mejor que el primero. Bueno, al menos había podido ver su magnífico cuerpo semidesnudo. Aquello había sido muy grato y era mucho mejor que mi embarazosa caída del día anterior. Aunque el beso de la otra noche superaba con creces la mierda de «quiero que estés desnuda a todas horas». No pensaba hacerlo. Eso no formaba parte de mi contrato ni de nada a lo que yo hubiese accedido. Me había leído el contrato entero en el avión, y no ponía nada de «Mia accede de forma voluntaria a estar totalmente desnuda durante un mes» en ninguna parte. ¡Pirado!

Después de desayunar, Alec y yo volvimos al nivel inferior.

—¿Son tuyas las dos plantas? —pregunté mientras iba tras él por el área de trabajo.

Para mi sorpresa, sólo había un par de personas paseándose por allí, y eran las ocho de la mañana. A lo mejor no seguían el típico horario de ocho a cinco.

—Sí, aquí trabajo y en la otra vivo, como ya sabes. Me gusta estar cerca de casa. A veces trabajo hasta muy tarde, otras, incluso, hasta la madrugada. Cuando acabo mi jornada no tengo que atravesar toda la ciudad para volver a casa. Sólo tengo que coger el ascensor.

Asentí.

—Lo entiendo. ¿Dónde está todo el mundo? —Me dejé caer sobre la silla que había colocado delante de mí.

Ante nosotros, a unos tres metros de distancia, había una zona muy iluminada y dos lienzos en blanco colgados en la pared. Uno medía aproximadamente un metro ochenta de ancho por un metro veinte de alto, y, el otro, un metro veinte de ancho por un metro ochenta de alto. Así que, básicamente, tenían el mismo tamaño, sólo que uno estaba dispuesto en horizontal y el otro en vertical.

—Hoy es un día creativo. No necesito demasiada ayuda. Sólo a ti, mi cámara y pintura, y lo tengo todo delante de mí.

—Genial. —Miré a mi alrededor—. Y ¿qué quieres que haga?

—Empezaremos con unas fotos de prueba. Necesito que te pongas delante del lienzo horizontal.

Me ayudó a levantarme, me cogió en brazos y me llevó hasta otra silla que había colocado delante de la pared. En el suelo, bajo mi tobillo torcido, había una almohada. Me instaló junto a la silla para que usara el respaldo para apoyar el peso de esa parte de mi cuerpo.

—He puesto la almohada por si necesitas apoyar el pie. No quiero que lo apoyes sobre el duro hormigón y te hagas más daño. Supongo que ayudará, *oui*?

Le ofrecí una amplia sonrisa.

—Sí, gracias, Alec. Tú haz lo que tengas que hacer. Yo estoy bien y totalmente cómoda —le aseguré.

Se dirigió a un trípode y ajustó las luces.

—Bien, ahora quítate la camiseta. Déjate la ropa interior. De momento, sólo necesito ver los ángulos y las formas de tus hombros, tus brazos, tu cuello, tus costados y tu torso.

Inspiré hondo, me mordí el labio, me levanté la camiseta y la arrojé a un lado.

—Vale, franchute, pero esto va a salirte caro —le advertí.

—Soy perfectamente consciente —dijo desde detrás de la cámara.

En el instante en que me quité la camiseta empecé a oír los chasquidos de la cámara de fotos.

Permanecí quieta, vestida con mi sujetador de encaje negro. Me cubría por completo, no se veía nada más de lo que se vería si llevase la parte superior de un biquini pero, aun así, estaba nerviosa. A lo largo de los años había actuado algunas veces, y esperaba hacerlo muchas más, pero nunca había hecho de modelo. No creía tener el cuerpo adecuado para ello.

—*Impressionnant* —murmuró Alec en francés.

Eso sonaba a cumplido, así que permanecí inmóvil y lo dejé trabajar.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo.

Resoplé.

—¿Cómo puede ser? Si no estoy haciendo nada más que estar aquí de pie.

—Con tu belleza es suficiente. Además, sólo son pruebas para ver las posturas, la iluminación y demás. —Después de unos cuantos chasquidos más, vino hasta mí—. ¿Estás cansada de estar de pie?

—Un poco —respondí, porque era verdad.

Era más difícil de lo que parecía, mantener el equilibrio sobre un pie, aunque

tuviese la silla para apoyarme.

Hicimos un descanso y me trajo un poco de agua y una manta. Usé la manta para cubrir mi desnudez. Después me pidió que me levantara de nuevo, sólo que en esta ocasión tuve que echar la cabeza hacia adelante, sacudirme el pelo y volver a levantarla. Lo hice un par de veces, hasta que le pareció que ya estaba bien. A mí me parecía que se veía revuelto y desaliñado, pero daba la impresión de que era justo eso lo que estaba buscando.

—Tus colores son pura perfección, *ma jolie*. —Se acercó a una mesa y trajo un pincel y una pequeña lata de pintura de color rojo cereza—. Esto te va a parecer raro, pero voy a ponerte esta pintura en los labios. No es tóxica.

—Claro, haz lo que tengas que hacer, para eso pagas.

Sacudió la cabeza y se rio. Yo sonreí, pero después puse morritos mientras él me pintaba los labios con delicadeza.

La pintura era muy brillante y parecía de calidad plástica. Cuando hubo terminado, me revolvió el pelo un poco más y volvió a su cámara.

—Ahora, Mia, piensa en algo triste. En algo que te duela en el alma... Tal vez en algo que eches de menos, *oui*?

No quería estropearme los labios, así que me limité a mirar en la distancia y pensé en Wes. ¿Qué estaría haciendo en esos momentos? ¿Y si estaba medio desnudo delante de otra persona? Pensar en eso era una tortura, así que pasé a otra cosa. No sé por qué, pero pensé en mi padre. No lo había visto desde hacía un mes. Estaba aún en coma, y su hija no se encontraba a su lado. Ese pensamiento hizo que se me encogiera el corazón.

—¡Mia! —exclamó Alec de repente, y giré la cabeza muy deprisa y parpadeé.

Una sola lágrima se deslizó por mi mejilla. La cámara chasqueó.

—La tengo —dijo con voz suave.

Me tragué el resto de las lágrimas que estaban a punto de desbordarse de mis ojos.

—¿Hemos terminado? —Mi voz se quebró cuando me pasó un paño húmedo.

—Esta parte del proyecto, sí. Puedes quitarte la pintura y descansar. Te traeré tu camiseta.

—Gracias —susurré algo conmocionada y con la sensibilidad a flor de piel.

Cuando me hube vestido, nos sentamos uno junto al otro y nos quedamos observando por una de las viejas ventanas aquella calle de Seattle. Una lluvia ligera caía sobre el asfalto, y la gente corría de aquí para allá para evitar empaparse.

—¿En qué foto estamos trabajando ahora?

—¿Te refieres a cómo se llama la obra?

Asentí, aunque me quedé callada mirando hacia la calle mojada.

—*No hay amor para mí*.

Cómo no. Tenía que ser el puto lema de mi vida.

—Estoy lista para continuar —dije.

Alec me guio hasta el lienzo una vez más. Ninguno de los dos dijo nada mientras me quitaba la camiseta, me revolvía el pelo y me colocaba en posición.

Finalmente, fui yo la que rompió el silencio.

—Y ¿luego qué? —pregunté con un enfoque renovado.

—Te buscamos el amor, claro.

3

Mi tercer día con Alec me llevó de nuevo al loft. La noche anterior volvimos después de una larga sesión para unas fotos en lo que se me antojaron un millón de poses sutilmente diferentes. Ni siquiera paramos para comer; por lo visto, siempre que aparecían las musas, había que aprovechar. Desde un punto de vista objetivo, cuando una mujer se quita la mitad de la ropa y tú eres un hombre heterosexual, no hace falta ser un genio para pensar que la musa va a perder la cabeza. Todos los hombres son unos cerdos de un modo u otro. Y éste en cuestión se escondía tras la máscara de un artista buenorro francés.

No obstante, he de admitir que su técnica estaba funcionando. Me moría por tocarlo. Por todas partes. Y, sobre todo, por tocar su pelo, esas largas ondas rojizas y doradas que caían de forma perfecta sobre sus hombros. Esa constitución alta y musculosa que se estrechaba en la cintura hizo que babeara por segundo día consecutivo. Por desgracia para mí, Alec era totalmente adicto al trabajo. Cuando terminamos en el loft y volvimos a casa, cenamos pizza, y él bajó de nuevo para trabajar en la imagen que había hecho ese día. Tardó tanto en volver que me fui a la cama sola... otra vez. Me irritaba el hecho de que ni siquiera hubiese intentado nada más conmigo después de aquel beso. Yo ya estaba preparada y dispuesta para dar el siguiente paso. Necesitaba arrancarme la tirita, por decirlo de alguna manera. Necesitaba dejar de pensar en Wes y en el llavero con la tabla de surf que contenía la llave de su casa y de su corazón.

Ese día, Alec no me estaba aguardando en la cocina. Bajé de nuevo de culo por la escalera, pensando que me lo encontraría despierto y preparando el desayuno como el día anterior. Pero no. Lo que encontré fue una nota escrita a mano con una masculina letra cursiva junto a la cafetera que decía:

Ma jolie:
Reúnete conmigo abajo cuando estés lista. Tenemos mucho trabajo.

A.

Me comí un plátano, me tomé un café y me dirigí hacia el ascensor ayudándome de las muletas. Esta vez, en el loft había mucha más gente que el día anterior. Una vez más, varios hombres de negro corrían de un lado a otro haciendo esto y aquello mientras sacaban fotos, seguramente esas aburridas instantáneas de prueba. Me alegré de que Alec me hiciese él mismo esas fotografías de prueba. Al menos, así tenía a alguien con quien hablar. Los hombres de negro tenían un problema con el hecho de que las modelos hablasen. Cada dos por tres los oía sisear para pedir silencio o decir «quieta» o «no hables» desde cualquier parte de la sala. Aunque era todo muy extraño, me resultaba bastante interesante ver cómo trabajaba un artista de fama mundial; ver cómo perfeccionaba su arte mientras sus ayudantes se encargaban de la parte menos glamurosa.

—Vaya, por fin has llegado —refunfuñó uno de los hombres al verme.

Me agarró del brazo y tiró de mí para que fuera más rápido de lo que las muletas me permitían avanzar.

Por tratar de seguirle el ritmo, la goma de una de las muletas tropezó contra un cable que había en el suelo, de tal manera que me incliné hacia adelante y por poco no tuve que apoyar todo mi peso sobre el tobillo torcido. Me tambaleé de mala manera, pero evité caerme gracias a las muletas. Aquello fue el colmo. Cabreada como una mona, me solté el brazo de un tirón.

—Oye, tío, como no dejes de tirarme del brazo como si fuera un perro, te meto una muleta por el culo. —Le planté la muleta en la cara y la sacudí—. ¡Apártate!

—*Que se passe-t-il?* —dijo una voz agitada detrás de nosotros.

Al volverme, vi a Alec con las manos en jarras y cara de pocos amigos. Tenía una expresión feroz, como la de un león a punto de abalanzarse sobre su presa.

—¿Qué significa esto? —dijo por fin en inglés.

—Señor Dubois, su modelo se lo está tomando con calma, y usted la esperaba hace una hora —respondió el hombre.

¿Hace una hora? ¡Venga ya! Si hubiese querido que me levantara temprano me habría dejado puesto un despertador, o tal vez habría encontrado un modo interesante de despertarme. No lo había hecho, así que no pensaba sentirme culpable por ello.

—*Imbécile* —murmuró lo suficientemente alto como para que ambos lo oyésemos, pero no tanto como para que lo oyese el público que se estaba congregando a nuestro alrededor—. ¿Es que no tienes ojos?

El hombre arrugó la nariz y echó la cabeza atrás extrañado.

—¿Que si tengo ojos? ¿Se refiere a si puedo ver?

—¿Es que también eres sordo?

Esta vez, el hombre se sintió ofendido.

—Oiga, señor Dubois, usted dijo que las modelos debían seguir las reglas, y que eso incluía ser puntual. Ella ha llegado tarde, muy tarde. Una hora entera. Sólo intentaba que se diera prisa...

—Basta. Tú —dijo señalando a aquel hombre insignificante— eres un idiota. ¿No ves que está lesionada y que no puede correr con las muletas?

—Sólo quería que...

—*Assez!* No. Cierra la boca antes de que caves un agujero tan profundo que nunca puedas volver a la superficie —lo amenazó Alec.

Luego se quedó mirando por toda la sala y levantó el brazo mientras examinaba el espacio.

—Bien, a todos los que estáis escuchando, y sé que lo estáis haciendo... —Unos cuantos intentaron apartar la mirada como si eso fuese a ocultar el hecho de que todo el mundo había estado prestando atención—. Esta mujer es Mia —dijo señalándome—. Es la musa para «Amor en lienzo». Debéis saber que para mí es tan valiosa como cualquiera de mis cuadros. Tratadla como tal. Y, ahora, volved al trabajo.

Dio un par de palmadas y vino en mi auxilio.

—¿Estás bien, *ma jolie*?

—Sí, es que me ha puesto de mala leche. Tiraba de mí con mucha fuerza y casi me caigo. Sólo ha sido un error.

—Uno que no volverá a cometer —me aseguró, y se inclinó para cogerme como una princesa otra vez—. ¿Cómo has dormido?

Ésa era mi oportunidad, así que la aproveché.

—Habría dormido mejor si hubiese tenido un cuerpo cálido a mi lado —respondí con descaro.

Detuvo sus pasos y permaneció quieto mirándome a los ojos. Sus iris leonados se tornaron más oscuros y sus pupilas se dilataron.

—¿Ah, sí?

—Yo nunca miento —dije, cosa que no era del todo cierta.

Mentía todo el tiempo, siempre que me convenía o que me metía en un lío. Y, aunque en ese caso me convenía, ésta no era una de esas veces.

Alec sonrió.

—Me cuesta creerlo, *ma jolie*.

Me llevó hasta el mismo lugar en el que habíamos estado trabajando el día anterior y me sentó en la silla que había utilizado como soporte.

—Créeme, gabacho —le susurré al oído antes de que me soltara, y después lo besé dulcemente en la mejilla para recordarle el acalorado beso que nos habíamos dado dos

días antes.

—Pues tendremos que modificar nuestra manera de dormir cuanto antes. No quiero que te sientas abandonada.

—Eso sería una tragedia —dije con una amplia sonrisa.

Me guiñó el ojo en respuesta. Después se volvió y cogió de nuevo el bote de pintura y un pincel pequeño.

—¿Vas a volver a pintarme los labios?

Se me acercó y levantó la barbilla para indicarme en silencio que mirara detrás de mí. Me volví hacia un lado en la silla con cuidado de no hacerme daño en el pie, y entonces lo vi. O, mejor dicho, me vi. Por partida doble. Una era una imagen mía pintada en blanco y negro. La otra, una combinación de fotografía en una parte del lienzo y la otra mitad estaba en blanco. Los labios rojos eran el único punto de color de la foto. La primera imagen pintada era muy realista, incluso más que la de la fotografía del otro lienzo. Me levanté y me acerqué al cuadro a la pata coja. Las pinceladas eran minúsculas, y casi duplicaban a la perfección la imagen fotográfica. Incluso se veía la lágrima que descendía por mi rostro. La tristeza de mis ojos, la postura y los hombros caídos mostraban a una mujer atormentada. Triste... pero hermosa. Un momento atrapado en el tiempo.

—Es... No puedo creerlo... ¿Cómo? —susurré, y levanté una mano para tocar la pintura.

Antes de que llegase a hacerlo, Alec me agarró de la muñeca y me la apartó con suavidad.

—No se toca. Todavía está húmeda. He estado trabajando en ella toda la noche.

Abrí los ojos como platos y exclamé:

—¡Lo siento mucho! No lo sabía. Qué tonta soy. Me refiero a que debería haberlo imaginado, tiene lógica. Lo siento.

Fruncí el ceño con pesar.

Alec alargó la mano y acarició un mechón de mi cabello, frotándolo con los dedos. Después recorrió con uno de ellos mi sien, mi mejilla y un lado de mi barbilla. Se me puso el vello de los brazos de punta y me estremecí.

—¿Tienes frío? —preguntó con una media sonrisa.

Sabía el efecto que causaba en mí; cómo sus caricias encendían algo en mi interior.

—No. —Me lamí los labios y lo miré con descaro, deseando que se inclinase hacia adelante y posase sus labios sobre los míos, sobre todo mi cuerpo.

—Bien, entonces, empecemos.

Me peinó el pelo con los dedos y me lo colocó por encima del hombro. Después repitió el movimiento en el otro lado. No era lo que esperaba que hiciera, pero era agradable.

—Siéntate, voy a pintarte los labios.

Gruñí con frustración, pero me dirigí a la silla a la pata coja, me dejé caer y puse los ojos en blanco antes de que llegara y se arrodillara delante de mí.

—¿Piensas alguna vez en algo que no sea el trabajo?

—¿Te refieres al hecho de que quiero besarte hasta dejarte sin aliento? ¿O a que, si pudiera, te quitaría la camiseta y lamería tus puntas rosadas hasta que me suplicases que te hiciera el amor?

—¿Hacerme el amor? —dije entre risas, aunque sus palabras me habían puesto tremendamente cachonda; eran... ardientes... y me ponían... muchísimo.

—Por supuesto, *chérie*. Los franceses hacen el amor. Hay muchas maneras de hacer el amor. Fuerte. Rápido. Lento. Pausado. Y pienso ponerlas todas en práctica contigo, y durante muchas muchas horas. Pero ahora no. Ahora hay que trabajar. Ya jugaremos después.

Asentí, incapaz de decir ni una palabra. Me preguntaba qué entendería él por «jugar». Lo que tenía bastante claro era qué clase de juego esperaba yo que fuera.

Alec me pintó los labios lentamente con aquella pintura viscosa de color rojo cereza. Cuando hubo terminado, me levantó de la silla y me llevó hasta el cuadro que había pintado con mi imagen.

—Ésta es la parte complicada. Quiero que pongas los labios sobre los del cuadro, exactamente en el mismo sitio que los que ya están pintados. Te guiaré lo mejor que pueda. Tú te acercarás y presionarás poco a poco con los labios para que la pintura se transfiera al cuadro.

Lo miré mal pero, al igual que el día anterior, no dije nada. Ese día, más que nunca, no quería que se estropeara la pintura de los labios. Me agarró de la cabeza y me colocó las manos a ambos lados de la pared alrededor del cuadro. Primero, me acerqué demasiado.

—Procura no tocar el cuadro en ninguna otra parte o tendré que volver a pintarlo —me advirtió, y sentí que me invadía el pánico.

Inspiré hondo por la nariz y expulsé el aire. Después me incliné supercerca del cuadro. Cuando llegué a donde creía que debía quedarme, me centró ligeramente sosteniéndome ambos lados de la cabeza y me la empujó con suavidad hacia adelante para que la aproximara.

Puse morritos, me besé a mí misma y me retiré. Él me ayudó a retroceder para que no perdiera el equilibrio y a volver a la silla. La imagen pintada en blanco y negro tenía ahora un perfecto par de labios rojos. Casi parecía como si los hubiese pintado él, pero al mismo tiempo se notaba que era un beso. No era perfecto, pero quedaba bien.

—Justo como lo había visualizado. No dejas de sorprenderme, Mia —dijo fascinado mientras observaba su obra maestra.

Cruzó los brazos, uno sobre el otro, por encima del pecho y se sostuvo la barbilla con la mano mientras observaba su cuadro.

—Si sigues mirándolo así, lo vas a desgastar —dije entre risitas.

Él volvió la cabeza despacio y me miró a los ojos.

—Este cuadro no se desgastará. Durará toda una vida en casa de alguien. Será un legado que pasará de generación en generación durante años.

Bueno, dicho así, supongo que era algo increíblemente fantástico.

El resto del día estuvo tomándome instantáneas otra vez. En esta ocasión, con el torso desnudo del todo, de cara al lienzo en blanco con media fotografía mía serigrafiada.

—No entiendo por qué tengo que estar desnuda para esto —dije tapándome el pecho con la mano.

Todas las chicas tenían la carne de gallina, y no creo que las fotos saliesen muy bien así. Llevaba el pelo suelto y alborotado una vez más, sólo que esta vez Alec hizo que alguien viniese y me lo revolviese de un modo profesional. Me eché a reír con tantas ganas que se marchó para comprobar cómo iban sus otros trabajos. En serio, sabía que estaba mosqueándolo. Seguramente no estaba acostumbrado a que sus musas le respondieran y se le rebelaran. De repente, me pregunté cuántas musas habría tenido antes que yo. Me jodía pensar que no era más que una de tantas.

—¿Habías contratado a una musa antes?

En realidad no quería saber la respuesta, pero no pude evitar preguntar.

Hizo una foto y le dijo algo en francés a uno de los ayudantes. Éste se puso de inmediato a ajustar los focos unos centímetros. Otra foto más.

—No, *ma jolie*. Tú eres la única —contestó al fin.

Y con eso me bastó. Me gustaba ser su única musa a sueldo. No estaba segura de que eso me hiciese mejor frente a las demás modelos pero, por mi propia estabilidad mental, fingí que sí.

—¿Para qué es lo que estamos haciendo ahora? —pregunté de cara a la parte en blanco del lienzo con la imagen por terminar.

—Voy a hacer que ames tu imagen, para que ese amor hacia ti misma se transmita al espectador.

Estoy segura de que entorné los ojos de manera poco atractiva ante su afirmación.

—¿Qué?

Alec exhaló con abatimiento.

—*Ma jolie*, necesito terminar con estas instantáneas para poder pintar, cenar contigo, hacerte el amor y pintar tu imagen en el lienzo. Hay mucho que hacer —dijo como un disco rayado.

Pero eso no fue lo que llegó a mi subconsciente, sino el modo en que confeccionaba una lista interminable de cosas que tenía que hacer, y cenar conmigo y «hacerme el amor» formaban parte de sus tareas programadas.

—Puedes borrar de la lista todo lo que me concierne a mí —respondí enfadada.

—Mia, tu estado de ánimo está afectando a tu imagen. Por favor, deja de pensar en tu frustración para conmigo y céntrate en el trabajo que tenemos entre manos.

Me volví echando humo, con las manos en la cadera, olvidándome de que tenía las tetas al aire delante de todo el mundo.

—No puedo —dije levantando la voz varias octavas y llamando todavía más la atención de los hombres de negro que trabajaban por la sala.

Me puse una mano sobre el pecho desnudo intentando mostrar un ápice de pudor.

—¡Ni siquiera sé qué quieres que haga! —exclamé con los dientes apretados.

Alec se acercó a mí y volvió a colocarme en la posición adecuada frente al lienzo. Se inclinó, me apartó el pelo del hombro y del cuello y me los acarició con la nariz.

—*Ma jolie*, lo siento, no pretendía enfadarte. Estamos todos muy tensos. Vamos a concentrarnos juntos y ya hablaremos después, *oui*? —dijo con ese tono tranquilo que, después de tan sólo un par de días, parecía funcionar de maravilla a la hora de calmarme y de centrar mi atención al mismo tiempo.

Sin apenas ejercer presión, me besó en la parte superior del hombro. Aquello parecía una promesa; una promesa que me encargaría personalmente de que cumpliese más tarde.

—Ahora pon la mano aquí. —Me levantó el brazo derecho por la pared—. Y pon el otro en la parte inferior del lienzo, sobre el corazón de tu imagen. —Coloqué la mano con delicadeza en el lienzo.

Aunque era una serigrafía, no quería fastidiarla. Alec volvió a su cámara.

—Bien, Mia, por favor, mira hacia tu imagen. Piensa en un momento en el que te sintieras querida, bonita, a gusto contigo misma.

Al instante, mi mente se trasladó a mi tierna infancia, antes de que mi madre nos abandonara. Los cuatro formábamos una familia feliz. Acababan de darme el papel protagonista en la obra infantil del condado. Incluso mamá se había alegrado por mí. Normalmente estaba ocupada pensando en sus propios deseos y logros, pero aquel día no era así. Aquel día me dio un beso y un abrazo y me dijo que estaba orgullosa de mí y que siempre me querría. Después, mi padre me cogió en brazos y me estrechó contra su pecho. Me susurró al oído que siempre había sabido que tenía algo especial, algo que ninguna otra niña tenía. Y, en ese momento, segura en los brazos de mi padre y con el amor de mi madre, lo creí. Fue el mejor día de mi vida.

La cámara no paraba de chasquear. El recuerdo continuó. Al día siguiente, mi madre se marchó para no volver jamás. Nunca llegué a actuar en aquella obra. Durante mucho

tiempo sentí que se había ido por mi culpa. Porque había hecho algo muy bien y había captado toda la atención de mi padre, algo que ella reclamaba todo el tiempo, incluso cuando yo sólo tenía diez años. Ahora que soy adulta sé que no fue así. Bueno, no del todo.

Levanté la vista hacia la Mia de veinticuatro años con rostro lloroso de la imagen y la compadecí. Durante sólo un segundo, me permití autocompadecerme por el modo en que me había criado, por las decisiones que había tomado mi familia y por cómo había decidido vivir mi vida más adelante, por cómo estaba viviéndola ahora. Ya no veía una imagen bonita. Veía a una chica triste que había perdido algo muy preciado, algo hermoso.

Sin preguntarle a Alec si habíamos terminado o si había conseguido lo que buscaba, me puse el sujetador y la camiseta, cojeé hasta las muletas y me marché. El muro que rodeaba mi corazón empezaba a resquebrajarse. Un golpe más y acabaría derrumbándose y convirtiéndose en un montón de escombros.

—¡Mia! —gritó él, pero no me detuve.

Le dije adiós levantando la mano por encima de la cabeza. Era tarde y había sido un día muy largo. No podía culparme por necesitar un descanso.

Subí a la casa, me dirigí a la cocina y encontré una botella de vino abierta y una copa. Me serví una buena cantidad de aquel líquido carmesí, bebí un largo trago y dejé que las lágrimas se desbordasen por mis mejillas.

Justo en ese momento, Alec regresó. Se reunió conmigo, sacó otra copa y se sirvió vino. Después se apoyó contra la encimera y me observó mientras yo intentaba serenarme y fingía que no había estado llorando a gritos como un bebé.

—¿Por qué no te quieres? —Su pregunta golpeó mi muro como un mazo y dejó un inmenso agujero en él.

4

—Sí que me quiero. —Las palabras salieron a borbotones de mis labios como si fueran de ácido.

Alec me miró. Yo estaba apoyada contra la isla de la cocina y acababa de servirme otra copa de vino tinto.

—¿Ah, sí? Pues nadie lo diría —respondió a la ligera antes de beber un gran trago de vino.

—¿Crees que me conoces? ¿Después de sólo unos días juntos? —dije con los dientes apretados, y fruncí el ceño.

Él apretó los labios y me miró. Su mirada lo decía todo: frustración, testarudez y algo más.

—Creo que te conozco mejor que tú a ti misma, o al menos mejor de lo que quieres admitir. —Se acercó y posó la mano sobre mi mejilla.

Se la aparté y retrocedí a la pata coja para proteger mi tobillo.

—¿En serio? ¿Te crees que por ser un «artista» tienes alguna especie de habilidad especial para saber lo que se esconde en el interior de las personas? Pues, en ese caso, tu magia se ha agotado, franchute, ¡porque la última persona a la que quiero tener cerca ahora mismo eres tú! —Dejé la copa de golpe sobre la encimera y el vino se derramó por ambos lados—. ¡Mierda!

Me acerqué dando saltos hasta el papel de cocina y empecé a tirar de éste con frenesí, pero cogí demasiado para limpiar el poco líquido que se había vertido.

—Permíteme.

Alec intentó quitarme el montón de papel, pero volví a apartarlo de un manotazo.

—Yo lo haré. Me he pasado casi toda la vida limpiando la mierda de todo el mundo. Puedo recoger un poco de vino.

Me sorbí la nariz para contener las putas emociones que amenazaban con desbordarse. No pensaba desmoronarme delante de él. Me vería como una persona

débil e inútil.

Se incorporó y levantó las dos manos con las palmas hacia mí.

—Vale, vale, *je suis désolé*. Lo siento —tradujo para que lo entendiera.

Sabía que me estaba comportando como una cerda. No era culpa suya. Él no había hecho nada para que lo tratase de esa manera.

Cuando terminé de limpiar aquel desastre, me ofreció una botella recién abierta de vino. Me serví más en la copa.

—Habla conmigo, *ma jolie*. Estoy aquí. Quiero estar aquí para ti —dijo con suavidad.

Lo miré a los ojos y vi que lo decía de verdad. No había compasión en su tono ni en su mirada. Sólo preocupación.

—Alec, lo siento. Es que... hoy, durante la sesión de fotos, cuando me has pedido que pensara en un momento feliz, me ha venido a la memoria un momento maravilloso. Pero ha venido acompañado de otro muy doloroso. Eran recuerdos de una época de mi vida que aún no he podido superar. Eso es todo. Tú no tienes la culpa de nada.

Me incliné hacia él, rodeé su cuerpo con los brazos y apoyé la cabeza en su cálido pecho.

Me quedé así un rato, oliendo su fresco aroma amaderado. Él me abrazaba con fuerza y deslizaba una mano por mi espalda, consolándome como sólo un hombre de su tamaño podría hacerlo.

—Tengo la sensación de que has pasado una buena parte de tu vida cuidando de los demás, *oui*?

En lugar de responder, me limité a asentir contra su pecho sin querer mirarlo a los ojos. Él inspiró profundamente y me estrechó con más fuerza.

—Pues ahora, *ma jolie*, ha llegado el momento de que cuides de ti misma, *oui*?

Una vez más, asentí desde la seguridad de mi escondite.

—Yo te ayudaré. Este proyecto, «Amor en lienzo», te servirá de válvula de escape. Juntos, y para la vista del espectador, conseguiremos que encuentres la paz, y, a través del arte, te mostraré lo perfecta que eres —dijo, y me apartó cogiéndome de los hombros.

Con una mano, me limpié las lágrimas. No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que miré sus preciosos ojos. Parecían tan serenos, amarillos, con unas cálidas y alegres motas marrones. No podía apartar la vista, no quería hacerlo.

—Éste será mi mejor trabajo hasta la fecha y, a través de él, encontrarás una pieza de lo que necesitas para pasar página. —Sonrió ampliamente y se inclinó hacia adelante.

Y, por fin, Alec me besó como había deseado que me besara desde el primer momento en que lo había visto en persona.

Fue un beso profundo.

Húmedo.

Largo.

Sus labios se amoldaron a los míos. Se inclinó hacia adelante y pegó su figura contra la mía, hasta que quedé atrapada entre su cuerpo y la encimera, con sus brazos a ambos lados. Levanté las manos y empecé a palpar su estómago. Toqué sus abdominales perfectamente esculpidos. Cada uno de sus músculos constituía una carretera que quería recorrer con la lengua. Sentí sus pectorales, duros como piedras, bajo la fina tela de su camiseta. Cuando llegué a su cuello, continué ascendiendo unos cuantos centímetros más y dejé que mis dedos se deleitaran en la sedosidad de su cabello. Se lo había soltado en algún momento, cosa que me llenaba de dicha. Ladeó mi cabeza para poder besarme con más profundidad y entonces sus manos entraron en acción. Me gustaba su manera de jugar.

Alec me acariciaba como si estuviera pintando sobre un lienzo, con suaves pinceladas aquí y otras más intensas allá. Pero todas tenían el propósito de seducirme. Quería sentir sus manos por todo mi cuerpo, sin la ropa de por medio. El pie empezaba a dolerme de intentar apoyarlo en el suelo con el fin de ponerme de puntillas para llegar más alto y pegar más mi cuerpo al suyo. Frustrada, me aparté de golpe y sus labios se separaron de los míos con un sonido audible.

—¿Qué pasa? —preguntó, y pude sentir su respiración agitada contra mi rostro.

Sus ojos estaban cargados de preocupación, sin embargo lo cogí de las mejillas y acaricié su húmedo labio con el pulgar.

—El pie..., me duele. Necesito... tumbarme. ¿Vamos a la cama? —dije también sin aliento tras nuestro apasionado beso.

Sonrió ampliamente, me plantó las manos en el culo y me levantó. Sin perder un minuto, rodeé su esbelta cintura con las piernas.

—Será un placer, *ma jolie*.

Me llevó hasta la escalera y la subió despacio, tratándome como si fuese una valiosa carga y regalándome suaves besos en el cuello en el proceso. Cuando llegamos a la cama, me sostuvo con fuerza, apoyó una rodilla sobre el colchón y se inclinó hacia abajo sin soltarme ni por un segundo. Sólo de imaginarme su fuerza y su potencia sobre mí sentí que me invadía una espiral de deseo.

Una vez tendida sobre la cama, deslicé las manos bajo su camiseta para tocar su piel. Tiré de ella con torpeza, y él se incorporó, se la quitó por la cabeza y la lanzó tras de sí. Después se desabrochó los pocos botones que tenían sus vaqueros y se los dejó abiertos, revelando su piel desnuda, una suave mata de vello púbico cobrizo y una parte de su polla tiesa. El franchute no llevaba calzoncillos. Fascinante.

—¿Vas en plan comando? —dije sonriendo de oreja a oreja.

Frunció el ceño y arrugó la nariz extrañado.

—*Quoi*? —dijo, y sacudió la cabeza—. ¿Qué?

Puse las manos en su cintura y él se inclinó hacia arriba para que pudiese deslizarlas por detrás de sus pantalones y agarrarlo del culo. Cuando lo hice, gruñó de excitación y flexionó las caderas.

—Que no llevas ropa interior.

Alec sacó la lengua y se humedeció el labio inferior. Me quedé mirando ese labio como si en él estuviesen todas las respuestas del universo.

—*Oui*. No llevo *le caleçon*. Es incómodo e innecesario. Me impide llegar a lo que quiero más rápido. A ti, por ejemplo.

Entonces se puso a horcajadas encima de mí y recorrió mi cuello con los labios. Era muy agradable. Más que agradable. Me cogió los dos pechos por encima de la camiseta. Después se incorporó, sentado sobre sus piernas, y me la quitó. Me desabrochó y me sacó el sujetador en un abrir y cerrar de ojos. Recorrió mi torso desnudo con los dedos trazando delicados patrones. Cerré los ojos y dejé que siguiera tocándome así. Nunca me habían tocado de esa manera, casi con reverencia, como si fuese especial y mi cuerpo fuese algo tremendamente valioso.

—*Vous êtes de l'art* —susurró en francés mientras acariciaba mi pecho por los lados y mi caja torácica.

»*Vous êtes l'amour*. —Sus dedos rozaron la parte superior de cada uno de mis senos.

»*Vous êtes la beauté*. —Dibujó suaves círculos alrededor de mis pezones con los pulgares.

Sofoqué un grito y alcé mi cuerpo en dirección a su ligero tacto. Sus palabras, junto con sus dedos mágicos, me estaban poniendo a mil.

—¿Qué has dicho? —susurré entre jadeos.

Se inclinó hacia adelante y me besó por encima del corazón.

—He dicho que eres arte. —Después pasó a mis pechos y besó mis carnosos pezones. Inspiré hondo y contuve el aliento—. Eres amor —continuó, y procedió a lamerme en círculos ambas puntas, provocándome un inevitable gemido—. Eres belleza. —Pegó su boca a mi pecho y chupó con fuerza hasta que la aureola se erizó y los pezones se me pusieron duros como piedras.

Yo no me quedé quietecita. Arañé su espalda arriba y abajo y enrosqué los dedos en su pelo. Los mechones de sus largos rizos caían sobre mi cuerpo mientras descendía desde mi pecho hasta mi vientre. Con facilidad, me quitó los pantalones y las bragas de manera simultánea. Se colocó entre mis piernas y me levantó una en el aire. Me besó el empeine y ascendió por mi tobillo hasta la parte de atrás de mi rodilla, donde lamió y me dio pequeños bocaditos. No tenía ni idea de que la corva fuese una parte tan

erógena pero, joder, mi sexo lloraba reclamando atención, y eso que aún no me había tocado ahí. Alec repitió el mismo movimiento con el otro lado, sólo que tuvo especial cuidado de no estropear el vendaje que cubría mi tobillo herido. Cuando llegó a la parte trasera de mi rodilla, me estremecí notablemente.

—¿Tienes frío? —preguntó con una sonrisa.

Sabía que no, pero, como antes, le gustaba jugar conmigo. Debía admitir que la anticipación de pensar en qué iba a hacerme a continuación se había convertido en parte de la experiencia, y me encantaba.

Negué con la cabeza mientras él volvía a bajar mi pierna y la colocaba sobre la cama. Posó las manos sobre mis rodillas y me las separó.

—Quiero saborear tu belleza con la lengua. —Enarcó las cejas casi como si estuviera pidiéndome permiso.

Aguardó un largo momento sin apartar la mirada de la mía. De hecho, me estaba pidiendo permiso. Me lamí los labios y bajé la barbilla. Sus ojos se tornaron oscuros, cargados de intención. Como un jaguar, sus hombros se colocaron en posición y, justo cuando bajé la vista para contemplar su bonito cuerpo entre mis piernas, atacó a la velocidad del rayo. Pegó la boca a mi sexo y hundió la lengua en él.

—¡Joder! —exclamé con placer, y me aferré a su cabeza.

No realizaba movimientos lentos tal y como había esperado. La mayoría de los hombres empezaban despacio, tímidamente. Alec no. No, él devoraba mi sexo como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo. En mi interior, sentía su lengua moviéndose de manera deliciosa contra cada milímetro que alcanzaba. Pequeños calambres eléctricos se extendían desde mi sexo hasta el resto de mi cuerpo. El vello de su barba rozaba los labios y mi vulva por los lados al tiempo que él se empachaba de mí. Los sonidos que emitía eran salvajes; gruñía, rugía y murmuraba con frenesí mientras mi cuerpo se rebelaba contra su cara.

Alec añadió los dedos a la mezcla. Restregó el pulgar en mi detonador mientras su lengua sondeaba mi calor. Dejé caer las manos sobre la cama y me agarré a las sábanas con los puños mientras en la parte inferior de mi columna sentía el inicio de un orgasmo que se extendía por todo mi cuerpo como la hiedra que repta por una verja. Me invadió con su potencia, y hasta la superficie de mi piel vibró con la necesidad de hallar el alivio que ansiaba.

—Eres divina. Eres muy dulce, *ma jolie*. —Se lamió los dedos antes de metérmelos con las yemas hacia arriba y arrastrarlos hacia abajo—. Como el mejor champán. —Me lamió en el punto justo y grité. El orgasmo que me había generado estaba a punto de estallar—. Creo que nunca voy a tener suficiente. Voy a atiborrarme de tu dulzura hasta saborear tu néctar, *chérie*. —Sus palabras eran sumamente obscenas, pero eran justo lo que necesitaba para llegar al final—. Ah, eso es. —Siguió metiéndome los dedos hasta

el fondo y lamió mi detonador mientras todo mi cuerpo se tensaba de placer hasta alcanzar el nirvana.

Durante el clímax de mi orgasmo, sacó los dedos y lamió alrededor del pequeño asterisco de mi trasero, lo que provocó que me sacudiera y temblara. Después chupó mi hendidura, bebiendo de mí literalmente. Cuando terminó y mi orgasmo se extinguió, mantuvo mis piernas abiertas. Pensaba que iba a montarme y a meterme la polla. Al menos, eso era lo que esperaba que hiciera, tanto era así que estaba a punto de suplicárselo. Pero él tenía otros planes.

Mientras movía poco a poco la lengua por mi centro, colocó un dedo en el pequeño asterisco debajo de mi raja, meneó el dedo y presionó poco a poco hasta metérmelo un centímetro. Sofoqué un grito y bajé las caderas hacia la cama de golpe. No estaba segura de querer que invadiera ese oscuro lugar, pero no podía contener los temblores de emoción que me entraron mientras lo tocaba. Alec era muy observador. Se percató de mi respuesta y, cuando lo miré, sonrió y hundió los dientes en la carne de su precioso labio inferior. Quise hacer eso mismo. Frustrada en todos los sentidos, dejé caer la cabeza sobre la cama.

—Fóllame, Alec —le rogué, y me agarré a las sábanas una vez más.

—*Non, pas encore* —farfulló contra mi carne.

No sabía qué significaba eso, pero sí sabía que *encore* en inglés era un bis, y a eso me apuntaba de cabeza.

Esta vez lamió mi sexo con movimientos lentos y deliberados. Era como si estuviese aliviando mi carne, o memorizándola. Al cabo de un rato, empecé a impacientarme. Meneaba las caderas tanto de lado a lado como en círculos al tiempo que él me acariciaba con la lengua y las manos. Sin más preparación, deslizó dos dedos dentro de mí. Gemí. ¡Por fin! Sin embargo, antes de que me diera tiempo a disfrutar de la sensación de tener sus gruesos dedos justo donde quería tenerlos, los sacó. No durante tiempo. Sustituyó los dedos por la lengua y empezó a lamer mi interior. Después ascendió hasta mi punto caliente. Y, cuando me tocó ahí, sentí el inicio de otro magnífico orgasmo.

—Joder, sí...

Elevé las caderas y me aferré a su pelo para impedir que apartara el rostro de mí. No me decepcionó. Interpretó esa señal como una necesidad de que fuese más rápido y de que apretase más fuerte. Disfruté de cada segundo, y estaba tan sumida en la búsqueda de mi segunda culminación que no me di cuenta de que había colocado un dedo humedecido en ese lugar secreto que ningún hombre había tocado jamás hasta que fue demasiado tarde. Hundió el dedo en el asterisco, presionando al tiempo que chupaba mi detonador con frenesí. Intenté levantar las caderas, pero Alec me lo impidió y siguió follándome el culo con el dedo mientras yo me sacudía. Era diferente, ardiente,

y tan placentero que comencé a presionar contra él para que lo hiciera más fuerte y más rápido.

—*Très belle* —susurró, y me besó el clítoris.

Era tierno con mi sexo pero salvaje con mi trasero. Me metía el dedo con tanta fuerza que me movía hacia el otro extremo de la cama con cada asalto de su mano. Gocé con ello y dejé que me tomara por aquel lugar oscuro. Un lugar donde nadie había estado antes. Un lugar al que ni siquiera sabía que quisiera ir hasta que Alec me lo invadió. Mi gabacho.

Se incorporó y se apoyó sobre sus espinillas, pero siguió trabajándome con la mano. Entonces empezó a tocarme con la otra donde más lo necesitaba. Sofoqué un grito y cerré los ojos sabiendo que me estaba mirando.

—*Ouvrez les yeux* —dijo, y después lo tradujo—: Abre los ojos.

Obedecí. Sus pupilas estaban tan dilatadas que parecía que tenía los ojos negros. Su iris marrón leonado había desaparecido por completo.

—Me gusta verte. Así recordaré tu rostro en el momento más radiante de tu belleza interior.

Hundió los dedos a tanta profundidad que me quedé sin aliento, pero empecé a sacudir las caderas. Él siguió follándome el culo usando la mano con violencia y, cuando me pellizcó el clítoris con el pulgar y el índice de la otra, volé. Abandoné literalmente el plano en el que me encontraba. Mi cuerpo se abrió, libre como un pájaro, mientras Alec me daba mis alas.

En algún lugar de mi subconsciente, oí el sonido de un envoltorio que se rasgaba y percibí un olor a goma. Él apoyó las manos en mis hombros y entonces lo sentí ahí, hundiendo su miembro en mí. La tela de sus vaqueros me rozaba la parte interior de los muslos mientras me embestía hasta el fondo. Era como si el placer no fuese a acabar nunca. Ni siquiera me había recuperado del todo cuando hundió su gruesa erección en mí. Gruñó de placer contra mi pelo, y yo envolví su cuerpo con mis extremidades para mantenerlo cerca al tiempo que disfrutaba de la calidez de su piel mientras me la metía y me la sacaba.

—*Chaud, soyeux et parfait* —dijo antes de besarme plenamente.

Abrí la boca y dejé que me penetrara de todas las maneras posibles; me uní a él del modo en que me había apetecido hacerlo desde el momento en que había visto su fotografía. Tenía su verga larga y dura dentro de mí. No quería que parara jamás, pero deseaba que él llegara donde había llegado yo, que sintiera lo que él me había hecho sentir dos veces ya. De modo que, haciendo uso de todas mis fuerzas, conseguí que rodáramos y me coloqué encima de él. Entonces lo monté con ganas.

Inmediatamente, me agarró de las caderas y me ayudó a cabalgar sobre su enorme polla. Daba gusto verlo así. Los músculos de sus antebrazos sobresalían y se tensaban

con cada arremetida. Sobre la abultada autopista de sus abdominales había empezado a formarse una fina película de sudor. En un momento dado, me incliné para lamer y chupar el disco plano de su pezón.

—*Putain, oui* —dijo apretando los dientes con tanta fuerza que parecía que iba a estallarle la mandíbula.

Mordisqueé su pezón hasta que se tornó duro y oscuro. Entonces pasé al otro e hice lo mismo. Alec me clavó los dedos en las caderas para indicarme su necesidad de que lo cabalgara con más fuerza. Volví a incorporarme, me retiré el pelo hacia atrás y lo monté... intensamente. Cada vez que descendía me restregaba contra su pelvis, sintiendo así chispas de excitación en mi sexo, en los músculos internos, que usaba para exprimirlo con todas mis fuerzas.

Dijo algunas cosas en un rápido francés. No entendí nada. Se incorporó y se dio impulso con los pies hasta que llegó a la cabecera de la cama. Luego me inclinó hacia atrás y, agarrándome de las caderas, se masturbó con mi cuerpo. Volvió a farfullar frases en francés mientras contemplaba cómo penetraba mi cuerpo una y otra vez. Aunque quería que eso fuese para su disfrute, no podía evitar estar calentándome de nuevo. Comencé a tensarme, y él se dio cuenta. Acercó su boca y me chupó los pezones con fuerza, haciendo que se pusieran oscuros como frambuesas maduras, hasta que ya no pudo más.

Por fin, golpeó la cabecera con la coronilla y yo me agarré a la parte superior de ésta para ayudarme. Y en ese momento ambos estallamos y nos catapultamos a un mar de dulce inconsciencia. Los únicos sonidos que se oían eran los de nuestra respiración entrecortada mientras gritábamos unidos en un orgasmo mutuo, y mi sexo encerraba su miembro de un modo que jamás había creído posible. Alec me sostenía cerca de su cuerpo, todavía presionando con las caderas desde debajo de mí, deleitándose en las últimas sacudidas de placer. Permanecimos así, yo aferrada a su polla y sentada sobre su regazo, con las manos todavía en la cabecera. Él me acariciaba la espalda, los brazos y los muslos arriba y abajo, como si necesitara tocarme para creer que de verdad estaba allí. Lo entendía perfectamente. Cuando te dejas llevar de esa manera y el placer es tan extremo, necesitas algo repetitivo que te devuelva a la realidad.

Poco a poco, nuestros latidos se relajaron y deslicé los brazos por detrás de su espalda y lo abracé. Él tampoco me soltó, sino que prefirió tocarme y besarme allá donde pudiera. Era agradable, muy agradable, para ser sincera.

Por un momento, aquello me recordó a Wes. Al dulce, apuesto y realista Wes. El hombre, el único hombre del que creía que podía llegar a enamorarme de verdad. Inspiré hondo y evité que se me escaparan las lágrimas. No lo estaba engañando. No... lo... estaba... engañando. Aunque no paraba de repetírmelo, cierto sentimiento de culpa se negaba a abandonarme.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alec mientras me apartaba para poder verme los ojos.

Negué con la cabeza. No pensaba compartir esos pensamientos ni con él ni con nadie.

—Nada, sólo estoy aquí relajada contigo. —Le di un beso en la nariz y se la acaricié con la mía propia—. Deberíamos limpiarnos y ocuparnos del... —Bajé la vista, y Alec hizo lo mismo.

—Ah, el condón, sí, debería hacerlo.

Me apartó con cuidado y se levantó, tiró del preservativo y le hizo un nudo en el extremo abierto antes de envolverlo con un pañuelo de papel y echarlo a una papelera. Supongo que lo que menos le apetecía en esos momentos era bajar la escalera para ir al cuarto de baño, aunque eso era precisamente lo que yo necesitaba hacer. Me tumbé boca arriba y gruñí.

—¿Qué pasa?

—Necesito hacer pis —farfullé, y él se echó a reír.

En un visto y no visto, me levantó de la cama y me cogió en brazos como siempre. Bajó la escalera y me llevó al baño. Una vez delante de la taza del váter, me dejó en el suelo y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a preparar algo para picar, *oui*?

—*Oui* —respondí, y él soltó una risita antes de cerrar la puerta.

Hice mis necesidades lo más rápido que pude y, después, me puse el albornoz que había colgado detrás de la puerta. Era de un exuberante color bermellón intenso que quedaba de maravilla sobre mi piel desnuda. No quería ir brincando por ahí completamente desnuda.

Me dirigí a la cocina a la pata coja. Alec llevaba una bandeja con cosas en una mano y un par de copas de vino en la otra. Para alegría de mi vista, seguía llevando el culo al aire. El serpenteante tatuaje de su cuerpo me recordó las ganas que tenía de recorrerlo... con la lengua.

—*Un moment* —dijo, y subió corriendo la escalera hasta la habitación.

Al instante, la bajó corriendo de nuevo y vi cómo su polla se meneaba en el aire. Me reí por lo bajini mientras se acercaba a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, y una preciosa sonrisa adornaba su cara.

Cuando estaba contento, dejaba de ser el artista intenso y se transformaba en un franchute amigable. Aunque lo cierto era que los dos me gustaban por igual.

Una vez frente a mí, me cogió en brazos y me subió de nuevo por la escalera.

—Veo que has encontrado mi albornoz —dijo en un fingido tono severo.

Después dejó que me apoyara sobre el pie bueno y me desató el cinturón.

—Eso no es aceptable. Ya te he dicho, *ma jolie*, que me gusta ver tu cuerpo desnudo.

Dejé que me quitara el albornoz, gateé por la cama y me puse cómoda. Colocó la bandeja delante de nosotros y me pasó una copa de vino. Sentí cómo el intenso sabor a frutos rojos descendía por mi garganta y se asentaba de manera agradable en mi estómago. En la bandeja que había traído había un poco de salami, pequeños dados de queso *cheddar*, uvas y un puñado de fresas.

Mientras contemplaba mis opciones, empezaron a rugirme las tripas, y cogí un trozo de queso. Casaba bien con el vino.

—Gracias —dije, y me cubrí con la sábana hasta el pecho.

—¿Por qué?

Cogí una fresa y me la acerqué a la boca.

—Por esto, por esta noche, por pintarme, por compartir tu trabajo conmigo. Es un honor estar aquí contigo.

Acercó una de sus manos y la posó sobre mi mejilla.

—Tú eres mi musa, Mia. Estas aquí porque tenías que estar.

5

Después de comer retozamos un poco más. Nos besamos, nos acariciamos y nos conocimos un poco mejor el uno al otro. Tras un beso profundo, apoyé la cabeza en su pecho y le abracé.

—¿Te das cuenta de que apenas has dicho nada en inglés mientras follábamos?

El cuerpo de Alec se tensó antes de responder.

—Yo no follo, *chérie*. Ya te lo he dicho: yo te hago el amor a ti, a tu cuerpo. —Lo dijo muy serio y no comprendí por qué—. Y hablo en francés porque me pones tanto que me pierdo en ti, en la sensualidad de tu cuerpo.

Le regalé mi sonrisa más descarada. Luego sopesé un instante las diferencias entre follar y hacer el amor.

—Pero ¿no se complica eso de hacer el amor? ¿No acaba todo el mundo por enamorarse?

Me estrechó con fuerza, deslizó una mano por mi bíceps y lo estrechó.

—Eso espero.

—Un momento: ¿quieres que me enamore de ti? —Me alejé de su pecho y lo miré a los ojos. Eran preciosos.

—Por supuesto. ¿Tú no? —Su rostro mostró perplejidad.

Negué con la cabeza, dejando que mi melena siguiera el movimiento con fuerza.

—No, ni un poquito. Quiero pasarlo bien contigo. Después estaré con otro cliente con el que tal vez mantenga relaciones sexuales.

—Igual que yo. —Parecía muy confuso, cosa que decía mucho de él, porque estaba segura de que me estaba metiendo en la boca del lobo.

Me aparté el pelo de la cara hacia atrás.

—Vale, a ver si lo entiendo. Quieres que me enamore de ti aunque sabes que luego me iré y que estaré con otro. ¿Hasta ahí, bien? —Asintió y sonrió con inocencia—. Y tú vas a enamorarte de mí, pese a que, cuando me vaya, disfrutarás de un sexo increíble

con otra chica.

—¿De un sexo increíble? —Sonrió.

«Será cabrón. Todos los hombres piensan con la polla, lo juro.» Acababa de demostrármelo. Lo golpeé en el pecho.

—Presta atención.

—No puedo prestar atención cuando me hablas de amor y de sexo, dos cosas que siempre me ha parecido que casan a la perfección, tengo que añadir. Deberíamos juntarlas ahora mismo.

Atrajo mi cuerpo hacia el suyo. Ya la tenía dura. Dudé un segundo. ¿Empalmado otra vez? La leche... Sí que era viril ese hombre. Me cogió del culo y pegó sus caderas a las mías.

—¿Hemos terminado de hablar, *ma jolie*? Quiero hacerte el amor otra vez.

—¡No! —Me senté a horcajadas sobre sus caderas y me crucé de brazos—. Esto no tiene sentido. Sigo sin entenderte.

Entornó los ojos.

—¿Qué hay que entender? Te hago el amor. Me enamoro un poco más de ti cada día.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, sigamos con eso. Te enamoras un poco más de mí cada día, ¿y me dejas marchar tan contento?

—Si te apetece quedarte, seré cortés —dijo inexpresivo.

«¡Aaaahhhh!»

—¿Serás cortés? Yo a ti no te entiendo. —Mi mano voló por los aires como una loca espantando moscas invisibles.

Me atrajo contra su pecho y rodamos hasta que se colocó encima de mí. Con una rodilla me apartó de golpe la pierna buena y me clavó las caderas. Su tremenda erección se restregó prometedora contra mi piel húmeda. Respiré hondo intentando que no me afectara. No funcionó.

Me besó con ternura.

—Permíteme que te haga entenderlo, *oui*?

—¡Por favor!

—Los franceses hacen el amor. Yo hago el amor. He de sentir algo, una cosa por ti para poder hacerte el amor de verdad, *oui*?

—*Oui* —repetí.

Tenía sentido. La parte esa de los dos enamorándonos como tortolitos y luego dejándonos no tenía pies ni cabeza. De hecho, por eso precisamente se me había hecho tan duro dejar a Wes. Por mucho que me negara a admitirlo, sentía algo por él, y ahora el francesito este quería que me prendara de él, que me enamorara, cosa que no me apetecía en absoluto hacer.

Empezó a hablar de nuevo.

—Por tanto, he de amarte un poquito para querer estar así contigo. No obstante, puedo amarte y a la vez dejarte en libertad. Sin embargo, siempre llevarás mi amor contigo al partir. Siempre. Esa parte de mi amor será tuya mientras vivas.

He de admitir que lo que decía era muy bonito. Esa forma de pensar sobre el sexo y hacer el amor, cómo lo vinculaba a la mujer y a la relación que tenía con cada una de ellas.

—Entonces, vamos a amarnos para siempre, sólo que no vamos a atarnos el uno al otro como hacen los matrimonios o las parejas —recalqué.

—*Oui*. Exactamente, *ma jolie*! Lo has entendido. Yo me comprometo a amarte por completo durante el tiempo que pasemos juntos y eso permanecerá contigo. Y yo me llevaré tu amor por mí. Así, los dos sabremos que nuestro tiempo juntos se basó en la confianza, el amor y la amistad. —Hizo una pausa y me besó con dulzura—. No hace falta nada más en la vida.

Se me humedecieron los ojos y una lágrima rodó por mi mejilla. ¡Qué gran verdad acababa de decir! Alec la enjugó.

—¿Ahora ya puedo amarte? —Eran palabras sencillas que se clavaban muy adentro.

—Sí, Alec. Me gustaría mucho que me amaras —dije a través del nudo que se había formado en mi garganta.

Y eso fue lo que hizo: me amó toda la noche o, al menos, hasta que me quedé dormida. Era justo lo que necesitaba después de lo ocurrido en el loft y lo culpable que me sentía por Wes.

Alec y yo habíamos acordado amarnos como amigos, tratarnos con respeto. Íbamos a disfrutar de nuestros cuerpos y de nuestras mentes mientras yo estuviera allí y, cuando me fuera, se acabaría todo. Seguiríamos queriéndonos y tendríamos un amor que sería sólo nuestro y que podríamos guardar en una caja en la memoria y recordarlo si nos hacía falta. Había algo dolorosamente perfecto en eso. Justo entonces me prometí que no intentaría evitar encariñarme con mis clientes. Iba a permitirme quererlos a mi manera, sólo que no iba a ser en plan «te quiero y te querré siempre». «Siempre» era sagrado, algo que se presentaría en el momento adecuado, con la persona adecuada.

Pensé de nuevo en Wes y en lo mucho que lo echaba de menos. La situación con Alec me había dado una perspectiva nueva sobre mi relación con Wes. Me había enseñado que había pasado todo el mes que estuve con Wes intentando no amarlo, protegiéndonos a mí y a mi corazón para no sentir nada de eso. Sólo que no había funcionado porque amaba a Wes. A mi manera. Y creo que él también me amaba. Aunque con él no estaba segura de que no fuera un amor para siempre. Esa idea confirmó por qué había sido importante para mí marcharme cuando lo hice. Puedo decir

con seguridad que los dos fuimos honestos el uno con el otro, nos quisimos mucho, y que si estaba escrito que fuera un amor para siempre, teníamos tiempo para cultivarlo. «Si está escrito, que lo sea.» Hasta entonces, disfrutaría de mi francesito y de todas las experiencias que viviría mientras estuviera allí y durante lo que quedaba de mi año como escort.

Al día siguiente, cuando bajé al loft, volví a encontrarlo en silencio. Empezaba a observar un patrón. Un día hacía fotos y, al siguiente, cuando pintaba, prescindía de sus empleados para poder trabajar solo. Al adentrarme en el loft oí una música de una belleza fascinante. La voz cantarina y las intensas notas de piano resonaban en las paredes mientras las tenues palabras de una mujer se entrelazaban con los acordes del piano. Casi susurraba pese a seguir cantando. Era perturbadora de tan hermosa. Luego las cuerdas se sumaron a la ecuación. Cerré los ojos para que penetrara en mi corazón y en mi alma. Para recordar el momento por lo que era. Elegante, vulnerable, todo cuanto necesitaba.

Clic.

Abrí los ojos sobresaltada y vi a Alec delante de mí con una cámara en la mano.

—No he podido evitarlo —se disculpó—. Estabas demasiado bonita bañada por la luz de la elegancia. Tenía que capturarlo.

Incliné la cabeza y sonreí.

—¿Ya has terminado? —pregunté con un toque de sarcasmo.

—¿Y tú? —Enarcó una ceja. Como siempre, el francesito intentaba darme una lección.

Respiré hondo y miré el suelo. Mejor dejarlo ahí.

—Ven, hay mucho que hacer. —Alec giró sobre sus talones y echó a andar hacia nuestro lugar en el loft.

Me acerqué y me coloqué en mi sitio. Abrí la boca del todo al contemplar mi imagen una vez más, sólo que esta vez en un lienzo alargado. En una mitad estaba mi cara serigrafiada y, en la otra, pintada por él. Debía de haberse levantado en plena noche, después de que yo me quedara dormida tras el final del segundo asalto de su «amor».

—¿Cómo...? —Fui incapaz de decir nada más mientras me veía en el lienzo.

Ahí estaba yo, mirando la imagen que había fotografiado el día anterior. Con la mano extendida, la frente cerca de la pintura, sólo que había pintado mi mano tocando el corazón en el lado de la fotografía. El modo en que combinaba medios era único, nunca había visto nada parecido. Por eso era un artista de renombre mundial y la gente pagaba obscenidades por su obra. Y yo era parte de ella, una gran parte. Su musa.

—No necesito dormir mucho —explicó—. Tu cuerpo me inspiró y tenía que pintarlo.

—¿Me estás diciendo que nos acostamos y te gustó tanto que bajaste y pintaste esto?

—*Oui*. Tu cuerpo desnudo. Hacerte el amor me dio energía. Necesitaba crear esta imagen tan bella para que el mundo pudiera admirarla. Lo ves ahora, *oui*?

Me quedé mirando fijamente el cuadro en blanco y negro. Mis pechos desnudos sólo se adivinaban. También podía ver la felicidad en mi cuerpo mientras tocaba el corazón triste de la foto del día anterior. Era como si mi yo feliz estuviera consolando a mi yo triste. Un escalofrío me recorrió la espalda y los brazos.

Una vez más, llenó una salsera de pintura pringosa; luego se acercó a mí, brocha en mano. Procedió a pintarme los labios mientras yo contemplaba el cuadro en silencio. Me mantuvo cautivada, como si una mano me agarrase el corazón, que me latía con fuerza. Las lágrimas me caían por las mejillas. La música cambió. Las notas eran fuertes y envolventes en su tristeza, primero agudas y luego graves. Atronaban los trombones y las trompetas. Alec me cogió de la mano, me levantó en brazos y me llevó hacia el cuadro. Esta vez no hizo que besara los labios.

—Dale un beso —dijo señalando la mano sobre el corazón de la segunda imagen.

Me incliné hacia adelante y besé el lienzo. La huella perfecta de unos labios rojos brillaba en la mano pintada. A continuación, me aplicó más pintura en los labios.

Señaló el codo y lo besé. Más pintura. El hombro, la espalda de la imagen. Más pintura. Pasó un buen rato retocándome la pintura y haciendo que besara una porción expuesta de mi cuerpo en su cuadro. Seguimos así hasta que había labios rojos por toda la parte pintada del lienzo. Era raro, no estropeaba su arte, sino que añadía un elemento totalmente distinto. Las huellas de los besos eran brillantes, duras contra el blanco y negro del lienzo y de su dibujo.

Cuando hubo terminado, me ayudó a volver a mi asiento. Me limpió los labios de forma metódica con toallitas de bebé para eliminar los restos de pintura. Luego me dio un poco de agua y de bálsamo labial. Era innegable que había pensado en todo.

Cruzó la habitación y me dejó con la música y con el cuadro. Me quedé mirando mi imagen. La que había hecho el primer día estaba colgada a la izquierda, con los labios rojos y la lágrima rodando por mi mejilla. Era deslumbrante por su tristeza. La foto de la derecha era la misma imagen fotografiada, pero me había añadido a mí mirándola de frente, con la mano en el corazón, sólo que había huellas de besos cada pocos centímetros.

La luz que lo iluminaba brillaba con fuerza y parecía comenzar en medio de las imágenes y estallar, acentuando la profundidad del blanco y del negro junto con la textura de la pintura roja, resaltándolos como si estuvieran en 3D.

—¿Ya sabes lo que significa? —preguntó Alec mientras contemplaba el cuadro.

Me quedé mirándolo un buen rato, observando cómo apreciaba lo que había creado. Él sí que debería haber sido el sujeto de la obra de arte. Era muy grande, fuerte y masculino. El pelo, que llevaba recogido en un pequeño moño en la nuca, brillaba como si fuera de oro. La barba y el bigote emitían un leve sonido metálico cuando se los peinaba con los nudillos.

—¿Lo sabes ya, *ma jolie*?

Negué con la cabeza y me concentré en el cuadro.

—Puedo ver que es bonito y que me conmueve en cierto modo.

Su mirada se clavó en la mía.

—¿Te conmueve?

—Sí. —Suspiré centrándome en la primera imagen—. En ésta parezco triste, pero es más que eso. Una devastación silenciosa. La pena es tan profunda en los ojos que has pintado que me hace pensar que nunca seré feliz. Que ella nunca será feliz. —Intenté sacarme de la imagen, pero era difícil. Tenía la impresión de que era lo último que él quería que hiciera.

Asintió.

—Sí, cuando te capturé, me dolió. Por eso supe que era la correcta. El arte debería hacerte sentir. Bueno, malo, felicidad, pena, amor, odio, frío, calor... Todo lo que vemos se correlaciona con un sentimiento en nuestro interior. Éste, en concreto, te ha conmovido como debía hacerlo.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a querer que alguien sintiera una pena y un dolor tan profundos que tal vez nunca se recuperase?

Sostuvo mi mirada.

—Porque es lo que quiero que el espectador vea. Este cuadro se titula *No hay amor para mí*.

Sus palabras me atravesaron el corazón como una flecha. Las lágrimas corrían por mis mejillas.

—¿Y el otro? —pregunté, aunque temía oír la respuesta.

—¿Qué te hace sentir?

Repasé la imagen fotográfica de mi triste persona y aparté la vista rápidamente.

—Vergüenza.

Apretó la mandíbula y él asintió. Volví a contemplar la imagen en la que sostenía la mano junto al corazón de la Mia triste.

—Esperanza.

Volvió a mirarme y a esperar. Examiné las huellas rojas de labios por toda la Mia que se acercaba a la imagen triste.

—Amor. —Me encogí de hombros.

Alec se volvió, se acercó a mí y se arrodilló. Me cogió la cara entre las manos y me

besó con ternura. Podía notar el sabor del café que se había tomado y algo más oscuro, algo que era sólo suyo.

—Ves lo que quiero que veas. Vergüenza, esperanza y amor. —Tenía los ojos brillantes y la expresión relajada mientras parecía querer memorizar mi cara.

—Pero ¿por qué? Son cosas difíciles de captar. No sólo eso, sino que a menudo son cosas que destrozan a la gente.

—A veces el arte tiene ese efecto. Depende de quien lo mira. Lo que tú ves y lo que veo yo tal vez no sea lo mismo, como debe ser.

—¿Le has puesto título?

Bajó la barbilla para asentir.

—¿Cómo lo has titulado?

—Justo lo que quiero que el espectador sienta.

Tragué saliva muy despacio, esperando a que acabara. No lo hizo.

—¿Y bien?

Recorrió el contorno de mi cara con los dedos, desde la sien hasta mis labios. Observó el recorrido con reverencia, mientras su dedo se deslizaba por mis facciones.

—*Amarse a uno mismo.*

6

Durante la semana siguiente, Alec y yo nos acostumbramos a nuestra rutina. Fotos, comer, sexo. Pintar, comer, sexo. No habíamos salido del edificio y llovía todos los días. Añoraba mi soleada Malibú y ser libre para ir a nadar, a pasear o a hacer surf. Aunque lo que más echaba de menos, aparte de a mi familia, era a Wes. Que nadie se confunda, Alec era fantástico en más de un sentido. Pese a que nos llevábamos bien y nos lo pasábamos bomba en el dormitorio, en nuestra relación no había más que trabajo y sexo. *Hacer el amor*, lo llamaba él. Yo lo llamaba *follar* y me encantaba hacerlo, pero eso a él no se lo decía. Podría haber sido peor, digo yo. Podría haberme lucido por museos aburridísimos para ir a ver las obras de otros.

Ese día no tenía que ir al loft hasta la tarde. Eso era nuevo. Normalmente quería tenerme allí en cuanto me despertaba. El problema era que, cuando me quedaba a solas, me ponía a pensar en todo lo que me faltaba en la vida. Mi padre, que no había despertado del coma pero que había sido trasladado a un centro para convalecientes del gobierno en el que cuidarían de él. Gin había dicho que el sitio no estaba mal, que tampoco era nada especial. Había dicho que Maddy y ella iban a visitarlo con frecuencia, le leían e intentaban hacerle compañía. Me había enviado una foto de mi padre tumbado en la cama. Los cardenales de la cara se le habían curado, aunque casi todo su cuerpo seguía vendado o escayolado.

Bajé la vista al móvil para ver a mi padre. Parecía estar dormido, y no luchando por su vida. Los médicos no sabían cómo estaría cuando despertara. Si es que despertaba, debía recordarme a mí misma. No hacía falta que lanzara vibraciones negativas al universo. Aunque ni siquiera creía en esas tonterías, si resultaban ser verdad, no iba a ser yo quien la liara con el poder superior.

Busqué en la lista de contactos para llamar a Maddy por marcación rápida. Hacía por lo menos una semana que no hablaba con ella, y echaba de menos a mi hermana pequeña.

—Hola, hermanita. —La voz cantarina de Maddy llegó a través del teléfono. Al instante, la opresión que sentía en el corazón se disipó al oír su tono alegre.

—Hola, Mads, ¿cómo te va? —le pregunté.

Al otro lado se oían revolotear papeles y cremalleras que se abrían y se cerraban.

—Pues ya me conoces: arreglándome para ir a clase.

—¿A cuál?

—Patología forense —contestó.

Me pasé la mano por el pelo y me acurruqué entre las mantas.

—¿Eso no es para estudiar a los muertos?

Más revuelo de papeles y un suspiro.

—Sí, técnicamente trata de determinar la causa de la muerte tras examinar el cadáver. La autopsia la realiza un patólogo, casi siempre durante la investigación de casos criminales, en algunos civiles y en ciertas jurisdicciones... —Siguió hablando, pero yo había dejado de escucharla en cuanto había dicho lo de examinar el cadáver.

—¿Vas a rajar a un muerto? —inquirí sin poder contener la sorpresa en mi voz.

¿Quién iba a querer hacer una cosa así por gusto? Vamos, que conozco a gente que lo hace y forma parte de resolver asesinatos y todo eso pero, en serio, ¿mi hermanita querida rajando cadáveres? La sola idea hizo que se me pusieran los pelos como escarpias.

—Se llaman *cadáveres*, y es parte del curso que estoy haciendo. Todo el mundo tiene que escoger una serie de asignaturas y yo elegí ésta. Es muy interesante. No te creerías las cosas que hacen algunos que están de atar.

Si ella supiera...

—Sé lo que hacen los psicópatas y no quiero ver a mi hermana pequeña con esa mierda. Eres de oro, pequeñaja. No me apetece que te manches con las cosas que hace la escoria de este mundo.

—Mamá Mia, no puedes protegerme toda la vida. Tengo diecinueve años. Además, tú sólo eres cinco años mayor que yo.

—¡Eso no ha impedido que cuidara de ti! —le contesté.

Soltó un largo suspiro y casi pude sentir la opresión volviendo a mi pecho.

—Mia, no sé qué clase de científica voy a ser aún...

—¡La clase de científica que cura el cáncer o inventa una pastilla que me mantenga delgada para siempre! ¡La clase de científica que no trata con muertos! —Me senté con el vello de punta.

No la quería rodeada de las cosas feas de la vida. Ya habíamos visto demasiadas durante nuestra infancia, y yo llevaba desde que ella tenía cinco años dejándome la piel para asegurarme de que sólo viera luz, todo lo brillante que yo pudiera dársela.

—Sabes que te quiero —me dijo con cariño, con ese tono de voz con el que se me

metía en el bolsillo—. Sé que deseas que lo tenga todo, y yo... —Hizo una pausa, lo que me atenazó aún más el pecho y me aplastó el corazón—. Mia, tengo que encontrar mi camino yo sola, ¿vale? Prométeme que me dejarás descubrir lo que quiero sin interferir.

¿Ella sola? Mi hermanita haciendo algo sola. Sin mí para guiarla, protegerla y salvarla de toda la podredumbre. Me sentí como un robot. «No computa. No computa...» Hice callar mi absurda voz interior e intenté mostrarle mi apoyo.

—Quiero que seas feliz, Mads —contuve la emoción—. Sólo prométeme que valorarás todas las opciones.

Noté el momento exacto en que volvió a ser la Maddy feliz y alegre de siempre.

—¡Eso hago! ¡También he cogido una asignatura de botánica que es fascinante!

—¿Qué es botánica? —Dios, qué tonta me sentí preguntándole a mi hermana pequeña por el significado de una palabra. La había oído antes, pero no sabía dónde.

—Es la ciencia que estudia las plantas —dijo entre risitas.

¿Acababa de decir «la ciencia que estudia las plantas»? ¿De los muertos a las plantas?

—¿Plantas?

—Eso es. Mola mucho. Estamos estudiando la relación de distintas plantas y flores con su entorno. A continuación pasaremos a horticultura, que trata sobre el cultivo de plantas y flores para el consumo humano, como comida u ornamentales.

Sonaba raro con avaricia, pero también bonito y seguro. A todo el mundo le agradan las plantas y las flores, y no hay asesinatos en eso.

—Me gusta cómo suena esa asignatura —confesé.

—Lo sabía. Oye, me ha tocado trabajar en pareja con un chico, y ¡madre mía, está para comérselo! —Volvió a reírse como la colegiala que era.

La opresión desapareció de mi pecho, directa hacia la estratosfera.

Ése, ése era un tema de conversación que podría interesarme.

—¿Ah, sí? —repuse—. Cuéntamelo con pelos y señales.

Y eso hizo. Compartió conmigo cómo habían estado flirteando un par de semanas pero que él aún no se había atrevido a pedirle una cita. Era un año mayor que ella e iba a graduarse en botánica. Eso me gustó mucho. Significaba que era un empollón. Le sugerí que le pidiera ella la cita a él. Casi le da algo. Imposible que la inocente de mi hermana pequeña le pidiera una cita a un chico. Me sentía orgullosa de eso. Y más aún de que, con diecinueve años, todavía fuera virgen. Había estado a punto de dejar de serlo en un par de ocasiones, pero decidió que los chicos no lo valían. Yo quería que fuera una experiencia especial, y se lo dije. No como la mía. Borracha perdida, en el asiento de atrás de la camioneta de mi novio del instituto. Poco después, me dejó por una animadora que tenía las tetas más grandes y el cociente intelectual más bajo que yo.

Había sido sincera con mi hermana y le había contado mi experiencia. Se quedó

horrorizada de que un tío me hiciera algo así y me prometió que nunca cometería los mismos errores. Pensé que compartir aquel momento asqueroso de mi vida con ella iba a merecer la pena. Si le servía para aprender y para protegerse, habría cumplido mi parte y me habría tomado el deber de criarla en serio. Ella era lo mejor a lo que había contribuido en mi vida y estaba decidida, incluso ahora, a asegurarme de que iba a tener éxito. Por las dos.

Tras llamar a Maddy me sentí mucho mejor. Saber que le iba bien en los estudios, que había encontrado a un empollón guapo con el que flirtear y que las facturas se estaban pagando en casa me dejó tranquila. Supe entonces, con total seguridad, que aceptar ese trabajo con el servicio de escorts de tía Millie había sido la decisión correcta. Maddy tenía un colchoncito en el banco, comida en la nevera y yo llevaba al día los pagos con Blaine. Terminé de ducharme de muy buen humor y oí que llegaba un mensaje al móvil mientras me secaba el pelo. Me apresuré hacia la tapa del váter, senté mi breva tapada con una toalla sobre ella, cogí el móvil y miré la pantalla:

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
¿Qué tal es Seattle?

Ver el nombre de Wes hizo que el corazón me diera un vuelco y que se me llenara el estómago de mariposas. No sabía cómo iba a acabar la cosa con él. Había dicho que seríamos amigos durante todo el año, e imaginé que era su manera de intentar cumplirlo. Me tomé unos minutos para pensar cómo quería responderle. El sentimiento de culpa por haberme acostado con Alec rascaba la superficie de mi subconsciente, pero lo aparté de mí. Quería tratar a Wes como a un amigo y que él me tratara del mismo modo. Sí, me habría encantado estar con él en ese instante, pero mi vida no era así. No iba a ser así al menos durante diez meses y medio.

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
Húmedo. ¿Sabías que aquí llueve casi todos los días?

Ea, con eso debería bastar. Platónico total. De amigos. Leí y releí la sencilla respuesta y la envié. Mientras me secaba el pelo, llegó otro mensaje.

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Eso lo sabe todo el mundo. De media, llueve aproximadamente el mismo número de días que hace sol. Vale, he consultado Weather Underground. Vas a tener sol dentro de unos días. Aunque siempre podrías venir a Malibú. Hace sol y la piscina está tibia.

Wes debía intentar que volviera. Me pregunté si iba a ser siempre así entre nosotros. Bromas y risas con un potente deseo latente bajo la superficie.

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
Perdone usted, hombre del tiempo. Y gracias por la predicción meteorológica. Malibú en enero estuvo bien. Tal vez vuelva a viajar allí en enero del año que viene T

Añadí la carita sonriente con el guiño para suavizar la respuesta. Habíamos quedado en eso, pero no fui capaz de prometérselo. Teníamos por delante la mayor parte del año y a saber dónde íbamos a acabar.

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Espero tu visita con ilusión. No te mojes, nena.

No contesté. No podía. Wes tenía todo lo que siempre había querido en un hombre y más, pero no era mío. Tal vez lo fuera algún día, pero ahora no. Los mensajes me hicieron sentir bien. Me recordaron que tenía algo esperándome cuando acabara el año. No suelo aguardar nada con ilusión. Pero por ahora, tenía a un artista muy sexi que colmaba mi presente de regalos, buenos ratos y algo que recordar. Aunque, por supuesto, lo de Wes no lo olvidaría jamás.

A las seis en punto bajé al loft siguiendo instrucciones de Alec. Llevaba todo el día sin verlo, una novedad. Había estado bien tener tiempo para mí. Había pasado dos semanas encima de él, en sentido figurativo y literal. Eso último me hizo sonreír. Cuando llegué al loft, vi su silueta en el rincón opuesto de la habitación en el que habíamos estado trabajando. Se encontraba detrás de la cámara, moviendo algo en forma de media luna y fotografiando a un hombre que estaba a tres metros delante de un fondo blanco. Un hombre muy desnudo y muy bien dotado. Madre de Dios. A ver, que no era la primera vez que veía a un hombre desnudo, pero ése era joven, parecía de mi edad, muy musculoso y con la polla en alto.

Intenté acercarme lo más sigilosamente que pude con las muletas. De vez en cuando, el chico cerraba los ojos, se agarraba la erección con la mano y le daba un par de meneos. Se relamía y se arqueaba. El clic-clic de la cámara sonaba sin parar, y Alec lo animaba en voz baja.

—*Oui*, así.

»Más arqueado, como si quisieras impresionar a tu chica.

»Eso es, suéltala y colócate ambas manos detrás de la cabeza —fue la última orden.

Me sentía como una mirona viendo cómo el modelo se complacía mientras Alec lo fotografiaba. Noté que estaba cachonda y que el sexo flotaba en el ambiente. Dos cosas

que me provocaron un calor tremendo y que hicieron que se me humedecieran las bragas.

—*Fini* —proclamó Alec tras la última foto.

Cogió un albornoz que había cerca de uno de los focos y se lo dio al modelo. El chico se puso el albornoz y miró las imágenes que Alec le mostraba en la pantalla de la cámara.

—No van a salir en la fotografía porque las voy a pintar, *oui*? ¿Estás de acuerdo?

El modelo asintió.

—Tu trabajo es muy bueno —señaló—. Al principio pensé que iba a ser rollo porno, pero no se le parece en nada.

—No, no lo es —convino Alec en voz baja dándole una palmadita en la espalda al modelo—. ¿Listo para la mujer? —preguntó, y miré a mi alrededor.

Mi zapato arañó el hormigón y los dos hombres me miraron fijamente.

Levanté la mano y saludé.

—Hola —ofrecí como una sosa. Menos mal que ese rincón estaba oscuro o me habrían visto el rubor que asomaba a mis mejillas.

—Mia, ven aquí. Te presento a Aiden. Va a posar contigo, *ma jolie*.

Las palabras de Alec me sentaron como un jarro de agua fría.

—¿Qué?

Alec se acercó y me llevó hacia el chico. Nos estrechamos la mano.

—Encantado de conocerte, Mia. Tengo ganas de trabajar contigo esta tarde —dijo con dulzura.

«Estupendo», me dije. ¿Dulce, musculoso y más bueno que el pan? El universo es una perra perversa. Ahora entendía por qué lo representaban como una mujer vengativa. Cualquier dios capaz de crear a Aiden, a Alec y a Wes (tres encarnaciones perfectas del hombre que habían aparecido en mi vida en pocas semanas) era un experto en castigos crueles y poco convencionales.

Mascullé un saludo y me volví hacia Alec.

—¿Qué quieres decir? ¿Tengo que posar con él?

—*Amor prohibido*, *chérie*. Voy a haceros fotos mientras hacéis el amor sobre el lienzo.

Las palabras *hacer el amor* cayeron sobre mí como una losa y eché la cabeza atrás.

—Explícate... rápido —le advertí entre dientes.

—Ah, *non*. No vais a *faire l'amour* —se apresuró a decir—. No vais a hacerlo de verdad, *non*. Sólo a fingir para la cámara. —Me cogió la cara entre las manos—. *Maintenant, tu comprends?* ¿Lo entiendes ahora?

—No, ni por asomo. Haz el favor de darme más detalles antes de que me largue de aquí, franchute —repliqué empleando el tono que tan familiar le resultaba tras casi dos

semanas juntos.

Alec se mordió los labios y se llevó las manos a las caderas. Aiden se acercó a una silla y se sentó lejos de nosotros. Apreció el hecho de que intentara darnos un poco de espacio.

—*Mon amour*, os necesito a los dos, desnudos, abrazados como si fuerais amantes. Cuando tenga suficiente, lo pintaré. —Se acercó más—. Por supuesto, eso será después de que yo te haga el amor. —Su nariz se deslizó junto a la mía y me envió cosquillas de excitación que torturaron todos mis sentidos—. Será mi obra más inspiradora hasta la fecha. Ese hombre, que es muy hombre, y tú en pleno arrebato de la pasión.

Me besó brevemente y me lamió el labio inferior antes de apartarse. El franchute besaba y hablaba para convencerme de algo sin que le hiciera falta tener que convencerme. El franchute era un cabrón.

Resoplé y me aparté el pelo de la cara.

—Has dicho *desnudos*, es decir, sin ropa; ¿o lo he entendido mal?

—*Oui*, sabes que necesito ver el cuerpo para poder pintarlo. Además, el de ninguna otra mujer es tan bello como el tuyo.

Examinó mis vaqueros con la mirada y la camisola ceñida. No me había molestado en ponerme sujetador porque sabía que iba a estar desnuda y encima de él y, por cómo me recorría el cuerpo, los pezones se me estaban poniendo duros como piedras, claramente visibles. Sus manos acariciaron mi costado y sus dedos rozaron las puntas erectas.

—Veo que la idea te gusta mucho —señaló.

Me apreté contra su cuerpo, dando gracias por estar de espaldas a Aiden.

—Me gusta la idea de estar contigo..., pero con ése... No lo sé —dije con franqueza.

Ya me resultaba bastante difícil exponer mi cuerpo a Alec para su arte, pero ¿estar desnuda y retozar con otro hombre desnudo y fingir que le estaba haciendo el amor? Me parecía muy forzado, nada que ver con las fotos que habíamos hecho solos Alec y yo.

Me estudió y esperó a que considerara su propuesta. Sus ojos pardos eran dulces, sin presión. Y tampoco era como si tuviera que tirarme al chico. Sólo aparentarlo. Miré hacia Aiden. Movía las rodillas arriba y abajo y nos lanzaba miradas rápidas y furtivas.

—Está bien, lo intentaré —dije—. Por ti.

Quería que supiera que no era algo que llevara toda mi vida esperando hacer. Me resultaba muy incómodo, mucho más que estar desnuda ante él. Lo hacía porque creía en su intuición artística.

—Muy bien, Mia. Ve allí y quítate la ropa. —Alec había vuelto al trabajo.

Aiden se levantó y se sacó el albornoz. Su espectacular cuerpo desnudo quedó completamente a la vista. Era impresionante incluso flácido. Con lo que tenía entre las

piernas iba a hacer a alguna muy muy feliz. Me dio la risa floja de mirarlo sin verlo.

Aiden frunció el ceño.

—¿Hay algún problema? —Se miró el cuerpo desnudo y se llevó una mano dubitativa a la polla.

Abrí unos ojos como platos al comprender de qué creía que me estaba riendo.

—¡Madre mía, qué va!... Tienes una polla cojonuda... Quiero decir... Eh... No me reía del tamaño. Aaahhhh... —exclamé, y alcé la vista al cielo. «Joder, Mia. Has conseguido que Adonis se cuestione su virilidad»—. ¿Por qué no puedo ser normal? —Resoplé como un potro y puse morros de pez.

Aiden soltó una carcajada.

—Vale, lo entiendo. —Sus labios se curvaron y echó a andar hacia la sábana blanca que cubría la superficie acolchada. Se sentó en el centro.

—La verdad, Aiden, es que estaba pensando en lo bueno que estás y en lo feliz que harás a alguna mujer. —Me desabroché los vaqueros y me los bajé por las piernas.

Sonrió.

—Mi novia no tiene queja. —Entonces me guiñó el ojo y de repente me relajé.

Tenía pareja. El saber que había ido allí sólo a posar y que su novia lo esperaba en casa me hizo sentir mucho mejor. No debería, porque iba a retozar en bolas con él, pero el caso es que así era.

—Totalmente desnuda, *ma jolie* —dijo Alec subiendo por la escalera que había encima del espacio. Me quité la camisola y mis tetas se bambolearon al viento, con los pezones duros como piedras de nuevo, esta vez a causa del frío—. Hay una estufa allí; cuando estés con Aiden entrarás en calor.

Respiré hondo, me bajé las bragas y subí al colchón de un salto. Tenía el tobillo casi curado, pero me dolió al apoyar demasiado peso en él. Quería llevar cuidado, asegurarme de que lo tenía bien del todo antes de hacerle soportar todo mi peso. Cuando toqué el colchón, gateé con timidez hacia Aiden.

—No te preocupes —me dijo—. Tú también tienes un cuerpo de infarto. ¿Preparada para que te toque?

Me mordí los labios y miré fijamente los focos del techo. Apenas lograba distinguir la silueta de Alec. El miedo se apoderó de mí y se me puso la carne de gallina.

—Supongo —repuse, en absoluto convencida.

—Túmbate, Mia. Aiden, pásale el brazo por debajo del cuello para que apoye en él la cabeza. Estréchala con la mano derecha, rodeándole el cuerpo.

Aiden se acercó y se tumbó de costado. Bajé la vista y vi que se le había puesto dura. Tragué saliva y me mordí un poco el labio intentando librarme de la sensación de repulsa que me produjo ver su excitación. Sabía que era natural que un hombre se empalmara al ver a una mujer desnuda pero, aun así, no me gustaba.

Alec seguía dando órdenes:

—Levántale las caderas y tápate la hombría con ellas.

Aiden obedeció, tiró de mi rodilla y cubrió con mi pierna la suya. Fue entonces cuando su polla se apoyó en mi pelvis y torcí el gesto.

—Mia —saltó Alec—, finge que estás abrazando al hombre al que amas. Míralo a los ojos.

Apreté los dientes y alcé la mirada. Aiden tenía los ojos de color chocolate, dulces pero llenos precisamente de lo que yo no quería ver: deseo. Me mordí el labio y coloqué las manos en su cintura sin mucho entusiasmo. Él deslizó una mano por mis nalgas. Me tensé. La cámara no paraba quieta. La respiración de Aiden parecía retumbar en la escasa distancia que separaba nuestras caras.

—Mia, no estás actuando —me recriminó Alec—. Estira el cuello. Aiden, bésale la columna despacio mientras yo hago fotos. Clávale los dedos en la carne.

Lo hizo y yo intenté obedecer. Cuando Aiden apretó la polla aún más contra mí, noté algo húmedo en la piel. Tragué saliva y me puse a contar mentalmente, deseando que Alec terminara cuanto antes con las fotos y pusiera fin a todo eso.

Entonces, bajó la escalera.

—Esto no funciona. *Pas bon*. No va bien. —Se llevó una mano a las sienes y empezó a andar de un lado a otro—. Dos cuerpos entrelazados debería ser *magnifique, oui*? —Estaba hablando solo.

Me aparté de Aiden y me cubrí el pecho con una mano, a la espera. Alec me miró a los ojos. Aquél me tocó el hombro y, cuando lo hizo, torcí el gesto. Alec se dio cuenta. Lo había visto todo.

—Puedes irte, Aiden —dijo. Se acercó y le entregó su albornoz.

—Y ¿qué pasa con la sesión? Necesito el dinero —replicó él mordisqueándose el labio inferior.

—Se te pagará. Lo has hecho muy bien. Tengo algo concreto en mente y pintaré la primera parte.

A Aiden se le iluminó la cara.

—¿Seguro?

Alec le sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Seguro. Ahora vete. He de trabajar con mi musa.

Aiden fue al baño a cambiarse. Alec me dio su albornoz, cosa que me hizo sonreír de oreja a oreja. Me lo puse y me senté en el colchón con las piernas cruzadas. Se acercó y se sentó a mi lado.

—No te ha gustado la sesión.

«No se te escapa nada, Sherlock.»

Permanecí sentada en silencio esperando que soltara las conclusiones a las que

había llegado.

—Necesito las fotos, así que tengo una idea.

—Vale —dije con voz débil y tímida, preocupada de que mi comportamiento lo hubiera hecho enfadar.

Me acarició la cara con la mano y me miró fijamente a los ojos.

—Seré tu musa durante la sesión —declaró.

7

—¿Tú? ¿Vas a ser mi musa? ¿Eso cómo va?

Pude oír a Aiden caminando por la otra punta del loft, abrir la puerta del ascensor y cerrar de golpe. Fue entonces cuando Alec se levantó y se quitó la camiseta térmica de manga larga que llevaba. Su pecho brillaba bajo los focos del loft. Luego le dio un tirón al cinturón de cuero marrón, se lo desabrochó, y se bajó la bragueta y los pantalones. Iba en plan comando otra vez. Me relamí y lo agarré de las caderas. Alcé la vista para admirar su magnífico cuerpo.

—Vas a posar conmigo —dijo—. Usaré esto.

Me mostró un mando a distancia inalámbrico. Era cilíndrico y tenía un botón rojo en un extremo. Me recordó a una película de acción en la que el malo llevaba una bomba en el pecho, con un cable y un botón. Alec apretó el botón y se disparó el flash de la cámara.

—¿Lo ves? Yo posaré contigo. Sólo que, conmigo, haremos el amor sobre el lienzo de verdad.

A esa idea sí que le veía yo posibilidades. Sonreí con picardía y le acaricié la parte exterior de las piernas, me acerqué y le besé la punta de la polla. Me cubrió la mejilla con la mano mientras le demostraba lo mucho que me gustaba su idea. Tras chupársela de arriba abajo, me aparté.

—No tenías por qué hacerlo.

—Tenía que hacerlo, *ma jolie*. No te sentías cómoda. Un solo ceño fruncido es más que suficiente. Sabía que la idea era complicada de entrada, pero cuando he visto la cara que has puesto en el momento en que Aiden te ha tocado y que lo estabas intentando por mí..., *non, ce n'était pas bon*. No iba bien. Debería haberlo sabido. Tú te has comprometido a pasar este tiempo conmigo. Eso significa que no buscas enamorarte de un extraño. El amor de verdad, el que quiero en mi obra, ha de ser *authentique*, verdadero, y se tiene que dar por voluntad propia.

Me acerqué y me lo metí en la boca, chupando con fuerza, demostrándole lo mucho que sus palabras significaban para mí. Valoraba el hecho de que yo estuviera a gusto por encima de todo y comprendía que no era sólo una chica con ganas de marcha. Sería suya durante todo el mes. Eso era lo que habíamos acordado y se tomaba el acuerdo muy en serio, ahora más que nunca. Alec se revolvió y arqueó la espalda, con la cara levantada hacia el cielo, y yo me lo metí todo cuanto pude en la garganta. La cámara trabajaba sin cesar. Saber que estaba fotografiando ese momento tan íntimo me excitó aún más. Me tenía chorreando. Quería que me hiciera suya, allí y ahora.

Me folló la boca un rato y luego se apartó con brusquedad.

—Tu boca es demasiado rica. Lo que necesito es una imagen de los dos unidos en el acto del amor.

Asentí mientras él daba unos pasos atrás con los vaqueros por los tobillos, y se ponía un condón. Quería decirle que tomaba anticonceptivos y que, técnicamente, no tenía por qué usar preservativo, pero me contuve. No parecía correcto. Se cubrió la erección y volvió a mí. Me colocó de costado, igual que había hecho con Aiden. Sólo que, esta vez, me pegué a él todo lo que pude, apretando las tetas contra su pecho firme y deseando tocarlo... por todas partes.

—Veo que la cámara ya no te impone. —Curvó los labios en una sonrisa.

—Cierra el pico y haz la foto, franchute —dije antes de comerle la boca.

De vez en cuando se oía el clic de la cámara. Sus manos se aferraban a mi cuerpo desnudo bajo los flashes parpadeantes. En cierto momento, tuve el mando en la misma mano que mis tetas. Notaba la punta fría clavada en mi pezón, un toque extra de placer y dolor contra la punta anhelante.

—Ahora vamos a por el amor. —Me abrió la pierna, metió sus caderas entre las mías y me penetró, un delicioso centímetro tras otro. Eché atrás la cabeza y las caderas hacia adelante—. *Oui, chérie*, acepta mi amor —susurró abriéndose paso en mi interior. Me cogió la cadera y tiró de ella con fuerza, llevando su tranca gorda a casa, haciendo presión en ese punto interno y detonando mi orgasmo en el proceso.

Corrida.

Sentí una profunda gratificación instantánea cuando el orgasmo recorrió mi cuerpo como si estuviera jugando al ping-pong con mi columna. Lo abracé, incapaz de tenerlo nunca lo suficientemente cerca, con el cuerpo arqueado hasta dolerme mientras disfrutaba del cielo. Las luces parpadeaban tras mis ojos, sólo que no era yo, sino la cámara, que inmortalizaba el momento más maravilloso.

Cuando me soltó, me coloqué encima de él y le robé el mando.

—Lo que es justo es justo. —Sonreí.

En vez de quitarme el mando a distancia, puso sus manos de artista en mis pechos y jugueteó con mis pezones, tirando, pellizcando y frotando hasta dejarlos blancos y

ardientes, en carne y deseo vivos. A horcajadas sobre él, eché atrás la cabeza. Luego me levanté y me la metí hasta el fondo. Su cuerpo se tensó y pulsé el botón del mando. Esas fotos tal vez no acabaran en su exposición, pero iban a ser fuego puro y, para un artista, un regalo que duraría para siempre aunque el momento hubiera pasado.

Monté a mi gabacho con tantas ganas que lo tenía jadeante y resoplando de placer. Esperé hasta que empezó a hablar en francés sin parar antes de concederle un respiro. Fue entonces cuando supe que se estaba acercando al punto sin retorno.

—*Ton sexe est si chaud.*

»*Je pourrais t'aimer toute la nuit.*

»*Encore plus, bébé*. —«Más, nena.» Ésa la había aprendido al poco de que empezáramos a intimar.

Antes de que pudiera llevármelo al huerto, me dio la vuelta y me puso de lado. Dios bendito, el hombre era un demente en la cama. Poseía una energía inigualable. Antes de darme cuenta, me tenía otra vez a las puertas del cielo. Nuestros cuerpos empapados en sudor, el calor de los focos en la piel.

—¿Qué me has dicho en francés? —pregunté antes de morderle el labio y metérmelo en la boca.

—He dicho que eres una fiera y que podría amarte toda la noche. Creo que eso voy a hacer, *ma jolie*.

Y, sin decir más, procedió a metérmela. Ya no eran necesarias las palabras. El mando a distancia había desaparecido, debía de estar por ahí. Se me había caído durante el segundo orgasmo. Luego mi francesito metió una mano entre nuestros cuerpos y empezó a trazar remolinos con el dedo alrededor del botoncito palpitante entre mis muslos, que pedía a gritos un poco de atención. Me aferré a él mientras jugaba conmigo, con las uñas clavadas en su espalda, arañando con la misma potencia que sus embestidas. Lo rodeé fuerte con las piernas, sin soltarlo. Él se apoyó en los codos, sacó casi por completo su polla de mí y volvió a clavármela hasta el fondo. Me castañeteaban los dientes y se me arqueaban los empeines mientras el orgasmo hacía estragos en mi cuerpo como un tornado con una casa.

Violento.

Caótico.

Destructivo.

Grité, y mis gritos hicieron eco y se confundieron con los suyos cuando alcanzó el clímax.

El cielo.

Volvió a tumbarme de lado en mitad del orgasmo, y lo último que recuerdo fue un clic y la luz de un flash. Luego me dormí.

Me desperté sola, con el cuerpo desnudo tapado con un par de albornoces. Sonaba música clásica en los altavoces del loft. Medio dormida, me levanté y eché a andar. Alec estaba en el otro extremo de la habitación. Sólo llevaba puestos unos vaqueros. Ñam. Los músculos de su espalda se flexionaban y se tensaban al ritmo de sus pinceladas. No sé cuánto tiempo había estado frita, pero debió de ser bastante porque casi había terminado el cuadro de Aiden. Era uno de esos en los que tenía la polla en la mano, con el cuerpo arqueado hacia adelante, los dientes apretados y la cabeza echada hacia atrás. Me puse uno de los albornoces y tanteé mi tobillo. No iba mal. Despacio, caminé hacia Alec pero sin anunciar mi presencia. Al parecer, no me oyó, pues la música estaba lo bastante alta para enmascarar mis pasos. O eso, o estaba perdido en su mundo.

En silencio, me senté en una silla a más de cinco metros de donde estaba él para observarlo pintar. Era muy meticuloso con su arte, de pinceladas perfectas. Era mágico. Pintaba la imagen rápido, con movimientos precisos. Parecía como si cada trazo estuviera vinculado al sonido de las teclas del piano que se oían de fondo. Arte musical. Absolutamente perfecto. La vista, el hombre y el cuadro, todo confluía en una experiencia etérea, una que estoy segura de que no olvidaré nunca ni volveré a ver mientras viva.

Tras un buen rato, no pude resistir más el deseo de acariciarlo. De puntillas, me quité el albornoz y lo dejé colgando del respaldo de la silla. De puntillas, me acerqué a él. Estaba en trance, admirando su obra. A mí me parecía que la imagen estaba acabada, pero yo no entendía de arte. Sólo tenía buen ojo para los hombres sexis, las camisetas de conciertos y las motos.

Cuando llegué junto a él, lo abracé por detrás, con las manos rozando apenas sus pectorales y mi boca entre sus omóplatos. Olía a gloria. A bosque, a sexo, a sudor y a pintura. El pecho de Alec subió con fuerza cuando inhaló al notar mis dedos. Estaba en modo contemplativo y yo lo estaba perturbando, pero no parecía que lo molestara.

Creo que le gustaba el contacto de mis manos. Mejor dicho: sé que le gustaba.

—Eres luz y belleza —le dije.

Le besé los omóplatos y deslicé las manos por los valles y los montes de su abdomen. Dios santo, el hombre estaba macizo. Para ser un artista, tenía el cuerpo de quien se pasa infinitas horas en el gimnasio para estar en forma, pero durante toda la semana sólo lo había visto sudar conmigo.

—*Non*. Me oculto en las sombras y sólo me ilumino cuando mi arte está a la vista. Eres tú quien alumbra la superficie. Ves tu belleza reflejada en mí, cómo mi cuerpo llama al tuyo y el tuyo al mío.

Sus palabras me sedujeron con la misma facilidad que su arte, igual que su cuerpo.

Estaba perdida en ambos y en él. Poco a poco, le bajé la bragueta y le cogí la polla, que se estaba poniendo dura. En esa postura parecía gigantesca, no me cabía en las manos. Lo mordí en la espalda, incapaz de contener el deseo de que se hundiera profundamente en mí del modo en que me tenía acostumbrada cuando hacíamos el amor.

Dejó caer la paleta y los pinceles y se bajó los pantalones, que quedaron en los tobillos, atrapándolo donde estaba. Con el pulgar, tracé círculos en la punta de su polla y extendí las gotas que allí se formaban por todo lo largo que era. Luego empecé a acariciarla entera. Arriba, abajo, rápido, con fuerza, lento y con determinación, tal y como le gustaba. Me cogió la palma de la mano y se la llevó a los labios. Me lamió y me chupó todos los dedos, metiéndoselos en la boca para humedecerlos. A continuación guio mi mano a la base de su tranca. La envolvió con la mano y me enseñó a estrecharla con fuerza y a subir, haciendo una pausa en la punta. Luego a bajar sin aflojar, con mucha más fuerza de la que habría aplicado yo sola. Cogí el ritmo y me soltó.

Comenzó a hablar en francés tan pronto separó los brazos para apoyarse en la pared, encerrando el cuadro que tenía delante. Cuando más dulce sonaba su lengua materna era cuando estaba enfrascado en el sexo. Me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. En ese momento, Alec me dio el control, me permitió amarlo con las manos. Lo sujeté con fuerza y ascendí lentamente. Luego descendí deprisa y lo repetí una y otra vez. Gimió y continuó sumido en sus pensamientos, apoyado contra la pared con una mano mientras extendía la otra. Mis pechos chocaron con fuerza contra su espalda cuando sus dedos me encontraron y se deslizaron entre mis piernas, húmedos y anhelantes, cubriendo mis muslos de deseo.

Dos dedos juguetearon con mi botón caliente y se metieron dentro. Con un gemido, me sujeté con el brazo izquierdo a su pecho y me clavé en su hombro. Mi mano derecha seguía bajando y subiendo, fuerte y suave, dándole exactamente la presión que necesitaba. Ambos hacíamos gozar al otro, los dos perdidos en el placer de ser uno en ese instante.

Él hablaba en francés y yo en mi idioma. Cada uno susurraba su versión de ternuras para el otro, hasta que supe que, si volvía a tocarme en ese cúmulo de excitadas terminaciones nerviosas, sería el fin. Le cogí los dedos para avisarlo del orgasmo inminente. Como respuesta, de la diminuta raja de su polla manaron más gotas de fluido. Le hice cosquillas en el glande y en la protuberancia situada justo debajo. Luego lo estrujé con fuerza, me curvé contra su cuerpo y me corrí. Mi coño tenía atrapados sus dedos, y con la mano sujetaba firmemente su polla. Nos revolvimos y nos hicimos un amasijo de espasmos juntos. Su esencia bañó mi mano y el suelo de hormigón. Mis dientes se clavaron en su espalda y él aulló mientras los últimos vestigios de nuestro amor se atenuaban.

Una vez más calmados, lo besé y le lamí la espalda en el punto en el que le había

dejado marca. Al apartarme descubrí dos medialunas perfectas justo en la piel de encima de la zona más prevalente del tatuaje. Alec me pasó una toalla que había en una mesa, junto a sus cosas de pintar. Me limpié las manos sin poder dejar de mirar las marcas que había dejado en su piel.

—Lo siento —susurré contra el cardenal.

—*Tu ne devrais pas être désolé* —dijo en francés, meneando la cabeza—. No te disculpes —repitió—. Nunca pidas disculpas por haberte dejado llevar por la pasión. Luciré las marcas como si fueran una medalla de honor.

Se agachó y se subió los pantalones, pero no se los abrochó antes de darse la vuelta y rodearme con la calidez de sus brazos. Me abracé a él temblando por lo que habíamos hecho. Las lágrimas me rodaban por las mejillas y me embargaba la emoción.

Alec me calmó como hacía siempre, con largas caricias por mi espalda desnuda, susurrándome en francés lo bonita que era. Yo era el amor. Yo era la luz. Y, de momento, era suya.

Más tarde me hizo posar para más fotos. Eran las tres de la madrugada y no me importaba en absoluto. Acababan de echarme un polvo, estaba desnuda y satisfecha.

—Levanta la mano como si le estuvieras tapando el paquete —me ordenó. Hice lo que me pedía—. Cúbrete los pechos con la otra mano, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y abre la boca. —Seguí sus instrucciones al pie de la letra.

La cámara hizo clic y sonreí. Volvió a hacer clic. Abrí los ojos y contemplé a mi artista. Mi francés. Estaba glorioso detrás de la cámara, con los vaqueros desabrochados, enseñándome una pizca de la maravilla de la que había disfrutado ya dos veces esa noche. Volví a cerrar los ojos, a cubrirme el pecho y a ocultar mis partes.

Clic.

—¿Has terminado? —pregunté.

—Ahora sí —dijo con una sonrisa sexi. Luego se acercó a mí y me cogió en brazos como si fuera una princesa, su forma favorita de hacerlo.

—Oye, tengo mejor el tobillo. Puedo andar.

—Pero prefiero llevarte en brazos. —Ladeó la cabeza y cruzamos el loft, entramos en el ascensor y llegamos a su casa, donde me metió en la cama, me arropó y me rodeó con un brazo mientras encontraba la postura para dormir.

Sentí su aliento en la nuca.

—Buenas noches, *ma jolie*, ha sido mucho más de lo que he hecho nunca. Estar contigo es... es un lugar único en el mundo. No volveré a tener nada que se le parezca. Quiero que sepas que aprecio lo que me estás dando.

Pese a que estaba agotada y muerta de sueño, me di la vuelta y lo abracé. Él puso la cabeza en mi pecho y se acurrucó entre mis senos. Eso era lo que necesitaba, donde quería estar. Se lo iba a dar porque él también me estaba dando algo, me había ayudado

a que fuera consciente de que era más que Mia la hermana, la hija, la amiga. Era una mujer. Una mujer con sentimientos, deseos, aspiraciones, y no sólo la suma de aquello con lo que mi madre me había dejado hacía ya tantos años.

Ser escort era lo que necesitaba hacer en ese momento para salvar a mi padre una vez más. Un medio para conseguir un fin. Pero al menos iba a pasármelo bien mientras durase.

Me acurruqué más y pasé los dedos por la larga cabellera de Alec. Él gruñó y se restregó contra mi pecho y, poco a poco, noté cómo se convertía en un peso muerto. Por primera vez desde que lo conocí, se había quedado dormido en mis brazos.

Al día siguiente Alec me trajo el desayuno... a la cama. Por lo visto estaba muy contento con la sesión de fotos de la noche anterior. No podía esperar a ver las imágenes. Lo animé a que me las enseñara en privado por si me daba por intentar tirármelo. Dijo que lo haría más tarde, pero... teníamos mucho trabajo que hacer. Un orgasmo matutino rápido con la boca de Alec entre las piernas me dejó rebosante de energía y lista para comerme lo que fuera. Literalmente. Lo usó para despertarme y sacarme de la cama, el muy sinvergüenza. Se lo había puesto demasiado fácil. Lo único que tenía que hacer era complacerme, y se lo había regalado.

Cuando llegamos al loft me colocó con rapidez en mi silla, sólo que esta vez estábamos ante el cuadro de Aiden que había pintado la noche anterior. Me pidió que me quitara la ropa y que me pusiera de pie junto al cuadro. Luego hizo que me situara de lado y colocó mi mano izquierda sobre la erección de la imagen, cubriéndola parcialmente. Me hizo apoyar el codo en la pared. Si hubiera estado tumbada, habría dado la impresión de que le estaba haciendo una paja a Aiden. Alec sacó cientos de fotos y eso fue todo ese día.

Al día siguiente volvió a sentarme en mi silla y a pintarme los labios. Me llevó frente al cuadro que había terminado la noche anterior, sólo que éste era más sencillo. Consistía tan sólo en una serigrafía sobre una pintura de mi brazo extendido. Cuando me tuvo en posición, me hizo besar la serigrafía de mi mano sobre la polla de Aiden. Fue como mínimo interesante, aunque no acabé de comprenderlo.

—Ya lo harás, Mia. Te lo prometo —dijo él sin darme más explicaciones.

Pasó otro día y esta vez, cuando llegué al loft, había pintado un cuadro gigantesco, en el que estábamos Alec y yo en la cima de la pasión, colgado junto a la imagen de Aiden. Entre el del modelo y el de nosotros dos había una serigrafía de Aiden conmigo, sólo que no era una foto que esperase ver ni que supiera que Alec había hecho.

La imagen era de cuando Alec había puesto fin a la sesión de fotos del otro día. En ella estábamos cada uno mirando para un lado. De algún modo, pese a estar desnudos,

una extremidad tapaba las partes. Yo tenía las rodillas contra el pecho y Aiden se había dado la vuelta y se estaba acercando a mí. Si la foto no hubiera sido tan honesta, la habría odiado.

Señalé la imagen del centro.

—¿Por qué está ahí? —pregunté.

—Ya lo sabes.

—¿Te estás haciendo el tonto?

Alec negó con la cabeza.

—Para nada. Tienes que verlas como un todo, no una a una, y entonces lo entenderás.

Miré detenidamente la primera imagen. Aiden masturbándose, encontrando el placer con ayuda de sus manos, con mi mano encima de él tratando de ocultar ese momento tan íntimo del resto del mundo pero incapaz de hacerlo. Luego la imagen de Aiden intentando tocarme cuando yo me sentía incómoda e insegura con lo que estábamos haciendo. A continuación, el cuadro de Alec y yo entrelazados. Mi pierna encima de la suya, él dentro de mí, pero sin que se viera la penetración. Mi brazo a su alrededor evitaba que mis pechos quedaran expuestos. La expresión de nuestros rostros no tenía precio, ambos en lo más alto de la pasión. Juntos al borde del abismo.

Las tres juntas narraban una historia. Un hombre complaciéndose a sí mismo. El hombre que se suponía que iba a amar y a proteger a mi personaje, pero que no lo había hecho. Su amor no era correspondido, tal y como se veía en la segunda imagen. Después ella encontraba el amor en brazos de otro.

—¿Lo ves ahora? —me susurró Alec al oído rodeándome desde atrás con los brazos y estrechándome contra sí.

Asentí.

—Sí, está roto.

«¿Amor roto?»

De nuevo era incapaz de encontrar las palabras, así que asentí y me recliné contra su pecho.

—Entonces, así se llamará. Las colgarán juntas y las etiquetarán como *Amor roto*.

Cómo no. *Amor roto*. Era lo único que había conocido en mi vida. Lo único que había tenido. Muy apropiado.

8

Pronto acabaría mi tiempo con Alec. Dentro de ocho días, para ser exactos. Nos quedaban dos obras por terminar y todavía no había salido del almacén. No había visto nada de Seattle y, a pesar de que brillaba el sol, dudaba mucho que a Alec le apeteciera salir. Las últimas jornadas se las había pasado dando los toques finales a cada cuadro. Había dicho que iba a añadir un detalle a todos, todos los días, casi hasta el último momento, hasta el instante en que fueran a colgarlos en las paredes de la exposición, para la que faltaba una semana. Al día siguiente, yo me marcharía de Seattle. Por fin me iba a casa entre cliente y cliente.

A casa.

Por desgracia, no me refería a Los Ángeles. Iba a Las Vegas. Tenía que ir a ver a papá y estaba obligada a hacer el segundo pago en persona, a tener una reunión con el bueno de Blaine. No había sido idea mía. Era parte del trato. El muy hijo de puta... Debería haber sabido cuando me había mezclado con él años antes que me traería problemas. No fallaba: siempre me metía en líos por culpa de los hombres. Al menos ahora me pagaban y todo acababa al cabo de un mes. El siguiente. Sin dramas. Trabajo y punto. Al menos, en teoría.

Wes y Alec no parecían trabajo. Eran hombres majos y les había cogido cariño..., y mucho. Eran hombres con los que cualquier mujer querría estar, sin pensarlo. Pero yo no. Ni siquiera se trataba de una opción. Aunque me parecía que, en circunstancias distintas, Alec y yo tampoco duraríamos más que unos pocos meses. Que sí, que disfrutaba un montón con él y él apreciaba tenerme cerca, pero la nuestra no era una relación sobre la que cimentar nada. Me necesitaba para su trabajo. Yo lo necesitaba por dinero. A partir de ahí habíamos creado un vínculo que sobrevivía a base de atracción física y amistad. Nada más. Sin embargo, con Wes era otra historia. Wes era la clase de hombre por la que perdías la cabeza, del que presumir ante tus amigas, con el que soñabas con casarte algún día. No era alguien que amara y dejara a las mujeres,

aunque al principio hubiera intentado tirar por ahí conmigo... Hasta que se dio cuenta de que no le iba a funcionar y me pidió que me quedara.

Wes me había pedido que me quedara. Con él. Por él. Para que pudiera haber un «nosotros».

Suspiré en voz alta observando la habitación vacía y el día soleado tras los ventanales. Alec tenía que sacarme a la calle y punto. Llevaba más de dos semanas enteras en el almacén y ya estaba harta.

Justo cuando iba hacia el ascensor para secuestrarlo, sonó mi móvil.

—¿Diga? —pregunté sin mirar el nombre que había en la pantalla.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Cómo está mi mejor empleada?

Puse los ojos en blanco y me desplomé en la silla que había junto a la puerta.

—Hola, tía Millie.

—¿Cómo tengo que decirte que no me llames así? Llámame *señora Milan*, nena —me recordó por enésima vez. Como si fuera a hacerle caso.

Aunque sabía que no podía verme, meneé la cabeza.

—Ni de broma. Jamás lo haré. Tú me cambiabas los pañales, me conoces mejor que mi propia madre, esa perdedora que tienes por hermana. Y, para mí, siempre serás la tía Millie.

—Buf. No me recuerdes que soy una arpía vieja. A ver si me va a entrar complejo. Y eso me recuerda... —hizo una pausa y la oí escribir algo, garabateando una nota— que tengo que llamar a mi cirujano para que me refresque el bótox.

Gruñí.

—Qué asco, tía. No te metas esa mierda en la cara. Podrías quedarte así para siempre.

—¡No caerá esa breva! —respondió con cordialidad. A continuación, soltó una carcajada y luego volvió a los negocios—: En fin, que te llamaba para hablarte de don Marzo. ¡Te vas a Chicago!

Los dedos volaban sobre el teclado al otro lado de la línea telefónica. Me llevé la mano a la frente.

—Chicago. —No lo conocía. Sólo había estado en Nevada, en California y ahora en Washington, caray—. ¿Quién es el afortunado? —respondí con sarcasmo.

Ella chasqueó la lengua.

—Anthony Fasano. Un gran hostelero. Es el dueño de la cadena de restaurantes italianos más grande del país; ¿no conoces Fasano's?

—¡Madre de Dios! He estado allí miles de veces. A Gin y a mí nos encanta Fasano's. ¡Es el mejor italiano de Las Vegas!

—Sí, bueno. Anthony Fasano heredó mil doscientos restaurantes en Estados Unidos el año pasado tras el fallecimiento de su padre. Por lo visto, la familia está empeñada

en que se case y en que tenga descendencia. Son cinco hermanos, pero él es el único chico. Tú harás ver que eres la novia con la que mantiene una relación a distancia, de esas con las que siempre están rompiendo y luego vuelven. En este momento eres su prometida y vives en la costa Oeste. Te ha invitado a ir a Chicago para que conozcas a la familia y lo dejen en paz.

—Parece un chiste de Jerry Springer.

—Escucha, Mia: a nosotras lo único que nos interesa es que paguen una cuantiosa suma por tu culito redondo. Lo demás no nos atañe. Una reunión del consejo, un evento social, musa, fingir que eres la prometida de alguien para conocer a la familia... —Casi podía oír cómo se encogía de hombros—. A nosotras eso nos da igual. Tú sólo haz tu trabajo. Además, es otro ejemplar estupendo. Podrás ganarte tu veinte por ciento extra. Hablando del tema, has recibido un veinte por ciento adicional en tu cuenta bancaria procedente del señor Channing, y justo ayer el señor Dubois te ingresó otro tanto. Parece que te lo estás pasando bien —recalcó.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Además de que te estás sacando un buen...?

—¡No! Sí. Eso. ¿Wes y Alec me han pagado... por el sexo?

Cerré los ojos y sentí que no me latía el corazón.

—La madre que... —susurré. Un tsunami de lágrimas se concentraba en mis párpados, listo para romper la presa y fluir con libertad.

—Preciosa, tienen que pagarte. Me sorprende que no lo hayas visto antes. El señor Channing nos pidió tu número de cuenta y te hizo la transferencia antes de que te marcharas de Malibú. El señor Dubois hizo que uno de sus ayudantes te lo ingresara ayer. ¿Qué problema hay?

Meneé la cabeza y apreté los puños. Sólo quería echar abajo la pared más cercana. Me ardía la sangre como si fuera lava y yo un volcán a punto de entrar en erupción.

—He de irme —dije—. Envíame los datos del próximo cliente. —Colgué con brusquedad, luego pulsé unas teclas en mi teléfono y le di al botón de llamar.

Sonaron un par de tonos, lo justo para que mi ira alcanzara el punto de ebullición.

—¿Eres tú? —La voz de Wes apareció al otro lado del aparato, con sabor a arena y sal—. Justo estaba pensando en ti...

—No gastes saliva. ¿A qué coño estás jugando? —Mi tono era cortante como una navaja de afeitar.

—A ver, rebobina. ¿Qué te pasa? —Parecía preocupado pero era una farsa. Todo entre nosotros no había sido más que una puta mentira.

—¡El dinero, Wes! ¿Cómo has podido hacerlo? —Se me quebró la voz al intentar pronunciar aquellas palabras tan feas.

—¿No lo has recibido? Santo cielo, ¿está bien tu padre? Puedo arreglarlo. Te

pagaré lo que necesites. ¡Dime que estás bien, Mia! —rugió.

—Mi padre está bien. Sigue en coma. No me refería a lo que les debo a los prestamistas. Me refiero a cómo has podido ingresar dinero por haber estado conmigo. En sentido bíblico. ¿O para ti no era más que sexo?

Cuando respondió tenía la voz tierna y cargada de emoción.

—Lo importante nunca fue el dinero, Mia, y lo sabes tan bien como yo. —Podía percibir la tensión en su voz, cómo intentaba contener la frustración.

—Entonces ¡¿por qué?! ¡¿Por qué me has tratado como a una puta?! —Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas más rápido de lo que tardaba en secarlas.

—No. ¡Por Dios, claro que no! No te atrevas a decir eso. Mia, no tiene nada que ver.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué has ingresado en mi cuenta corriente veinte mil dólares de más? ¡Me lo ha dicho Millie!

—¿Quién coño es Millie?

—Mi tía. La señora Milan. Es la dueña de Exquisite Escorts. ¿Te acuerdas? ¿Te refresco la memoria?

—¿Trabajas para tu tía?

Apreté los dientes; la rabia era más fuerte que la tristeza y me cegó hasta que no veía nada más.

—¡Ése no es el problema, Wes! Creía que lo que había ocurrido entre nosotros significaba algo. ¡Por eso no te dije lo de la tarifa! Nunca te habría hecho pagarla. ¡No soy una prostituta! Estuve contigo porque me apetecía, no porque fueras a pagarme.

—Mia, cariño, escúchame bien. Está en el contrato. Además, quería que tuvieras el dinero. No me dejaste pagar al prestamista para ayudar a tu padre. Pensé que al menos podrías usar el dinero para sufragar las deudas cuanto antes. Lo siento, no tenía intención de herirte. —Hizo una larga pausa en la que no oí nada salvo un profundo suspiro—. ¡Mierda! Perdóname, Mia. Tienes que creerme. Yo nunca pensaría mal de ti. Me importas... Mucho... —Susurró las últimas palabras—. Te echo de menos. Más de lo que debería. No sé... Dime qué puedo decir para arreglarlo.

Respiré hondo y miré por la ventana. Todo estaba muy verde bajo el sol tras tantos días de lluvia.

—Me ha dolido, Wes. Me has hecho daño, pero...

—Pero ¿qué? —Parecía un hombre agarrado a un clavo ardiendo, a cualquier cosa que pudiera sacarlo del agujero en el que se había metido.

Cerré los ojos y me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Entiendo tus motivos. Te devolveré... el dinero.

—No, cariño, no. Por favor, deja que te ayude a salir cuanto antes de este embrollo. Soy muy egoísta, ya lo sé, pero... —Tenía la respiración agitada—. Tal vez te traiga

antes de vuelta a Los Ángeles. O ayude a tu hermana con la universidad. Lo que necesites, Mia. Sólo quiero ayudarte. Por favor, déjame hacerlo.

—Wes...

—Por favor.

—Está bien.

—Gracias —musitó en voz baja, como hacen los amantes—. ¿Estaremos bien? ¿Seguimos siendo...?

—Amigos —le ofrecí.

Se rio desde lo más profundo de la garganta. Era el sonido más hermoso que había oído en tres semanas.

—Eso, amigos —terminó.

—Lo somos. He de irme.

—¿Tu cliente? —dijo sin tono definido, sin emoción.

Asentí pese a que no podía verme.

—Yo también te echo de menos, ¿sabes? —dije.

—¿De verdad?

—De verdad. Nos irá bien. ¿Hablamos más adelante?

—Sabes dónde encontrarme, cielo. Tienes la llave.

—Adiós, Wes.

Colgué antes de poder oír su respuesta. Oírla me habría hecho querer saltar a través del teléfono y besarlo, tranquilizarlo y hacerlo sentir mejor. Hacerme sentir mejor. Al menos lo había hecho por ayudarme, sin ser consciente del mensaje que me estaba enviando.

«No soy la fulana de nadie.»

Era hora de poner firme a Alec.

—*Ma jolie!* Estoy listo para recibirte. Tenemos que hacer fotos para *Amor egoísta* —me soltó en cuanto entré en el loft. Me llevó a toda prisa a la sábana blanca con la que había cubierto el colchón—. Desnúdate, no podemos perder tiempo.

Antes de que fuera capaz de expresar la ira que bullía en mi interior a causa del dinero, me quitó la camiseta y empezó a desabrocharme los pantalones. Al instante, se me calentó la entrepierna ante sus insistentes caricias. Cuerpo traidor...

—¡Para, franchute! ¡Tengo que hablar contigo!

—¿Ahora? —dijo alejándose hacia la escalera.

Sus movimientos eran rápidos, precisos, y no mejoraban la situación. Alec tenía la cabeza en su proceso creativo, ese estado mental en el que se quedaba mirando las musarañas o en el que se ponía a pintar a tal velocidad que parecía que no viera lo que

estaba haciendo. Era raro a más no poder.

—Alec, necesito hablar contigo —repetí mientras uno de sus ayudantes me tiraba de los pies intentando conseguir que me quitara los vaqueros.

Hice lo que él quería para acabar con esa parte cuanto antes. Cuando me dejó en sujetador blanco y bragas, me ayudó a colocarme. La peluquera a la que Alec había contratado se dispuso a arreglarme el pelo, atusándolo como si yo estuviera acostada, extendido en todas direcciones.

Luego, uno de los asistentes se acercó con la pintura roja.

—¡No! —dije apartándolo con la mano—. Alec, ya te he dicho que necesito hablar contigo. Es sobre el dinero que apareció ayer en mi cuenta corriente —mascullé esperando que me mirara.

No lo hizo. En vez de eso, se puso a preparar la cámara, las luces y a dar órdenes, hasta que por fin me contestó.

—*Oui*, hice que lo enviaran ayer —comentó ausente mientras miraba por la lente de la cámara.

—¿Por qué?

—Métete la mano en las bragas, cierra los ojos y haz como que estás pasándotelo bien tú sola.

—¿Perdona?

Alec suspiró y apretó la mandíbula; uno de los músculos le temblaba deprisa.

—Mia, presta atención. Tenemos...

—Tenemos mucho que hacer, ya lo sé —bramé en respuesta—. Me lo has dicho ya dos o tres veces.

Su mirada buscó la mía como una bala y entornó los ojos.

—Entonces ya sabes que tengo encima el plazo de entrega. La exposición se inaugura dentro de una semana y todavía faltan dos cuadros por pintar. Éste y otro más que aún he de visualizar. ¿Qué problema tienes ahora? Te transferí el dinero y lo has recibido, *oui*?

—Sí, Alec, pero... —Miré a mi alrededor. Había al menos diez personas pululando cerca, cosa rara para una sesión de fotos picantes. Normalmente, ésas las hacía en privado—. Quiero hablar contigo a solas.

—Y lo haremos una vez haya hecho las fotos.

Con un suspiro de resignación, asentí e hice lo que me pedía. Sólo que las fotos no salían bien y era como lidiar con un basilisco. Al final, hizo salir a los ayudantes.

—Hoy ha sido un día perdido —dijo Alec echando espuma por la boca. Se llevó sus largos dedos de artista al pelo y se quitó la goma que sujetaba su lustrosa cabellera negra, que cayó libre hacia adelante. Luego empezó a dar paseos por el loft y a hablar solo en francés.

—Y ¿qué esperabas? ¿Quieres que me sobe el toto en una habitación llena de gente y encima estando cabreada contigo?

Dejó de andar, sacudió la cabeza y se puso en jarras. Me recordó a una mujer. Una mujer muy masculina y que estaba de rechupete, pero lo de las manos en las caderas era una postura muy de chica.

—Y ¿qué motivos tienes para enfadarte? —dijo en tono avinagrado y enfadado.

Me rasgué las vestiduras lo justo para avivar el fuego que había mantenido en brasas en las últimas horas. Me eché hacia adelante y crucé las piernas.

—Me has pagado por el sexo. ¡Eso me pasa!

Respiró hondo antes de decir muy despacio:

—Y eso te cabrea; ¿por?

—¡Porque no soy una puta! Es la segunda vez hoy que un hombre me trata como si fuera su fulana particular. ¡No me he acostado contigo por el dinero! Por Dios, ¡¿cómo es posible que los hombres sean tan obtusos?! —grité al vacío. El eco retumbó en las paredes con más fuerza de la que esperaba.

Torció el gesto.

—Nos hemos acostado. Tu contrato estipula que se te ha de abonar un veinte por ciento más por quitarte la ropa y/o por sexo.

Soltando un gruñido, me levanté y fui directa hacia él.

—¿No decías que me estabas haciendo el amor? —le espeté.

—Eso hacía. Es lo que hacíamos. Por desgracia, a ojos de la ley, las cosas son diferentes.

—¡A ojos de la ley es prostitución! La regla es una de esas trampas no escritas para eludir la ley, joder.

—Entonces bórralo de tu contrato. La señora Milan lo incluye como un añadido. Está en la letra pequeña, pero se asegura de que lo recibas. Además, te has desnudado a menudo por mi arte, sólo por eso ya te lo has ganado. Ahora dime, ¿cómo debería tomármelo, *chérie*? ¿Hum?

Dejé caer los hombros y agaché la cabeza. Mierda. No era culpa suya. No estaba haciendo nada mal, sólo estaba siguiendo lo que él creía que eran las reglas. Era oficial: era una idiota.

En ese momento podría haberme echado la bronca, haberme hecho sentir aún peor, pero me rodeó con sus brazos largos y fuertes y me abrazó mientras yo me ahogaba en la autocompasión. No eran los hombres quienes me hacían creer que era una fulana. Era yo. Mis inseguridades se habían atrincherado en mi psique y me estaban destrozando.

—Perdóname —dije.

—Shhh, no es nada. Me imagino que es muy duro para ti.

En la calidez de sus brazos, intenté aclararme las ideas. Me dije que sabía lo que

era y lo que no era. Ni el dinero, ni los malentendidos, ni siquiera la tía Millie iban a cambiar eso. Era muchas cosas: hija, hermana, amiga, medio actriz, era la musa de aquel hombre, pero no era una cualquiera, ni una puta, ni una fulana. Tal vez fuera una chica fácil, pero no una puta.

Cómoda con mis conclusiones, besé a Alec con toda el alma. Luego me aparté, volví a mi sitio en el suelo y me abrí de piernas. Con un brillo descarado en los ojos, me metí la mano entre el sujetador y las tetas. Sus ojos de tigre brillaban bajo los focos mientras me observaba. Deslicé la otra mano hacia mi vientre. Alec subió la escalera a trompicones y cogió la cámara.

—Enséñame todo lo egoísta que puedes llegar a ser con ese cuerpo tan espectacular, *ma jolie*.

Y eso hice. Cerré los ojos y jugué con mi cuerpo como si él me estuviera tocando. Cada movimiento procedía de sus manos. Todos mis suspiros eran para él y sus labios engullían mis gemidos.

Mi imaginación no falló a la hora de ofrecerle la foto perfecta.

9

De la mano, Alec y yo salimos del almacén. El sol brillaba con fuerza, el viento agitaba mi pelo y el mundo abría los brazos para recibirme. «Hola, mundo. Te he echado de menos.»

—¿Eres consciente de que es la primera vez que salimos del almacén desde que llegué? Aquí sólo me quedan tres días.

Alec levantó mi mano y me besó el dorso.

—La verdad es que no, *ma jolie*. Perdóname, he sido un anfitrión lamentable.

Me reí y balanceé su brazo mientras caminábamos.

—Es que tenías...

—Mucho trabajo que hacer —dijimos al unísono, y rompimos a reír.

—Lo siento, *chérie*. Cuando me concentro sólo existen el trabajo, la comida, la gratificación sexual y el dormir.

—Lo último lo practicas poco —lo regañé. Era verdad. El hombre dormía menos que un insomne.

Le estreché la mano y me volví hacia él.

—¿Adónde vamos?

Alec llevaba el pelo recogido en su moño de siempre. El sol le daba un tono menos dorado y más rojizo. Seguía siendo increíble. Llevaba una camiseta blanca de cuello redondo y unos vaqueros gastados de color índigo. La cámara colgaba descuidadamente de su hombro. Alec Dubois, más bueno que el pan. Masculino, sexi, para chuparse los dedos y lo que a una le dejaran. Y yo era la afortunada que iba a disfrutarlo... tres días más.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó.

Miré las calles de Seattle y dije lo que diría cualquier turista:

—¡Ir a la Aguja Espacial!

Sonrió.

—Me alegra oírlo porque tenemos mesa reservada allí para cenar. Pero en este momento, ¿qué te parece si te sorprendo?

—Vale.

Alec llamó a un taxi. Le dio una serie de indicaciones que a mí no me decían nada y yo me dediqué a mirar por la ventanilla hasta que el vehículo se detuvo. Alec pagó al conductor y me abrió la puerta. Salí y me quedé de piedra.

A cinco metros había un letrero de madera con letras gigantes en blanco nuclear donde se leía «ZOO». Para ser más exactos, «PARQUE ZOOLÓGICO WOODLAND».

—¿Vas a llevarme al zoo? —Sonreí de oreja a oreja.

—¿Por qué no? No he ido nunca y hace años que vivo aquí.

—Por nada. —Lo cogí otra vez de la mano—. Vamos a ver los animales.

No le dije que nunca antes había pisado un zoo. Jamás. No era una atracción popular en Las Vegas y, cuando mi madre nos abandonó, papá no nos llevaba a pasar el día en familia.

Resultó que me encantaban los zoos. Había mil cosas para ver, tocar y explorar.

—¿Qué es lo que más te ha gustado hasta ahora? —preguntó Alec pasándome el brazo por encima de los hombros.

Negué con la cabeza.

—Es imposible elegir. Si tuviera que escoger, diría que los ocelotes.

—¿Los felinos?

Asentí y continué:

—Me identifico con las gatas. Llevan una vida solitaria, se emparejan cuando lo necesitan, cuidan de la progenie, les enseñan a cazar y luego los dejan en libertad. —Las cejas de Alec estuvieron a punto de convertirse en una sola, arrugando su precioso ceño—. Además, son preciosas. Si fuera un animal, sería una de ellas. ¡Son sexis a rabiar! —dije para animar la cosa—. ¿Y tú?

Él frunció los labios. Recé para que no escudriñara en mi respuesta. No era momento de abrir antiguas heridas, sino de vivir, de crear recuerdos que durasen toda la vida ahora que casi había llegado el día de mi partida.

—Si tuviera que elegir, elegiría al zorro ártico.

Qué elección más rara. Me lo imaginaba como una gacela o algún animal exótico.

—Guay, ¿por qué?

—Porque son monógamos y se emparejan una vez en la vida. Siempre he envidiado a las personas capaces de hacer eso. Ahora que he visto que una criatura tan deslumbrante como el zorro lo hace..., siento que para mí también hay esperanza.

—Ay, ay, ay, francesito. Eres un blando debajo de todo ese músculo. —Le toqué el pecho, me puse de puntillas y le di un pico.

Él me rodeó con sus brazos por la cintura y me besó con ganas. Entonces oí un clic.

Abrí los ojos y vi que había sacado la cámara para hacernos un *selfie* mientras nos besábamos.

—Pero qué cursi... ¿Un *selfie*? ¿Tú, que eres un artista? ¡No tengo palabras!

—Y ¿de qué otro modo iba a inmortalizar este beso para siempre?

Le toqué la sien con el pulgar.

—Usa la cabeza. El tiempo que hemos pasado juntos vivirá siempre en tu recuerdo.

—Y ahora también en foto.

Pasamos el resto del día paseando entre las jaulas de los animales. Empecé a entender su atractivo. Había familias por todas partes. Me hicieron echar de menos a mi Maddy. ¿Había estado alguna vez en el zoo? Tomé nota mental de llevarla en el futuro. Había muchas cosas que Maddy y yo nos habíamos perdido en la infancia. Iba a tener que corregir eso, en cuanto librase a mi padre del «corredor de la muerte» en el que se había metido con los prestamistas y se despertara del coma. Era poco probable, pero no imposible.

Más tarde, el taxi nos dejó en la entrada de la Aguja Espacial. La primera parada fue la cubierta de observación, con vistas de trescientos sesenta grados de la Ciudad Esmeralda, como la llamaban sus habitantes. Parejas y familias salpicaban el paseo. Encontramos un pequeño afloramiento del terreno desde el que podíamos ver con facilidad la puesta de sol. Era tan bonita que quitaba la respiración. Me quedé de pie con las manos apoyadas en la barandilla, mirando fijamente el cielo. Una oleada de clics me desconcentró de la maravilla visual que tenía delante.

—¿Qué? —Le sonreí a Alec.

Se acercó, me pasó la mano por el pelo y me besó. Fue un beso para recordar. Lento, suave, firme y ardiente. Una corriente de deseo arrasó mi sistema nervioso. Luego él se apartó y pegó su frente a la mía.

—Eres demasiado preciosa. Demasiado bella. Demasiado para que alguien te retenga para siempre. El hombre que se gane tu amor... para siempre... será *un homme très chanceaux*.

—¿Eso qué significa? —susurré contra sus labios antes de acariciar su nariz con la mía.

Sus dedos se hundieron en los mechones de mi melena y me cogió de la nuca. Tenía los ojos dorados como la arena, de un color que sólo existe en los cuentos de hadas.

—Significa que será un hombre muy afortunado. Que tener tu amor para toda la eternidad hará de él un hombre muy rico.

—Alec... —Meneé la cabeza y la apoyé en su pecho, el lugar más seguro en el que podía refugiarme en ese momento.

—Ay, *ma jolie*, cuánto voy a echar de menos tu amor en mi vida —dijo abrazándome tan fuerte como yo lo estaba abrazando a él. Puede que más.

Pese a que me quedaban un par de días más con Alec, ése era el momento que recordaría toda mi vida. El momento en que me había dado cuenta de que había muchas clases de amor y de que estaba bien amar a quienes les dabas una parte de ti, incluso aunque no la merecieran. Alec se la merecía, y siempre tendríamos ese momento.

Habíamos hecho arte juntos, habíamos amado juntos, a nuestra manera. Y eso era lo que importaría cuando reflexionara sobre mi vida y sobre mis decisiones pasadas. Y sobre las que iba a tomar en el futuro. Mi tiempo con Alec había sido especial, y supe que, a medida que fuera avanzando esa aventura, cada cliente añadiría algo al tapiz de mi vida.

—Ven, vamos a cenar para poder volver a casa. ¡Vas a ser mi postre! —Levantó las cejas y me llevó de vuelta al ascensor.

La noche en el restaurante Skycity fue más que impresionante. Yo tomé el pollo *jidori*, que estaba rebozado con mozzarella ahumada y pan rallado. ¡Estaba para morirse! Alec se pidió el solomillo. Llevaba un queso parecido al de la *fondue* que hizo que me temblaran las rodillas. Durante la cena intercambiamos bocados de nuestra comida y un poco de nuestras vidas antes de «Amor en lienzo». Alec se sorprendió de que me hubiera criado en el desierto. No me preguntó por qué era escort ni qué me había empujado a elegir el oficio, cosa por la que me sentí muy agradecida. Le interesaba más mi breve y prometedora carrera de actriz y mi amor por las motos. A cambio, yo descubrí que había venido a vivir a Estados Unidos con veinte años pero que volvía a Francia al concluir las exposiciones importantes. Se marcharía allí a los pocos días de que yo pasara al siguiente cliente.

Conectar con Alec más allá de nuestra atracción física estuvo muy bien. Nos imaginaba siendo amigos una vez me hubiera ido, aunque nada parecido a lo que creía tener con Wes. Mi surfista era único en su especie.

Y llegó el gran día. La exposición «Amor en lienzo» de Alec Dubois. El loft había sido totalmente transformado para celebrar un evento como los de una galería de arte, o eso me habían dicho. Me tenía un poco nerviosa qué impresión iba a llevarse la gente del arte de Alec, más que nada porque yo era el tema recurrente en todas las obras. Una vez acabadas, había un total de siete lienzos expuestos. Dijo que tenía otro más que yo no conocía y que quería que fuera una sorpresa. Trabajar en ese último había ocupado la mayor parte de su tiempo de los dos últimos días.

Necesitábamos esa separación porque al día siguiente yo cogería un avión rumbo a Las Vegas, un viaje que me sacaría de la vida de Alec... seguramente para siempre.

Nadie sabía qué nos depararía el futuro, sólo sabíamos que era imposible detenerlo.

La tía Millie me había enviado el billete de avión a Las Vegas y el billete de ida a Chicago, donde Anthony Fasano me estaría esperando en persona. Se acababa mi tiempo en Seattle. Antes de veinticuatro horas estaría en un avión rumbo a casa. Gin y Maddy me recogerían en el aeropuerto y me llevarían directamente a ver a papá. Necesitaba ver a mi padre.

El reloj marcó las seis, hora de prepararme para la gran noche. Rebusqué en la maleta y saqué el vestido que me había traído. Al ser una chica de Las Vegas siempre llevaba un vestido negro conmigo, uno que sirviera para ir arreglada, que no se arrugara y que resistiera ir hecho un moco en el bolso. Estaba segura de que iba a tener que ir descalza, con chanclas, o cometer un atentado contra la moda y ponerme botas de motera. Estaba sopesando mis limitadas opciones cuando una gigantesca caja blanca con un lazo rojo brillante apareció sobre la cama, junto al lugar donde estaba revolviendo mis cosas.

—Para ti. —La voz de Alec llenó la habitación y despertó mis sentidos con un sensual saludo.

Me volví con la boca abierta. Estaba de pie, ya arreglado para la velada. Iba de traje. Era la primera vez que lo veía vestido tan formal. Me quedo muy corta al decir que estaba deslumbrante. Se me hacía la boca agua de ver su hermoso cuerpo envuelto en seda fina. Todo negro. La chaqueta, la camisa, la estrecha corbata de satén. Me puso a mil. Se me humedecieron los muslos y noté la tensión bullendo en el aire. Dejé que la toalla con la que me había envuelto mientras buscaba algo que ponerme cayera al suelo.

—*Douce mère de toutes les choses saintes* —susurró en francés.

Eso no ayudó a mi libido. En vez de calmarme, me encendió aún más. Me mordí el labio inferior y me balanceé, observando cómo se me acercaba. En un abrir y cerrar de ojos, la boca de Alec cubrió la mía, y yo tenía la espalda contra la pared. Sus manos se deslizaron bajo mis nalgas y me levantaron del suelo. Gemí al sentir lo que llevaba dentro de los pantalones apretándome aún más contra la pared, justo donde yo más lo deseaba.

—Ahora no puede ser —le advertí, aunque no me lo creía ni yo.

Le chupé el cuello y los labios y le clavé los talones en la cintura. Gruñó y me metió la lengua en la boca. Durante unos momentos eternos no hubo nada más que lentas y profundas pasadas de su lengua, mordiscos de sus dientes y la seda contra mi piel.

—Se puede. Podemos. —Sentía su aliento en mi cuello con cada una de sus palabras—. *Nous allons nous dépêcher.*

—¿Eso qué significa? —Le mordí donde tanto le gustaba, detrás de la oreja, y le tiré del moño para verle la cara.

Tenía la mirada profunda, en la negrura de sus pupilas sólo existía la promesa de

complacerme.

—Significa que podemos darnos prisa. —Se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones, sacó un condón del bolsillo y, en cuestión de segundos, ya estaba a punto de empalarme.

—Joder, Alec, no te detengas. ¡Te quiero entero! —dije.

Le encantaba que le dijera esas cosas, y yo lo sabía. Deslizó la punta gorda por mi raja, bañándola en mis jugos, masajeándome el culo con las manos. Luego me la metió hasta el fondo.

—La madre de... —exclamé, con su polla de acero llenándome más que nunca, tan adentro que no podía respirar y sólo cogía aire cuando él me lo insuflaba con sus besos —. Es la gloria. Siempre es glorioso contigo.

Gimió contra mi cuello, me empotró contra la pared y me sostuvo allí, colgada de su tranca, mientras con las manos acariciaba la piel sensible de mis tetas y me retorcía los duros pezones, que eran como dos picos anhelantes y en carne viva. Con cada pellizco, tirón y caricia me enviaba al nirvana.

—Me voy a correr —le anuncié, y él sonrió contra mi pezón erecto y lo cubrió con la boca.

No hizo falta más. Con eso bastaba. El orgasmo me hizo mil pedazos, igual que una motosierra convierte un tronco en virutas.

—Jamás olvidaré cómo te sientes en este instante, *ma jolie*. *Je t'aime.* Te quiero — dijo antes de comerme la boca.

Mi coño seguía succionando su polla, dándole lo que necesitaba mientras me follaba como un poseso. Cuando hubo terminado, me despegó de la pared y me llevó a la cama. Se sentó todavía dentro de mí. Hicieron falta varios minutos para que mis extremidades temblorosas se recuperasen. Alec continuaba abrazado a mí, calmándome como hacía siempre. A menudo había pensado si lo relajaba tanto como a mí.

—Vamos a llegar tarde a nuestra propia exposición —dije con una risita tonta.

Sonrió.

—Por una buena razón. —Me guiñó el ojo y señaló la caja blanca—. Es para ti. Póntelo esta noche.

Emocionada, salté de encima de él y me quedé de pie junto a la cama. Alec se encargó del preservativo mientras yo destapaba mi regalo.

Dentro de la caja encontré un vestido de cóctel de color champán. Tenía cristales diminutos que brillaban y resplandecían según les daba la luz, y el cuello desbocado caía incitante sobre mis pechos. La tira de tela que lo sujetaba a mi hombro lo hacía de tal manera que la caída de la tela resultaba del todo natural. El bajo llegaba justo por la rodilla, y el vestido me quedaba que ni pintado. Los zapatos eran de Gucci. Eran de oro brillante con tacón de aguja de diez centímetros de alto y un poco de plataforma.

Absolutamente perfectos.

—Nunca he conocido a una mujer que no amara los zapatos.

—A todas las mujeres les gustan los tacones de «ven y fóllame». Sobre todo si son sexis y están buenas. Lo llevamos en el ADN —dije encogiéndome de hombros—. Hemos nacido así.

Alec se alisó el traje mientras yo terminaba de arreglarme. Luego me llevó a la fiesta. Cuando bajamos ya estaba de lo más animada. En cuanto cruzamos el umbral se dispararon los flashes en toda la sala. Una rubia con un traje blanco ajustado me robó a Alec al instante. Era su publicista. No la había visto desde los primeros días, pero lo cogió del brazo con tanta fuerza que parecía que fuera a hacerle sangre. Él se dio la vuelta para mirarme, bajó las comisuras de los labios y frunció el ceño para hacerme saber que no estaba contento con el cambio, y yo le envié un beso.

Un hombre con una bandeja de champán me ofreció una copa. Cogí las burbujas rosa y me dirigí al primer cuadro. Era yo, estaba claro, aunque Alec le había añadido mucha más profundidad que la primera vez que lo había visto. Ahora era como si pudiera atrapar la lágrima que rodaba por la mejilla de mi imagen y emborronar los besos rojos que cubrían el cuadro.

Debajo de la imagen se leía «*No hay amor para mí*». Caminé unos cinco metros y vi la misma imagen, sólo que esta vez incluía la serigrafía de la pintura en la que yo salía acariciando el corazón de la original.

«Amarse a uno mismo.» Leer aquello era como atravesarme el corazón con una lanza que tocaba emociones que no estaban lo bastante ocultas bajo la superficie.

Incapaz de mirarla ni un segundo más, me acerqué al conjunto de tres cuadros, uno junto a otro, donde más animación había. Los invitados eran muchos y la luz brillaba sobre los tres lienzos gigantes. Encima del trío se leía *«Amor roto»*, pero vi que debajo cada uno tenía su propio nombre.

El primero era de Aiden dándose placer con mi mano cubriendo su erección y se titulaba *«Amor prohibido»*. En el cuadro del centro, Alec había capturado un momento especialmente duro entre Aiden y yo y lo había llamado *«El amor duele»*. Y entonces llegaba el último. Alec y yo juntos, entrelazados en plena pasión. Era sin duda el más impactante de los tres. Había añadido remolinos de pintura roja alrededor de la pareja para subrayar la intensa pasión que compartían. Debajo, el nombre simplemente era: *«Nuestro amor»*.

Y era nuestro amor. De Alec y mío. Bello y apasionado, salvaje y, aun así, un amor al que había que mimar y cuidar. Su pureza había quedado perfectamente plasmada en el lienzo.

Seguí andando a lo largo de la pared, observando cómo la gente comentaba las obras. No oí ni un solo grito de desagrado ni un comentario ofendido. Eso debía de

significar que la gente aceptaba su visión de artista.

El cuadro me había puesto cachonda. Tenía las bragas empapadas y estaba lista para abalanzarme sobre Alec en cuanto volviera a verlo. *«Amor egoísta»*, lo había titulado: servidora dándose gusto para que todo el mundo lo viera. Era poderoso, sincero y valiente. Al menos, así me hacía sentir a mí.

Los brazos de Alec me rodearon mientras contemplaba el lienzo.

—¿Te gusta?

—Me gustó más hacerlo —dije con voz ronca y un gemido.

—Ya veo. Luego repetiremos la escena, ¿te parece? —Asentí a toda velocidad—. Quiero enseñarte el último. Es mi mejor fotografía hasta la fecha.

Eso era mucho decir. Alec Dubois era un artista y un fotógrafo extraordinario. Sus fotos estaban por todas partes: calendarios, litografías firmadas... Me llevó hacia el único cuadro que se hallaba cubierto por una gran cortina blanca.

Me quedé quieta mientras la muchedumbre que nos rodeaba esperaba la gran revelación.

—Este retrato se va a vender por el doble de su precio. La mitad de ese dinero será para ti, *ma jolie*.

Eso no me lo esperaba, y negué con la cabeza varias veces, pero él se limitó a sonreír y a descorrer la cortina. Era yo, sólo que era yo de verdad. Yo a secas. Sólo Mia. Estaba de pie en la cubierta de observación de la Aguja Espacial, mirando al horizonte. Mi pelo ondeaba al viento como una bandera negra en alta mar. Estaba serena, feliz, extasiada y absorta por la belleza que tenía ante mí. En aquel momento parecía libre, en vez de atrapada en los confines de un trabajo que no quería pero al que me estaba acostumbrando. No estaba salvándole el pellejo a mi padre ni pasándolas canutas intentando ser actriz en Los Ángeles. Belleza en estado puro. Y, por primera vez, me vi bonita. Alec hizo que me viera tal y como era en esa imagen.

Las lágrimas se agolparon tras mis párpados mientras contemplaba lo que había inmortalizado. Sentía el cuerpo envuelto en calor, el centro de mi visión era un haz de luz brillante, y lo demás, una cueva oscura. Busqué el título al pie del lienzo. Las lágrimas rodaban por mis mejillas, caían sobre la piel de mis pechos y al hormigón bajo mis pies. Miré a Alec fijamente a los ojos. Los tenía cristalinos, húmedos, aunque no permitió que se le escapara ni una lágrima.

Debajo de la foto más bella que jamás había visto de mí, se decía todo: *«Adiós, amor»*.

10

La noche anterior había sido alucinante. Me sentí como Cenicienta en el baile. Tras mostrar el último cuadro, los asistentes empezaron a atar cabos. Los periódicos y otros medios de comunicación me entrevistaron, nos hicieron fotos a Alec y a mí juntos, y se armó un revuelo estupendo. Fue muy divertido. Las copas de champán que bebí me sentaron de maravilla, todo hay que decirlo. Cuando todo acabó, Alec recibió ofertas para todos los cuadros. Éstos pasarían los próximos seis meses de gira por distintas galerías. Luego los compradores tendrían su Dubois original. Aunque primero Alec quería que todo el mundo pudiera ver su obra. Era evidente. Se trataba de la pasión de su vida y había que compartirla todo lo posible.

La ventana mostraba un cielo todavía oscuro, de color medianoche. No debía de faltar mucho para el amanecer. Antes de arreglarme para la fiesta, hice la maleta y la escondí en un rincón del piso de abajo. Mi vuelo salía temprano y quería marcharme sin que nadie se diera cuenta. Al igual que con Wes, no podía soportar la idea de tener que despedirme de Alec en persona. Contemplé su cuerpo desnudo y escultural y su rostro. Espectacular y ajeno a todo. Había bebido bastante más champán que yo y lo había mezclado con una bebida pija francesa de la que nunca había oído hablar. Después me había llevado a la cama, me había follado hasta dejarme más muerta que viva y se había dormido dentro de mí.

Había sido divertido, loco, emocional, el resumen perfecto de todo el mes. Quería que fuera nuestro último recuerdo.

Por lo tanto me levanté de la cama sigilosamente y metí su camiseta en la maleta. No veía por qué razón no podía llevármela de recuerdo. Además, olía a él. Cogí la bolsa y me duché en el baño de abajo. Cuando entré en la cocina eran casi las cinco de la mañana. El taxi llegaría dentro de veinte minutos. Tenía asiento en el vuelo de las siete a Las Vegas.

Saqué mi papel de carta especial y un bolígrafo. Había llegado la hora.

Alec, mi amado francés:

Siento dejarte así, pero es mejor si lo último que recuerdas es a nosotros haciendo el amor. Porque eso hicimos, hicimos el amor. Debería habértelo dicho ayer. No sé por qué no lo hice, pero así es, ¿sabes? Te quiero, Alec. A nuestra manera. La mejor manera. Como amigos, como amantes, como dos personas destinadas a amarse durante el tiempo del que disponíamos.

Siempre recordaré nuestros días juntos. Me has enseñado mucho sobre todas las clases de amor, y el modo en que tú lo ves es especial. Permanecerá conmigo todos los días de mi vida. A través de ti y de tu arte he sido capaz de ver todo el amor que puede haber en una relación si las dos personas son completamente sinceras. Nunca me has mentido, nunca me has dado falsas esperanzas, siempre me has dicho la verdad. Por eso te estoy muy agradecida.

Esta experiencia, ser tu musa, es algo que jamás soñé que me cambiaría. Pero lo ha hecho. Lo has hecho. A mejor.

Gracias, Alec, por enseñarme que está bien amar, regalar amor libremente y aceptar el amor que se me ofrece, aunque sólo dure un instante.

Je t'aime. Au revoir,

MIA

Besé la hoja junto a mi nombre y dejé la nota al lado de la cafetera. Me obligué a salir por la puerta cuando lo que quería era subir corriendo la escalera para verlo por última vez. Pero no. Llamé el ascensor y vi que mi taxi me esperaba tras la puerta del vestíbulo.

El aeropuerto estaba a rebosar. Cuando conseguí pasar el laberinto de seguridad, encontré la puerta de embarque y cogí el avión por un pelo. Me senté y me coloqué el portátil en el regazo. El móvil me vibró en el bolsillo delantero. Lo saqué y palpé un sobre. Se me aceleró el pulso, el corazón se me iba a salir del pecho... ¿Y si era Alec? Miré la pantalla.

De: Ginelle Harper
Para: Mia Saunders
Tengo muchas ganas de verte, feúcha. Uy, Mads me está echando la bronca por llamarte fea. Perdona, putón. ;-)

Me eché a reír, puse el móvil en modo avión y cogí el sobre. En el anverso estaba escrito mi nombre en elegante caligrafía inglesa. Sólo que no era mi nombre, sino como

él solía llamarme: *«Ma jolie»*. *Mi preciosa*, en francés. Ya lo estaba echando de menos. Cómo la frase salía de sus labios carnosos por las mañanas, su pelo alborotado sobre la almohada...

Meneé la cabeza para aliviar las emociones que amenazaban con explotar en un aluvión de lágrimas. Abrí el sobre y saqué una tarjeta. Era una réplica de un cuadro, uno suyo. Un pueblo de Francia que había pintado no sabía cuándo y con el que habían hecho postales y tarjetas. Era tan dulce como divertido. Ególatra.

Abrí la tarjeta y de ella cayeron un puñado de fotografías. Fotos de cuadros y la foto que nos había hecho. El *selfie* del que me burlé. Le estaba cogiendo la cara con la mano y besándolo hasta dejarlo sin sentido. Algunos mechones habían escapado de la tiranía del moño y los míos ondeaban salvajes al viento mientras nos besábamos. El sol nos iluminaba a la perfección. Apreté la foto contra mi pecho y dejé caer las lágrimas. Iba a echar de menos a mi franchute. Y mucho.

La última foto era una copia de mí, de la obra que había titulado, muy acertadamente, *«Adiós, amor»*. Era el final perfecto de un mes muy bonito. No había escrito nada en la tarjeta. Sus fotos lo decían todo.

Como con Wes, nunca olvidaría mi tiempo con Alec. Atesoraría esos recuerdos como parte de mi vida, en la que había vivido y amado de verdad.

Leí los correos electrónicos que la tía Millie me había enviado sobre mi nuevo cliente. Hice clic en el icono de la foto. ¡Virgen santa, otro macizo! No cabía duda de que era italiano. Un semental italiano. ¿De dónde sacaba esos pibones?, ¿de Macizos-R-Us? Anthony, *Tony* Fasano tenía treinta y un años y era exboxeador, a juzgar por la foto que estaba viendo. Tenía un cuerpo que parecía tallado en mármol bronceado. Con la piel aceitunada, el pelo negro tizón como el mío y los ojos azules como el acero. No era excesivamente alto para mi gusto, alrededor de metro ochenta, pero lo que le faltaba en altura le sobraba en belleza masculina bruta.

A juzgar por la foto, en la que se lo veía de pie y sujetando una especie de cinturón de boxeo, no tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo. ¿Cómo era eso posible? Era el dueño de una gran cadena de restaurantes italianos, en los que no se servía precisamente comida baja en calorías.

Puede que la foto fuera antigua. Como decía Millie, la razón por la que me necesitaba daba igual. Me necesitaba y punto. Y yo fingiría ser su prometida. Sólo Dios sabía por qué. Un hombre como ése debía de tenerlas comiendo de su mano, adorándolo por la mera posibilidad de casarse con un tío rico y guapo. Puede que su problema fuera el mismo que el de Wes, o puede que hubiera tenido demasiadas chicas guapas y fáciles y pocas chicas normales y corrientes.

En fin. Unos días en Las Vegas y partiría al encuentro de Anthony Fasano, de Chicago, Illinois.

A mí la ciudad de los vientos.

MARZO

1

En cuanto puse un pie en la terminal del aeropuerto de Las Vegas me vi apretujada entre dos cuerpos, uno largo y espigado y el otro menudo y fiero. En mis fosas nasales entró un torrente de chicle de menta y cerezas mientras los dos cuerpos serpenteantes me columpiaban arriba y abajo sin parar de gritar. Parecían las risas de las hienas del zoo al que habíamos ido Alec y yo en Seattle.

—Te he echado de menos un montón —dijo Gin antes de plantarme un beso en los morros. Ah, ella era la del chicle de menta.

Mi hermana Maddy me la quitó de encima y entonces me estrechó entre sus largos brazos. Ella era la de la cereza. Olía a cerezas desde que era pequeña. No le interesaba saber por qué. Igual que con todo lo demás, aceptaba que simplemente era así. Era lo único que importaba. Maddy me abrazaba con fuerza y, como era tan alta, me hacía parecer bajita pese a mi metro setenta. Pese a que yo era la mayor, ella era la más alta de la familia con su metro ochenta. A los diecinueve años era ya una belleza, pero aún no tenía las curvas que tenía yo a su edad. Parecía poseer un metabolismo imbatible que siempre la mantenía como un palillo. Qué suerte tenía.

A Maddy se le llenaron los ojos de lágrimas. Le cogí la cara entre las manos.

—Eres la chica más guapa del mundo —le dije viendo rodar los lagrimones—, pero sólo cuando sonríes.

—Siempre me dices lo mismo. —Sus labios se curvaron hacia arriba y me regaló la sonrisa que yo adoraba más que a nada en este mundo.

—Porque es verdad y porque lo eres, ¿verdad, Gin?

Mi amiga hizo estallar una pompa de chicle y me cogió del brazo.

—Sí. Hora de mover las cachas.

Puse los ojos en blanco.

—Se dice «hora de mover el culo», Gin.

Ginelle se detuvo en mitad de la terminal de llegadas.

—Lo que tú digas, barrigas. ¿Quién te ha nombrado catedrática de Lengua?

Me reí con ganas y me sentí muy bien. Genial, en realidad. La tensión salió por mis poros como si pudiera cobrar forma física, caer al suelo y desparramarse por el linóleo. Dios, qué bien sentaba volver a casa.

Las chicas me llevaron al coche de Gin.

—¿Dónde está el coche de papá, Mads?

Metí el equipaje en el maletero y subí al vehículo.

Maddy se sentó en el asiento de atrás del Honda de Ginelle y comenzó a retorcerse un mechón.

—Pues... —Se puso a observar por la ventanilla, sin saber muy bien adónde mirar, como si intentara pensar algo que decir.

Se me cayó el alma al suelo.

—¿Qué le ha pasado al coche de papá?

—Nada —dijo con un largo suspiro sin dejar de retorcerse el mechón rubio con la espalda encorvada. Fuera lo que fuese, no quería decírmelo.

—Cuéntaselo, Mads —la presionó Gin.

Maddy resopló y se sentó derecha. Cerró los ojos, los abrió. La determinación manaba de sus profundos ojos verdes en llamaradas esmeralda.

—Los tipos que le pegaron a papá también destrozaron su coche —dijo finalmente.

Me ardía la sangre en las venas.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —Notaba cómo la rabia me tensaba la espalda y cerraba mis puños. Los mantuve cerrados. Como se me acercara alguien, lo llevaba claro.

—Pensé que...

—¿Qué? ¿Qué haces para ir a clase?

—Por lo general, cojo el autobús y algunas veces me acerca Ginelle. —Miró a mi mejor amiga un instante. Gin esbozó una pequeña sonrisa—. También me lleva Matt, el chico del que te he hablado. Ha venido a recogerme un par de veces. Dice que lo hará siempre que pueda —afirmó con voz tensa.

—Seguro que sí. Mads, me preocupa tu seguridad. No vives cerca de la universidad y cuando acaban las clases estás rendida. ¿Cómo lo haces cuando te quedas hasta tarde en la biblioteca? —Cogí aire y lo solté de mal humor, cabreada y en mi sitio.

Mi hermana, en peligro. No podía usar el coche de papá porque Blaine y sus putos matones lo habían destrozado. Y ¿qué más? ¿Qué más podía pasar?

Maddy me puso la mano en el hombro y me dijo con suavidad:

—Estoy bien, Mia. Nos las apañaremos con lo que tenemos.

—Y una mierda. Mañana mismo compraremos un coche. No me puedo creer que no me hayas explicado que llevas todo este tiempo sin vehículo. —Con el índice, pinché a

Gin en el brazo—. Y tú... tú deberías haberme contado lo que estaba ocurriendo. —Con un largo suspiro me aparté el pelo de la cara.

—No puedes permitírtelo, Mia...

—No te atrevas a decirme lo que puedo o no puedo permitirme. Eres mi responsabilidad desde hace quince años. Que ahora tengas diecinueve no significa que vaya a dejar de cuidar de ti por arte de magia. —Apreté los dientes intentando recuperar el control—. Dios, sólo de imaginarte yendo a pie a la parada del autobús... ¡En nuestro barrio! Se me pone la carne de gallina, Mads. No vuelvas a hacerlo. Te lo pido por favor. —Suavicé mi tono y añadí—: Mañana te conseguiré un coche. He ganado un dinero extra con los dos últimos clientes.

—¿De veras? —Gin me miró de reojo; sabía lo que había tenido que hacer para ganarme la paga extra—. Y ¿cómo lo has hecho, chochín? ¿Boca arriba? —se burló.

Esta vez le pegué un buen puñetazo en el brazo.

—¡Ay! ¡Serás zorra! Te has pasado.

—¿Tú me llamas *zorra* a mí? No me he pasado para nada.

Entorné los ojos y la miré de reojo. Aunque iba conduciendo sabía que podía sentir los puñales que le lanzaba con la mirada.

—Vale —dijo—. Me lo he ganado, pero te obligaré a ver siempre que pueda el cardenal que me va a salir.

—Como quieras. ¿Puedes llevarnos a Mads y a mí a comprar un coche mañana?

Asintió.

—Me he cogido libres los días que vas a estar aquí.

—Qué dulce por tu parte.

—Soy muy dulce —dijo frunciendo el ceño.

—Nunca he dicho que no lo fueras.

—Pero has dejado caer que no suelo serlo. Te diré que anoche estuve con un tío y no paraba de repetir lo dulce que era mi vag...

Le tapé la boca con la mano.

—¿Te importa contármelo en otro momento, pendón? —Hice un gesto con la mirada señalando a Maddy en el asiento de atrás.

—Por favor... —intervino Maddy—. Como si no supiera de qué está hablando. ¿Te crees que me chupo el dedo?

Le quité a Gin la mano de la boca y me volví al instante.

—¿Quieres decir que ya has perdido la inocencia? —Apostaría cincuenta pavos a que mi piel, siempre bronceada, se puso blanca como el papel en ese momento.

Maddy se cruzó de brazos y levantó la vista al techo.

—Sigo siendo virgen. Si no, te lo habría contado, jolines. Pero sé lo que es que se lo coman a una. No soy imbécil.

—¿Te lo han hecho alguna vez? —Contuve la respiración, no muy segura de querer saber la verdad.

Negó con la cabeza, se mordió el labio y miró por la ventanilla.

—No, pero a veces me cabrea que me trates como si fuera una niña. Soy una adulta, hermanita. Tienes que aceptarlo. Y, si quiero dejar que un chico se arrodille y me coma el chichi, lo haré.

—¿Te coma el chichi? —repitió Gin—. ¿Te refieres al co...? —Le di un pellizco en la pierna antes de que pudiera cabrear más a Maddy.

—¡Ni una palabra! —rugí por su bien.

Ginelle abrió unos ojos como platos y me apartó de un manotazo.

—Mads, sabes que estoy aquí, que puedes hablar conmigo de lo que quieras. —Extendí la mano hacia el asiento de atrás para poder coger la suya—. Aunque no esté en Las Vegas, siempre puedes llamarme. De día o de noche, ¿entendido?

Ella apoyó la frente en mi mano.

—Te he echado de menos —susurró.

Le apreté los dedos con cariño.

—Yo a ti más.

Eso me valió su sonrisa perfecta característica. Madre mía, Dios había sido muy bueno conmigo el día en que me había dado una hermana pequeña como Maddy. Ni yo misma habría elegido una mejor.

—¿Vamos al centro de convalecientes? —preguntó Gin estropeando el momento.

—Sí. Tengo que ver a papá.

El hospital para convalecientes estaba en lo alto de una colina con vistas al desierto. Era raro, como si estuviera hecho para mantener a los enfermos lejos de Las Vegas y evitar así que arruinaran las luces y el glamour del centro de la ciudad.

Sin querer, caminé más despacio mientras recorríamos los pasillos. Las paredes estaban pintadas de amarillo claro y de ellas colgaban mosaicos del desierto. Teníamos que ir hasta el fondo.

Maddy se detuvo y abrió la puerta.

—Aquí es. ¿Quieres entrar tú sola?

—¿No te importa? —dije.

Ella se limitó a sonreír con cariño. Mi hermana era un alma vieja. La forma que tenía de leer las emociones de la gente era un don natural. Uno que yo no tenía, eso estaba claro. Tal vez si mi personalidad se hubiera parecido a la suya y si hubiera tenido unos ojos tan bondadosos como los suyos, yo también habría sido capaz de mantenerme lejos de hombres que no me convenían. Lo más probable era que por eso

siguiera siendo virgen. Era capaz de reconocer a un cabrón a kilómetros.

—Ven, Gin. Vamos a la cafetería a comprobar si la señora Hathaway ha hecho sus famosas galletas.

Los ojos de Ginelle brillaron como si acabaran de regalarle un diamante.

—Hasta luego. —Cogió a Maddy del brazo y se fueron en busca de golosinas.

«Puedo hacerlo. Es papá. Papá», me dije.

Con pasos minúsculos, entré en la habitación. Caminé alrededor de la cortina, que estaba corrida para dar privacidad, y encontré a mi padre. Parecía estar durmiendo, aunque sabía que no era así. Las lágrimas me nublaron la vista cuando me acerqué y me senté en la silla que había junto a su cama.

Tenía la mano en el costado. La cogí entre las mías, me incliné hacia adelante y se la besé.

—Papá... —dije, aunque apenas me oía a mí misma. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo—: Papá, soy yo, Mia. Estoy aquí —susurré.

Me llevé su mano al pecho y me acerqué a él todo lo que pude. Tenía mil veces mejor aspecto que cuando lo había encontrado el día que Blaine y su panda de animales le dieron la paliza, hacía ya dos meses. Un par de líneas rojas como dibujadas a lápiz descendían desde la sien hasta la mandíbula. Puede que siempre hubieran estado ahí, tal vez desaparecieran. El tiempo lo diría.

Por lo demás, tenía buen aspecto. Había perdido mucho peso. Tanto, que no parecía el grandullón achuchable que siempre había sido; sólo era una carcasa sin vida que antaño había pertenecido a un gran hombre. Porque lo había sido, al menos antes de que mamá se fuera. Contuve los sollozos, pero las lágrimas cayeron sin remedio.

—¿Por qué tuviste que endeudarte así con Blaine? ¿Por qué, papá?

Le acaricié la mano con la barbilla, apoyé la cabeza en su pecho y entonces dejé que saliera todo. Lo enfadada que estaba con él por haber acabado en ese estado, por endeudarse tanto, por apostar, por ser un borracho y dejarme a mí sola intentando solucionarlo todo. Una vez más. Como siempre hacía.

—Papá, esta vez te has superado. Lo que tengo que hacer por ti... —Dejé caer las palabras sin querer confesar que era escort.

Me acostara o no con mis clientes, sonaba fatal. La expresión *chica de compañía* tenía de por sí connotaciones negativas.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para proteger a Maddy, por asegurarme de que no deja los estudios. Le va muy bien. Incluso ha conocido a un chico... Tal vez tengas que levantarte para patearle el culo. —Lo miré a la cara, rezando, esperando que abriera los ojos. Nada.

Cogí un pañuelo de papel de la mesilla de noche y me soné la nariz.

—He conocido a gente estupenda estos últimos dos meses. Al principio pensaba

que trabajar para la tía Millie iba a ser una pesadilla pero, ¿sabes qué?, no está nada mal. Mi primer cliente fue Weston Channing tercero. Sí, tercero. Me burlaba de él a todas horas.

Me eché a reír y pensé en Wes y en cómo nos habíamos conocido. En cómo, en cuanto lo vi subir la escalera de la playa el primer día, tuve claro que no iba a poder resistirme a su encanto.

—Wes me enseñó a hacer surf. También me enseñó que no todos los hombres son iguales.

Reí de nuevo mientras me reclinaba hacia atrás y apoyaba los pies en el borde de la cama de papá y le hablé de mis dos chicos favoritos, de que Wes hacía películas y tenía una familia genial. Le prometí que, si se despertaba, lo llevaría a ver una de sus películas y le compraría un cubo de palomitas extragrande.

—Y luego está Alec. Es francés, papá. Un francés de verdad. Me llamaba *jolie*, que significa «bonita» en francés. He de admitir que me gustaba que me llamara así.

Me aparté un mechón de la cara y levanté la cabeza para mirar al techo. Estaba pintado con paisajes de playa. Me gustaba. Me parecía bonito pensar que, cuando abriera los ojos, lo primero que vería sería la playa y no el yeso blanco.

—Alec me pintó, papá. Algunos de los cuadros no te gustarían porque no llevo nada de ropa, pero no se aprovechó de mí. No. Nos lo pasamos bien y me quiso. Sólo que era una clase de amor diferente de todo lo que conozco, y tampoco se parece a los sentimientos tan intensos que todavía tengo por Wes. Es comparable a mi amor por Ginelle, sólo que con un chico y con algo más de contacto físico. —Mucho más, para ser sinceros.

Sonreí y miré a papá. No, no había abierto los ojos.

—Alec me enseñó que no hay nada malo en amar a más gente y no sólo a ti, a Mads y a Gin. Que uno puede querer a otra persona, incluso amarla, sin tener que estar con ella para siempre. Fue muy bonito. El tiempo que pasé con él me ayudó a comprender un par de cosas sobre mí misma. Me da pena pensar que no volveré a verlo. Aunque puede que sí vea a Wes. No me aclaro con él, papá.

Lo miré la cara, tan serena y pacífica, y supe que era el momento de admitir lo que llevaba un mes torturándome por dentro, de expresar con palabras lo que rondaba por mi subconsciente.

Eché un vistazo hacia la puerta y no vi a nadie. Segura de que no había oídos curiosos cerca, lo solté:

—Papá —me temblaba la voz. Me pasé la lengua por los labios y suspiré—, podría enamorarme de Wes, papá. Podría enamorarme perdidamente de él. Y ¿sabes qué? —pregunté pese a saber que no podía contestarme—. Me asusta horrores. Mi historial con los hombres es lo peor. Todo un récord. Mi corazón quiere dar el salto, pero mi cerebro

me recuerda a todos los desgraciados que he conocido. Además, debo trabajar diez meses más antes de poder liquidar la deuda con Blaine. —Resoplé—. Por supuesto, Wes se ofreció a pagarla. Me pidió que me quedara con él. Y no lo hice. Lo dejé en Malibú.

Cerré los ojos y me eché atrás en la silla antes de llevarme la mano al corazón. Me dolía. Me dolía por la promesa perdida de tener algo más con Wes, cosa que no podía aceptar. Pero que quería. Más que nada. No era la clase de chica con grandes ideas, ni creía que la vida iba a consistir en dinero fácil, coches y eterna juventud. No. Había crecido pobre y trabajé duro para cuidar de mi hermana y ayudar a mi padre a sobrevivir. La vida que había tenido Wes no se parecía en nada a la que llevaba yo, lo cual era parte de su atractivo. Pero Wes y yo nos habíamos conocido en mal momento. Por eso había sido tan fácil caer en brazos de Alec. Hay mucho que vivir y muchas experiencias de las que disfrutar hasta que llegue el momento oportuno.

—Querría que te despertaras. —Le cogí la mano y se la besé una vez más—. Papá, no tardes en despertar. Nos haces mucha falta. Mads te necesita, y yo también.

Mi hermana y Ginelle volvieron a los pocos minutos. Oí cómo Maddy ponía a papá al día sobre la universidad y omitía, a propósito, lo del chico. Iba a hacerle un tercer grado después al respecto. Luego Gin le contó los chistes que había aprendido últimamente. Tres pares de ojos observaban a mi padre, esperando cualquier señal que nos indicara que seguía allí, que no nos había abandonado.

Antes de irme, el médico me informó del pronóstico de papá. En el aspecto físico iba bien, estaba casi recuperado del todo de sus heridas. Un fisioterapeuta trabajaba todos los días sus brazos y sus piernas. Iban a enseñarle a Maddy cómo hacerlo para que papá recibiera más estimulación. Detestaba la idea de que mi hermana tuviera que aprender a hacerlo. Me mataba no poder ser yo quien sacara a la familia de ésa.

Para cuando nos fuimos, sentía un rencor tremendo y estaba afilando el hacha de guerra. A casa. Necesitaba ir a casa. Necesitaba comida casera, tomarme unas cervezas con mi mejor amiga y dormir hasta olvidar los últimos dos meses. Al día siguiente iría a ver a Blaine.

2

Ginelle y yo caminamos por el casino decididas a cumplir con nuestra misión: acudir al despacho de Blaine, entregarle el cheque correspondiente al segundo pago y largarnos de allí. Al día siguiente me tocaba sesión de belleza y, al otro, cogería el primero vuelo a Chicago para conocer a mi próximo cliente.

—¿Tú por qué crees que tiene el despacho en un hotel? —preguntó Gin mientras pasábamos junto a las mujeres medio desnudas que servían copas.

No eran ni las diez de la mañana y el alcohol ya corría como si fuera agua. Hay una razón para que los jugadores no puedan ver la calle desde los salones de juego de los hoteles: les haría sentir que es demasiado temprano. Los rodean de sonidos artificiales y música, bufet libre todo el día y bebidas que no tienen que pagar mientras estén jugando. Todo junto, convierte a la gente que está allí en zombis borrachos y en jugadores que se mueren por ganar. Sin embargo, nunca lo consiguen. La banca siempre gana. Todo el mundo lo sabe, en todas partes y, aun así, la gente sigue picando, sigue probando suerte y fundiéndose lo que han ahorrado para pagar la universidad de sus hijos, el alquiler, o lo que sea.

En el caso de mi padre, el de los jugadores empedernidos, el dinero se pedía prestado. En grandes cantidades. Más de lo que nunca iban a poder pagar por muchos años que vivieran. Todo por ganar, por la diosa Fortuna. Si me preguntaban a mí, la Fortuna era una zorra sin corazón que fumaba, tenía las tetas postizas y una enfermedad de transmisión sexual.

—Blaine me dijo una vez que no necesitaba ocultar sus actividades. Me dijo que era un «inversor», y que tener un despacho y una oficina con empleados le hacía parecer un hombre de negocios y no un criminal, que es lo que es en realidad.

Gin resopló e hizo estallar una pompa de chicle.

—Un tipo listo.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Sólo es un cabrón despiadado y sin alma.

Llegamos a los ascensores y luego a su planta. Cuando alcanzamos la puerta me detuve, me arreglé el pelo y me ajusté la camiseta para asegurarme de que no quedaba nada al descubierto. Llevaba la cazadora de cuero y unas botas negras de motera con tachuelas en el tacón. La guinda del pastel era el lápiz de labios rojo permanente. Les confería a mis labios un rojo brillante como el fuego. Me sentía feroz y lista para lidiar con un mamón con micropene. En realidad tenía un pene del montón, pero castrarlo mentalmente me hacía sentir mejor.

Cogí el pomo y me volví hacia Gin.

—Vale, tú te quedas aquí.

Ginelle me miró furibunda. Se llevó una mano a la cadera y me desafió con la mirada.

—Si crees que voy a... —Como una ninja, le tapé la boca con la mano y me acerqué. Mucho. Tanto que podía olerle el aliento mentolado por el chicle.

—Gin, Blaine ya le ha hecho daño a un miembro de mi familia. Mucho. Demasiado. Ha amenazado con hacernos lo mismo a Maddy y a mí. No podría soportar que amenazara a otro de mis seres queridos. Necesito que te vayas y me esperes en el bar de abajo. —Me llevé la mano al bolsillo y saqué un billete de veinte—. Por favor —le supliqué poniéndole el billete en la mano.

La solté y se le humedecieron los ojos.

—Pero ¿y si te hace algo?

—No lo hará. En este momento soy demasiado valiosa, créeme. —La miré a los ojos para que viera lo mucho que la quería y cuánto deseaba protegerla.

Ella respiró hondo y despacio.

—Vale. Si no estás abajo dentro de treinta minutos, llamaré a la policía.

—Me parece justo. Ahora vete antes de que alguien te vea. —La hice dar media vuelta y la empujé con suavidad hacia el ascensor.

Esperé hasta que se metió dentro.

—Te quiero con locura —dijo.

—Yo a ti más. Ahora te veo, pendón.

Abrió los ojos pero, antes de que pudiera devolvérmela, las puertas del ascensor se cerraron. Me reí y luego puse cara de valiente. Hora de lidiar con el monstruo.

La oficina de Blaine era negra, roja y blanca, me recordaba a las banderas de carreras. No poseía una decoración especialmente bonita, pero dejaba claras las ganas de ganar que tenía Blaine. Una rubia tetona y recauchutada, con el culo pequeño, el cociente intelectual justo y cintura de anoréxica me llevó a su despacho.

—Señor Pintero, Mia Saunders desea verlo. —Me dejó pasar.

Blaine se levantó con su imponente metro noventa y tres. Tenía la espalda ancha y había ganado veinte kilos de músculo desde la última vez que lo había visto.

—Mia. La guapa y estupenda de Mia —respondió extendiendo la mano, intentando acercarme a él.

Extendí la mía hacia arriba y con la palma hacia él.

—He venido por negocios, no por placer.

—Y ¿qué tal un poco de cada? —Su tono era meloso y tenía ojos de serpiente, verdes y amarillos. La pupila era negra y atrayente, como si pudiera hipnotizarme con la mirada. Desvié la vista y me senté en una silla junto a su mesa. Saqué el sobre del bolsillo de la chaqueta y lo estampé contra la superficie de cristal.

—Esto era lo que querías.

—¿Cómo vas tú a saber lo que quiero, bella Mia? Llevamos demasiado sin vernos. Ha pasado el tiempo suficiente para que hayan sanado las viejas heridas, ¿no te parece?

En vez de sentarse frente a mí, decidió acomodarse en la silla que había a mi lado.

—Entonces ¿qué quieres, Blaine?

—Tiempo —dijo sin más.

—Vale, lumbrera, voy a picar: ¿tiempo para qué?

—Veo que no has perdido el ingenio.

—Ve al grano, Blaine.

—Quiero que cenes conmigo esta noche.

Habría que encerrarlo en un manicomio.

—¿Estás loco?

—No, que yo sepa —se limitó a responder.

De repente hacía mucho calor en el despacho con vistas al Strip. La piel me ardía, como si me hubieran echado ácido, o tal vez fuera la rabia que amenazaba con desbordarme.

—Le pegaste tal paliza a mi padre que sigue en coma.

—Fue sólo por negocios, lo sabes. No me dejó elección. —Extendió un brazo para cogerme la mano. En el instante en que su piel rozó la mía, la aparté.

—No te atrevas a tocarme. Perdiste ese derecho hace unos años, cuando me la jugaste. Ahora se la has jugado a mi padre. ¿Te he contado que todavía no ha despertado del coma? —Subí tanto la voz que seguro que me estaban oyendo los que estaban en el despacho de al lado—. ¡No saben si el daño cerebral le afectará al habla o si podrá volver a mover las extremidades!

Blaine clavó sus ojos de serpiente en los míos.

—Fue un desafortunado efecto secundario de su castigo. Ya me he encargado del hombre que le hizo eso a tu padre. Ha dejado de ser un problema. Te garantizo que le ha salido cara la violencia gratuita y adicional.

—Me lo garantizas... Pero ¿tú te estás oyendo? ¿Alguna vez te paras a escuchar lo que dices? Hablas de la vida humana como si se pudiera dar y quitar como si nada.

—La vida es corta.

—Sí, cuando tus matones la acortan a golpes. Esto es increíble. —Me levanté y señalé el sobre—. Ahí tienes tu dinero. El segundo pago. Dentro de un mes te mandaré el tercero por correo.

—Lo traerás en persona. —Apretó los dientes y cogió los reposabrazos de la silla con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos—. Lo traerás en persona —repitió. El tono no admitía discusión, pero yo no era uno de sus esbirros.

—Eso no formaba parte del trato.

—Los tratos son renegociables.

—Éste no.

—¿Y si reservo tus servicios durante un mes? —me amenazó.

Fue entonces cuando me volví sobre un talón y me pegué a su cara. Mi aliento agitaba sus mechones color arena.

—Yo que tú llevaría mucho cuidado con tenerme cerca cuando eres vulnerable.

—A mí me van los riesgos —bromeó.

—No te la juegues conmigo o será la última apuesta que hagas en tu vida. No me responsabilizo de lo que pueda pasarte mientras duermes. Ya estoy oyendo mi declaración a la policía. —Me aparté el pelo de la cara e hice un mohín—. «Agente, ha sido un accidente, se lo juro. Le gustaba el sexo duro y quería complacerlo. No pensé que fuera a asfixiarse. Estaba corriéndose tan a gusto, y de repente...»

Chasqueé la lengua y lo miré a la cara. Vi que tragaba saliva, pero no mostró ningún otro signo de que le hubiera afectado mi amenaza. Aun así, lo conocía lo bastante bien como para saber que no estaba seguro de si estaba echándome un farol o no. Lo mismo daba. Sólo el hecho de que tuviera que pensarlo me convertía en la ganadora.

—Ahora me voy —añadí—. Gracias por el cara a cara. Siempre es bueno ver a los viejos amigos, sobre todo cuando no han envejecido bien. Deberías invertir en una crema para el contorno de ojos y en una buena hidratante. El calor del desierto es fatal para la piel. *Ciao*. —Ondeé los dedos con gesto sexi y me largué.

Para cuando llegué al bar, Ginelle ya tenía dos chupitos en fila.

—Gracias a Dios —exclamó desplomándose en su silla. Cogí uno de los vasos de Patron Silver y me lo empiné. A continuación cogí el segundo e hice lo propio—. ¡Eh! ¡Que eran para celebrarlo!

—Dos más —pedí señalando los vasos y mirando al camarero.

Él asintió, cogió el tequila y nos sirvió otro par de chupitos.

Tras cuatro chupitos, por fin dejé de temblar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gin acercándose.

—Sí, es sólo que no hay otro ser humano en la Tierra que me cabree más.

Le dio un trago a su refresco y lo dejó en la barra.

—¿Te ha amenazado?

—Sí. Ha amenazado con ser mi próximo cliente. ¿Puedes creértelo?

Abrió unos ojos como relojes de sol.

—¿Qué? ¡Es de locos!

Levanté el índice.

—¡Exacto! Eso mismo he dicho yo.

—Y ¿cómo has salido del paso? No vas a permitir que sea tu próximo cliente, ¿no? —Se revolvió en su asiento, tan incómoda con la conversación como lo estaba yo quince minutos antes.

—¡Ni de coña! Básicamente le he dicho que, si lo hacía, lo mataría mientras dormía.

Ginelle abrió la boca hasta el suelo y los ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas. Luego echó la cabeza atrás y rompió a reír.

—Qué tía... —dijo con una risita. Siguió desternillándose hasta que le entró hipo—. Sólo a ti se te ocurriría amenazar a un prestamista, a un tío cuyo trabajo implica, supuestamente, asesinar a gente. Ten mucho cuidado.

Pensé por un instante en lo que acababa de decir. Blaine podía ir a por mí, pero sería como matar a la gallina de los huevos de oro. Mientras le debiera dinero, o él creyera que se lo debía, le era mucho más valiosa viva que muerta. De momento, eso me salvaba. Al menos, durante un año, el tiempo suficiente para pagarle y pensar en la siguiente jugada.

—¿Cuántas citas de mantenimiento me has preparado para mañana? Parte de mi «contrato» —añadí unas comillas en el aire para enfatizar la poca gracia que me hacía — es estar siempre perfecta.

—Pues con el presupuesto que me diste, Mads, tú y yo nos vamos a un spa. Tenía un dos por uno. Nos harán una limpieza facial, la cera, manicura, pedicura, ¡de todo! Ah, y a ti te van a cortar el pelo. Eso tuve que pagarlo aparte, pero me dijiste que te hacía falta, así que lo vale.

—¿Te ha dado para todo eso con mi presupuesto?

—Conozco a gente que conoce a gente que me hace buenos descuentos. Sí: entra todo en el presupuesto. —Gin rebuscó en su bolso y sacó un paquete de chicles. Lo abrió y se metió uno en la boca, lo masticó un par de veces y gruñó.

Me quedé mirándola, mientras intentaba averiguar qué había cambiado en ella. Le pasaba algo.

—¿Cómo es que te ha dado tan fuerte por los chicles?

Le brillaron los ojos y una pequeña sonrisa le cruzó la cara.

—Estoy intentando dejarlo.

—¿Dejar qué?

Se le borró la sonrisa y se quedó inexpresiva. Frunció los labios y se llevó a ellos los dedos índice y corazón.

—De fumar —dijo con calma.

Madre mía, y yo sin darme cuenta. Mierda. Las mejores amigas suelen notar cuándo, de la noche a la mañana, su amiga ya no lleva un cilindro cancerígeno en la boca a todas horas.

—¡Gin, eso es fantástico! ¿Qué tal te va? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Suspiró.

—Verás, lo habría hecho, pero no paras de hablar de Wes, de Alec, del trabajo, y ni siquiera me has preguntado cómo va la vida aquí en Las Vegas, salvo cuando quieres saber de Maddy o de tu padre.

Cerré los ojos y respiré hondo. Luego los abrí y miré a mi mejor amiga del mundo mundial.

—Perdóname. Siento mucho no haber sido buena amiga.

Negó con la cabeza.

—No, es que estás muy liada. Lo comprendo.

—Pero está mal. Tú eres muy importante para mí y quiero saber qué pasa con tu vida. Sigues siendo mi mejor amiga y la he cagado. No dejaré que vuelva a pasar, te lo prometo.

Y lo decía en serio. De cabo a rabo. Había sido una amiga aprovechada con Gin y ella no había hecho más que apoyarme y quererme durante toda esa pesadilla. Había cuidado de Maddy, se había ocupado de que todo estuviera bien con papá, y ella también tenía su vida y sus problemas.

—Ya, y si vuelves a hacerlo ¿qué gano yo? —dijo en tono ligero y compasivo. Así éramos nosotras. Los enfados no nos duraban más de un día.

Me paré a pensarlo un instante.

—¿Fotos en pelotas de uno de mis macizos? —Se lo ofrecí porque sabía que Ginelle era una calentorra despendolada.

—¡Trato hecho! —Me tendió la mano y juramos con el meñique, luego besó nuestros dedos entrelazados y a continuación lo hice yo. Ni una mancha sobre la piel. El mejor lápiz de labios del mundo—. Que sepas que te has portado fatal... —Me puso cara de pena—. Creo que deberías darme algo para demostrar que no prometes en vano.

Me pasé la lengua por los labios y la miré. Luego sonreí y le sostuve la mirada

mientras me sacaba el móvil del bolsillo de atrás. Con rápidos movimientos, fui a la galería de imágenes, encontré la que quería y le di la vuelta al dispositivo.

Ginelle la miró y abrió una boca de dos palmos.

—Tienes un morro que te lo pisas, morena —susurró babeando, sin poder apartar la vista de la pantalla.

Retiré el móvil y miré la foto que le había hecho a Alec mientras dormía en la cama. Estaba boca abajo. Su espalda fuerte, firme y musculosa y su culo prieto se veían en todo su esplendor. La melena castaña caía en cascada por la almohada, resaltando su absoluta perfección. Aquella mañana, la luz era tan especial que había tenido que hacerle una foto.

Encontré la siguiente. Era Wes, en la playa, después de que hubiéramos surfeado sin monitor. En un mes le había cogido mucha afición al surf. Aquel día estaba en la playa, leyendo mis mensajes, cuando él salió del mar y se bajó la cremallera del traje de neopreno. Se le atascó, y lo mismo le pasó a mi cámara cuando el neopreno bajó casi a territorio prohibido. En la foto se veía su pecho dorado y la tableta de la cintura. Un adorable sendero señalaba el camino a la mata rizada donde se ocultaba su polla, aún tras el traje. Volví el móvil y Ginelle se echó hacia atrás. Se recompuso, me quitó el teléfono de un tirón y tragó saliva.

—Que sepas que te odio —dijo mientras se deleitaba con la foto.

—Sí, yo también me odio —repuse mirando a mi dulce Wes. El que me había pedido que me quedara. Seguía sintiendo que una parte de mí se había quedado con aquel surfista californiano que hacía películas, pero nunca me lo reconocería a mí misma. Ni hablar.

3

El mismo empleado que me abrió me condujo por el apartamento del ático y tras una puerta doble, al fondo de un espacioso hogar en la planta cuarenta. El ascensor parecía una atracción de feria: había tardado una eternidad en llegar a lo más alto. Apostaría a que las vistas eran impresionantes.

Distraído, el hombre despositó mi maleta en una banqueta acolchada frente a una cama de matrimonio gigante, luego dio media vuelta y desapareció. Fue en ese momento cuando oí el sonido de agua corriente. Alguien se estaba duchando.

«Mierda, mierda, mierda.»

Era lo último que necesitaba: conocer desnudo a mi próximo cliente. Me agarré con fuerza a la correa del bolso, lista para salir a toda velocidad tan pronto como se abriera la puerta del baño. Una mole emergió entonces de una pared de vapor. La luz que iluminaba aquella silueta creaba una imagen etérea que bien podría haber aparecido en la gran pantalla. Me detuve en seco de tan asombrada que me dejó.

Fue en ese instante cuando mi cliente entró en la habitación, cubierto solamente por una toalla que le colgaba de las caderas. Las gotas de agua corrían incitantes a través de su musculoso torso. Se me secó la boca y me parece que dejó de latirme el corazón. No pasaba nada, porque decidí que no era mala manera de diñarla. Con veinticuatro años, al fin había visto la perfección en todo su desnudo esplendor.

—Madre del amor hermoso... —Era probable que se me estuviera cayendo la baba por la comisura de los labios.

Wes y Alec eran dignos de ser comentados. Y eso había hecho. Sin parar. Por carta, con Ginelle. Anthony Fasano, por su parte, iba más allá de lo que una mujer era capaz de procesar. Era enorme. Toda una mole. Por lo que podía ver de los muslos que asomaban por debajo de la toalla, eran igual que tres troncos juntos. Tenía los pectorales altos, rectangulares, tallados sobre su pecho y su abdomen. Y en cuanto a los brazos... No podía ni pensar de las ganas tan tremendas que tenía de tocarlos. Los

quería cerca, rodeándome. Que hicieran desaparecer el sufrimiento de aquellos últimos dos meses.

El cabello de ébano de Anthony estaba echado hacia atrás. El agua goteaba de las capas más largas y caía por encima de los hombros más anchos que había visto nunca. Y había visto unos cuantos tíos buenos en bolas. Este pavo estaba de lujo, pero no en plan culturista asqueroso, de esos que tienen los músculos abultados y llenos de venas que se asemejan a cuerdas. No. Éste jugaba en su propia categoría. Sabía que era boxeador y lo había visto en foto, en calzón de boxeo, aunque palidecía en comparación con contemplarlo en vivo y en directo. Y vaya si estaba vivo. Vivo y coleando.

Me relamí sin poder dejar de mirarlo y dejé que el bolso cayera en la banqueta que había a los pies de la cama. El dios del cuerpo me miró de arriba abajo. Se apoyó en el marco de la puerta con un hombro fuerte y redondo y se colocó en el cuello la toalla que llevaba en la mano. Luego se cruzó de brazos. Jo, ojalá no lo hubiera hecho. De repente, mis sensores sexuales se activaron y tuve que respirar despacio para no desmayarme ante tanta perfección masculina.

—Papi, ha llegado Mia —fueron las primeras palabras que salieron de su boca perfectamente carnosa.

«Un momento... ¿Papi?»

Otro hombre salió entonces del baño y rodeó la cintura del dios con un brazo. Una enorme sonrisa le brillaba en la cara. Anthony era como Hulk, y este otro era más pequeño, pero también estaba en buena forma. Tenía tableta y muy poca grasa a la vista, por no decir nada. Y mira que se lo veía bien. Poseía un cuerpo similar al de mi francés. No tan cachas pero, claro, la muralla de músculo a la que estaba abrazado hacía que cualquier buenorro pareciera un tipo del montón.

A pesar de eso, aquel hombre era muy guapo de cara, casi andrógino. Una cara que hacía que los demás quisieran sacarle fotos y colgarlas en las paredes. Después de haber vivido en California, estaba segura de que era latino: cabello oscuro, ojos oscuros, piel oscura y rasgos bastante marcados.

El modo en que estaban ambos, de pie, desnudos y cogidos, pintaba una imagen muy poderosa. Y me cayó como un pisapapeles en la cabeza. Estoy segura de que abrí una boca de dos palmos y que a continuación me puse a señalarlos con el dedo.

—¡Ah! ¡Vaya! Sí, claro... Ahora entiendo por qué os hago falta.

—Chica lista —dijo el tipo sin nombre. Luego me examinó de arriba abajo—. Y demasiado bonita. —Frunció el ceño—. ¿Tenías que coger a la más guapa? —Se apartó de Anthony, se cruzó de brazos y resopló con dramatismo—. ¿Debería preocuparme? —Dio una patada al suelo igual que una chica que está a punto de cantarle las cuarenta a su novio.

Los ojos de Anthony parecían estar recorriendo mis curvas de puntillas.

—Tal vez —dijo con una sonrisa malévola—. Y, sí, tenía que escoger a la mejor. Mi familia me quiere con la chica perfecta. —Alargó la mano pero miró al hombre que tenía al lado—. Y ella es bastante perfecta, ¿no te parece?

El latino frunció los labios y torció el gesto.

—Pues sí. Eres muy bonita —dijo dirigiéndose finalmente a mí.

—Gracias, creo. Y ¿tú quién eres? —Era la pregunta del millón de dólares.

—Soy Héctor Chávez, el compañero de Anthony.

—No, este mes no vas a serlo —se burló Anthony.

A Héctor se le cayó el alma a los pies.

—Eso no tiene ninguna gracia. Sólo necesitamos salir de ésta, y he de decirte que tengo cero ganas —indicó subiendo la voz y alejándose hasta que desapareció detrás de una puerta. El armario, probablemente.

—¿Sois pareja? —Señalé la puerta con un gesto de la mano.

Anthony sonrió de oreja a oreja y levantó la barbilla. El corazón empezó a latirme otra vez. Mierda, sabía que no todos los buenos eran gais, pero éste estaba muy muy bueno, y no cabía duda de que era gay.

—¿Y si nos vestimos antes de hablar?

—Claro. Por supuesto. —Me volví y busqué a tientas mi maleta y mi bolso.

—La habitación que hay dos puertas más allá, a la izquierda, será tuya este mes. Creo que encontrarás todo lo que necesitas para pasar los próximos días. ¿Por qué no vas a instalarte? Mañana, Héctor y yo te llevaremos a comprar todo lo que te haga falta. —Torcí el gesto. Anthony ladeó la cabeza, con sus ojos azul hielo clavados en mí—. Veo que la idea no te emociona. La mayoría de las chicas estarían encantadas de poder comprar cantidades ingentes de ropa cara.

Me encogí de hombros.

—Creo que no tardarás en darte cuenta de que no soy como la mayoría de las chicas. Por no mencionar el hecho de que soy una mujer, no una chica. —Le guiñé el ojo y bajé la vista—. Deberías ajustarte la toalla... Se te ve la polla —repliqué volviendo a mirar hacia el lugar donde la senda de vello acababa y aparecían los primeros centímetros de pollón.

No movió un dedo. Se limitó a lamerse el labio inferior y a observarme con su mirada glacial.

—Va a ser interesante tenerte aquí.

Di media vuelta y abrí la puerta.

—¿Qué gracia tendría la vida si todo fuera *pene*-cible? —dije sin mirar atrás mientras echaba a andar por el pasillo.

Él soltó una carcajada, meneó la cabeza y luego cerró la puerta.

Estaba sentada a la barra de desayuno, comiéndome un sándwich de ensalada de pollo,

cuando Héctor y Anthony aparecieron media hora después.

—Es la mejor ensalada de pollo que he probado —le dije a Renaldo, y regresé la silla para recibir a los dos hombres.

Renaldo me había puesto al día mientras preparaba la comida. Por lo visto, no sólo era el mayordomo, sino que además limpiaba, cocinaba y hacía cualquier cosa que los chicos necesitaran. Resulta que también era un experto en el arte del cotilleo, y el hecho de haber sido contratada como empleada me daba derecho a enterarme de todo lo que hacían los cachas de nuestros jefes.

Renaldo colocó un par de platos a mi lado y siguió a lo suyo, tarareando en voz baja. Me caía bien. También parecía de ascendencia latina, cincuentón, rechoncho, metro sesenta y cinco y claramente gay por el modo en que alardeaba de lo apuestos que eran los jefes. Parecía un cachorro simpático y cariñoso.

—Mia Saunders. —Héctor se me acercó con los brazos abiertos y me abrazó con fuerza—. Gracias por venir.

—No hace falta que me lo agradezcas. Me habéis pagado por hacerlo.

Héctor me soltó y me colocó un mechón de pelo detrás del hombro.

—Sí, pero podías elegir, y nos alegra que nos escogieras a nosotros.

Me encogí de hombros.

—Guay. Un placer conoceros. —Levanté la vista hacia el colosal cachas y le ofrecí la mano—. Anthony Fasano, mi nuevo prometido, creo.

Él se echó a reír y resopló por la nariz antes de cogerme firmemente la mano.

—El único e inimitable. Me alegra conocer a mi futura esposa.

La mano de Héctor voló a tal velocidad que podría haberse confundido con un avión.

—Perdona. Querrás decir tu *falsa prometida*. Si alguien va a caminar hacia el altar contigo, grandullón, soy yo. —Apretó los labios y masculló por lo bajo mientras se sentaba a mi lado.

—Papi, no te pongas así. Sabes que lo decía en broma. No hace falta que te lo tomes todo tan al pie de la letra. —Anthony meneó la cabeza y dejó caer los brazos—. Y tú puedes llamarme Tony. Si vas a ser mi falsa prometida, es lo primero que tienes que saber.

Se acercó y se sentó, cuan gigantesco era, en el pequeño taburete. Bueno, sólo parecía pequeño porque él estaba sentado encima. Esperé a que las patas de madera cedieran bajo el peso de todo ese músculo masculino.

Héctor chocó su hombro contra el mío y me sacó de mi ensimismamiento.

—Los ojos fijos en el sándwich, cariño. Ese pibón macizo —dijo señalando a Tony con la barbilla— es mío y no lo comparto con nadie. En cuanto entiendas eso, nos llevaremos fenomenal.

Abrí la boca para decir algo, pero sólo salió aire. Asentí.

—Entonces ¿cuál es mi primera misión? —Le di un mordisco al sándwich y miré a un lado y a otro, atrapada entre ambos.

En tres bocados, Tony se había comido la mitad de su sándwich. Qué grande era.

Se limpió la boca con una servilleta.

—Esta noche vamos a conocernos mejor los tres. Mañana conocerás a *mamma*.

Estoy segura de que la cara se me quedó plana como una tortilla porque sentí como si me hubieran estampado una sartén en la cara.

—¿Mañana? —repuse—. ¿Después de sólo una noche esperas que me comporte como si estuviera enamorada de ti y tengo que engañar a tu madre? ¿A la mujer que te trajo al mundo?

Héctor y Tony asintieron. Luego habló Héctor.

—En tu descripción pone que eres actriz. Para nosotros eso es un plus. Además, mañana es viernes, y los viernes siempre cenamos con *mamma* y con la familia.

—¿La familia?

Tony sonrió y le pegó un mordisco de cocodrilo al sándwich; luego se metió en la boca lo que quedaba empujándolo con el dedo. Renaldo le sirvió otro, y también un vaso de leche. Tony se bebió la mitad de un trago.

—Impresionante —dije.

Héctor volvió a chocar su hombro contra el mío.

—Lo sé. —Arqueó varias veces las cejas y sonrió.

Meneé la cabeza y me concentré en el trabajo. Me volví para mirar a Héctor y le solté:

—¿No sólo quieres que me haga pasar por su prometida sino que, además, engañe a su madre y a su familia y todo en una noche?

Los ojos marrones de Héctor resplandecieron.

—Sí. Ya sabía yo que eras muy lista.

—Imposible.

—No creas. —Tony me dio una palmada en el hombro y a continuación me frotó los riñones como si fuera uno de los chicos—. Lo tienes hecho, lo sé. Eres preciosa, sensata y con un puntito borde. A los italianos eso les gusta. ¿Sabes cocinar?

—No se me da mal.

Tony se relamió, apoyó un antebrazo en la encimera y se acercó mucho a mí.

—¿Te gusta la comida italiana?

—¿Es el papa católico? —repliqué.

Miró un instante a Héctor y luego a mí otra vez.

—¿Te sientes intimidada con facilidad?

Saqué pecho, me erguí e invadí su espacio personal.

—¿Te parece que soy de las que se dejan intimidar con facilidad?

—No me has dejado acabar. —Tony se me acercó un poco más, e intenté no pestañear aunque no pude evitar echarme ligeramente hacia atrás. Eso me hizo caer contra Héctor, que me enderezó por los bíceps—. ¿Te intimidan las mujeres fuertes?

—Vamos a ver: soy capaz de plantarles cara a un puñado de italianas bajitas.

Tony y Héctor sonrieron de oreja a oreja; parecían reflejos el uno del otro.

—Bien. Entonces, pasemos a los detalles.

—Uy, vamos a necesitar mucho vino para eso. —Héctor suspiró y salió de la estancia, imagino que para ir a por alguna botella.

—¡Madre mía! ¡Dime que no es verdad! —grité, y a punto estuve de que se me cayera el vino en la moqueta. Sólo unas gotas se derramaron en la mesa. La cabeza de Héctor cayó en mi regazo; estaba muerta de la risa, y notaba su aliento en mis rodillas.

Tony limpió la mesa y me llenó la copa otra vez.

—Pues sí. En bolas, como vinimos al mundo. Corrimos por el campo de fútbol americano sólo con los cascos puestos y nada más. Nos pintamos cada uno una letra en el pecho y, cuando alguien marcaba un gol, corríamos al campo. Casi toda la fraternidad. Y además deletreábamos: «C-H-U-P-A-O-S É-S-A, P-E-R-D-E-D-O-R-E-S». Nos quedábamos allí el tiempo suficiente para que el equipo visitante pudiera vernos bien y luego salíamos corriendo.

Le di a Héctor una palmada en la espalda.

—¿Tú también?

Asintió y sacó barriga.

—Poco después, Anthony y yo nos hicimos pareja. Al menos, en privado.

—Y ¿quién más sabe que sois pareja? —dije. Era la pregunta que llevaba toda la noche muriéndome por hacer.

—Casi nadie —respondió Héctor con amargura.

—Papi, por favor —suplicó Tony.

Héctor suspiró y me abrazó. Nos caímos hacia atrás, contra el sofá, hombro con hombro, pegados el uno al otro. Me gustó. Era como tener un hermano.

—Verás, a mi Anthony no le hace ninguna gracia lo que pueda pasar con la prensa, su familia y el negocio si se enteraran de su orientación sexual.

—Qué mierda —dije, y me sorprendió lo fuerte de mi tono.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Héctor brindó conmigo.

Tony dejó la copa en la mesa.

—A ver, ya es bastante duro ser un joven boxeador convertido en hombre de negocios. Si le sumamos el hecho de ser gay, tengo un verdadero desastre entre manos.

La liga podría no volver a dejarme boxear.

Me indigné al instante.

—¡No pueden hacer eso! ¡Es una calumnia, una difamación o algo por el estilo! —Mi cerebro empapado en alcohol no era capaz de pensar en todas las razones por las que aquello era horrible pero, en cuanto recuperase el uso de mi materia gris, se me iba a ocurrir alguna respuesta apropiada.

—Por desgracia, encontrarían otras razones, aunque el hecho de ser gay sería la verdadera causa. Luego está la empresa. Soy un italiano que tiene un restaurante familiar. Mi papá, mi madre, mis cuatro hermanas y yo siempre hemos sido la imagen de Fasano. —Me gustó que pronunciara *papá* con el mismo cariño que lo hacía yo. Nos conectaba en cierto modo.

Me fue imposible callarme.

—¡Tienes cuatro hermanas! Estamos jodidos: sabrán al instante que no somos pareja. —Meneé la cabeza y Héctor asintió—. Las mujeres siempre notan cuándo huele a podrido. ¿Estás seguro de que no saben ya lo tuyo?

Tony se levantó y se puso a andar de un lado a otro.

—No lo saben. No les he dado motivos para pensarlo. Lo que no te he dicho, Mia, es que la razón más importante por la que estás aquí es por el apellido de la familia.

—¡Fasano! —rugí sintiéndome como el estudiante que sabe la respuesta y la grita sin que nadie le haya pedido que conteste.

Se sentó en el brazo del sofá.

—Sí, soy el único heredero de la empresa de mi padre, aunque mis hermanas participan de un modo u otro. Tomamos juntos casi todas las decisiones. —Meneó la cabeza y escondió la cara entre las manos—. Es mucho más que eso. Verás, soy el único Fasano que queda. Si no tengo un hijo, el apellido morirá conmigo. Y al ser gay... —Dejó caer las palabras y la cabeza, como si tuviera que cargar con todo el peso del mundo.

—¿Quieres tener hijos? —dije atropelladamente, como me pasaba siempre que consumía alcohol.

Tony se pasó los dedos por el pelo. Miró a Héctor.

—La verdad es que nunca hemos hablado del tema.

Héctor se creció en su asiento. Se levantó, se acercó a Tony y le cogió la cara entre las manos.

—Cariño, ¿tú quieres hijos?

Debería haberme ido. Mutis por el foro. Pero no era mi forma de ser. No, yo era la que se callaba y se enteraba de todo sin que nadie se diera cuenta.

Tony miró a Héctor con amor y tristeza.

—Siempre los he querido. —Su voz era grave, ronca de la emoción.

—Encontraremos la manera. Podemos adoptar o buscar un vientre de alquiler.

Sonreí de oreja a oreja, luego me empiné lo que quedaba en mi copa de un trago y dejé que me quemara la garganta. Me levanté y entonces tuve que estirar un brazo para no perder el equilibrio y convencer a mis piernas de que volvieran a funcionar.

—Ésa es la señal. Mi trabajo aquí está hecho —murmuré, e hice una reverencia.

Los dos hombres ni siquiera se dieron cuenta, estaban embobados el uno con el otro. Abrazados, con las frentes unidas, susurrándose palabras que sólo ellos podían oír. Era precioso. Más aún, era especial, y me alegré de haber podido presenciarlo.

Sin mirar atrás, me fui a mi cuarto, me zambullí en mi cama de sábanas maravillosas y me quedé frita.

4

Tony abrió la enorme puerta de madera con la manija metálica para que Héctor y yo pudiéramos entrar en el restaurante. Eran las seis de la tarde de un viernes, y el local era un hervidero de actividad. Los camareros llevaban camisas blancas almidonadas, pantalones negros y corbata, e iban de un lado a otro sirviendo bebidas y engalanando mesas con la comida italiana más aromática del mundo. Olía a salchichas, y se me hacía la boca agua.

Uno de los camareros se volvió para servir vino y pude ver mejor su atuendo. Me reí por lo bajo cuando le vi la corbata. Pasta. Las corbatas llevaban impresos platos de pasta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Héctor se inclinó hacia mí mientras Tony me conducía a la parte de atrás del restaurante.

—¿Has visto las corbatas?

Héctor sonrió y soltó una carcajada.

—¡Fueron idea mía!

—¿De verdad?

Asintió y me guiñó el ojo. La mano de Tony pasó de mi codo a mi espalda y se acomodó en mi cadera. Su tibio aliento me susurró al oído:

—Ya están todos aquí. Tú sígueme la corriente y no te sorprendas si te toco... mucho.

Un agradable cosquilleo bajó por mi espina dorsal hasta llegar a ese punto en mi trasero. Tony era muy atractivo. No, era más que atractivo, era guapo a rabiar... y estaba pillado. Era de Héctor. Que me caía muy bien. Muy muy bien. Respiré hondo muy despacio. Llegamos a una gruesa cortina roja que estaba al fondo del restaurante.

—Es nuestro salón privado. Sólo la familia cena aquí. Es el equivalente al salón de casa de *mamma*. Ahora que somos tantos, hemos tenido que trasladar las cenas en familia al restaurante. Construí este salón sólo para los Fasano.

—Uau —dije con un grito quedo cuando Tony descorrió la cortina y reveló el gran salón lleno de gente riendo, bebiendo y comiendo.

Era un caos. Todos los comensales gritaban por encima de los demás, gesticulaban en el aire como si estuvieran espantando moscas y se pegaban manotazos para reclamar la atención del otro. Demencial. Una locura total y completa. No se me ocurría otra manera de describirlo.

Cuando entré, una persona se dio cuenta, y luego otra y otra. Todo el mundo se calló de repente. Una mujer menuda con la piel aceitunada, cabello negro y unos ojos azules que me eran muy familiares se levantó con porte seguro, la espalda recta, el pecho fuera y la mirada clavada en mí.

La mujer se nos acercó. Primero extendió la mano hacia su hijo, quien se aproximó a ella y la besó, en la boca. No fue más que un pico en los labios, pero creo que nunca antes había visto a un hombre hecho y derecho besar a su madre en la boca. Desde luego que yo nunca había besado así a mi padre... No le daba besos de ninguna clase. Bastante nos costaba darnos algún abrazo de vez en cuando.

—*Mamma* —dijo Tony antes de erguirse y señalarme con un gesto—, te presento a Mia, mi prometida. Mia, te presento a mi madre, Mona Fasano.

Sonreí y dije:

—Encantada de conocerla, señora Fasano.

Sus labios apenas se movieron para responder. Ella se me acercó y entonces me dio un repaso nada disimulado con la mirada.

—Eres una mujer muy hermosa —comentó al fin.

De inmediato busqué refugio en el costado de Tony.

—Gracias. —Le ofrecí mi amplia sonrisa para situaciones incómodas.

Pero no se detuvo ahí. Ladeó la cabeza y frunció los labios.

—Y con curvas. A los hombres Fasano les gustan las mujeres con curvas. —Se llevó las manos a sus generosas caderas. Si me lo hubiera dicho una mujer más esbelta, me habría sentido ofendida.

—Me gusta comer. La italiana es mi comida favorita —mentí. No me vendría mal marcarme algún punto con la madre.

—Tienes las caderas anchas, me darás muchos nietos.

—Ajá. —Ésa no me la esperaba.

—*Mamma*... —Tony intentó interrumpirla.

No funcionó. Cuando la mujer tenía algo que decir, lo decía, y los demás escuchaban.

—Sí, me vas a dar unos nietos preciosos. El apellido Fasano tiene que pasar a la siguiente generación, ¿sabes? —Los ojos de Mona se clavaron en los míos—. ¿Quieres tener hijos?

Tony acudió al rescate.

—Ya basta, *mamma*. Me muero de hambre y me apetece presentarle a Mia al resto de la familia.

—Está bien, está bien. —Mona aplaudió, me cogió de los brazos y me dio un abrazo fuerte e intenso. Al oído, me susurró las palabras que habrían destrozado a cualquier mujer con un mínimo de corazón—: No sabes cuánto deseaba que llegaras. He rezado todas las noches pidiendo que mi Anthony encontrase a su media naranja. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí.

Entonces se apartó, tomó mis mejillas entre las manos y me plantó un sonoro beso en la boca. No me importaba besar a una chica. A veces Gin y Maddy me besaban en los labios, pero ¿una señora a la que acababa de conocer y a la que iba a partirle el corazón? No molaba nada.

Héctor se nos adelantó y comenzó a repartir abrazos antes de sentarse en una de las tres sillas libres en la parte delantera del salón.

—Vamos, nena —dijo Tony conduciéndome al otro lado.

Nena. Así era como me llamaba Wes. Se habría partido de la risa si me hubiera visto. Puede que incluso hubiera incluido esa situación en una de sus películas, en una comedia romántica. Un apuesto hombre de negocios, boxeador, contrata a una escort porque es gay y no está preparado para salir del armario ante su familia.

Me senté en la silla que había junto a la de Héctor. Estaba segura de que era un movimiento estratégico de Tony, pero notaba la decepción en la mirada de Héctor porque Tony no podía sentarse junto a su verdadera pareja. Era muy deprimente. Dos hombres hechos y derechos, claramente enamorados, que sentían que no podían estar juntos por la sociedad, la familia, la empresa y las obligaciones. Cogí la mano de Héctor por debajo de la mesa y le di un apretón. Él me miró de reojo y esbozó una pequeña sonrisa.

—No te preocupes, cariño. Ya estoy acostumbrado.

En una hora me presentaron a las cuatro hermanas de Tony. Giavanna era la mayor y tenía treinta y nueve años. Había heredado los genes de su madre porque era bajita, algo menos de un metro sesenta, y tenía el pelo negro, aunque sus ojos eran del color de un grano de café tostado. Tan oscuros que no se distinguía el iris de la pupila. Sin embargo no la afeaban en absoluto. Tenía alguna pata de gallo pero era una belleza, como todas las mujeres Fasano. Me era imposible seguir a sus cuatro hijos. Los había de todas las edades y corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza. Lo único que conseguí entender fueron un puñado de nombres italianos que no iba a ser capaz de recordar y el dato de que eran dos chicos y dos chicas.

La siguiente fue Isabella. Era un poco más alta que su hermana, mediría algo más de un metro sesenta, y también un poco más joven: treinta y siete años. Tenía el mismo

pelo negro y los mismos ojos oscuros. Sólo que la boca tenía la forma de un arco perfecto, como la de Tony. Me presentó a sus dos hijos, que ya parecían ir al colegio, aunque no era capaz de adivinar su edad. Llevaba mucho tiempo sin estar con niños.

Sophia era la tercera, con treinta y cinco años y unos centímetros más alta que la anterior, poco menos del metro setenta. Parecían ser más altas cuanto más jóvenes, cosa que comenté más tarde con Héctor. Era de lo más elegante. Llevaba una falda lápiz, una blusa de seda y el pelo negro recogido en un moño en la nuca. Asimismo gafas de montura de carey. También tenía los ojos negros, pero de piel era mucho más clara que el resto de la familia. Me pregunté si el señor Fasano tenía la piel morena o si había sido uno de esos italianos de piel clara.

—¿Acabas de salir del trabajo? —le pregunté.

Sophia bebió un sorbo de vino.

—Sí, he tenido un día muy largo. Soy la responsable financiera de Fasano Unlimited.

—La chica del dinero —dije, y brindamos por ello.

—Ésa soy yo. Alguien tiene que mantener a toda esta pandilla a raya. Si no fuera por mi equipo y por mí, se fundirían el dinero en tonterías. Tony y yo le recordamos al resto de la familia lo que significa ser un Fasano. Comida italiana buena y auténtica a un precio que la gente pueda permitirse.

Asentí y miré a mi alrededor. Todos parecían felices. Las sonrisas que adornaban sus rostros eran sinceras. La familia parecía estar a gusto, en paz los unos con los otros. No era algo que yo hubiera vivido en mi casa desde que mi madre nos dejó. Papá había hecho lo que había podido, pero le faltaba la delicadeza que tienen las madres a la hora de criar a sus hijas.

—¿Todos trabajáis en la empresa?

—Sí, cada uno en una cosa. Todo trabajo es importante. Por ejemplo, los niños se encargan de preparar los sobres con las tarjetas de felicitación, los cupones, etcétera. Cada hermano tiene su papel. Giavanna se encarga de la guardería y del programa de actividades extraescolares para los hijos de los empleados. Yo llevo las finanzas. Isabella dirige recursos humanos, y Angelina se encarga del marketing. Incluso *mamma* tiene su despacho, aunque se pasa el día en la cocina creando nuevas recetas y planificando los menús. Tony, como ya sabes, está al frente de la empresa. Incluso Héctor trabaja con nosotros, es nuestro abogado. Lleva tanto tiempo haciéndolo que es como un hermano más.

—Me lo imagino. Es un tío estupendo —señalé. Iba a añadir un par de sutiles cumplidos sobre su relación cuando una mano en mi hombro me detuvo.

Me volví y me recibió la cara sonriente de la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Tenía una densa melena ébano que caía en suaves ondas hasta su trasero. Los

ojos eran del mismo azul acero que los de Tony y llevaba los labios, arqueados y perfectos, pintados de rosa y un vestido que flotaba a su alrededor como un vórtice de naranja, rojos y amarillos.

—¡No sabes las ganas que tenía de conocerte, Mia! —La mujer se agachó y me dio un fuerte abrazo—. Soy Angelina, Angie para los amigos. El semental detrás de mí es mi marido, Rocko.

No había hombre más italiano que Rocko. Era igualito a Sylvester Stallone de joven. El parecido era asombroso. Hasta el nombre se parecía a *Rocky*. Increíble. Meneé la cabeza y le ofrecí la mano.

Abrí y cerré los ojos un par de veces para enfocar la vista, pero nada, eran como dos gotas de agua.

—Eres igualito a...

—¿Sylvester Stallone? —Arqueó las cejas, me cogió la mano y tiró de mí para darme un abrazo que me dejó sin aliento.

Dos manos fuertes me rescataron del abrazo de cobra de Rocko.

—Cuidado con mi chica, hermano —exclamó Tony en tono protector. Sentí la tensión de Héctor al contemplar la escena.

—Es increíble lo mucho que te pareces a él. ¡Eres su doble! —No acababa de creérmelo.

Echó la cabeza atrás y se rio.

—Me lo dicen todo el rato. Además, boxeo con tu chico. Así conocí a Angie. Fui el entrenador de Tony hace ya mucho tiempo. Nos estamos desvinculando de la liga y ahora pasamos más tiempo en el gimnasio, entrenando a las nuevas generaciones de boxeadores profesionales. Bueno... —dijo dándole una palmada al bíceps de Tony—, yo paso mucho más tiempo en el gimnasio entrenando a novatos que aquí el hombre de negocios. Pero no me puedo quejar: él se encarga de dar de comer a la familia.

—Ya, ya. Lo que tú digas, Rocky Balboa. Vuelve a tu sitio, anda —le dijo Tony. Su acento de italiano de Chicago era más marcado cuando bromeaba.

Angelina me cogió de la mano.

—¿Quedamos esta semana? Podríamos salir mañana de compras. Necesitamos un vestido para el lanzamiento de la nueva línea de platos preparados y congelados de Fasano la semana que viene. Vamos a dar una gran fiesta con toda la gente importante de la industria alimentaria. ¡Es un gran logro para la familia! —dijo entusiasmada.

—Tony tiene que trabajar, pero yo había pensado llevar a Mia de compras mañana. Puedes venir, si quieres. Necesita renovar el vestuario aprovechando que está aquí. Sería genial contar con una segunda opinión —ofreció Héctor.

—Salir de compras con Héctor es lo mejor del universo —dijo Angelina con ilusión.

No podía ser mucho mayor que Tony, un par de años a lo sumo, y era la hermana más alta. Éramos de la misma altura. Esta vez, no me faltaba ningún niño por conocer. Por lo visto, la bella y el boxeador no habían procreado aún. Madre mía, el día que se decidieran a hacerlo iban a tener hijos dignos de ser modelos.

Luego me di cuenta de que estaban hablando. De ir de compras. ¡Puaj! Hice una mueca de espanto al pensar en tener que adquirir todo un guardarropa.

—Sería genial, supongo... Gracias —dije.

Angelina se sentó en la silla que Tony había dejado vacante para irse a hablar con otro miembro de la familia.

—¿Supones? A ver, Mia, te lo voy a deletrear: Héctor es gay. Conoce las mejores tiendas y qué es lo más favorecedor para cada tipo de cuerpo.

Héctor se sumó a la conversación.

—Cierto. Deberías hacerle caso. Llevo vistiendo a Angie desde que tenía veinte años.

—Y además tiene un gusto exquisito para la ropa —añadió ella—. No te preocupes por nada. Te dejará perfecta. Y con el cuerpo que tienes, todo lo que te pruebes te va a quedar divinamente.

—Dice la chica más guapa que he conocido —repliqué con sarcasmo antes de taparme la boca.

En vez de tomarse a mal mi tono, se le iluminó la mirada y una amplia sonrisa hizo aún más bonita su cara.

—¿De verdad crees que soy la chica más guapa que has conocido?

Me encogí de hombros y le di un trago a mi copa de vino.

—Es lo más bonito que me han dicho. Vamos a ser muy buenas amigas —prometió, y me dio otro abrazo.

Joder, qué sobones eran esos italianos. No sabían lo que era el espacio personal. Estoy segura de que todos me habían besado, sobado y abrazado de un modo u otro esa noche. Iba a tener que acostumbrarme porque me quedaba casi un mes entero de lo mismo.

Nos pusimos con la cena, que consistía en la comida italiana más alucinante, servida al estilo casero, con platos y cuencos enormes. El vino corría como el agua, y la familia hablaba tan alto, pisándose unos a otros, que me entró dolor de cabeza. Me pitaban los oídos igual que si hubiera estado en un concierto de rock. ¿Qué digo?... Había aún más ruido que un concierto de rock. A la familia le gustaba hablar más que comer, que ya era decir. Y los decibelios que alcanzaban superaban lo que un ser humano normal estaba acostumbrado a oír.

A pesar de todo, me gustaban los Fasano. Eran bulliciosos, amigables, joviales y guapísimos. Era como estar en una sala llena de actores italianos esperando para hacer

una audición. Cuando vivía en Los Ángeles, mi agente me enviaba a convocatorias étnicas por mis curvas y mi melena negra. Decía que parecía italiana, aunque yo me veía como un revoltijo, una mezcla de todo.

La velada acabó con tiramisú casero, hecho por Mona, y el café más negro que he probado nunca. Juntos creaban una sensación única en el paladar.

Cuando Tony y Héctor me sacaron del restaurante, Tony me dio un abrazo de oso. Miró atrás con cara de susto y luego sus labios aterrizaron en los míos. Eran suaves, tibios y húmedos. Sus dedos se enroscaron en mi nuca, me echó la cabeza atrás y me metió la lengua. No esperaba que Tony, un gay, me besara así. Un gay emparejado además. No me cuadraba nada. Aun así, no pude evitar responder. Besaba muy bien. Su lengua acariciaba la mía y, cuando pillamos el ritmo, empezaron a bailar juntas. Levanté los brazos y rodeé su ancha espalda y su cuello. Al apretarme contra él, me cogió de las caderas para acercarme más. Y entonces lo noté. Bueno, no lo noté exactamente. Porque no estaba. No se le había puesto dura. Ahí abajo no estaba pasando nada. Eché la cabeza atrás y nuestros labios se separaron con un sonido similar al de una ventosa.

Lo miré a los ojos pero él no me estaba mirando a mí, sino detrás de mí. Me volví y vi a su madre, Mona. Se había agarrado las manos en un gesto de pura felicidad. La dicha colmaba su rostro y la hacía parecer diez años más joven. La culpa se enroscó alrededor de mi corazón como una serpiente al ver las esperanzas que aquella mujer albergaba con respecto a su hijo. Su único hijo varón. Su único hijo varón... y *gay*. Pero eso ella no lo sabía. En ese momento oí carraspear a alguien. Mi mirada se dirigió hacia Héctor, cuya expresión era diametralmente opuesta a la de Mona. Dolor, pena e incluso un poco de ira turbaban sus facciones. La serpiente estranguló mi corazón con tanta fuerza que me costaba respirar. *Mamma* Mona dio media vuelta y volvió al restaurante.

—Héctor... —susurré.

Él meneó la cabeza y abrió la puerta del coche.

—Lo entiendo, Mia. Necesito hablar con Tony.

—Papi, sabes que estaba haciendo teatro... No ha significado nada —juró él con los puños apretados en los costados.

No debería, pero me dolía. Porque yo sí que había sentido algo, un cosquilleo en los bajos cuando me abrazó y me besó como un hombre besa a la mujer que desea. Sólo que con Tony también noté la prueba de que no se excitaba al besarme. Para él no era de verdad. Eso me recordó que tenía que dejar la lujuria en casa con él. Tony era el sexo hecho carne y tenía el cuerpo más increíble de la historia de la humanidad. Pero jugaba en el equipo de Héctor.

Me dirigí a la limusina. Héctor ni siquiera me miró. Me tragué la amarga píldora

del remordimiento. Antes de meterme en el coche, le pasé la mano por el hombro y me acerqué lo bastante para susurrarle al oído:

—No ha significado nada. Mona nos estaba mirando. Ni siquiera se ha excitado. Eso sólo le pasa contigo. Créeme, yo sé cuándo un hombre me desea, y ese hombre sólo desea a una persona: a ti. —Era todo lo que podía decirle para consolarlo.

Me senté y Héctor se acercó a mí.

—Gracias por decírmelo.

—De nada. ¿Y si cogéis un taxi para volver a casa? Podríais ir a un bar y charlar sobre cómo vais a organizaros conmigo aquí. No sé cómo pensabais que mi presencia iba a afectar a vuestra relación, pero está claro que os hace falta pasar un rato a solas. —Él asintió, agachó la cabeza y arrastró la punta del pie por el asfalto—. Tengo llave. Os veo por la mañana, ¿vale?

—Gracias, Mia —dijo Tony. Se plantó en la calzada y, con un gesto de la mano, llamó a un taxi, que paró delante de él—. Héctor, ven conmigo, por favor —pidió a continuación en tono dulce pero imperativo.

Los vi marcharse en el taxi. La limusina me llevó de vuelta al ático, y acababa de entrar en mi habitación cuando recibí un mensaje en el móvil.

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
¿Puedes hablar?

5

Me quedé mirando la pantalla del móvil. Había dos posibles jugadas. Una, ignorar el mensaje hasta que estuviera emocionalmente exhausta. Y dos, llamarlo y dejar que la voz de Wes me arrancara la serpiente que se había enroscado en mi corazón tras la mierda que había desencadenado entre Tony y Héctor. Esperaba que pudieran solucionarlo. Lo último que deseaba era interponerme entre dos personas que se querían, y ellos se querían. No era justo que no pudieran ser libres para ser ellos mismos. O, al menos, que así lo viera Tony. Tal vez pudiera trabajar con él para hacerle ver que salir del armario era lo mejor, que estar con Héctor, planificar y construir la familia que ambos deseaban lo conduciría a la felicidad. Lo que Tony estaba haciendo acabaría por destrozar a Héctor, y al final iba a perderlo. Esa historia me la sabía porque yo era experta en largarme.

Tomé la decisión y pulsé un par de teclas en mi móvil. Lo cogió a la primera.

—Hola, nena. ¿Es muy tarde para ti, allá donde estés?

Su voz era profunda, gutural, y me recordaba a promesas hechas en la oscuridad, a gemidos y a noches llenas de pasión sin barreras. Con Alec me lo había pasado muy bien, pero Wes era especial. Todo él transmitía sexo, sexo profundo, penetrante y salvaje y hacía pensar en dos monos cachondos. Con la noche que había tenido, me moría por perderme en él.

—No es tan tarde. Estoy en Chicago.

—La ciudad del viento. ¿A qué se dedica el tipo?

No estaba segura de que hubiéramos llegado a ese punto en nuestra amistad en el que pudiéramos hablar de nuestras respectivas conquistas con naturalidad. No obstante, como no tenía intención de acostarme con Tony, no veía ninguna pega.

—A la hostelería.

—Ah, sé lo mucho que te gusta la comida casera.

Al instante lo vi sin camisa, preparándome el desayuno. Su cuerpo esbelto,

musculoso, con el pecho moreno del sol de California..., estaba para comérselo. Entero. Wes siempre olía a arena y a surf. Delicioso.

Me di cuenta de que llevaba un buen rato callada.

—Sí, ya, bueno... Sabes que me encanta comer.

—Lo sé. ¿Cocina para ti?

—Todavía no, pero espero que lo haga.

Un largo suspiro llegó del otro lado y pasaron unos momentos eternos sin que nadie dijera nada.

—¿Estás con él como estabas conmigo? —preguntó Wes y, aunque me dolía que sintiera que tenía que preguntármelo, yo no le debía nada.

—¿Eso qué importa? —susurré con ternura tumbándome en la cama con el móvil pegado a la oreja.

—A mí me importa.

—No, y no voy a estarlo.

—¿Por qué? Si no me equivoco, y creo que te conozco bien, tienes una libido muy sana. —Notaba que lo reconcomía la curiosidad.

Wes había dispuesto de un mes para conocerme. Y había llegado a hacerlo demasiado bien. Había derribado todas mis defensas y había excavado un agujero en mi corazón. Esa parte sería suya para siempre. Aunque no pensaba decírselo.

—Porque no creo que a su pareja, Héctor, le haga ninguna gracia que me tire a su hombre.

Una sonora carcajada atravesó la distancia. Dios, cómo echaba de menos su risa. Era el tipo de risa capaz de conseguir la paz mundial.

—Y ¿por qué iba un gay a contratar a la chica más sexi de la historia?

—Lameculos —le respondí. Él volvió a reírse, y el sonido resonó por la línea telefónica, directo a mi corazón. De repente, la noche ya no me parecía tan horrible—. La verdad es que es complicado. Mantiene una relación estable, como si estuviera casado, con un chico maravilloso. Pero se siente obligado por la familia y por el bien de la empresa a fingir que es un duro hombre de negocios italiano, familiar y boxeador.

—Mierda. Me parece que tiene muchas responsabilidades. Desde el punto de vista profesional, entiendo que quiera conservar su privacidad. Pero si puede permitirse Exquisite Escorts es que está forrado y la prensa lo tiene vigilado. —Respiró hondo y pude oír cómo el aire salía como un silbido de su boca; seguramente tenía el móvil demasiado cerca—. Mia, en serio, tener dinero está muy bien, pero conlleva el hecho de no tener intimidad y no poder llevar una vida tranquila.

Pensé en la comunidad cerrada en la que vivía Wes, con cámaras de seguridad y vigilancia veinticuatro horas al día, en los estrenos a los que tanto odiaba asistir y en la necesidad de tener que contratar a una chica de compañía para los eventos importantes

a fin de poder hacer contactos y relacionarse en la industria en paz. Sí, Wes sabía por lo que Tony estaba pasando, salvo por lo de la orientación sexual.

—También es por la familia. Es el único varón, el heredero de la fortuna familiar y, si no tiene hijos, el apellido morirá con él.

—¡Joder, qué presión!

Asentí a pesar de que no podía verme.

—En fin, ya hemos hablado bastante de mi cliente. ¿Cómo te va a ti? ¿Qué tal tu película?

—La verdad es que muy bien. Gina está fantástica en el papel. —Parecía encantado, y empecé a ponerme celosa—. Entiende muy bien el personaje. Me alegro de que decidiéramos llevarlo por otros derroteros.

Me mordí el labio e intenté contener una mala contestación acerca de cómo me había reemplazado por ella. Sabía que no era justo. Lo que había hecho, ponerle mi nombre a su personaje, había sido muy honorable. Dulce, incluso. Era un regalo, y así era como debía recordarlo, en vez de dejar que lo estropeara el monstruo de los ojos verdes. Además, no tenía ningún derecho sobre él, sólo éramos amigos... con derechos.

—Entonces os lleváis bien Gina y tú, ¿no? —Puse los ojos en blanco y traté de mantener mi tono tranquilo.

—Sí, es maja, aunque no tan bonita como su tocaya en el guion —dijo en tono sugerente.

—¿Ah, no?

—No.

—Pero te lo estás pasando bien con ella... Quiero decir, dirigiéndola.

—No tanto como me gustaría poder dirigirte a ti.

—¿Sí? Y ¿qué me harías hacer? —Justo entonces la conversación tomó un rumbo distinto, uno que no había probado nunca pero que estaba dispuesta a explorar.

Wes chasqueó la lengua contra el paladar justo cuando dejé de hablar.

—Pues, primero pondría las manos en tus rodillas y te ordenaría que las abrieras y te mostraras. ¿Te acuerdas de cuando hicimos eso, Mia? Todavía puedo sentir lo caliente y mojada que estabas en mis dedos.

Con la mano libre, me toqué la rótula y dibujé en ella un pequeño círculo.

—Me acuerdo. ¿Qué más?

Gruñó y solté el móvil un segundo, cogí el bajo de mi vestido y me lo quité en un solo gesto. Lo lancé a la otra punta de la habitación y volví a llevarme el aparato a la oreja.

Pillé a Wes a mitad de frase.

—... mis manos se deslizarían por tus piernas para mantenerlas abiertas y así poder mirarte, ver cómo te mojas más y más. Luego, con el dedo, te tocaría la punta del

clítoris. ¿Te gustaría, nena?

Me mordí el labio y gemí en voz baja.

—Joder, pues claro.

—¿Qué llevas puesto? —me preguntó.

—Me he quitado el vestido cuando has empezado a decirme guarradas. Ahora estoy en la cama, sola en casa, sin nadie cerca. Solos tú y yo, con mi sujetador verde esmeralda y mis bragas a juego. Y ¿tú qué llevas puesto? —Cerré los ojos, estaba mareada y flotando en el aire. No me podía creer lo que estábamos haciendo pero, joder, cómo me ponía.

Wes gruñó al aparato.

—Sólo unos pantalones de pijama de cuadros. Ya sabes cómo son.

Vaya si lo sabía. Los pantalones de pijama de Wes eran del algodón más suave jamás conocido. Cuando estábamos juntos me encantaba ponérmelos tras haber follado a primera hora de la mañana. Incluso le había robado un par. Cosa que no pensaba confesar.

—¿La tienes dura, amor? —Intenté usar un apelativo cariñoso. Me gustaba cómo se deslizaba por la lengua. Había cosas que me habrían gustado más, pero estaba a más de tres mil kilómetros de distancia.

—Joder, Mia, me va a explotar. Tengo la punta chorreando.

—Frótatela con el pulgar. ¿Te acuerdas de lo que sentías cuando te cogía la polla con la mano?

—Claro que me acuerdo.

—Pues hazlo. Cierra los ojos y sube y baja la mano, despacio. Imagina que soy yo quien te la menea, desde los huevos hasta la punta. Con el pulgar, esparce las gotitas por la raja, especialmente por el desnivel del glande, por donde me gustaba lamerte en círculos con la lengua. Si estuviera allí, te la chuparía entera, hasta abajo, antes de pasar a la parte más sensible justo debajo de la punta.

Wes gimió al teléfono. Podía oír cómo se le aceleraba la respiración.

—¿Qué vas a pedirme que haga? —le pregunté.

—Quítate las bragas —ordenó. Lo hice y las tiré a mis pies—. ¿Ya te has desnudado, nena?

—Sí. —Levanté las caderas como si tuviera a un Wes fantasma encima y tratara de tocarlo con mi cuerpo.

—Cógete el coño con la mano como lo haría yo si estuviera allí. Cógelo con fuerza, como sabes que me gusta.

—Posesivo —conseguí decir mientras echaba la cabeza atrás y hacía lo que me ordenaba. El placer, extremo, recorría mi cuerpo como una descarga eléctrica.

—Eso es. Voy a poseer ese coño chorreante. Y, mientras rotas las caderas

intentando correrte, te voy a meter dos dedos a la vez. Tú sígueme, Mia.

Hice lo que me pedía y me metí dos dedos dentro. Oleadas de calor azotaron mi útero, mi vientre y mi pecho. Tenía las tetas llenas y duras. Las cumbres gemelas estaban erectas y raspaban el satén verde. Exquisito. Maravilloso.

—¿Te acuerdas de cuando me apoderé de tu coño el día que montamos en tu moto? —Gemí en respuesta; gruñidos sin sentido escapaban de mi boca mientras recordaba sus dedos gruesos entrando y saliendo de mí, encorvados justo en el punto adecuado, llevándome hacia su cuerpo desde atrás, sujetando mi zona más sensible—. Curva los dedos bien al fondo, nena, igual que lo haría yo.

Lo intenté, y fracasé.

—No llego. Te necesito —resoplé frustrada pero sin dejar de acariciarme hacia la perdición.

En mi mente estábamos otra vez en la moto, en el garaje de Wes, con su mano en mis pantalones, follándome sin piedad, hasta el fondo, como siempre lo hacía.

—¿Te vas acercando, nena?

—Sí, pero me faltas tú, Wes. Te quiero dentro...

Del otro lado de la línea llegó una letanía de maldiciones y se le aceleró la respiración. La mía empezó a ser tan rápida como la suya mientras los dos nos dábamos placer, perdidos en la pasión del recuerdo del otro.

—Si estuviera contigo, apretaría con los dedos ese punto que tienes muy adentro y te haría cosquillas ahí. Añadiría la lengua a la ecuación, dándole vueltas a ese clítoris que parece una cereza. Lo tendrías duro y abultado tan pronto como lo envolviera con los labios y lo chupara hasta que tu coño se cerrara alrededor de mis dedos y te corrieras en mi mano.

—Wes, voy a correrme. Amor, voy a correrme a lo bestia y te quiero aquí... —Eché la cabeza más atrás; todos mis sentidos, mis neuronas y los poros de mi cuerpo estaban concentrados en el placer entre mis muslos.

—Estoy aquí, nena. Son mis dedos los que tienes dentro. Ahora frótate el clítoris con el pulgar. Joder, yo también voy a correrme, aquí y ahora, contigo. Me gusta tanto contigo, Mia... Nunca ha sido mejor. ¡Dios! —rugió al teléfono.

Hice lo que me decía, y con mis jugos y con el pulgar tracé círculos alrededor de mi clítoris. Era el empujoncito que necesitaba. En una ráfaga de luz y de energía, me corrí. El cuerpo se me tensó y un grito escapó de mis pulmones como si estuviera poseída. Oleada tras oleada de placer blanco y ardiente me sacudieron hasta el núcleo de mi ser. Por el auricular oí a Wes gritando durante su propia liberación.

Tras unos instantes, ambos nos calmamos. Sólo se oía nuestra respiración trepidante.

—Mia —dijo entonces él con adoración. Mi nombre era una bendición en su

lengua, y quería besarla, empaparme en ella, hacerme una vida a su alrededor.

—Joder, Wes, ¡qué bien se te da el sexo telefónico! —dije. Se echó a reír—. No lo había hecho nunca —confesé después.

—¿De verdad? —Parecía asombrado o sorprendido. Me entristeció un poco el modo en que lo preguntó, por lo que implicaba.

Suspiré, tiré de la manta y me metí debajo. Había sido un día muy largo y, tras un orgasmo como ése, lo único que quería hacer era acurrucarme junto al hombre que me lo había provocado y dormirme con el latido de su corazón.

—Sí, de verdad —dije. Bostecé y cerré los ojos.

—Espero que podamos repetir la actuación.

Otro bostezo.

—Yo también.

—Te echo de menos, Mia.

Sonreí y me pegué el teléfono todo cuanto pude a la oreja para poder escuchar todos los matices de su respiración. Me hacía sentir segura, como si lo tuviera a mi lado.

—Siempre te echaré de menos, Wes —dije ya medio dormida, imaginándome cuándo volvería a verlo.

—Dulces sueños... —fue lo último que oí antes de quedarme dormida.

Cuando desperté a la mañana siguiente, todavía tenía el móvil en la mano. Se había quedado sin batería. Me di la vuelta y miré el techo pensando en la noche anterior. El día entero, la cena, el sexo telefónico con Wes... Había sido una montaña rusa. Al menos, había acabado de un modo satisfactorio. Me pregunté si Tony y Héctor habrían solucionado su situación. Estaban muy enamorados. Lo suyo era para siempre. No eran el artista francés que una se folla durante un mes y al que nunca volverá a ver ni ninguna clase de amor de ese tipo. Aunque echaba de menos a mi francés. Le estaba muy agradecida a Alec por lo que había aportado a mi vida el mes que pasamos juntos. No sólo ambos habíamos creado maravillosas obras de arte, sino que además me había enseñado muchas cosas sobre mí misma, sobre el amor y sobre la vida. Siempre le estaría agradecida por el tiempo que me dedicó. Quizá pudiera usar lo que había aprendido de esa experiencia para ayudar a Tony y a Héctor. Al final, el amor era el amor, y uno no elegía de quién se enamoraba ni cuánto iba a durar. Como el suyo era un amor para siempre, caería por su propio peso.

En eso estuve pensando mientras me duchaba, me vestía e iba a la cocina. Olí el aroma del beicon y los huevos friéndose. Mi estómago rugía como un león cuando me senté en el taburete.

Renaldo me miró.

—Me parece que su estómago se alegra de verme, ¿sí?

—¡Sí! ¿Qué tal estás, Renaldo?

—Perfecto como un melocotón, señorita Mia. ¿Y usted? Parece haber dormido muy bien. —Las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa y me guiñó el ojo mientras le daba la vuelta al beicon.

—Así es. —Sonreí recordando la llamada con Wes.

Dios de mi vida, aquel hombre sabía decir guarradas como nadie. Me había puesto como una tea y había pasado de cero a mil en un par de minutos. Me había quedado tan a gusto que me había dormido con el teléfono en la oreja. Al maquillarme por la mañana todavía se veían las marcas del móvil en un lado de la cara. En cuanto se cargara la batería, le enviaría un mensaje. Le diría lo mucho que había disfrutado con nuestra conversación, no sólo del sexo. Me gustaba hablar con Wes. Me hacía sentir de lo más normal, como si fuéramos amigos de toda la vida o amantes malditos. Él simplemente hacía que todo fuera fácil. Esperaba que siguiera así lo que quedaba de año. El tiempo lo diría.

Renaldo me sirvió un plato humeante de huevos revueltos, beicon y fruta, y tenía la boca llena cuando Tony y Héctor entraron en la cocina. Tony había apoyado el brazo sobre los hombros de Héctor y mostraba una mirada muy satisfecha en la cara. Sonreí y ladeé la cabeza.

—Me parece que no he sido la única que ha pasado una buena noche. —¿Por qué había tenido que decir eso? Ni idea. Aquellos dos tenían algo que me obligaba a ser sincera. No era propio de mí.

Las cejas de Tony llegaron hasta el cielo y Héctor se sentó a mi lado. Apoyó los codos en la mesa y se llevó la cabeza a las manos.

—¿Tú crees? Yo te cuento toda mi noche —sonrió—, si tú me cuentas cómo es que la tuya ha sido tan chachi piruli si te mandamos a casa directamente desde el restaurante.

Me quedé pensando y me metí otro bocado de huevos en la boca, acompañándolo con un trago de café.

—Hecho.

Y así fue como Héctor y Tony supieron de Wes.

6

—Y ¿te fuiste sin más? Qué dura eres, nena —bufó Héctor indignado.

Se puso de parte de Wes sin darme tiempo a explicarle la situación de mi padre y la razón por la que había tenido que convertirme en escort. Hombres... Juro que a veces sólo oyen lo que quieren oír. Lo mismo da que sean gais; les falta un gen que los ayude a comprender a las mujeres y lo que nos motiva.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendes, Héctor. Tuve que irme. No tenía la opción de quedarme.

—Vas a tener que explicármelo y rapidito, cariño. Si mi Tony me dejara plantado como a una lechuga, me destrozaría.

—No, Wes y yo no somos así.

—¿Ah, no? Y ¿cómo sois?

—Somos amigos.

—¿Amigos que se lo montan por teléfono? ¿Amigos que pasan un mes amándose intensamente... —traté de interrumpirlo, pero me apartó de un manotazo— y luego le suplican al otro que se quede con ellos... ¡para siempre!?

«Pupa.»

—¡No dijo eso! Sí, me pidió que me quedara y, sí, le dije que no aunque me apetecía quedarme más que nada en el mundo..., ¡pero es que no podía!

—¿Por qué? —inquirió.

Antes de que pudiera contestarle, un taconeo sobre el suelo de gres nos interrumpió. Cogí aire para mantener la calma dentro de lo posible. No podía permitir que se me escapara nada ante la hermana de Tony, una de las personas a las que debía que despistar en ese encargo.

—¡Hola, chicos! ¡Qué ganas tengo de ir de compras! —Angelina, la hermana más joven, aunque era dos años mayor que Tony, entró en la sala. Primero abrazó a Héctor y luego a mí—. ¿Mi hermano ya está en el trabajo?

—Sí, ha salido hace cosa de una hora. ¿Te apetece comer o beber algo? —ofreció Héctor.

—No, ¡sólo quiero ver tiendas! Mia, ¿no te mueres por salir?

Gruñí y cogí mi bolso, que estaba en la otra punta de la mesa.

—Sí, no aguanto más.

Héctor se echó a reír y cogió a Angelina del codo.

—No le gusta ir de compras —explicó.

Angelina abrió la boca del todo y casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Eres una chica o qué?

—Pues claro que soy una chica, sólo que no soy la típica chica que va de compras. Me las apaño bien.

Héctor resopló.

—Superbién. Sólo ha traído vaqueros, camisetas de tirantes lisas y camisetas de conciertos. Deplorable. Lo único que tiene un poco de estilo es su pijama.

Tenía toda la razón.

—Eso es porque lo compró el estilista de Wes —se me escapó, y me mordí el labio.

—¿Wes? ¿Quién es Wes? —Angelina me miró con los ojos entornados, esperando una respuesta.

—Mi mejor amigo. Mi mejor amigo, que es gay. —Las mentiras salían de mi boca como el vómito sobre una alfombra: ácidas, putrefactas y con sabor a mierda.

—Ya. Vale. —Se echó la larga melena por encima de un hombro—. ¡En marcha!

Nos sacó del ático y nos llevó al ascensor. Héctor me miró con desaprobación. Hice una mueca y con los labios esbocé un silencioso «Lo siento» a espaldas de Angelina.

Héctor y Angelina me encerraron en un probador en Gucci. Me convencieron para que me probara de todo: vestidos, faldas, vaqueros y lo que yo habría dicho que era una bata de estar por casa. La ropa elegante y con estilo no era lo mío. Después de ponerme cada prenda, tenía que salir del probador y enseñarles cómo me quedaba. Vamos, que hacían que me subiera a un pedestal delante de una pared llena de espejos mientras ellos diseccionaban hasta el más mínimo detalle, desde la caída del bajo hasta una cosa que se llamaba *corte imperio*. Me examinaron como si fuera un bicho dentro de una jaula. Sin duda, las prendas que eligieron eran las que más me favorecían, pero todo el proceso fue bastante humillante.

Angelina no paró de hablar sobre su hermano y nuestra relación. El tema empezaba a cansarme mucho más que llevar tacones.

—¿Ya habéis elegido fecha para la boda? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Todavía no.

Tiró de la camiseta que llevaba puesta y la alisó contra mis caderas.

—¿En serio? Si lleváis saliendo juntos, de manera intermitente, toda la vida. Al menos, eso es lo que nos ha dicho Tony.

—Se podría decir así.

—No veo por qué no os decidís. *Mamma* dice que hablará con vosotros sobre la boda este mes aprovechando que estarás aquí. Para hacerlo todo oficial. —Héctor y yo nos quedamos quietos y la miramos fijamente. No movimos un músculo—. ¿Qué?

Héctor recuperó la capacidad de respirar antes que yo.

—¿Lo dices en serio? —Abrió unos ojos como platos y torció la boca en un gesto de enfado. No lo estaba llevando nada bien.

—Héctor... —le advertí.

Angelina se encogió de hombros.

—Tampoco es para tanto. Os queréis, ya tenéis una edad, y *mamma* quiere un heredero. De hecho, hoy va a comer con Tony.

La mandíbula me llegaba al suelo, y estaba segura de que los ojos se me iban a salir de la cara. De repente hacía un calor insoportable en el probador. Me abaniqué con la mano.

—La verdad es que Tony y yo no hemos pensado en los detalles.

—Eso no importa. *Mamma* siempre consigue lo que quiere, ¿verdad, Héctor? —Miró a Héctor, que estaba caminando lentamente hacia atrás... Hasta que tropezó con una silla y se cayó en el asiento—. ¿Verdad?

Él asintió, se llevó los codos a las rodillas y bajó la cabeza mientras se pasaba las manos por el pelo. No había visto a un hombre tan abatido desde que le dije a Wes que no podía quedarme. Salté del pedestal y me arrodillé delante de él. Cuando levantó la vista hacia mí, tenía un millar de lágrimas contenidas en los ojos. Le cogí las mejillas y meneé la cabeza intentando decirle en silencio que aquello no iba a ocurrir. Ni hablar. Imposible. Tony lo amaba. Cerró los ojos y respiró por la nariz. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

—Nunca lo hará conmigo —susurró.

—Sólo te quiere a ti —le juré con toda la rotundidad de la que era capaz. Junté nuestras frentes y se lo repetí—: Es a ti a quien ama.

Por desgracia, no nos dimos cuenta de quién estuvo presente durante nuestra pequeña sesión de terapia.

—¡Lo sabía! —dijo Angelina dejándose caer en la silla que había junto a la de Héctor.

Fue entonces cuando él se transformó en otra persona. Irguió la espalda, apretó las manos contra las rodillas y se sentó derecho. Era como si hubiera vuelto a ser el Héctor tranquilo y sereno que todo el mundo adoraba, no el hombre con el corazón partido que luchaba contra los problemas imposibles de su pareja.

—Es que Héctor está pasando un mal momento y estoy ayudando a... —empecé a decir.

—Estás ayudando a que la familia no se quite la venda de los ojos y no se entere de que Tony y él están juntos —replicó Angelina.

Ésa no me la esperaba. Los ojos de Héctor se tornaron de un color verde pardo que asustaba.

—No sé a qué te refieres... —dijo intentando capear el temporal, pero fracasó estrepitosamente.

—Ahórratelo. ¿Crees que no sé que mi hermano y tú lleváis enamorados desde la facultad? ¿Por quién me tomas? Soy la mejor amiga de Tony, sin contarte a ti, claro está.

—¿Te lo ha dicho él? —susurró Héctor.

Ella negó con la cabeza.

—No, pero conozco a Tony, y también te conozco a ti. Ninguno de los dos habéis tenido pareja desde hace años. De uvas a peras, Tony traía a alguna chica a cenar, pero siempre era evidente que no estaba en absoluto interesado en ella. Aunque he de decir que en el momento en que apareciste tú empecé a preocuparme. —Me miró y sonrió burlona—. Si hay una mujer capaz de convertir a un gay en hetero, ésa eres tú.

—Es un cumplido muy raro, pero... ¿gracias? —Me senté en el suelo delante de ellos—. Y ¿ahora qué?

Angelina se encogió de hombros.

—Tony tiene que contárselo a *mamma*.

Héctor negó con la cabeza a tal velocidad que pensé que iba a caérsele del tronco.

—Ésa no es una opción. No quiere decepcionar ni a Mona ni a la familia. Además, también pondría en peligro la empresa y la liga de boxeo que tanto le gusta.

—Que le den a la liga. Para empezar, desde que murió papá tampoco boxea tanto. Además, Rocko lo tiene todo bajo control, y Tony puede participar siempre que quiera. La liga es una excusa muy pobre.

—¿Y la empresa? —la presionó Héctor—. ¿Qué hay de la empresa? ¿Crees que un negocio familiar como Fasano’s puede soportar la mancha que supone tener a un gay al mando?

Angelina se encogió de hombros.

—El trabajo es trabajo. No me importa lo que opine la industria.

Héctor suspiró.

—Pero a Tony sí. Para él lo es todo.

Puse la mano sobre su rodilla.

—No, creo que en eso te equivocas —repuse—. Para él, tú lo eres todo.

Héctor se puso en pie de sopetón.

—No te ofendas, Mia, pero si eso fuera verdad, tú no estarías aquí —dijo, y con esas palabras salió del probador.

Me levanté del suelo y me desplomé en la silla vacía que había junto a la de Angelina.

—Qué desastre.

—Pues sí. Hacía mucho que lo sospechaba, pero ésta ha sido la primera vez que he sentido que tenía que meter la nariz donde no me llamaban. Mia... —Tenía húmedos los ojos azules, tan parecidos a los de Tony—. *Mamma* está convencida de que eres la chica ideal. Está convencida de que debe casaros para que podáis empezar a tener hijos. —Se mordió el labio y apartó la vista.

—Oye, que todo irá bien —la tranquilicé—. Hablaré con Héctor y con Tony. Algo se nos ocurrirá, ya verás. Puedo montar una ruptura delante de todo el mundo o algo así. No hace falta que te disgustes tanto...

—No es eso, es que Rocko y yo llevamos ya un tiempo intentando tener hijos y nada. *Mamma* ni siquiera nos pregunta. Para ella, lo único importante es que Tony tenga un hijo varón que herede el apellido de la familia.

Le di unas palmaditas en la espalda.

—Debe de doler ser siempre la segunda.

Resopló.

—Somos cinco hermanos, Mia —dijo en tono cansado, sin vida—. En todo momento hay alguien que es el segundo, el tercero, el cuarto o el quinto. Lo que pasa es que Tony es siempre el primero.

Entendí perfectamente lo que decía. Tras la cena con la familia y después de haber visto lo pendiente que Mona estaba de su hijo y de sus nietos, el hecho de que Tony llegara al extremo de contratar a una escort para que fingiera ser su prometida y engañara a su madre me demostraba el poder que la matriarca ejercía sobre la familia.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

Angelina se levantó y cogió la ropa que habíamos escogido. Fui a por la ropa que había llevado puesta y empecé a vestirme.

—No sé qué hacer con *mamma*, pero la liga sobrevivirá. En cuanto a la empresa, contrataremos a un publicista de primera para Tony, alguien que pueda darle la vuelta al hecho de que sea gay para que no sea noticia. Yo me encargo del marketing; puedo reunirme con mi equipo y esbozar ideas y posibles ángulos. En cualquier caso, es nuestra empresa familiar. —Cuanto más hablaba, más convencida parecía—. Es posible que, durante un tiempo, el hecho de tener un presidente gay genere habladurías, pero

nuestro producto es bueno. No iremos a la quiebra ni perderemos el grueso del negocio. A todo el mundo le encantan las recetas de *mamma*, y los precios son perfectos para la gente de a pie.

—La comida es estupenda. El mejor italiano que he probado.

—¡Exacto! Tony sólo tiene que olvidarse de su manía de intentar complacer a todo el mundo, de intentar ser siempre perfecto en todo; ¿sabes lo que digo?

En vez de responder, asentí. Tenía razón. Lo sabía. Más de lo que estaba dispuesta a confesar ante una completa desconocida. Desde que mi madre nos dejó, siempre había tratado de mantener unida a la familia, hacer todo lo que había que hacer.

¿Que papá estaba más borracho que una cuba y había que cuidar de él? Ningún problema, para eso estaba Mia.

¿Que Maddy tenía que acabar el colegio? Pues yo la ayudaba con los deberes y luego me quedaba hasta las tantas para tratar de sacar adelante mis estudios. Pero Maddy era lo primero.

Incluso me aseguraba de que hubiera comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. A los dieciséis años me había partido el culo trabajando de camarera en los casinos para ganar un jornal. Algunas noches me llevaba a casa las sobras del bufet antes de que repusieran para el día siguiente. Esas noches nos íbamos a dormir con la barriga llena. Papá me daba una palmada en la espalda y me decía «Buen trabajo», arrastrando la frase como todo borracho que se preciase.

Por supuesto, había hecho todo aquello sin haber cumplido siquiera los dieciocho. Joder, si para cuando los cumplí había trabajado tanto que tenía derecho a subsidio de desempleo. Y en ese momento hacía de escort para pagar la deuda de mi padre. La verdad era que no podía decirle a nadie cómo vivir su vida cuando a mí se me daba de pena vivir la mía. No obstante, estaba cambiando. Poco a poco, las cosas iban a mejor. Ahora tenía recursos. Gente a la que le preocupaba mi bienestar. Maddy, Ginelle, tía Millie, Wes, e incluso Alec, me ayudarían si me hacía falta. Eso no tenía precio. Y Tony y Héctor me caían bien. Estaba segura de que estaban hechos el uno para el otro.

—Quiero ayudar a Tony y a Héctor en todo lo que pueda —dije.

—¿Cómo te conocieron?

No sabía qué contestar a eso. Si le decía que era escort, ¿pensaría mal de mí? Al decirlo la gente solía suponer al instante que era prostituta, cosa que en mi caso no era verdad. Bueno, en general. Técnicamente, me había acostado con Wes y con Alec. Y he de reconocer que al principio Tony me tenía babeando, pero ya se me había pasado.

Angelina esperaba con paciencia a que encontrase la manera de articular mi respuesta, cosa que le agradecía. Poseía una serenidad absoluta, un rasgo admirable. Me detuve a contemplar su hermoso rostro. Tenía la mirada tranquila y tan azul que daban ganas de nadar en ella.

—Soy escort —dije al final.

Enarcó las cejas hasta el nacimiento del pelo y ahogó un grito. Luego, en vez de maldecir y de insultarme debido a mi profesión, echó la cabeza atrás, con su melena negro satén ondulando en la espalda, y se echó a reír. Era una risa plena, con ronquidos, de las que hacían mover la barriga. Se estaba desternillando. Era una risa contagiosa, y no pude evitar sumarme a ella.

Cuando nos reunimos con Héctor en caja, las dos teníamos lágrimas en los ojos.

—Pero ¿qué os ha pasado? —Héctor nos miraba a una y a otra. Intentábamos parar de reír, pero nos era imposible. Al final, conseguí recobrar el aliento.

—Se ha enterado de cómo me gano la vida —dije entre carcajadas.

Eso le llamó la atención. Cogió a Angelina del codo y la atrajo hacia sí.

—No es lo que parece —masculló Héctor.

—¿No le habéis pagado a Mia por sus servicios durante un mes para que *mamma* os deje a Tony y a ti vivir vuestra vida en paz?

—Vale, es justo lo que parece.

Eso hizo que a las dos volviera a darnos el ataque de risa. Héctor pagó la ropa y nos llevó afuera. En la limusina, recuperamos el control. Héctor se volvió hacia Angelina y le cogió la mano.

—No puedes contárselo a Mona: la destrozaría. Le prometí a Tony que saldríamos de ésta y que apoyaba su decisión. Él cree que Mona es incapaz de comprender lo que somos el uno para el otro. Sabe que ella piensa que el único amor verdadero sólo existe entre hombre y mujer.

—¿Aunque eso signifique tener que ocultar vuestro amor para siempre?

Héctor se hundió en su asiento y frunció el ceño. Cerró los ojos pensativo. Ambas nos mantuvimos expectantes.

—Si para tener el amor de tu hermano debemos mantenerlo en secreto, tendrá que bastarme. Lo quiero y haría cualquier cosa por él.

Resultó que Héctor no mentía. Desempeñó su papel a la perfección. Durante la semana siguiente con los Fasano, asistimos a eventos familiares y de negocios. Yo pasaba la mayor parte del tiempo con él y únicamente hacía de adorno o de acompañante cuando Tony me necesitaba colgando de su brazo. Me molestaba mucho. No sólo porque me estaban usando por mi aspecto, sino porque sabía que, cada vez que Tony me presentaba como su prometida y la gente empezaba a felicitarnos por la relación, Héctor se moría un poquito por dentro.

Había que hacer algo, pero no tenía ni idea de qué.

7

—Estará aquí enseguida. —Héctor derrapó en la cocina con los calcetines de vestir—. ¿Dónde demonios están mis zapatos?

—Papi, ¿por qué te molestas en ponerte zapatos? —Tony sonrió burlón mirando los pies de Héctor.

—Buf —resopló él—. No lo entenderá nunca —dijo pasando a toda velocidad junto a mí y frenando de golpe—. ¿Vas a ponerte eso? —Sus ojos oscuros examinaron mi camiseta de tirantes y mis vaqueros. Por su mohín de desaprobación, no creí que le gustara mi atuendo.

—Mona viene a hacer la cena, pensaba que era una ocasión informal —repuse.

Le di un tirón a mi camiseta para asegurarme de que me llegaba hasta la cinturilla del pantalón y no enseñaba nada. Llevaba el pelo suelto y revuelto. Era mi mejor rasgo. Eso y mis tetas. Mis tetas eran una pasada.

Tony me miró, hizo su propia evaluación y se encogió de hombros.

—Bueno, Héctor es el que tiene alma de estilista. Yo te veo bien.

Me puse en jarras.

—¿Lo ves? Él me ve bien —dije sacándole la lengua a Héctor—. Tú te has vuelto loco. ¿A qué viene tanto alboroto? —Héctor ignoró mi pregunta y se fue corriendo—. De verdad lo digo: ¿por qué se comporta como si estuviera de atar?

—Porque está de atar: se ha empeñado en convencer a *mamma* de que es el hombre perfecto.

—Lo es —dije, y Tony asintió. Miró el pasillo por el que Héctor había desaparecido—. Tú también lo piensas, ¿verdad?

—Por supuesto. —Sus cejas se juntaron y ladeó la cabeza—. No habría estado con él todos estos años si no lo creyera.

La hora de la verdad. Llevaba dos semanas de puntillas entre Héctor y Tony. Sentía que empezaba a llevar bien su dinámica. Héctor parecía ser el pasivo, el menos

dominante de los dos, y Tony era el macho alfa. Tal vez pudiera apelar a ese lado suyo para hacerle ver lo que lo esperaba cuando me marchara si no le contaba a la familia la verdad sobre su relación con Héctor. Se arriesgaba a perder lo que había tenido siempre: la confianza de Héctor.

—Oye, Tony, es genial estar aquí y me lo paso muy bien con vosotros.

—Hemos disfrutado teniéndote con nosotros, Mia. De verdad. Puedes volver siempre que quieras. Significa mucho que nos estés ayudando con esto.

—Técnicamente, para eso me pagáis. —Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa.

»Es sólo... Me preguntaba si has pensado en salir del armario. —La sonrisa de Tony se torció y se transformó en un ceño fruncido. Levanté las manos en son de paz y me acerqué a él—. Escúchame.

Se le desplomaron los hombros y se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados. La leche..., qué brazos. Por muy gay que fuera, se me caía la baba. Meneé la cabeza y me recliné en la encimera opuesta.

—Verás, tu hermana Angelina sabe la verdad —confesé. Tony abrió unos ojos como platos y apretó la mandíbula—. ¡Yo no se lo he dicho, te lo juro! Lo descubrió ella sola cuando fuimos de compras la semana pasada. Dijo que lo sabe desde la universidad.

Tony cogió aire y lo dejó salir despacio, pasándose la mano por la incipiente barba. Jesús, qué hombre tan guapo.

—Mierda..., y ¿qué le respondiste? ¿Lo sabe Héctor?

—Héctor estaba allí —expliqué. Me miré los pies descalzos. Héctor me había pintado las uñas de color rojo sirena. Lo había hecho muy bien—. Tu hermana básicamente se pregunta por qué no has salido del armario.

—Y ¿qué le dijiste?

—¿Yo? —Me llevé la mano al corazón y meneé la cabeza—. ¡Yo no le dije ni pío! —Podía oír cómo subía mi tono de voz, pero no podía evitarlo. La situación me molestaba y era como apretar el gatillo de una pistola cargada—. Héctor lo que hizo fue contarle que no querías decepcionar a la familia ni poner en peligro la empresa y la liga. Pero que, más que nada, lo que te preocupa es la reacción de tu madre.

Tony se hundió de hombros. Se volvió y se sujetó a la encimera con las dos manos. Era como si todo el peso del apellido Fasano colgara como un pesado lastre de su cuello.

—Es agotador, Mia. Siempre escondiéndome, siempre temiendo que alguien lo descubra, lo que podría significar para *mamma* y para la familia. Cómo se lo tomaría la gente. No podría soportar herir a mi familia y a Héctor sólo por mis deseos egoístas.

Recorrí los pocos pasos que nos separaban y le puse las manos en la espalda.

—No es nada egoísta querer estar con la persona a la que amas, Tony.

—¿Ah, no?

—No. Es un derecho básico. Y Héctor te quiere. Lo único que desea es que lo grites a los cuatro vientos o que, al menos, le permitas a él hacerlo.

Me reí y apoyé la frente en su espalda. Él se volvió y me abrazó. Ay, qué gozada de brazos. Fuertes, cálidos y seguros. Tal y como imaginaba. Tony daba los mejores abrazos del mundo.

—No sé qué hacer —susurró contra mi coronilla.

—Sí que lo sabes. Siempre lo has sabido. Sólo tienes que hacerlo.

Meneó la cabeza.

—Nunca he encontrado un buen momento.

Me recosté en sus brazos y lo miré a los ojos.

—Nunca es buen momento para hacerle daño a alguien. —Tony hizo una mueca y le puse la mano en el corazón—. Pero cuando esté hecho, estará hecho. No tendrás que volver a preocuparte. Saldréis adelante. Todo el mundo seguirá adelante.

—¿Y la liga?

—Angelina dice que ya no estás tan implicado como antes y que no es asunto de nadie. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos—. Además, como eres uno de los principales patrocinadores, no van a arriesgarse a perderte. Y estás muy bueno. Todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, querría ver esto —con la mano indiqué su torso— sudoroso y dándole una buena paliza a otro tío..., seas gay o no. —Le guiñé el ojo y sonreí.

Tony se echó a reír y me soltó. Luego se pasó la mano por el pelo negro.

—¿Y la empresa?

—Angelina afirma que ella se encargará del marketing. Contratará a un publicista de primera para que haga magia a cambio de un pastizal. Ella cree que serás noticia pero por poco tiempo, unos meses a lo sumo. Luego todo el mundo se olvidará del tema y las cosas volverán a la normalidad. La comida es demasiado buena y asequible como para que todo se vaya a pique a causa de la orientación sexual del presidente de la empresa.

Tony suspiró, abrió la nevera, sacó una cerveza y la abrió. Se la bebió en dos tragos. Ver comer y beber a Tony era como ver a un profesional en un concurso de a ver quién come más. El tío engullía como si no tuviera ni que masticar.

—¿Y *mamma* y el apellido de la familia? No todo se arregla tan rápido —dijo en un tono algo cortante.

Asentí y ladeé la cabeza.

—Será muy duro y se enfadará horrores. Puede que llore o incluso rompa algo. ¡Es una italiana de armas tomar! —dije. Y de nuevo sonrió. Era una sonrisa blanca y perfecta, demasiado bonita por su propio bien. Aunque, según mi experiencia, casi todos los gais eran demasiado guapos o demasiado perfectos—. ¿Habéis hablado

Héctor y tú de tener familia? —pregunté deseando enterarme de cómo terminó su conversación de la otra noche pero con miedo a meterme donde nadie me había llamado.

Tony cogió otra cerveza, la abrió y tiró la chapa sobre la encimera, junto a la de la cerveza anterior.

—Sí, dice que quiere tener críos y pronto. —Su sonrisa resplandeció aún más, como si el sol brillara justo sobre él—. Lo único es que quiere que nos casemos o celebremos algún tipo de ceremonia primero.

—Puedo entenderlo. Si vais a traer a un niño al mundo, lo más sensato es casarse primero.

Tony apretó los labios.

—Creo que nunca nos he imaginado casados. Me resulta demasiado anticuado y formal. Nosotros siempre hemos estado juntos sin pompa ni ceremonial. Simplemente encajamos bien, como dos piezas de un puzle.

—¿Héctor también lo ve así? Porque, aunque sólo lo conozco desde hace un par de semanas, a mí me parece la clase de persona a la que le gusta la pompa y el ceremonial. Las grandes demostraciones de afecto.

—Has pasado demasiado tiempo con Angie, Mia. Te estás convirtiendo en una de ellos.

Meneé la cabeza con énfasis.

—Qué va, de eso nada. Si alguna vez me caso, cosa que dudo, lo haré en Las Vegas.

Tony alzó un brazo como con un resorte y me señaló. Ahora sonreía de oreja a oreja.

—¡Eso! Estoy completamente de acuerdo: una boda en Las Vegas. ¡Es perfecto!

—Por encima de mi cadáver —dijo la voz de la mismísima Mona Fasano detrás de nosotros.

—*Mamma!* No te hemos oído entrar. —Tony se acercó a su madre y la besó en las mejillas; luego le dio un fuerte abrazo.

Héctor estaba detrás, arrojando dagas con la mirada. Meneé la cabeza e intenté explicarle por señas que no era lo que él creía.

Mona vino entonces hacia mí. Me dio un abrazo, me plantó un beso en cada mejilla y luego me sujetó por los brazos y me examinó de arriba abajo. Su mirada firme recorrió mi figura.

—Sí, perfecta para tener bebés —dijo con orgullo antes de dar una palmada—. Héctor, hijo mío —añadió sin mirar atrás.

—¿Sí, *mamma*? —contestó Héctor.

—¿Qué vamos a preparar hoy? —Se volvió y le acarició la mejilla. El modo en que le cogió la cara era muy afectuoso. Lo quería como a un hijo. Con suerte, ayudaría a que

el golpe no fuera tan duro cuando se supiera la verdad... Si Tony dejaba de esconder la cabeza algún día.

—¡Enchiladas! —dijo él.

—¿No vamos a cenar comida italiana? —pregunté sorprendida.

¿La madre italiana madre de todas las madres italianas no iba a preparar uno de sus famosos platos?

Mona negó con la cabeza.

—No. Cuando cocino con mi Héctor, preparamos recetas de su familia. Me da la oportunidad de ampliar mis conocimientos. Algún día haré un plato de fusión de comida italomexicana y lo serviré en el restaurante. —Me cogió de las caderas y me empujó fuera de la cocina, hacia uno de los taburetes—. Ahora siéntate y hablaremos mientras Héctor y yo cocinamos, *capisce*?

La idea me encantó. Tony me ofreció una cerveza y se sentó a mi lado.

—¿Qué es eso que he oído sobre una boda en Las Vegas? —Mona fue directa a la yugular.

—Sólo estábamos hablando, *mamma*. No era nada importante —dijo Tony mirando fijamente a Héctor mientras su madre removía algo en el fogón, de espaldas a nosotros —. Nunca me fugaría para casarme con Mia. Jamás —añadió en voz baja, casi un susurro dicho lo bastante alto para que los demás pudiéramos oírlo.

Héctor cerró los ojos despacio. Cuando los abrió, volvían a estar llenos de amor, deseo y esperanza. Saltaba a la vista lo mucho que adoraba a Tony, y viceversa. El estigma que acarreaba su amor estaba abriendo una brecha entre ellos que al final acabaría por derrumbar los muros de su relación. Si eso ocurría, saldría todo a borbotones, una inundación capaz de ahogar lo que tenían. Sólo de pensarlo me dolía el corazón como si le estuvieran clavando alfileres.

—Me alegro, porque eres un buen chico católico. Os casaréis en nuestra iglesia, en San Pedro. La misma en la que nos casamos tu padre y yo hace ya muchos años —explicó Mona triunfante—. He de confesar que alguna vez llegué a pensar que no ibas a casarte nunca, pero ahora que tenemos a Mia... —volvió la cabeza y me dedicó una sonrisa gloriosa. La culpabilidad me partió el corazón en mil pedazos—, nuestra familia estará completa y el apellido Fasano pasará a la siguiente generación.

Mona dejó el cucharón de madera que tenía en la mano, se volvió y abrazó a Tony.

—Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti. Si estuviera aquí, le daría la bendición a vuestra unión. —Se enjugó las lágrimas, se aclaró la garganta y volvió al fogón.

Héctor tragó saliva, conteniendo la emoción que yo sabía que amenazaba con destrozarlo.

—Hablando de la iglesia: el padre Donahue estará encantado de celebrar la

ceremonia. Aunque es probable que os hagan ir a clases de preparación. ¿Este fin de semana os viene bien?

Estoy segura de que se me salieron los ojos de las órbitas. ¿Iglesia? ¿Clases de preparación? Meneé la cabeza.

—Pues, no estoy muy segura... —empecé a decir, pero Tony me cortó.

—Aún no hemos fijado fecha, *mamma*. Tampoco hemos hablado de religión.

Mona volvió la cabeza a la velocidad de la luz.

—¿Qué? Es lo primero que hay que hablar. Mia, cariño, ¿eres católica?

—No soy nada. Me... —Los ojos de Mona se clavaron en los míos como si fueran teas ardientes—. Me crie en un ambiente laico.

Bufó.

—¿Te bautizaron en una iglesia cristiana? —preguntó en tono acusatorio.

Al instante noté el cosquilleo del miedo, que automáticamente activó mi mecanismo de defensa.

—No. —Apreté los dientes y tensé la espalda.

—¿Ya has estado casada antes? —Se llevó una mano a la cadera mientras la otra sostenía el cucharón.

Negué con la cabeza y ella imitó mi gesto.

—Hijo mío, va a tener que empezar a venir a nuestra iglesia cuanto antes. Para poder casaros tiene que estar integrada en San Pedro, y es probable que os toque hacer el cursillo largo para que nuestro cura acceda a casarte con una mujer que no es católica. Además, habrá que bautizarla, pronto. Eso es primordial. Tenemos que empezar de inmediato.

El peso de sus palabras me chafó como un rodillo. Tenía que salir de allí.

—¡Ay, Dios mío! —Me levanté alarmada de la silla. Me dolían los pulmones y notaba gotas de sudor en la frente. No podía respirar. Aire. Necesitaba aire y ya.

Tropezando con todo, salí corriendo a la terraza, abrí la puerta de par en par y respiré el aire gélido de marzo en Chicago. Gracias a Dios. No, a Dios no. No más Dios por esa noche. Ya me encargaría yo de eso.

Dos fuertes brazos me rodearon por detrás. Aunque eran maravillosos, no eran los que yo quería. Yo quería a Wes. Deseé tenerlo a mi lado. Él se habría partido la caja con la situación: de escort a novia por catálogo.

—Mia, relájate. No dejes que *mamma* te ponga de los nervios. Lo solucionaremos. —Tony me sujetaba desde atrás mientras yo tomaba lentas bocanadas de aire.

Los latidos acelerados de mi corazón empezaron a volver a la normalidad. Cuando sentí que podía mantenerme en pie, me di la vuelta y agarré a Tony de la mano.

—Debéis contarle la verdad a tu madre. Esto está yendo demasiado lejos.

Él agachó la cabeza avergonzado.

—Lo sé... Es que es mucha tela, sólo eso.

—Ya.

Nos sentamos en las hamacas, el uno frente al otro.

—Pero yo no soy la única que las está pasando canutas —repuse—. Héctor tampoco lo lleva nada bien.

Tony levantó la cabeza de golpe, con arrugas de preocupación en el rabillo de los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Le cogí las manos y se las estreché con fuerza.

—Al no aceptar quién eres, tampoco lo estás aceptando a él. —Él entornó los ojos, pero no dijo nada—. El hecho de omitir la verdad... Detesto tener que decírtelo, Tony, pero alguien tiene que hacerlo. —Alzó la barbilla para indicarme que continuara—. Míralo desde la perspectiva de Héctor. Básicamente, lo que le estás transmitiendo es que no es lo bastante bueno para ti, que no vale la pena correr el riesgo por su amor.

Tragó saliva y se echó atrás.

—¡Eso no es cierto! ¡Lo quiero!

—¿De verdad? Entonces ¿por qué lo ocultas?

—Sabes muy bien por qué —contestó en tono cáustico, apretando la mandíbula.

—No me vale. Eso son excusas, y llevas años y años escondiéndote tras ellas. ¿Cuánto hace? Casi quince años. Es hora de que te liberes, de que hagas de Héctor tu prioridad. Igual que él hace contigo. Podría haberte delatado a tu familia, a tus amigos y a tus socios hace años, pero no lo ha hecho. Se ha conformado con mantenerse en la sombra con tal de estar a tu lado. A él le importa tu felicidad, pero te juro que este plan tuyo de engañar a tu familia y mantener la farsa... lo está matando. Se le nota en la cara; ¿cómo no te has dado cuenta?

—¡Mierda! ¿Por qué ha tenido que complicarse tanto?

—Así es la vida, Tony. Madura un poco. Elige a Héctor cueste lo que cueste. Eso ha hecho él contigo. Ha antepuesto tu felicidad a la suya porque él te eligió a ti.

Con esa perla, lo dejé en la terraza y entré de nuevo en el apartamento. Héctor y la madre de Tony nos estaban esperando en la sala de estar. La atravesé de camino a mi habitación.

—Mia... —dijo Héctor con voz temblorosa, pero seguí andando.

Luego me di cuenta de que, a causa del enfado, estaba siendo una maleducada. Con mis clientes, con Mona y con las personas que habían llegado a significar tanto para mí.

Me paré antes de llegar al vestíbulo y me volví.

—Perdona. De repente me he encontrado mal. Me voy a retirar ya, necesito meterme en la cama. Mona, muchas gracias por venir. Estoy segura de que la cena habría estado deliciosa.

Héctor me detuvo de camino al vestíbulo. Me dio un abrazo y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Perdóname. Perdónanos a los dos —dijo en voz baja para que solamente yo lo oyera. Jesús, era una maravilla de hombre.

—Lo sé —dije—. Es que esta noche necesito estar sola.

Me soltó y me fui a mi habitación. Me tumbé en la cama, cogí el móvil y llamé a la persona a la que no debería llamar. Sonó cuatro veces antes de que saltara el contestador.

—Soy Wes, deja tu mensaje después de la señal y te llamaré en cuanto pueda. —La voz de Wes era un poderoso arrullo que me llegó directo al corazón.

Piiip.

—Hola, soy yo, Mia. Sólo quería... —Respiré hondo e intenté pensar en lo que deseaba decir, pero no se me ocurría nada que no sonara a desesperación—. Necesitaba oír tu voz. —Cerré los ojos—. Hablamos pronto, ¿vale? Ciao.

8

La semana siguiente las cosas estuvieron tensas en el trío que habíamos llegado a formar. Yo era la extraña y, por primera vez en tres semanas, me sentí como tal. Tony estaba estresado, apenas mascullaba «hola» y «adiós» por las mañanas. Héctor era más amable, más dulce, y aunque también estaba agobiado, no lo pagaba conmigo. Saltaba a la vista que tenía problemas con Tony pero no le apetecía discutirlos, cosa que podía entender. Yo había cogido una pataleta y había montado el numerito la semana anterior cuando *mamma* había venido a visitarnos. No me sentía orgullosa de mis actos, pero me mantenía en mis trece: alguien tenía que decir lo que yo había dicho. Tanto darle vueltas a lo mismo estaba matando la relación y torturando a ambas partes. Por no mencionar que el estar mintiendo constantemente a la familia debía de pesarles en la conciencia.

Y ahí estaba yo: en medio como el jueves.

En bragas y sujetador, me planté delante del armario para decidir qué iba a ponerme. En marzo hacía frío en Chicago, pero era soportable.

—Ponte los shorts y la cazadora de cuero —dijo Héctor desde el umbral de la puerta, que estaba abierta.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera lo había oído abrirla. Entró y se sentó en la cama mientras yo cogía unos vaqueros oscuros de pitillo. Se puso de pie, sacó un jersey fino verde y una chaqueta de cuero de color chocolate que era la bomba. Empecé a ponerme la ropa que me había elegido sin decir nada. Cuando Héctor quería hablar, lo hacía en privado y sin respetar el espacio personal de nadie. Me subí los pantalones, me pasó el jersey y me lo puse.

—Sé que Tony me quiere —dijo mientras sacaba un par de botas altas hasta la rodilla con tiras de cuero cruzadas por todo lo largo. Eran suaves como la seda, y probablemente costaban más que el coche que le había comprado a mi hermana.

En vez de responder, me senté en la cama. Héctor se arrodilló, me levantó el pie y me ayudó a ponerme la bota.

—Pero le da mucho miedo decepcionar a su madre. Antes pensaba que lo que lo asustaba era contárselo a su padre. Joseph Fasano era un hombre muy hombre, un italiano de la vieja escuela. Cuando falleció el año pasado pensé que tal vez... que tal vez se lo diría a la familia. Mona me quiere. Me trata como a un hijo. —Levantó la vista y vi lágrimas en sus adorables ojos castaños.

Me agaché y le cogí las mejillas.

—Su madre te quiere mucho.

—Eso creía yo... —Meneó la cabeza—. Era mucho pedir. Y ahora ya no sé. Contigo aquí y tanto hablar de matrimonio y de niños... Hace que quiera más, ¿sabes? Quiero la vida que debería haber tenido todos estos años.

Una lágrima me rodó por la mejilla. Héctor me la enjugó con el pulgar.

—Mi querida Mia, tú no tienes la culpa de nada.

—¿Tú crees? Estoy aquí.

—Porque te trajimos nosotros —protestó.

—Es verdad. Tienes toda la razón. Yo no tengo la culpa de nada. —Sonreí satisfecha y Héctor se echó a reír, cosa que alivió la tensión.

—Ven, Tony y yo queremos tener una cita contigo. Vamos a enseñarte algo.

Se acercó al armario y sacó una bufanda verde que brillaba mucho. Tanto, que nunca me la habría puesto por voluntad propia.

—¿A qué viene tanto verde?

Héctor abrió unos ojos como platos y ahogó un grito.

—Mía, hoy es San Patricio. Toda la ciudad lo celebra a lo grande y nosotros también vamos a hacerlo. Es nuestra fiesta favorita. Sin penas ni preocupaciones. Hoy sólo tienen cabida la diversión, la amistad y el amor. ¿Te apuntas?

Un gran alivio me llenó el pecho, el corazón y los pulmones.

—¡Ya te digo!

—Vamos, cariño. ¡En marcha!

Una ráfaga de viento me apartó el pelo de la cara en cuanto bajamos del coche.

—¡Menudo vendaval! —les dije a los chicos. Llevaba a cada uno cogido de un brazo.

—Por eso la llaman *la ciudad del viento*. No te preocupes, el tiempo cambiará dentro de media hora. —Miré a Tony con cara de que me estaba tomando el pelo—. Es verdad, es un fenómeno peculiar. Llevo aquí toda la vida y no ha pasado una sola jornada en el que haya hecho todo el día el mismo tiempo.

—Deberías mudarte a California. Hace un tiempo perfecto todos los días. —Sonreí, y negó con la cabeza.

—Veo un sitio en la baranda. —Héctor señaló más allá de una zona de césped donde, a lo lejos, se veía una barandilla metálica cerca de una extensión de agua. Una muchedumbre la ocupaba entera.

Fuimos hacia allí.

—¿Dónde estamos? —pregunté mirando las olas. El agua estaba agitada y salpicaba las paredes de cemento. Estábamos a más de tres metros por encima de ella, pero se notaba el frío que ascendía.

—Es el río Chicago —dijo Tony con orgullo, el pecho henchido como un pavo.

Miré a Héctor, que puso los ojos en blanco.

—A mí no me mires. Es cosa de Tony. Yo soy de San Diego —replicó mientras se señalaba a sí mismo con una mano enguantada.

Le di un empujón con el hombro.

—No sabía que fueras de California.

Ladeó la cabeza y miró el río.

—Sí, fui a estudiar a Columbia, conocí a Tony y, tras graduarme, me vine a vivir aquí con él.

—¿Columbia? ¡Uau! —Sabía que los chicos eran listos, pero no tanto. Yo no había acabado los estudios. No obstante, ganaba cien mil pavos al mes. No estaba mal para una excamarera de un casino de Las Vegas.

Tony se metió entre nosotros y nos pasó un brazo por los hombros a cada uno.

—Está a punto de empezar. ¡Mira ese barco, Mia! —dijo con la voz cargada de expectación. No lo había visto tan contento en toda la semana. Tenía una sonrisa preciosa, y la había echado de menos. Sus fuertes brazos nos estrecharon a Héctor y a mí con fuerza. De repente, Tony miró a un lado y a otro, escaneó la zona y dijo—: ¡Qué diablos!

A continuación, se volvió hacia mí y me dio un pico rapidito en los labios, de los que un hermano le daría a su hermana. Luego se volvió hacia Héctor y le plantó un señor beso lujurioso en la boca. No acababa nunca. Duró tanto que, para cuando terminó, yo me había puesto roja.

A Héctor se le pusieron los ojos del tamaño de los de un gatito.

—Feliz día de San Patricio, papi —dijo Tony besándolo otra vez en la boca.

La sonrisa de Héctor era de sorpresa, felicidad y amor.

Dicha. Dicha en estado puro. Eso era lo que había en nuestro pequeño círculo cuando el barco atravesó el río Chicago esparciendo algo verde en el agua.

—¿Qué hace contaminando el río con esa porquería? —dije mientras señalaba horrorizada el barco con el dedo.

Tony negó con la cabeza.

—¡Están tiñendo el río de verde! —Estaba dando saltitos de alegría—. Es una

tradición y no es venenoso ni nada. —Entorné los ojos esperando que continuara—. La tradición tiene más de ciento cincuenta años. Para celebrar San Patricio, el río Chicago se tiñe de verde. Tardará varios días en volver a su color normal. Usan tinte vegetal, que no les hará daño a los peces ni contaminará las aguas. Lo patrocina el sindicato de fontaneros.

Tenía que reconocer que molaba mucho. El barco esparcía el mejunje verde por el río yendo de arriba abajo. Había remolinos verde fluorescente mezclándose con las olas por todas partes. Me recordó a *La noche estrellada* de Van Gogh por las espirales verdes en el agua. Nunca había visto nada parecido. Había una ciudad en el mundo que teñía el río de verde para celebrar una fiesta que ni siquiera era festivo nacional.

Meneé la cabeza varias veces, incapaz de asimilar lo singular y aleatorio de lo que estaba viendo.

—¿Qué tiene de especial San Patricio?

Tony nos acercó más hacia sí sin dejar de mirar al agua.

—Es el día en que se celebra la llegada del cristianismo a Irlanda. A pesar de que estamos en Cuaresma, la Iglesia da permiso para beber alcohol y romper el ayuno.

Por un instante me paré a pensar lo que había dicho.

—¿Eres irlandés? —Miré a Héctor, que negó con la cabeza, muy sonriente.

Me volví y miré fijamente a Tony.

—No —contestó él.

—Entonces ¿por qué lo celebras? —La importancia de ese evento no tenía sentido.

Tony señaló el río como si fuera la presentadora de «La ruleta de la fortuna».

—Pintan un río entero en honor a un santo al que mi religión rinde culto. Todo lo relacionado con la Iglesia es muy importante para mí —explicó muy serio, excepto por el ligero temblor de las comisuras de sus labios. Noté cómo me cogía más fuerte del bíceps para intentar contener la risa.

—¡A ti lo que te gusta es ir de fiesta! ¡Confiesa! —Le di un codazo en las costillas.

—¡Ay! —Tony se echó a reír a mandíbula batiente y, con él, también Héctor—. Vamos, Mia. Hay un pub que lleva nuestro nombre.

Abrí unos ojos como platos. El aire frío abofeteó a Héctor con mi pelo.

—Perdona. —Me guiñó el ojo y seguimos andando—. ¿También sois los dueños de un pub?

Tony soltó una carcajada.

—¿Siempre te lo tomas todo al pie de la letra?

—No, pero tampoco suelo relacionarme con tíos ricos. Imagino que todo es posible cuando uno se pasa el día jugando con el dinero como si fueran billetes del Monopoly.

—Venga, es hora de saludar a un irlandés llamado Jameson. —El corpachón de Tony ayudaba a frenar el viento que me impedía avanzar.

—Jameson es un viejo amigo mío. Tengo ganas de volver a verlo. —Sonreí.

—¡Así se habla! —exclamó él con una sonrisa deslumbrante.

Y nos dirigimos al coche.

Los chicos me llevaron a un pub irlandés llamado Declan's. Entramos por una enorme puerta roja con el marco de madera negra. El cartel era negro con la palabra «DECLAN'S» en cursiva dorada. Dentro estaba oscuro. Se oía el murmullo de las conversaciones, más alto a medida que avanzábamos entre los clientes hacia la barra. Había tres taburetes juntos y vacíos. Frente a ellos, en la barra, un vaso de chupito contenía una servilleta en la que se leía escrito en rotulador negro: «RESERVADO». Tony apartó uno de los taburetes para mí y me senté.

—¿Asientos reservados en un bar? —Me reí meneando la cabeza.

—Todos los años, muchacha —afirmó Héctor.

—Conozco a un tipo... —dijo Tony con ese acento de italiano de Chicago al que me había acostumbrado en esas tres semanas.

—O eso te crees tú, *macarroni*. —El camarero le tendió la mano.

Tony se inclinó por encima de la barra, cogió al pelirrojo y le dio un abrazo de oso entre hombres.

—Dec; ¿cómo te trata la vida, pelo panoja? —Tony le devolvió el apelativo despectivo y cariñoso. Entre mujeres habría sido una pelea en toda regla, pero el irlandés se lo tomó a guasa.

—El negocio va bien —dijo extendiendo los brazos hacia el bar lleno.

—Es San Patricio, tontaina. Normal que esté a tope. —Tony siguió metiéndose con el hombre al que había llamado Dec.

—¿Quién es la elfa? Sé que tuya no es. —Los ojos verdes del hombre se posaron un instante en Héctor, quien extendió el brazo y le estrechó la mano.

—Te presento a Mia. Es una amiga de fuera de la ciudad y la hemos sacado a hacer turismo.

—Y tenías que traerla a mi pub porque tenemos la mejor comida y el mejor whisky de Chicago.

—De primera —respondió Tony con un acento marcado como una mala permanente.

—Encantado de conocerte, Mia. Soy Dec, o Declan —dijo el irlandés al tiempo que ofrecía la mano.

Puse la mía en la suya pero, en vez de estrecharla, se la llevó a los labios y me besó los nudillos. Una chispa de excitación corrió por mi mano y mi brazo y se extendió por todo mi cuerpo. Sus ojos verdes brillaban, y enarcó las cejas.

Tony lo apartó de un manotazo.

—Deja de hacer el tonto. ¿Y nuestras copas? De paso, trae la carta.

El pelirrojo se echó a reír, se colgó el trapo de cocina al hombro y nos pasó tres menús. Luego nos sirvió a cada uno un chupito de Jameson y se puso otro para él.

Levantamos los vasos, brindamos y Dec dijo:

—¡Hasta el fondo!

Al mismo tiempo que dejaba el vaso en la barra, el teléfono emitió un pitido en mi bolsillo de atrás.

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Feliz San Patricio. ¿Sabes lo que dicen de los ojos verdes?

A Héctor casi le llegan las cejas al techo al verme la sonrisa en la cara. Me llevé el teléfono al pecho y leí el mensaje. Héctor se puso a leerlo por encima de mi hombro sin ningún reparo. Me rendí y lo puse entre los dos mientras contestaba.

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
No, ni idea. ¿Qué dicen?

Al instante, respondió:

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
¿Dónde estás?

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
En Declan's, un pub irlandés por el centro de Chicago. ¿Vas a contarme lo que dicen de las chicas de ojos verdes o qué?

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Que siempre traman algo. ¿Qué estás tramando?

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
A ti te lo voy a contar... Estoy de copas. ¡Feliz San Patricio!

Esperé unos minutos pero no hubo respuesta. Qué raro. Lo habrían llamado para algo. Héctor y yo nos miramos y él se encogió de hombros. Levantó la mano y señaló los vasos vacíos. Declan se apresuró a rellenarlos.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó.

—¡Sí, por favor! —Empiné el codo y exhalé fuego. La quemazón no era nada comparada con los pensamientos que me rondaban por la cabeza sobre Wes. Pensar en él demasiado y con demasiada frecuencia era una tontería, y yo no era ninguna tonta—. ¡Y más chupitos! —dije.

La hora siguiente, Héctor y Tony me contaron historias de su juventud, cómo conocieron a Declan en Columbia y cómo, por pura carambola, acabaron los tres en Chicago. Eran amigos desde entonces. Entendí por qué Declan había insinuado sutilmente que sabía qué clase de relación tenían en realidad. Debía de ser de los pocos. Resultó que también era uno de los chicos que habían corrido en pelotas por el campo de fútbol americano.

Los tres me tenían muerta de la risa hasta que mi vejiga no pudo resistirlo más. Me levanté del taburete y me volví.

—¿Adónde vas? —Tony me puso una mano en el bíceps.

—A echar la primera —respondí tambaleándome ligeramente.

Tony puso cara de asco.

—No, aguanta un poco. Si no, luego es un rollo. Tendrás que ir a mear cada veinte minutos.

—¡No puedo aguantarme! —Le pegué un puñetazo en el brazo y puso cara de ofendido.

—Eres un peso pluma. —Se frotó el brazo sonriente.

Sabía que le había pegado con fuerza. Con suerte, al día siguiente llevaría un bonito cardenal como recuerdo. Aunque era poco probable, porque tenía los brazos bien prietos. Seguro que le había parecido más un pellizco que un puñetazo. Me escabullí del gigantón cavernícola y me dirigí al servicio.

Hice lo que tenía que hacer y me lavé las manos. En uno de mis momentos más femeninos, me incliné, me eché el pelo hacia adelante y me lo peiné y lo atusé con los dedos para darle más cuerpo. Tuve que agarrarme al lavabo para no caerme. Era hora de comer. Los chupitos me estaban dejando fina y, con el estómago vacío, no tardaría en rodar por el suelo. De peso pluma, nada. Los hombres se creen que son más fuertes que las mujeres. No tienen ni idea. Que me perdonen por ser la mitad de un gigante que puede beberse una botella entera sin notar absolutamente nada. Deberían alegrarse de que les saliera tan barata cuando me sacaban de copas. Memos. Indignada, salí del baño y empecé a abrirme paso entre la multitud.

Había todavía más gente que antes. Ya habían llegado los que habían ido primero a cenar, y el pub estaba hasta la bandera. La música celta sonaba bien alto para mantener el toque irlandés. Empecé a seguir el ritmo cuando me topé con un cuerpo duro como una piedra.

—¡Ay! —Me froté la nariz y levanté la cabeza.

Pese a las luces de colores que lo envolvían como un halo, sus ojos verdes me cautivaron. Ahogué un grito. No podía creer que fuera él, que lo tuviera de pie ante mí.

—¿No vas a decirme nada, nena? —Las capas de pelo rubio ceniza cayeron sobre sus ojos.

—No puedo creer que estés aquí...

Sus ojos verdes recorrieron mi cuerpo.

—Da gusto mirarte. Ven aquí.

Allí estaba yo y allí estaba él. Mi Wes. Sus labios estaban tibios cuando encontraron los míos. Sabía a menta y olía como el océano. Dios, cómo había echado de menos el océano, la brisa salada... a él. Una de las manos de Wes me sujetaba la cabeza mientras la otra me acercaba más hacia él. Nuestros cuerpos chocaron y se fundieron. No existía nada salvo él y la atracción eléctrica que sentíamos el uno por el otro. Le lamí el borde de los labios y él los separó para dejarme entrar.

Perfecto.

Besar a Wes era perfecto. La energía formó una bola a nuestro alrededor mientras la gente nos empujaba hacia un lado y hacia otro. De alguna parte llegaron varios «perdona», pero no paramos. No podíamos. La conexión magnética entre nosotros aumentaba sin cesar. Me besó como en las películas, como cuando el chico regresa de la guerra y por fin vuelve a ver a la mujer a la que ama. Como si yo fuera todo su mundo y, en ese momento, él era el mío.

—¡Joder, suéltala! —La voz de Tony llegó entre la muchedumbre un segundo antes de que me arrancaran de Wes, con los brazos extendidos como una marioneta sin titiritero.

—¡No, Tony, no! —dijo Héctor interponiéndose entre Wes y Tony.

—¿Qué coño te crees que haces? —Wes dio un paso al frente, aplastándonos a Héctor y a mí.

—¡No, no, Wes, no! ¡Es Tony! —Me apreté contra el pecho de Wes intentando echarlo atrás.

—¡Ya, pues más le vale quitarte las manos de encima o vamos a tener problemas! —rugió él con la mirada en llamas, fija en Tony.

—¿Tú crees? —El italiano nos empujó; su cuerpo gigantesco nos aplastaba.

—Parad, chicos. Wes, te presento a mi cliente. Tony, te presento a mi... Mmm... ¡Wes! —grité con desesperación intentando hacerme oír por encima de la música.

Tony achinó los ojos y Héctor lo empujó hacia atrás.

—Amor, es su chico. Te he hablado de él, el surfista que hace cine...

Cerré los ojos y extendí los brazos en cruz para mantener a Wes alejado.

—¿Tu chico? ¿El surfista que hace cine? —Wes se echó a reír y me atrajo contra su costado—. ¿Así es como me llamas? —me susurró contra el cuello, enviando toda

clase de alegres cosquilleos a mis terminaciones nerviosas.

Para entonces, el alcohol se me había subido a la cabeza y había anulado cualquier posible filtro.

—Podría haber dicho don Folla-Como-Dios; ¿te habría gustado más eso? —Me abracé a su cuello y me pegué a él todo lo que pude.

Acarició mi frente con la suya.

—Pues sí, eso me habría gustado más. De hecho, espero que se lo digas tal cual a todos tus clientes y futuros novios de aquí en adelante.

Resoplé como un camionero.

—Ya te gustaría.

—Muchísimo. ¿Me presentas como es debido a tus amigos ahora que el grandullón ya no va a enviarme a la luna de un guantazo?

—¡Claro! —Me di la vuelta y Wes me cogió de las caderas. Mis clientes observaban la escena. Héctor sonreía, y Tony tenía el ceño fruncido—. Chicos, os presento formalmente a mi amigo Wes. Wes, él es Tony, y él es su..., él es Héctor —concluí.

—Héctor es mi pareja —admitió Tony en alto, tanto que algunos de los parroquianos lo oyeron, aunque ni lo conocían ni estaban prestando atención. Aun así, era un gran paso en la dirección correcta. Primero el beso en el río y ahora una declaración pública.

Miré a Héctor. Tenía cara de sorpresa y de ilusión, incluso de que se le fuera a caer la baba. Por eso me gustaba tanto. Se me hacía fácil leerlo, y siempre decía lo que pensaba y sentía. Ese tipo de sinceridad brillaba por su ausencia en los círculos que yo frecuentaba.

—Wes, te pido disculpas —dijo Tony—. Ya sabes lo que pasa cuando uno bebe y hay una mujer bonita de por medio: las cosas pueden irse de las manos. Sólo quería cuidar de ella. —A continuación le dio a Wes una palmada en la espalda mientras le estrechaba la mano.

—Te lo agradezco. Es bueno saber que alguien protege a mi chica —fue la réplica de Wes.

«Mi chica.» Lo había dicho cuando estaba con él y ahora había vuelto a decirlo. Madre mía, estaba perdida.

—Ahora que estás aquí, ven a tomar un trago con nosotros —dijo Tony.

—Me encantaría. Vosotros primero. —Wes extendió la mano para que Tony y Héctor se nos adelantaran.

Nos sentamos y Wes acercó su taburete para poder rodearme con el brazo. Era un gesto de posesión, y no sabía qué hacer ni cómo tomármelo. El alcohol que me corría por las venas tampoco ayudaba nada, porque le permití hacerlo sin decirle nada.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Chicago? —preguntó Héctor.

—Esta noche nada más. Vuelo mañana a Los Ángeles a primera hora. Pero, ya que estaba aquí, he pensado en venir a ver a Mia. Espero que os parezca bien.

Miré sus ojos verde mar y me perdí. Le brillaban los labios bajo las luces del bar y el pelo le caía en la frente. Se lo aparté. Él me cogió la mejilla con la mano. Sin darme cuenta, apoyé la cara en su caricia. Los dos últimos meses sin su cariño habían sido como sobrevivir a una sequía, y ahora sólo me estaban dando un sorbo. Necesitaba más. Mucho más.

—Mejor que bien —dije.

9

Mi espalda chocó contra la pared en cuanto se cerró la puerta. Tenía los labios y las manos de Wes por todas partes, justo donde los quería. Los cuatro, borrachos, habíamos vuelto al ático en la limusina. Héctor había levantado los pulgares en mi dirección y Tony se lo llevó a toda prisa al dormitorio. Lo tomé como un sí a que llevara a un hombre a su casa. Aunque nada podría haberme impedido pasar la noche con Wes. El whisky y las ganas de tenerlo eran demasiado poderosos como para resistirse a ellos. Y así fue como acabé empotrada contra la pared con el cuerpo firme de Wes sujetándome en el aire.

—Dios, cómo te he echado de menos. Cómo echaba de menos este cuerpo. —Sus manos cubrieron mis pechos—. Te necesito desnuda. Ya. —Me apretó ambas tetas a la vez y se ganó un gemido grave.

Sin tardanza, me quité la camiseta y la arrojé al suelo. Sus manos tiraron del botón de mis vaqueros. Antes de que pudiera bajármelos ya tenía sus manos ahí, justo ahí, palpándome, sintiéndome, jugando con la humedad que había provocado.

La lengua de Wes me besó desde el esternón hasta el cuello y se detuvo en mi oreja, a la que dio un mordisco.

—Me encanta sentirte, cómo tu cuerpo responde a mí. Me demuestra que, digas lo que digas, me deseas.

Me metió un dedo largo, seguido de otro. Qué gusto. Eché la cabeza atrás y me di con la pared.

—Nunca he dicho que no te deseara —admití perdiendo el aliento.

—Pero lo has intentado.

Hundió más la mano y sus dedos curvados encontraron el punto justo. Su pulgar prodigioso daba vueltas alrededor del centro de mi excitación y me enviaba al limbo más placentero. Tenía razón. Había intentado negar el efecto que tenía en mí. No había más remedio, me ayudaba a guardar las distancias. Pero ahora no. En ese momento lo

quería todo.

—Te necesito —susurré mientras el placer se intensificaba.

—¿Has estado con alguien más?

—Wes —protesté. No era la conversación que me apetecía tener con sus dedos metidos hasta los nudillos y su mano bañada en el deseo que sentía por él.

Me besó, me introdujo la lengua hasta las amígdalas antes de retirarse.

—¿Has estado con alguien más? —repitió.

—Sólo contigo —dije, y era verdad.

Alec y yo siempre lo habíamos hecho con preservativo. Wes y yo no, pero confiaba en él y seguía confiando en él. Su mirada oscura buscó en la mía. Luego sacó la mano de mi interior y me bajó las bragas. Me las quité de un puntapié mientras le desabrochaba el pantalón. Se lo bajó lo justo para sacarse la polla. Dios mío, cómo había echado en falta esa parte de él. Tan larga y tan gorda, y lista para mí.

En un solo movimiento, Wes tenía las manos en mi culo y mis piernas rodeándole la cintura.

—Agárrate a mis hombros, nena.

Hice lo que me pedía. Cuando me tuvo bien sujeta, me subió contra la pared. Me arañé la espalda contra la dura superficie y noté que me ardía la piel. El punto de dolor hacía más intenso el placer del momento espontáneo. Wes colocó la punta de su polla en mi hendidura y me la metió. Con una mano me sujetaba del hombro y, con la otra, de la cadera. Tiró de mí con fuerza y me empaló.

—¡Dios! —Estar llena hasta arriba de su polla gigante era una bendición.

—Contente, nena, que te van a oír —dijo recordándome dónde estábamos. En mi habitación en el ático de Tony y Héctor, follando con mi primer cliente mientras trabajaba para el tercero.

Se trataba de una situación un tanto retorcida pero me daba igual. Wes era gloria bendita dentro de mí, me llenaba de todo lo que había echado de menos en esos dos meses sin verlo.

Salió y volvió a entrar. Sus labios apresaron los míos y le succioné la lengua, me apoderé de su boca y de su beso, que eran alimento para una mujer famélica.

—¿Te acuerdas de esto? —La sacó y me la metió hasta el fondo.

Con un grito quedo, asentí, tan perdida en mi neblina de deseo que sólo podía concentrarme en lo que sentía entre las piernas, en el intenso placer que se acumulaba en lo más profundo de mi vientre mientras él me penetraba.

—No te dejaré olvidar lo bien que se nos da —dijo saliendo y volviendo a entrar mientras hacía rotar las caderas—. Quiero que me sientas cuando me haya ido. —Salió de nuevo y, luego, con ambas manos en mis caderas, se empotró en mí.

Me mordí el labio al notar que me atravesaba un rayo, el cuerpo me ardía y me

temblaba hasta el último poro. Una embestida más y estaría perdida. Se lo iba a dar todo, como él quería.

—Recuérdame —dijo apretando los dientes. Eran las mismas palabras que me había dicho después de nuestra última noche juntos. Esta vez estaban teñidas de dolor y de placer y de todo lo que hay entre lo uno y lo otro.

Se deslizó afuera, me sostuvo en alto y me rodeó la espalda con los brazos. Tensé los muslos alrededor de su cintura y le clavé los talones desnudos. Con la polla tiesa, echó las caderas atrás, me sujetó firmemente contra la pared y me empaló.

El orgasmo explotó por todo mi ser, mil pedazos de placer volando en todas direcciones. Los labios de Wes tomaron los míos con desesperación, manteniéndome con su beso mientras se estremecía sin parar, llenándome de su placer, bañando mis entrañas con su esencia. Su boca impedía que un grito primitivo escapara de mis labios. Le mordí los suyos mientras el último vestigio de nuestra pasión se calmaba y caía.

Teníamos la piel empapada en sudor y bañada en la felicidad que sentíamos al estar juntos. Compartíamos el aire, jadeando en la cara del otro mientras nuestras frentes se acariciaban y sellaban la conexión que habíamos tenido desde el principio.

—¿Vas a olvidarme? —Su tono era dulce pero preocupado.

—Nunca —le prometí.

—Vamos a lavarte. No te creas que he terminado contigo.

—Menos mal, porque todavía te tengo ganas —anuncié al tiempo que le cubría la cara de besos, lamía la sal de su cuello y disfrutaba del hombre del que nunca iba a hartarme.

Me sentó en el mueble del lavabo y salió de mí. Un chorro de su descarga resbaló por la encimera. Wes se quedó mirando entre mis piernas, observando cómo me abandonaba su esencia.

—De eso sí que me voy a acordar luego —confesó con una sonrisa de adolescente pícaro.

Le pegué un manotazo en el hombro.

—Abre el grifo de la ducha, pervertido.

Cogí la toalla de las manos, la mojé y me limpié entre los muslos. Luego cogí otra para limpiar lo que había caído en el mueble y eché ambas toallas al cesto de la ropa sucia.

Wes había empleado bien el tiempo porque estaba completamente desnudo. Sus vaqueros y sus zapatos formaban un montoncito en el suelo del cuarto de baño. Su piel bañada por el sol y sus músculos fibrosos de surfista nunca habían estado mejor. Caminé hasta él y le apoyé las manos en sus pectorales macizos. Era suave, reconfortante y todo lo que había echado en falta de la vida que deseaba pero que todavía no podía tener. Las lágrimas se agolparon tras mis párpados y besé la piel que

cubría su corazón.

Él me cogió la mejilla con la mano y con el pulgar enjugó una lágrima solitaria.

—Lo sé. Yo también —dijo con ternura—. Vamos a disfrutar del tiempo que nos queda juntos, ¿vale?

Asentí y lo seguí a la ducha. Se pasó un buen rato lavándome el pelo.

—Te ha crecido más de cinco centímetros.

—Lo sé. Me crece mucho —dije.

—Es precioso. —Sus ojos seguían la espuma que se deslizaba por mi pelo, hacia el suelo de azulejos a nuestros pies y, de ahí, al desagüe.

En cuanto terminó, se enjuagó el champú de las manos. Nunca usaba esponja cuando nos duchábamos juntos en Malibú.

—¿Eres de los que prefieren usar las manos para todo? —Lo miré enarcando las cejas.

—¿No te habías dado cuenta? —Apoyó las manos en mis hombros y masajeó el jabón en mis músculos tensos.

Era divino. Sus fuertes dedos deshicieron todos los nudos que tenía antes de descender seductores por mi pecho, sobre mis tetas. Me dio la vuelta y apretó mi espalda contra su pecho. Luego sostuvo ambas esferas en sus manos, acariciando las puntas erectas con el índice y el pulgar. Mis pezones se retorcían y cosquilleaban con cada pasada de sus deliciosos dedos hasta endurecerse como la goma de borrar de un lápiz. Duros, altos y redondos.

Gemí y me recliné contra él cerrando los ojos.

—Me encantan tus tetas. Son grandes, llenas y perfectas para mis manos. Se ponen duras siempre que las acaricio. —Sus palabras llenaban la habitación, tan densas como el vapor que nos rodeaba. Hacían que todo pareciera aún más etéreo, como un sueño.

Wes jugó con mis tetas hasta que me tuvo jadeando, gimiendo y restregándome sin parar contra sus caderas.

—¿Qué quieres? —Trazó con la lengua una línea descendente por mi cuello sin dejar de torturar mis pechos, ya demasiado sensibles de tanta estimulación.

—Te quiero dentro, por favor —supliqué sin pudor.

—Échate hacia adelante, nena. Cógete al toallero y levanta ese culo para mí.

Me sujeté al toallero de barra que había sobre mi cabeza, en la parte de atrás de la ducha. Me recordaba a los que había en los hoteles pijos, donde las toallas estaban fuera del alcance del agua pero lo bastante cerca para que el huésped no tuviera que abandonar el calor de la ducha sin secarse. En este caso, era perfecto para que yo tuviera a qué agarrarme.

Wes colocó los pies junto a los míos y me abrió un poco más las piernas. Me cogió de las caderas y las levantó hasta donde quiso. Esperé con el aire atrapado en la

garganta. La excitación zumbaba en mis oídos como un enjambre de abejas enfadadas. La anticipación, el saber que iba a tomarme con su erección fascinante y prohibida...

—Sí, Wes. Por favor..., ámame como sólo lo haces tú.

—¿Amarte? —preguntó metiéndome dos centímetros.

Intenté apretar los muslos para obligarlo a adentrarse más, pero me lo impidió. Sólo iba a moverse cuando él quisiera.

—Sí, por favor, hazlo.

Con un giro de las caderas, sus dedos se clavaron en mis costados antes de que entrara... con tanta fuerza que me castañetearon los dientes. Me sujeté a la barra, descolocada por su movimiento. Él me levantó entonces los pies del suelo, colgada de su polla, tal y como a él le gustaba. Volvió a dejarme en el suelo. No podía respirar, no podía moverme. Nunca había estado más al completo con un hombre. Cuando me la sacó casi me eché a llorar. Emocionalmente, lo necesitaba dentro de mí, cerca de mí.

—No te vayas... —dije con un nudo en la garganta.

—Me tienes aquí. —Una de sus manos cubrió una de las mías y, juntos, nos sujetamos a la barra. Se echó hacia atrás y volvió a embestirme—. Siénteme, nena. Estoy aquí. Contigo. Dentro de ti. Soy parte de ti.

Una sensación palpitante se extendió a oleadas desde donde estábamos unidos, como unas alas de mariposa que revolotearan por todo mi cuerpo. Un placer tentador, punzante, superpuesto y goloso. Era inusual, diferente, nada que ver con cualquier otro encuentro sexual anterior.

—Voy a correrme —le avisé perdiendo el habla. El placer se apoderaba de mi cuerpo, de mi mente, de mi subconsciente, en un viaje del que no deseaba volver jamás.

—Córrete —dijo moviendo las caderas en círculo, meneando su tranca en mi interior y obligándome a respirar entre jadeos—. Vas a correrte hasta que yo termine. Vas a exprimirme, mi dulce Mia, vas a demostrarme que yo controlo este cuerpo. Cuando estoy dentro de ti somos sólo nosotros. Tú y yo. Como debe ser.

La sacó y me la clavó muy adentro y sin piedad. Grité, perdida en una neblina sexual de nuevo. Una electricidad ardiente se condensaba en todos mis orificios en busca de una salida, de un modo de expeler la excitación acumulada.

Fue entonces cuando comencé a hablar sin sentido. Wes me follaba el cuerpo con embestidas largas, firmes y consistentes. Se me fue. Empecé una letanía de tonterías ininteligibles.

—Por favor...

»En mí...

»Ardiente...

»Ahora...

»Amor...

»Pasión...

»Wes...

En ese momento me pasó una mano por la cintura mientras con la otra sujetaba la barra como si fuera a hacer una dominada. Se puso de puntillas, alzó su cuerpo musculoso y me bajó con la polla. Su tranca dura como una piedra llegó muy adentro, por lo que tuvo que abrirse paso a la fuerza, separándome la carne, un lugar muy profundo dentro de mí en el que ningún hombre había estado antes. Perdí el control. El orgasmo me agitó. Me poseyó físicamente, haciendo que me convulsionara como si me estuvieran electrocutando. Mi coño se cerró sobre él y rugió al correrse mientras sus dientes me mordían allí donde se unen el cuello y el hombro. Las punzadas de dolor me hacían pedazos, echando más leña a un fuego que ya ardía fuera de control.

Me provocó un orgasmo tras otro hasta que perdí la cuenta de las veces que me había llevado al límite. Todo lo que sabía era que, cuando por fin terminó de follarme, el agua estaba fría como el hielo y ambos temblábamos. Wes enjuagó mi cuerpo lánguido con el agua helada y luego me envolvió en una toalla mientras yo apenas me mantenía en pie, apoyada en él. No estaba para mucho más. Me había follado hasta lobotomizarme. Mi cerebro ya no enviaba señales a mis extremidades. Todo había dejado de funcionar.

Wes me levantó y me sacó a pulso de la ducha cuando terminó de secarme. Luego retiró las mantas, me metió en la cama y se acurrucó a mi lado. Su cuerpo estaba pegado al mío y las gotas de agua de la ducha eran el cemento que nos unía de un modo que me gustaba mucho más de lo que le reconocería jamás.

Suspiró en mi cuello.

—No quiero dejarte mañana.

Cerré los ojos y tiré de su brazo para colocarlo entre mis tetas desnudas. Sus manos estaban cerca de mis labios, y le besé los dedos.

—Tienes que irte —susurré sabiendo que necesitaba que se fuera tanto como deseaba que se quedara.

—Lo sé. —Su tono era tan desolado como firme.

—Pero significa mucho que no quieras hacerlo.

Deseaba que supiera que ese tiempo era importante. Que cualquier momento con él era especial.

—Mia, no voy a permitir que nos arrebates esto.

—No quiero que me lo permitas. Espero que los próximos nueve meses me recuerdes lo que podría ser.

Me llevé su mano a la mejilla e intenté atrapar la sensación. Capturarla en mi memoria para poder volver a ella siempre que quisiera.

—Nunca te dejaré olvidar lo que podrías tener. Lo que te espera.

Con esas palabras, arropada en el calor de su abrazo, me adentré en el mundo de los sueños.

El sol entraba a hurtadillas entre las persianas y me daba directamente en los ojos, arrancándome de los sueños más maravillosos, en los que Wes y yo estábamos haciendo surf. En mi sueño era una surfista experta, aunque no llegaba ni a novata en la vida real. Necesitaba volver al océano para practicar si alguna vez quería llegar a ser tan buena como la Mia del sueño.

Lentamente, moví un pie por la cama y sólo noté las sábanas frías. Alarmada, me senté y miré a mi derecha. Se había ido. No había nada en su lugar, salvo la marca de su cabeza en la almohada y una nota.

El papel era de mi juego de cartas, que estaba en el escritorio.

Mia:

Anoche fue una entre un millón. Tacha eso: no tuvo precio. Estar contigo es como surfear la ola perfecta, deslizarse por el océano en una ola que no acaba nunca. Es emocionante, aterrador, y te cambia la vida.

Me has cambiado, Mia. Ya no creo que la mujer perfecta no exista porque la he encontrado y le he hecho el amor y la he adorado del único modo en que sé hacerlo.

Como no me has dado otra elección, seguiré siendo tu amigo y continuaré recordándote lo que podría ser. Quedan nueve meses. Hasta que volvamos a vernos, estaré pensando en ti y te llamaré pronto para ver cómo estás.

Tienes la llave para cuando estés lista.

Recuérdame.

Tu surfista que hace películas,

WES

Apreté la carta contra mi pecho desnudo y lloré. Lloré por Wes, por mí, por lo que podría ser. Por lo que esperaba tener algún día. En caso de que no me lo robara antes alguna mujer hermosa... No obstante, aunque así fuera, tenía que dejarlo vivir mientras yo proseguía mi viaje. Saber que a Wes le importaba, que quería que lo recordara, que esperaba que volviera con él, era todo lo que necesitaba para sobrevivir a los próximos nueve meses. Sin embargo, igual que había animado a Wes para que lo hiciera, yo también iba a vivir. No iba a permitir que lo que sentía por él se interpusiera entre lo que estaba haciendo o entre las experiencias que me había prometido vivir.

No tenía ni idea de hacia dónde iría mi vida en los próximos nueve meses. Aunque me habría encantado mandarlo todo a paseo, dejar que Wes le pagase la deuda al

prestamista y correr a estar con él, debía conseguirlo por mí misma. Ese año iba ser el año en el que decidiría lo que quería para el resto de mi vida. Puede que fuera Wes, puede que no. Tal vez fuera California, tal vez Tombuctú. Por mucho que mi corazón quisiera correr a su lado, mi cabeza lo tenía claro. Había tomado mi decisión. Durante los próximos nueve meses viviría la vida que me diera la gana mientras salvaba a mi padre de sí mismo.

Y recordaría a Wes. Nuestro tiempo juntos, nuestra amistad, lo que teníamos cuando estábamos juntos. Alec me había enseñado esa lección y, al igual que él, yo amaba a Wes. A mi manera. Y puede que, si estaba escrito en las estrellas, dentro de nueve meses se convirtiera en un amor para siempre.

Pero hoy por hoy no lo era.

10

Esa noche era la fiesta para celebrar la gran expansión de Fasano's en comida congelada preparada. Chefs famosos, prensa, hosteleros e inversores, el clan Fasano al completo y muchos más iban a reunirse en el restaurante local. Había oído que muchos editores de libros de cocina y algunos ejecutivos de televisión iban a asistir para hablarle a Tony de una oportunidad televisiva y a *mamma* Mona sobre un libro de cocina con las recetas originales de la familia. Era todo muy emocionante y aterrador al mismo tiempo. El evento también iba a servir para presentarme al mundo como la prometida de Tony. Le advertí de que la prensa se lo iba a merendar porque ya me habían visto con otros dos famosos en los últimos meses. Aun así, aseguró que no iba a pasar nada y que todo estaba bajo control. Traducción: nada estaba bajo control, las cosas se iban a poner muy feas y yo iba a estar de nuevo en medio como el jueves.

Angelina me contó que habían transformado el restaurante en un espacio completamente diáfano. Habían llevado las mesas a un almacén contiguo y las habían sustituido por mesas altas de cafetería. Los carteles decían que el local estaba cerrado al público pero que volvería a abrir las puertas al día siguiente. Pasara lo que pasase esa noche, era mi última velada con los chicos y quería disfrutarla. Sólo esperaba que fuera posible. Tony llevaba toda la semana muy raro. Cuando yo entraba en una habitación, se ponía nervioso, se quedaba en blanco a mitad de conversación y pasaba demasiado tiempo en la oficina. A Héctor también le estaba afectando. El hombre parecía totalmente perdido. El día de San Patricio lo habíamos pasado en grande y, cómo no, los chicos me habían hecho un tercer grado sobre Wes a la mañana siguiente. Pero después las cosas estuvieron tensas. Tony entraba y salía con más frecuencia del ático y pasaba menos tiempo con Héctor y conmigo. Se comportaba como si tuviera un gran secreto.

Y eso era lo que más miedo le daba a Héctor. Decía que en todos los años que llevaban juntos nunca habían tenido secretos. Angie le había asegurado que en el

trabajo todo iba bien, y que Tony estaba más centrado que nunca. Llegaba pronto, se iba tarde y Angie podía confirmarlo. No había nadie más. Simplemente Tony parecía estar preocupado por el nuevo negocio. Lo cual era normal, porque Fasano's pasaría de ser un buen restaurante a ser una marca conocida. Cuando un producto pasaba de estar en mil doscientos locales a todas las tiendas del país, la presión era mucho mayor.

Héctor y yo acordamos darle espacio a Tony y estuvimos toda la semana juntos. Él trabajaba en su horario de siempre, de ocho a cinco. No entraba antes y salía más tarde como estaba haciendo Tony. Por las noches íbamos al cine, jugando y bebiendo más vino de lo que es recomendable para la salud. Su historia era fascinante, y Héctor y yo nos hicimos amigos con mucha rapidez. Íbamos a serlo de por vida. Héctor era alguien como Gin, Maddy, Alec y Wes. Alguien con quien podía contar. Mi grupo de amigos estaba creciendo y me hacía muy feliz poder añadir a Héctor a esa lista tan variada. Y también a Tony y a su hermana Angelina. Aunque Tony estaba trabajando demasiado desde que llegué, habíamos tenido nuestros momentos y lo apreciaba mucho. Era un hombre de treinta años con mil cosas encima de la mesa, en lo profesional y en lo personal. Admiraba su ímpetu y su necesidad de hacer feliz a todo el mundo (a todos menos a sí mismo y a la persona que más le importaba, su pareja).

Héctor seguía a su lado. «Sacrificándose, por ahora, porque eso es lo que uno hace cuando quiere a alguien. Uno antepone las necesidades del otro a las propias y un día él hará lo mismo por mí», decía. Estando juntos, incluso cuando había tensión, nunca les faltaba amor, compasión o confianza. Pero se habían quedado atrapados en una situación muy rara, intentando salir del paso lo mejor posible para volver a estar a gusto. Esperaba por su bien que lo lograran. No quería que perdieran lo que, vista desde fuera, era una relación preciosa.

Estaba haciendo la maleta cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Buenos días, preciosa. ¿Lista para dejar la ciudad del viento? —dijo la voz suave de la tía Millie desde el otro lado.

—No especialmente. Lo he pasado bien aquí. Tony y Héctor son unos tíos estupendos.

—Tony y... ¿quién? ¿Quién es Héctor? —preguntó.

—Héctor es el compañero de Tony.

—¿Anthony Fasano es gay? ¿El boxeador macizo con cuerpo de dios griego?

—El mismo que viste y calza. —Sonreí y meneé la cabeza. La tía Millie era como el hada madrina de los tíos buenos.

Chasqueó la lengua.

—Era demasiado bueno para ser verdad. Cuando vi su porfolio, enseguida supe que había algo raro. En fin, parece que esta vez no cobrarás el extra.

Me eché a reír.

—¿Es que sólo te preocupa el dinero?

—Poderoso caballero es don Dinero, preciosa. Eso lo sabes mejor que nadie. Hablando de dinero, acabo de enviarte un correo electrónico con tu próximo cliente. Te va a encantar. Es perfecto para ti.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Porque vas a Boston, Massachusetts.

—No he estado nunca allí. ¿Qué hay en Boston y por qué me va a gustar?

Además del mejor equipo de béisbol del universo, claro está.

—Chicos, pelotas de béisbol y cerveza —dijo entre carcajadas.

—¡Tres de mis cosas favoritas! —exclamé dando pequeños saltos.

Me apasionaba un buen partido de béisbol. Era una de las cosas de las que papá y yo disfrutábamos cuando era pequeña. Por muy borracho que estuviera, nunca se perdía un partido. Nuestro equipo favorito eran los Red Sox. Al principio era porque me encantaba que el logo fuera un calcetín, pero sobre todo me gustaban porque le gustaban a mi padre y eso nos acercaba mucho. A veces, hasta nos unía. Yo era una niña de diez años sin madre y hacía lo que fuera con tal de conectar con el único progenitor que me quedaba. Incluso a Maddy le gustaban los partidos y el equipo. Se iba a emocionar al saber que me iba a Boston.

—Sí, y aún se pone mejor —dijo la tía Millie.

—¿De verdad?

—¿Estás sentada?

Me di la vuelta y me senté en la cama.

—Ahora sí.

—Vas a ser la escort del nuevo fichaje de los Red Sox, Mason Murphy.

—¡Venga ya! He oído hablar de él. ¡Tiene el porcentaje de lanzamiento más alto de este año!

La tía Millie soltó una risita de adolescente.

—Cuanto más azúcar, más dulce, porque además es un bombón. Un chico irlandés de tu edad, alto y hecho para complacer a una mujer.

Pensando en el último partido en el que lo había visto jugar, no podía estar más de acuerdo. Era posible que pasara un rato rebobinando el DVD para verle el culo en los pantalones blancos y ajustados.

—Es increíble. Pero ¿para qué necesita a una escort?

—Está relacionado con el hecho de que tener a una mujer entre sus brazos le hace parecer más comprometido con el equipo y con su imagen. Su publicista cree que tener novia el primer mes de la temporada le quitará presión, demostrará a los anunciantes que es un tipo legal.

Hice una mueca y apreté los labios.

—Lo mismo da. Me muero de ganas. ¡Va a ser fantástico! Envíame los detalles del vuelo y todo eso. Llegaré pronto, tengo que hacer todo el rollo de la puesta a punto y el salón de belleza antes de empezar.

—Te haré una reserva de tres días en un hotel antes de que empieces con el señor Murphy. Uno que tenga salón de belleza y spa. Te mereces un descanso para volver a meterte en el partido.

—Ja, ja, muy graciosa. Suena bien. Gracias, tía Millie.

—Lo que mi chica necesite. Hablamos muy pronto, preciosa.

—Adiós.

—Estás deslumbrante, Mia. —Tony me abrazó cuando llegamos su compañero y yo. Héctor se puso tenso a mi lado; emanaba energía nerviosa a llamaradas.

—Gracias. Te hemos echado de menos hoy —manifesté intentando expresar lo mucho que se había notado su ausencia.

Tony se relamió y contempló a Héctor. Más bien, recorrió cada milímetro del latino con esa intensidad en los ojos que uno se reserva para la persona amada. Héctor bajó la vista y meneó la cabeza. Una gran sonrisa se le dibujó en la cara.

—Héctor —empezó Tony con cariño—. Eres la perfección, papi —le susurró tan cerca que sólo nosotros pudimos oírlo.

—Tú estás tan guapo que me mareo al verte —le dijo Héctor al tiempo que le daba una palmada en la espalda y un abrazo muy masculino. Lo mantuvieron un segundo más de lo que era normal entre heteros, y también se pegaron más, pero no lo suficiente para levantar sospechas entre los asistentes.

Mona Fasano nos espiaba desde la otra punta del salón. Había algo distinto en el modo en el que se dirigió a mí, con una frialdad que no había percibido antes en ella. Me dio un abrazo muy poco sincero. Lo mismo hizo con Héctor, que me miró con el ceño fruncido. Me encogí de hombros. Con Mona Fasano uno nunca sabía qué era lo que se cocía. Para mí la mujer era un misterio.

—Hijo, hay gente aquí con la que debes codearte. He decidido que tenemos que escribir el libro de cocina. Vamos a hablar con los que mueven los hilos.

Tony se echó a reír y Héctor y yo disfrutamos de su alegría. El hombre llevaba toda la semana tan estresado que era la primera vez desde San Patricio que se parecía a lo que solía ser. Alguien a gusto consigo mismo.

—De acuerdo, *mamma*. Estaré con ellos enseguida —dijo Tony.

Mona volvió a mirarnos, primero a mí y luego a Héctor, y meneó la cabeza entre suspiros. Luego se marchó mascullando por lo bajo.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Que no está contenta.

—Eso salta a la vista. ¿Te importaría contarnos por qué razón?

—Ahora mismo no puede ser. Todo a su debido tiempo. Coged una copa y daos una vuelta. Hay un sitio en primera fila en el que quiero veros cuando empecemos con los discursos, ¿de acuerdo? Prometedme que estaréis allí con el resto de la familia.

Héctor bajó la voz y se inclinó hacia adelante para que sólo Tony y yo pudiéramos oírlo:

—Amor, lo que necesites esta noche. Lo sabes. Sabes que estoy aquí por ti.

—¿Para siempre? —preguntó Tony con aire conspirativo.

Empezaba a mosquearme. La noche estaba siendo muy rara, aunque a Tony se lo veía más a sus anchas que nunca. ¿Era porque iba a anunciar en público que iba a casarse? ¿Era por la expansión del negocio? ¿Era por las negociaciones para el libro de cocina y el programa de televisión? A mí me parecía que todo eso tenía que estresarlo más, no menos. Y Tony actuaba como si la noche fuera de color de rosa. Mientras, su madre estaba de un humor de perros por razones desconocidas y lo estaba pagando con Héctor y conmigo.

—Siempre, ya lo sabes —le prometió Héctor—. Estaremos en primera fila. Ahora vete a lo tuyo... Estoy muy orgulloso de ti.

Tony le acarició la mano. Un par de personas lo vieron, pero él desapareció antes de que pudiera decirle nada.

—Tony está muy raro, ¿no crees? —le pregunté a Héctor mientras su chico se unía a un grupo de gente con elegantes vestidos de noche y trajes.

—Sí, algo le pasa, pero no sé el qué porque no me ha dicho nada. Aunque tampoco me sorprende. Por lo general Tony resuelve las cosas y luego me cuenta lo que hay. Por lo general, justo antes de mover ficha. Sea lo que sea, parece que se encuentra mejor. Debe de haber tomado alguna decisión respecto a la empresa que hace que vuelva a ser él mismo.

—¿Siempre te toca delante de la gente? Y ¿qué te parecen las miradas asesinas que nos ha lanzado su madre?

—Ya, ninguna de las dos cosas son precisamente normales. Pero no podemos hacer nada al respecto. Vayamos a por una copa y a buscar a Angie, a ver si ella nos cuenta qué se cuece.

La siguiente media hora estuvimos bebiendo champán, charlando con el resto de la familia de Tony y pasándolo bien. Entonces, de pronto, por los altavoces se oyó una voz potente.

—Acérquense todos, por favor —dijo Tony, de pie en el estrado.

—Es la señal. —Héctor me llevó a primera fila, a una mesa donde se encontraba

toda la familia.

Tony estaba de pie en la pequeña plataforma, con un impecable traje gris claro. Su espalda era más ancha que el estrado, y el micrófono desaparecía entre sus manos. La gente guardó silencio, se aproximó y se concentró en las palabras de Tony.

—Quiero empezar por darles a todos las gracias por estar aquí hoy. La expansión de la empresa Fasano's al mundo de la comida congelada preparada siempre había sido el sueño de mi padre, Joseph Anthony Fasano. Él dirigía la empresa con orgullo, lealtad, honorabilidad y respeto por la marca. Nosotros, con mi madre y mis hermanas, queremos continuar su legado en esta nueva aventura asegurándonos de que nuestro producto es de calidad, resulta atractivo para las familias y asequible. Es lo que toda la vida hemos intentado ser.

La multitud aplaudió y se oyeron varios vítores.

—Gracias. Ahora la marca está considerando nuevas posibilidades. La primera, el libro de cocina de *mamma* Fasano. —Un rugido de aplausos resonó en la sala—. La otra es un programa televisivo en el canal de cocina. —El público enloqueció—. El programa sería una aventura familiar. Mi madre, mis hermanas y mi pareja formarán parte del mismo.

Más gritos de entusiasmo, más vítores y más aplausos ahogaron las exclamaciones que soltamos Héctor y yo. ¿Qué quería decir eso de «su pareja»? Ni de broma iba a quedarme con él y ayudarlo a engañar a todo el país.

—Y eso nos lleva a lo más importante. Ya han oído todas las novedades profesionales, ahora pasaremos a las personales. Quiero presentarles a la persona a la que más quiero en este mundo, la que ha estado conmigo a las duras y a las maduras y nunca se ha marchado de mi lado. A mi pareja. Mi único amor. Mi prometido... Si es que me acepta.

¿«Mi prometido»? La leche. Santa madre de Dios.

A mi lado, Héctor abría unos ojos enormes rebosantes de lágrimas. Empezaron a caer en el momento en que Tony extendió la mano, buscándolo.

—Héctor Chávez, te quiero y siempre te querré. Deseo pasar el resto de mi vida amándote. La empresa y mi apellido no significan nada si no los compartes conmigo.

Y fue entonces cuando Tony hincó una rodilla en tierra y abrió una caja de terciopelo rojo. Dentro había una delgada banda de oro.

—Sé mío para siempre. Cásate conmigo legalmente. Adopta mi apellido. Crea una familia conmigo.

No se oía ni una mosca en la sala. Ni un solo susurro.

—Ponte de pie. —Héctor levantó a Tony del suelo—. Mi hombre no se arrodilla ante nadie. Se yergue con orgullo, como yo me yergo por él. Será un gran honor casarme contigo y llevar el apellido Fasano.

Tony sonrió todo lo que le daban los labios, atrajo a Héctor a su lado y se volvió hacia el público. Los flashes de las cámaras volaban. El nivel de ruido se asemejaba a un bramido colectivo. Lo estaban asimilando. Anthony Fasano, boxeador, empresario, hombre de familia, había salido del armario y le había pedido a su novio de toda la vida que se casara con él, llevara su apellido y tuviera hijos con él.

¡La madre que me trajo! Era un momento épico. Me quedé de pie observando a la familia de Tony. Empezando por su izquierda, por Giavanna y su marido.

—Giavanna, ¿aceptas a Héctor como mi prometido y futuro cuñado?

Ella sonrió con sinceridad y asintió:

—Sí. —Tenía la voz ronca pero era a causa de la emoción.

—Isabella, ¿aceptas a Héctor como miembro de la familia?

—Sí. Siempre lo he hecho, y me alegro muchísimo por ti. —Se volvió y se echó a llorar en brazos de su esposo.

—Sophia...

No tuvo ni que acabar.

—¡Te ha costado! —exclamó ella, y los asistentes rompieron a reír.

Tony abrazó a Héctor y las lágrimas rodaron por su piel de color caramelo.

—Angie, ¿aceptas que Héctor pase a ser un nuevo miembro de la familia?

En vez de contestar, Angelina saltó al estrado y los abrazó.

—Te quiero y te quiero —dijo, y los besó a ambos en la boca.

Esos locos italianos y su manía de besar en la boca. Luego Angie les susurró algo a cada uno. Dos pares de ojos se abrieron como platos y Tony dio un paso atrás. Se arrodilló, se abrazó a su hermana y le besó el vientre antes de posar en él su mano de gigante. La sonrisa de su cara bastó para que todo el mundo supiera lo que estaba pasando.

Miré a Mona Fasano, que no les quitaba ojo a sus polluelos. Las lágrimas le caían de los ojos a tal velocidad que parecía que alguien hubiera abierto un grifo.

—Mi hermana va a tener un bebé. ¡Llevaba años intentándolo! —le gritó Tony a la multitud. Todo el mundo chilló y aplaudió.

Angie se bajó del estrado, corrió hacia su marido, Rocko, y se lanzó a sus brazos de un salto. Él la cazó al vuelo y empezó a darle vueltas en el aire.

—*Mamma* —dijo Tony por el micrófono—. ¿Contamos con tu bendición para hacer a Héctor legalmente de la familia? Sé que querías que sentara cabeza con una buena chica católica y te diera nietos, pero eso no me habría hecho feliz. Héctor y yo te daremos esos nietos, *mamma*, con la ayuda de un vientre de alquiler. Ya lo hemos hablado. —Héctor asintió con entusiasmo—. Sé que esto te está resultando muy difícil de aceptar, aunque te lo dijera a principios de semana y supieras que iba a pasar. Siempre ha sido Héctor, *mamma*.

Mona asintió y se llevó las manos a la boca. Los sollozos estremecían su figura menuda. Entonces, Tony bajó del estrado seguido de Héctor.

—*Mamma*, te quiero. Pero también quiero a Héctor. Él es mi futuro y no puedo seguir fingiendo. No puedo vivir mi vida con las reglas de los demás y sacrificar mi felicidad y la de Héctor. No está bien.

Mona abrazó con fuerza a su hijo.

—No sé cómo me has salido tan tonto. Con tiempo, lo habría entendido. Entiendo el amor. Entiendo lo que significa que alguien sea tu mundo entero, porque tu padre lo fue para mí. Si Héctor lo es para ti, entonces lo que piensen los demás no debería impediros estar juntos. Te quiero. —Lo soltó—. Os quiero a los dos —afirmó acariciando la mejilla de Héctor—. Ahora vas a ser mi hijo de verdad, aunque siempre lo has sido, y lo sabes.

Héctor rompió a llorar de nuevo y tuvo que enjugarse las lágrimas.

—Quiero que mis chicos sean felices —señaló Mona abrazándolos a los dos.

Y colorín, colorado. El resto de la velada fue una fiesta. Para celebrar el amor de Héctor y Tony y que Angelina y Rocko por fin iban a tener el bebé que tanto deseaban. Más tarde pude hablar con Angie y me enteré de que Tony había ido a visitar a todas las hermanas a lo largo de la semana para contarles, una a una, que era gay y que estaba enamorado de Héctor y que iba a pedirle que se casara con él. Por lo visto, todas se lo olían, pero habían respetado su derecho a la intimidad todos esos años. Se habían cuidado mucho de decirle nada. Cuando aparecí yo, no supieron qué pensar.

Angelina se había pasado la semana con Tony, trabajando sin parar para darle la vuelta a la noticia a fin de que no perjudicara a la marca Fasano. El gurú de las relaciones públicas estaba repitiendo el mantra «El amor no entiende de género» en una megacampaña para acallar a los criticones, y los del programa de televisión no podían estar más felices con la noticia. Dijeron que la demográfica de su audiencia acababa de ganar enteros. Le dedicarían un día a la semana a cada hermano y un día a la madre. Estaban extasiados con la idea de tener un día en el que Tony y Héctor cocinaran juntos porque así podrían ofrecer algo nuevo a la comunidad gay.

Lo importante era que el amor había triunfado por encima de todo y la familia estaba más unida y era más fuerte que nunca.

A la mañana siguiente arrastré mis cosas al ascensor. Pensé en la noche anterior. La velada había sido preciosa y había acabado con todo el mundo muy emocionado por todas las nuevas posibilidades. La empresa iba mejor que nunca, la familia Fasano estaba creciendo de forma exponencial y había nuevas aventuras en el horizonte. Tony incluso había desvelado el papel que yo había desempeñado en la trama, pero omitió

que era escort. Dijo que era una amiga. Tras compartir durante casi un mes mi vida con los chicos, se habían convertido exactamente en eso: en mis amigos.

Coloqué la nota junto a una botella sin abrir de whisky irlandés Jameson que la tarde anterior había comprado en una licorería durante mi paseo. Me acerqué al papel y lo besé junto a mi nombre. Releí la nota:

Tony y Héctor:

Os dejo con el corazón rebosante de felicidad y los ojos llenos de lágrimas. Conoceros me ha abierto los ojos a la plenitud que ofrece la vida si uno se permite correr riesgos. Tú lo hiciste, Tony, y ahora tendrás una vida plena. Tal vez en el futuro yo también lo consiga.

Héctor, echaré de menos nuestras charlas, nuestras tardes de cine y que me vistas. Siempre voy más guapa cuando me eliges tú la ropa. J *Ahora en serio, eres un amor y te agradezco mucho que hayas compartido ese amor conmigo... como amigo.*

Gracias a los dos por abrirme vuestras vidas. No podría estar más feliz por vosotros. Mantenedme informada. ¡Que sepáis que espero que me invitéis a la boda!

Vuestra amiga para todo,

MIA

Era verdad. Había aprendido mucho de Tony y de Héctor. A no tener miedo, a no dejar que otros definieran lo que era la felicidad. Lo llevaría conmigo durante mi viaje y dejaría que me guiara por el buen camino. Por ahora, el camino me dirigía en avión hacia Mason Murphy, en Boston, Massachusetts.

AGRADECIMIENTOS

A Sarah Saunders, por prestarle a Mia su apellido y ayudarme a hacerla tan cañera. ¡Se parece mucho a ti, y eso me encanta!

A mi correctora, Ekatarina Sayanova, de Red Quill Editing, LLC. Nos entiendes a mí y a mis historias mejor que ningún otro corrector que haya tenido. Me haces mejor escritora con cada una de tus sugerencias. Gracias.

A Heather White, también conocida como la diosa de las asistentes personales. No sé qué he hecho en esta vida para merecer a una persona que me cuida tanto. Me hace muy feliz poder hacer este viaje contigo. ¡Confía en el viaje, muñeca!

A Ginelle Blanch, porque llevas conmigo desde el principio. No te has quejado nunca y siempre te has leído las pruebas de cabo a rabo. Me dejas alucinada con los errores que encuentras. Tienes muy buen ojo para el detalle. Gracias por compartir ese don conmigo.

A Jeananna Goodall, la mujer que lo lee todo antes de que yo haya podido releerlo. Te adoro. Haces que quiera escribir y crees en todas mis historias, a veces mucho más que yo. Gracias por darme siempre esperanza.

A Anita Shofner, mi reina del tiempo (verbal) presente y pretérito... Evitas que mis personajes viajen en el tiempo y haces que mis manuscritos queden impecables. «Esperamos satisfacción» es tu frase. Habrá que esperar a ver adónde lleva el año a nuestra Mia.

Christine Benoit, muchas gracias por comprobar que no reinventaba el francés. Tu idioma es muy bello. Disfruté mucho incorporándolo a mi libro.

A los Ángeles de Audrey. Juntas podemos cambiar el mundo, un libro detrás de otro. BESOS-DE-X-VIDA, queridas mías.

A todas las Lectoras Ardientes y Apasionadas de Audrey Carlan, me arrancáis una sonrisa todos los días. Gracias por vuestro apoyo.

Y, por último, aunque no menos importante, a mi editorial, Waterhouse Press. Sois

el extra en extraordinarios. No sabéis cuánto me alegro de que me descubrierais y me dierais un hogar donde sentirme como en casa. Os quiero con locura.

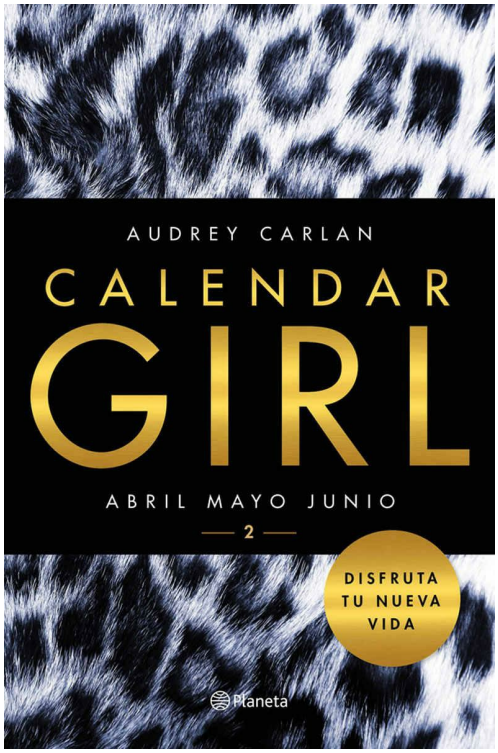
NOTAS

[1] En 1992 sacaron a la venta una Barbie que decía *«Math class is tough!»*, («La clase de matemáticas es difícil»), aunque a menudo se ha citado erróneamente como *«Math is hard»* («Las matemáticas son difíciles»). *(N. de las t.)*

[2] Gigantesco leñador legendario que aparece en algunos relatos tradicionales del folclore estadounidense. *(N. de las t.)*

DOCE MESES
MUCHAS VIDAS POR DESCUBRIR
UN AMOR VERDADERO

El viaje de Mia continúa



Más lujo, más pasión y más glamour…
el 5 de julio en tu librería

www.seriecalendargirl.com

Calendar Girl 1
Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Calendar girl. Volume One*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la fotografía de la cubierta: MaraQu- Shutterstock

© Waterhouse Press, LLC., 2015

© por la traducción, Vicky Charques y Marisa Rodríguez (Traducciones Imposibles S.L.), 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15818-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.víctorigual.com